
KATE BRISTOL
MI SEÑOR
DE LAS
HIGHLANDS

Mi señor de las Highlands

Kate Bristol

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
Epílogo
NOTA DE LA AUTORA

Dedicado a mis Brillis,
por su lealtad inquebrantable.

Primera edición en formato digital: Septiembre, 2023

Título Original: Mi señor de las Highlands

© **Kate Bristol**, 2023

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

Prólogo



Cuando su primera esposa murió al dar a luz, el conde de Harris, volvió a casarse enseguida.

Era lo que todo el mundo esperaba, y es que de su primer matrimonio solo nació una hija enfermiza, llamada Megan, que nadie esperaría que sobreviviera al primer invierno.

Ante la necesidad de un heredero, se casó por segunda vez. Y lo hizo con una prima lejana del rey Enrique de Inglaterra, a quien todo el mundo llamaba Lady Margaret.

Sí, se había casado con una inglesa a petición de David, el príncipe de Cumbria. Quería asegurarse aliados que, como él, estuvieran en buenos términos con los ingleses. David lo hizo bien, pues necesitó del apoyo de Enrique I para años después, ceñirse la corona de Escocia.

William Harris se había asegurado las buenas relaciones con Inglaterra, cuyas tierras hacían frontera, y con el rey de Escocia, apoyándolo siempre en sus acciones, y volviéndose más rico a medida que la guerra civil que enfrentaba a David y su sobrino Máel Coluim, hijo de Alexander I, avanzaba.

La guerra, otorgó a los Harris, posición y riqueza, y el matrimonio con Lady Margaret, le dio hijos sanos y fuertes, bendecido con parte de sangre real.

Los años pasaron, y Megan, que era su primogénita, no murió. La enfermedad de sus pulmones que la debilitaba durante las estaciones de frío, hizo pensar a muchos que el invierno se la llevaría. Se equivocaron. No obstante, sí fue una niña enfermiza, más propensa a tener la cabeza en las nubes, que los pies en la tierra. Los años pasaron y, Megan, contrajo diversas enfermedades. Esa fue la causa que su madrastra la mantuviera alejada de ella y de sus hijos. No quería que los contagiara. Por ese motivo, entre otros, Megan pasó su infancia en las cocinas,

bajo las faldas de las criadas, lejos del salón principal donde su presencia pudiera molestar a su madrastra.

Pero… no por ello fue desgraciada. Las mujeres que trabajaban en el castillo, le enseñaron todo cuanto sabían. Aprendió a encender la lumbre, a preparar exquisitos dulces en las fiestas señaladas, a tejer y bordar y a… despellejar conejos y trocear carne. Estaba muy lejos de ser una dama, si no fuera por su tez pálida y su apariencia frágil.

Con su entrada en la vida adulta, Megan era poco más que una criada dentro de la casa de su señor padre. Muy diferente era la situación de sus hermanos, dos hijas y dos hijos, de los que sobrevivieron tres de ellos.

Que el primer hijo del matrimonio muriera de fiebres, hizo que Lady Margaret tomara encono a su hijastra. ¿por qué una niña tan pálida y enfermiza había sobrevivido cuando su querido y esperado hijo varón, no lo había hecho? Desde ese día, Megan se ocultaba de la ira de Lady Margaret. Sin embargo, no podía esquivarla cuando recibían visitas importantes. En esas ocasiones, Megan se sentaba a la mesa como una Harris más. El conde jamás permitiría que nadie hablara mal de él.

Y así los años transcurrieron para Megan, ignorada por todos.

Los malos tratos, la convirtieron en una niña temerosa y excesivamente callada, siempre intentando pasar desapercibida a los ojos de sus hermanos, que, instigados por su madre, la odiaban. Su silencio solo sirvió para que se burlarán aún más de ella. Incluso entre las buenas gentes de su padre, había muchos que juraban que la hija del conde era muda. ¿Qué valor podría tener una hija así?

Pronto su padre lo descubriría, pues… el rey David, había vuelto a proponer ciertas alianzas matrimoniales para beneficio de todos.

La guerra con Máel Coluim, había provocado cuatro años de guerra civil. Era hora que los escoceses volvieran a unirse, pero no eran pocas las rencillas. Sin ir más lejos, David sabía que pedía un gran sacrificio a William, pidiéndole que casara a una de sus hijas con un demonio del norte. Pero Duncan McLeod había sido leal, a pesar de que esa lealtad había sido otorgada

bajo amenazas.

Ciertas alianzas eran necesarias para que los descendientes formaran un nuevo reino sin rencores. Quizás la mezcla de sangre, acabaría con tantos años de rencillas entre los habitantes de Escocia. Fue en ese momento cuando el conde se dio cuenta del valor de Megan y Lady Margaret, también.

—No casarás a mis hijas con ese salvaje —le había dicho su esposa al conde— La hija mayor, es quien debe casarse primero.

—Está bien, esposa —había dicho el conde—. Encárgate de hablar con mi hija.

Los labios de Lady Margaret se estiraron y una sonrisa perversa apareció. Fingiéndose dócil agachó la cabeza y complació al conde.

—Por supuesto, esposo.

No solo le transmitiría la noticia a su hijastra, sino que se encargaría de que temiera cada uno de los momentos que estaban por llegar. Megan sería entregada al demonio escocés y Lady Margaret respiraría tranquila. No solo salvaría a sus hijas de ese mísero destino, sino que se libraría de una vez por todas de Megan.

Lady Margaret se relamía los labios anticipándose al horror que vería en los ojos de Megan. Sí, pobre niña. Era tan silenciosa, y pequeña, oscura… Cuando el highlander acabara con su vida, nadie iba a echarla de menos.

Capítulo 1



Año, 1138.

Megan se escabulló de su cuarto sin ventanas, con la intención de poder hablar con su padre. Era su última oportunidad para parar su inminente boda. Y es que había llegado el fatídico día en que sería obligada a desposarse, con nada más y nada menos que Duncan McLeod, el demonio de las islas. Se decía de él que tenía tratos con los vikingos, de hecho, que uno de sus abuelos lo fue. Tras la muerte de su padre, se había convertido en el señor de las islas del sur, pero al haber negado ayuda al rey David, este se había vengado enviándolo al norte.

No podía casarse con un hombre así. Un demonio, un descendiente de los invasores vikingos.

Debía rogar a su padre, convencerle… o al menos intentarlo. No podían entregarla a ese salvaje.

Había escuchado historias terribles sobre los hombres de las islas. Eran toscos, brutos, gente sin pasión por la música o la cultura. Vivir en el castillo de Harris era una tortura, pero en su opinión, era mejor malo conocido que bueno por conocer.

Megan, bajó por las escaleras y llegó a uno de los corredores. Era temprano y a pesar de la inminente boda, el castillo estaba tranquilo. Se escuchaba el entrechocar de espadas, en el patio de armas. Algunas mujeres se ocupaban de sus quehaceres, nada parecía indicar que se avecinaba una boda. La suya.

Siguió avanzando con la esperanza de encontrar a su padre en el salón. Llevaba un

sencillo vestido gris de trabajo. No se había puesto el traje de bodas con el que Margaret le había obsequiado, demasiado llamativo. Tampoco se había recogido los largos cabellos rojos y ondulados, por lo que su larga cabellera flotaba tras ella, mientras corría en busca de su padre. Debía encontrarle y suplicar que no la entregara.

—¡Megan! —exclamó una de las doncellas— ¿Todavía sin vestir?

Megan se quedó paralizada ante el grito de la mujer. Era la hija del conde, pero la manera con que su familia siempre la había tratado, hacia que ni siquiera los sirvientes la consideraran una dama.

Apretó los labios, frustrada al saberse descubierta, pero por suerte era una doncella y no…

—¡Ah! —El férreo agarre de una mano, le hizo soltar un gemido de dolor.

Se miró la muñeca apresada y luego alzó la vista hacia su captor.

—Pero… ¿qué tenemos aquí?

Al ver que se trataba de su hermano Darce, que sujetaba con fuerza, sintió un fuerte estremecimiento que a duras penas la mantuvo en pie.

—Hermano… me haces daño —gimió, y los ojos azules de su hermano, rezumaron odio y rencor.

—¡Oh! —exclamó Phiona, riendo—. ¿El pajarito tiene voz?

Su voz se escuchó desde la escalera de piedra que daba a la planta superior del castillo. La risotada de su hermana pequeña hizo que un sudor frío recorriera su espalda.

Megan alzó la vista hasta Phiona, su preciosa hermana, que había heredado la belleza de su madre y su maldad. Mientras iba bajando las escaleras, pudo ver acercarse su bello rostro ovalado, enmarcado por una preciosa melena rubia como el sol. Sus ojos la miraron con un odio que contrastaba con su sonrisa. Phiona tenía la apariencia de un ángel, pero el corazón de un diablo.

El varón apretó con más fuerza, haciendo que Megan centrase de nuevo su atención en él.

—¿Qué demonios haces aquí? —le preguntó Darce, zarandeándola.

Echó un vistazo a su atuendo andrajoso, e hizo una mueca de desprecio.

—¡Dejadme en paz! —se atrevió a decir, y eso le valió otro tirón que dolió aún más que los anteriores.

—¡Puaj! ¿siempre huele tan mal? —Phiona hizo ademán de taparse la nariz al acercarse.

—¿Nuestra criada particular? Por supuesto —se burló Darce— ¡Responde! ¿Qué haces aquí?

—¿No es evidente? —rio Phiona—. Se escabulle de su propia boda.

—¿Eso haces?

El cuerpo de Megan empezó a temblar ante la mirada perversa de su hermano, que volvió a zarandearla hasta hacerle soltar un débil gemido.

—Golpéala y dale una lección —azuzó Phiona, sin atisbo de remordimiento.

Darce puso su cara a la altura de la de Megan, pero ella rehuyó la mirada.

Su hermano era grande y fuerte, sabía luchar y donde golpearla para hacerle daño. Su apostura no revelaba lo malvado que podía llegar a ser. Era igual que Phiona, aunque no tan inteligente, lo que en algunos casos podía ser más peligroso, porque no medía las consecuencias de sus actos. Aunque maltratar a su hermana Megan jamás tenía consecuencias.

—No puedes irte —masculló.

—No, no puede —añadió Phiona, furiosa de súbito—. Si intenta huir yo seré la que tendrá que casarse con ese salvaje. ¡Y no lo pienso consentir!

Phiona caminó hasta ambos, y al llegar al lado de Megan, le dio una bofetada que la hizo caer al suelo, cuando Darce no la sostuvo.

Con una risa tan malvada que hizo que se le pusiera la piel de gallina, ambos la observaron, sin ninguna intención de ayudarla.

—Da gracias que Maggy no esté aquí todavía —dijo Phiona—. Si nuestra hermana viese lo que pretendías hacer, te habría dejado irreconocible.

A Maggy, la hermana mayor de los hijos de Margaret, le gustaba golpear a Megan por cualquier motivo, un hábito que había aprendido de su madre, y que no se le había quitado con

los años.

Megan sentía terror por todos ellos, pero principalmente por Maggy. Su crueldad, esos ojos grandes y perversos, el odio infundado que tenía hacia ella… Solo cuando se casó el año pasado, Megan pudo respirar algo más tranquila. Aunque vivir con Phiona, Darce y lady Margaret seguía siendo un infierno.

Ciertamente, no es que el trato de sus otros dos hermanos y su madrastra, fuera mejor. A Megan le hacían desear marcharse lejos o entrar en un convento, aunque eso significara tener que raparse el pelo. Aunque… de todas formas, Megan odiaba su pelo, y Maggy también. Su hermana en un ataque de crueldad, se lo había cortado hacía ya muchos años. Su color rojo molestaba a toda la familia, quizás porque les recordaba que era hija de la antigua señora del castillo. Qué lástima que su madre no tuviera familia con vida, quizás habría podido ir con algún tío lejano. Era lo que solía soñar de pequeña, huir de allí. Pero… no tenía ningún pariente vivo, pero ciertamente sí tenía demasiado miedo para marcharse.

Marcharse, gimió.

Ahora se marcharía, como una mujer casada. Dejaría a sus hermanos atrás y todo lo demás. Habría sido muy feliz, si se hubiera podido casar con un buen hombre, en vez de con un demonio. Cerró los ojos y apretó los puños, aún en el suelo. Se odiaba, por preferir quedarse en ese infierno en lugar de descubrir cuan malvado podría ser su futuro esposo. Era una cobarde.

—Deja de lloriquear —Darce volvió a agarrarla del brazo y la levantó sin piedad.

A rastras, la guio hacia su habitación, lúgubre y pequeña.

—Vamos —canturreó Phiona—. Prepárate para la boda.

Se rio más alto y su hermano también, como de una broma que solo ellos dos conocían.

De improviso Phiona se inclinó sobre su oído y le dijo:

—Va a destrozarte, Megan.

La alegría de su voz contrastó con el pánico de ella.

Por fin entraron en su habitación y Darce la empujó hacia su jergón.

—Vístete y no dejes mal a padre —dijo con todo el desprecio que fue capaz—, o te

daremos una paliza.

Antes de que Phiona pudiera encerrarla en ese lugar para ir a buscar a su madre y contarle que su hermana pensaba huir, le dijo estás últimas palabras:

—Ese salvaje te enseñará de verdad a comportarte.

Su hermano aportó otro tanto, para acompañar la risa estridente de Phiona.

—Aunque por lo poco que vivirás, dudo que valga la pena la molestia.

Megan dejó que las lágrimas resbalaran por sus mejillas, pero no pronunció sonido alguno. No dejaría que supieran lo aterrada que estaba. Sólo cuando se marcharon, soltó un tímido sollozo antes de ponerse su horrible vestido de boda.

Cuando llegó su prometido, la bestia era igual como se había imaginado. Grande, tosco… apuesto. Como lo era su hermano, solo faltaba averiguar si con la misma maldad que él.

Capítulo 2



—Desnúdate.

Sí, su marido era una bestia.

No había luz en aquellos ojos. Duncan McLeod había resultado ser para Megan Harris, ahora la señora de los McLeod, todo lo que sus familiares deseaban para ella.

Era alto, de espaldas anchas y cintura estrecha, se había presentado ante ellos como un bárbaro, sin camisa y solo con una banda de sus colores negro y rojo sangre, cruzándole el pecho. Su cabello negro y largo le llegaba más allá de los hombros y Megan pudo sentir como eso y su carácter, amargo y duro, provocaba miradas de reprobación y rechazo.

La ceremonia había sido más bien corta, y acto seguido, después de un escueto banquete, no había desaparecido la luz del sol cuando la arrastró a su dormitorio con la mirada impasible de su padre sobre ella. Con un rictus severo en aquellos labios fruncidos, le indicaba claramente que no toleraría ninguna pataleta.

Megan se dejó arrastrar en silencio, y a pesar de que algunos caballeros habían lanzado algunas palabras obscenas, la mirada oscura del laird McLeod, los hizo callar a todos.

Y ahí estaba ella, a los pies de su cama, iluminados por el fulgor de la tenue luz del fuego que ardía en la chimenea.

—¿Debo volver a repetírtelo?

Las palabras habían sido claras, una orden precisa que ella no podía ignorar.

—Yo…

Su esposo le había dicho claramente que se desnudara y ella no entendía por qué le pedía tal cosa. ¿Acaso tenía algo que ver con el ritual de la consumación? ¡Que vergüenza!

Debía haber un error.

Recordó las palabras de Phiona.

Su hermana había sido clara en ese aspecto. *La consumación solo conlleva un dolor tal, que desearas estar muerta. No obstante, la muerte no llega y tendrás que revivirlo una y otra vez mientras tu marido profana tu cuerpo.*

¿Eso iba a hacer? ¿Profanar su cuerpo? ¿Algo que se hacía sin ropa? Significaran lo que significaran esas palabras, no podía comprender qué le estaba pidiendo.

—¿Debo desnudarme? —Le preguntó como si no se lo acabara de creer.

Duncan McLeod no respondió, pero sí que lanzó un largo suspiro. Definitivamente estaba furioso y hastiado de todo aquello.

La agarró de la muñeca e hizo que se sentara en la cama.

—Esto… —dijo apretando los dientes—, será tan desagradable para ti, como para mí. Créeme.

Ella asintió, queriendo darle la razón, queriendo agradarle, como si con ello evitara ese dolor terrible que su hermana le había anunciado.

—Sí —dijo sin saber muy bien que más decir.

Pero al ver que no se desnudaba, su esposo alzó una ceja.

—¿Y bien?

Megan parpadeó.

—Yo… ¿debo… hacer algo?

El guerrero se llevó ambas manos al rostro, como si pidiera paciencia a uno de sus dioses paganos.

—Túmbate en la cama —consiguió decir con una voz demasiado calma, muy alejada de lo que había prometido su estado.

Ella asintió y en un instante se quedó tendida boca arriba, tan desconcertada como no lo había estado nunca antes.

El inmenso guerrero se erguía frente a ella, y la miró por un largo rato. Quizás esperando

que hiciera algo, pero ella fue incapaz de moverse, de hacer nada que no fuera temblar. En verdad no sabía qué hacer, ni qué se esperaba de ella. Era cierto que le había ordenado que se desnudase, pero estaba tan nerviosa que no tenía fuerzas ni para cumplir con esa simple orden.

Una exhalación salió de la boca del hombre.

—Podrías facilitarme las cosas —dijo en un tono de voz que no fue tan duro.

Megan apretó los labios, con cierta expectación. Se incorporó sobre los codos, pero cuando lo hizo, la mano del guerrero descendió hacia ella y la empujó de nuevo hasta que su espalda tocó el colchón de plumas.

—Ninguno de los dos disfrutará con esto, así que es mejor hacerlo rápido.

—De acuerdo —dijo Megan, pero sin tener ni idea de a lo que estaba accediendo.

Su esposo, tomó el cuello del vestido y deshizo los lazos, para después abrirlo lo suficiente como para revelar sus pechos.

—¿Qué…? —Su instinto fue cubrirse con brazos y manos, pero a su esposo no pareció importarle. No contento con eso, tomó el dobladillo de su vestido y le subió la prenda hasta los muslos.

—Y ahora, abre las piernas.

—¿Qué…? ¿Qué estás haciendo?

Megan sintió que no podía respirar. ¿Qué estaba pasando?

McLeod la miró con cierta confusión.

—Eres una Harris —dijo como si aquello lo explicara todo—. No me harás creer que aún eres virgen, muchacha.

Megan no tenía experiencia en lo que se refería al matrimonio, a los hombres, pero no era tan estúpida como para no saber qué significaban esas palabras. Su esposo claramente quería ofenderla. Y no entendía por qué. Le tembló el mentón, pero finalmente lo elevó.

—Sí, soy virgen. Y no peco con hombres, señor.

Él se inclinó sobre ella y una sonrisa que le pareció la de un depredador lució en su rostro como un puñal que iba a clavarse en ella.

—Bien, eso evitará que me plantee matarte si vuelvo de la guerra y has dado a luz un hijo.

Abrió la boca ante la crueldad de sus palabras.

—Yo… —pero cuando él volvió a alzar una ceja, instándola a continuar, Megan apartó la mirada.

Su esposo le estaba dejando claro, que eran enemigos, y no tenían porque estar en buenos términos. Al fin y al cabo, ella solo era una posesión más, ¿verdad?

Ella se tragó un sollozo.

Ambos estaban en contra de ese matrimonio. Si hubieran podido elegir, jamás habría sucedido. Sin duda Duncan no la habría escogido como esposa y madre de sus hijos. Mucho menos como señora de su clan. Y ella… ella preferiría estar en cualquier otra parte que en esa alcoba, con la bestia del norte.

El rostro de su esposo se oscureció, la miró como si él también quisiera estar en cualquier otra parte.

—A pesar de que es nuestro deber, podemos fingir que esto no ha tenido lugar.

Megan parpadeó. ¿Acaso le estaba proponiendo…? Cerró los ojos y negó con la cabeza.

A pesar de ser insignificante, a pesar de haber nacido sin estrella, se consideraba a sí misma una mujer honorable. Había dado su palabra, y la cumpliría. Si ese matrimonio no se consumaba, no sería porque ella se negase a cumplir con su deber.

—No, no estoy de acuerdo. Deseo cumplir con mi deber de esposa.

Él frunció el ceño, y la miró con intensidad.

A pesar de que sentirse aterrada, Megan le aguantó la mirada, hasta que él asintió.

—Está bien. Entonces, intenta relajarte y respirar.

Por un momento, ella pensó que había algo de compasión en sus ojos oscuros, pero pronto le aclaró que habían sido imaginaciones suyas.

—Y ahora, acabemos con esto.

Así debía ser. No había escapatoria. Un matrimonio no era válido sin la consumación, eso

ambos lo sabían —aunque Megan no tenía una idea real de lo que significaba— y debían dar gracias de que el rey no hubiera pedido que hubiera testigos de tal hazaña.

Megan tembló cuando vio el cuerpo de Duncan McLeod entre sus piernas, aún de rodillas sobre la cama.

Las grandes manos del guerrero la tomaron por detrás de las rodillas. El aire frío acarició las piernas de Megan mientras intentaba incorporarse sobre sus codos y retroceder. Pero una mirada de él la dejó clavada en el lugar en el que estaba.

Pero él se lo impidió. Se inclinó sobre ella hasta que Megan pudo sentir la calidez del cuerpo masculino sobre ella.

Alzó las manos instintivamente para protegerse, pero no importó cuanta fuerza ejerciera sobre su pecho. Él no se movió.

—Seré rápido, ¿de acuerdo?

Sorprendida por ese deje compasivo en su voz, Megan volvió el rostro hacia él.

Asintió sin dejar de cubrir sus pechos con los brazos y las manos.

—Intenta aguantar el dolor.

Los ojos de Megan se llenaron de lágrimas. Jamás pensó que Phiona tuviera razón, que ese hombre iba a proporcionarle tal dolor que desearía estar muerta. Pero si él mismo le estaba diciendo que debía aguantar el dolor, es que… no había otra forma de hacerlo.

—Por favor… —suplicó, con voz temblorosa, pero su esposo solo la miró un largo instante mientras se quedaba quieto.

—¿Crees que lo deseo? No lo hago —dijo, dejando atrás su compasión—. No te deseo en absoluto.

Pero como si estuviera dispuesto a declarar esas palabras junto a una contradicción, la besó profundamente.

Sus labios eran mucho más cálidos de lo que ella había imaginado, al igual que sus manos, que dejaban un reguero de fuego en sus piernas al moverlas y apretar sus muslos. Calor… Sentía fuego donde la tocaba.

Estaba confundida. Ella había esperado que la golpease, que le hiciese ese daño insoportable del que hablaban, pero sus besos y sus caricias toscas, la confundieron.

Sí, actuaba con rudeza, pero al mismo tiempo con una delicadeza que le resultó incomprensible.

Tembló indefensa, mientras los labios de su esposo abandonaron los suyos para recorrer su cuello y seguir avanzando hasta el borde de su escote, donde ella ocultaba su piel. Le apartó las manos y acto seguido, abrió aún más el escote de su vestido, exponiendo por completo sus pechos. Sus pezones asomaban por la fina camisola y cuando los tocó, estos se endurecieron al instante.

Se retorció cuando notó algo cálido y duro sobre el estómago. Entonces él empezó a gemir y ella pensó que lo mejor era quedarse quieta, intentar sobrevivir a como diera lugar.

Dio un respingo al notar como sus dedos acariciaban el interior de su muslo, hasta llegar… ¡Señor! ¿En serio?

—Respira.

Fue una orden que la obligó a abrir los ojos, que ni siquiera sabía que tenía cerrados.

—¿Qué?

El rostro inexpresivo de Duncan estaba sobre ella, mirándola sin reproche, ni aliciente.

—Solo respira, estás tensa como la cuerda de un arco.

Ella tragó saliva y obedeció. No se había dado cuenta hasta ese momento de que contenía el aliento. Asintió y volvió a respirar profundamente.

Se estremeció cuando él deslizó una de sus manos a lo largo de sus piernas, esta vez mientras la miraba a los ojos. Se apoyó sobre uno de sus codos y volvió a acariciarlas, abriéndolas para dejar espacio a su enorme cuerpo.

Megan seguía asustada y esa caricia extraña la tenía en vilo. ¿Qué vendría después?

Como si estuviera tan fascinado como ella, la mano de Duncan dejó atrás los níveos muslos de su esposa y subió por su estómago, hasta apretar uno de sus pechos. Los montículos rosados se endurecieron aún más y… ella gimió de nuevo.

La luz que vio en los ojos del guerrero fue tan devastadora como inesperada.

—¿Te gusta? —preguntó esperanzado, pero totalmente serio.

Ella tembló, y gimió de nuevo cuando él movió sus caderas contra el centro de su deseo.

—Yo…

Como si deseara que Megan no hablara, la boca de él descendió sobre uno de sus montículos. Atrapó uno de sus pezones con los labios y la hizo gritar. La sintió arquearse contra él.

Megan abrió la boca para capturar todo el aire que creía que se le escapaba.

No le suplicó que parara ¿Por qué? No podía llegar a entenderlo.

Se sorprendió a sí misma deseando que continuase, porque aquellas sensaciones no eran desagradables y… había cierta ternura en ese contacto.

Permaneció tumbada con los ojos bien abiertos, experimentando lo que jamás había sentido.

Cuando la mano de su esposo se metió entre sus muslos y notó su suave toque de nuevo, ella se retorció, como si entendiera que ese era un gesto demasiado íntimo.

—No te cierres —dijo él alzando la cabeza y mirándola a los ojos—. Abre más las piernas.

Megan asintió.

De todas formas, las caderas del hombre no le permitían juntar sus muslos.

Soltó un gemido de dolor cuando él introdujo un dedo en su estrecha cavidad, aunque al mismo tiempo sentía un placer que jamás había sentido. Su otro dedo la acariciaba, encendiéndola, como si ansiase más ese contacto.

—Mmmm…

—Lo hago para que no te duela tanto.

Ella no lo comprendió en ese momento, porque en verdad dolía, sobre todo cuando introdujo un segundo dedo. Pero también sentía como el placer se concentraba en un mismo punto, luchando contra ese mismo dolor.

—Respira.

Y ella de verdad lo intentó. Seguir respirando parecía realmente difícil con ese guerrero mirándola, contemplándola, cubriéndola con la inmensidad de su cuerpo.

Tenía el vestido enredado en la cintura, completamente expuesta ante él, que seguía acariciando las partes íntimas que ni siquiera ella misma se había atrevido a explorar.

—Por favor… —suplicó—. Es extraño.

—Lo es.

Ella se refería a las sensaciones que sentía al ser tocada ahí. Duncan se refería a lo extraño que era desear de aquella manera a la hija de su enemigo.

Megan era hermosa. Su expresión dulce y asustada en cualquier otra circunstancia habría hecho que retrocediese. Jamás había forzado a una mujer y, si en algún momento ella se negaba, por los dioses que él se detendría. Pero esa joven, al igual que él, sabía que eran su deber entregarse a su esposo. Sus suaves gemidos cuando él la rozaba, el calor de su sexo y la humedad de sus paredes, le decían que estaba dispuesta a ello. No pudo evitar pensar que, si no se tratase de la hija de un Harris, la habría tratado con más dulzura. Pero ellos habían matado a sus primos, solo por defender al legitimo rey de Escocia.

La miró de nuevo. Su rostro era maravilloso, ovalado, salpicado de graciosas pecas que parecían querer escapar de sus mejillas arreboladas. Sus labios hinchados y rojos como fresas maduras inducían al pecado, y lo atraían como la miel al oso.

El cuerpo de Duncan temblaba. Y se dijo que debía acallar sus emociones, dejar de pensar que era hermosa y acabar con aquello de una vez. No debía olvidar donde estaba, consumando su matrimonio en la fortaleza Harris, rodeado de enemigos. Debía partir de inmediato. Había conseguido salvar su vida y la de su clan, solo porque debía hacer un gran servicio al rey David.

Al odioso rey que le había impuesto ese matrimonio.

La miró de nuevo, sintiendo el deseo correr por sus venas.

Debía terminar cuanto antes. Antes de que decidiera que le gustaba su esposa.

Por un momento Duncan frunció el ceño.

Ella lo miró a los ojos cuando él detuvo su caricia.

—¿Qué sucede?

Él negó con la cabeza, enfadado consigo mismo por la idea que acababa de rondarle. No le gustaba, no le gustaría jamás.

Sí, la odiaba con todo su ser. Era consciente de que ella no tenía culpa, pero era hija de su padre, una Harris, una serpiente.

—No te deseo —esta vez sí mintió—. Ni lo haré jamás.

Ella abrió los ojos y después los apretó con fuerza, cuando notó que él había substituido la caricia de su mano por otra cosa mucho más gruesa. Algo se estaba abriendo paso en su interior y le robaba la respiración.

Se deslizó para llenarla por completo, y el grito de Megan resonó en la habitación.

Se sintió invadida, llena de algo que era sumamente doloroso. Duncan temblaba sobre ella, se quedó quieto por unos instantes, para dejar que su apertura se adaptase a él.

—Me duele —gimió. Sorprendida de que lo que hubieran estado anunciándole fuera cierto.

—Lo sé —las palabras de su esposo sonaron a disculpa—. Respira.

Retrocedió con lentitud, y volvió a invadirla mientras ella gimoteaba. Duncan descendió de nuevo sobre ella, y volvió a conquistarla. Una y otra vez, hasta que la notó más abierta. Saboreó sus labios, y le acarició el pelo. El beso fue largo y profundo…

Megan se retorció bajo su cuerpo hasta que se dejó envolver por su calor. Duncan sabía bien, olía a corteza de abedul. Ese fue el pensamiento incoherente que la sobrevino mientras él se introducía, una y otra vez, dentro de ella, mientras su lengua invadía su boca y ella le salía a su encuentro, empujándola con la suya.

—Dioses… —gimió, Duncan—. Me lo estás poniendo difícil.

Porque era deliciosa, exquisita. Sus gemidos, la forma en que movía las caderas bajo él, cómo sus delicados dedos se posaban en su pecho. Se convenció a sí mismo de que seguía

odiándola.

Ella parpadeó al escuchar sus palabras contra su oído, y abrió la boca para soltar un gemido, presa de un dolor cada vez más sutil, que empezaba desvanecerse para transformarse en placer. ¿Cómo era posible que le gustara tanto algo que dolía de aquella manera tan atroz? Aunque… No, ya no dolía tanto.

—Lo siento —la disculpa de Megan solo hizo que Duncan se elevara sobre sus codos y la embistiera otra vez, con más fuerza y brío.

Ella se sorprendió a sí misma buscando esa unión, a pesar del dolor.

La boca de Duncan besó y lamió su cuello, mientras las manos recorrían los pechos generosos de su esposa. La penetró una y otra vez, dejándose abrasar por el intenso deseo que sucumbió en tortuoso placer.

Megan sintió como el cuerpo de su esposo temblaba, como su respiración de aceleraba y enterraba su rostro en el cuello de ella. Gimió, al notar como el peso de él caía sobre ella, aplastándola.

Ella apretó los labios, mirando al techo.

Respiró hondo.

No había sido para tanto. Puede que incluso su esposo no estuviera tan decepcionado con ella, como Phiona había jurado que estaría.

Cuando todo acabó, se levantó deprisa, acomodando sus ropajes extraños que ni siquiera se había quitado.

Antes de salir de la habitación, la miró por encima del hombro.

—Megan McLeod, regresaré a por ti.

Ella saboreó el sonido de aquellas palabras. Ahora era una McLeod, y cuando él la abandonó dando un portazo, no supo si había cierto deje de amargura en aquellas palabras.

Capítulo 3



Año, 1140. Dos años después.

El actual rey de Escocia, David I, no había nacido para gobernar, pero a lo largo de su vida, su astucia le había permitido saber rodearse de las personas adecuadas.

En el rey, Enrique I de Inglaterra, había encontrado un aliado, que le dio una buena esposa, tierras y poder. Convertido en el príncipe de Cumbria, antes de ser rey, David supo hacerse un nombre en la corte inglesa. Las trifulcas familiares antes de poner la corona sobre su cabeza, no fueron nimiedades, pero David supo ganar poder y confianza mientras su exilio en Inglaterra duró.

Una vez muerto su hermano, Alejandro I, David contó con aliados fuertes para derrotar a su sobrino, quien quería heredar el trono escocés. Cuatro años de lucha y por fin la corona era suya.

David había aprendido mucho del rey inglés. Enrique, hizo fuertes sus fronteras mediante matrimonios y astucia, ahora él pretendía hacer lo mismo.

Después de la muerte de Oengus de Moray, David decidió ceder el territorio a su sobrino William Fitz Duncan, al que casó con la hija de Oengus para legitimar su liderazgo. Así lo convirtió en el nuevo Mormaer, título de caudillo, que solo tenía por encima de su palabra, la del rey y Dios.

Llegados a este punto y después de la guerra civil, David había querido instaurar una política de matrimonios que acabara con las rencillas entre los hombres de Escocia.

A sus fieles vasallos, que lo habían servido bien, les otorgó más poder y territorios, y a aquellos hombres de las Highlands que habían desafiado su poder, y habían perdido: les otorgó el perdón y… una esposa que no era de su conveniencia. Mediante esos matrimonios se cercioraba de tener ojos y oídos, aliados, en todas partes. Los descendientes de estas uniones, serían los nuevos señores de Escocia, que harían más fuerte a la nación, olvidándose de viejas rencillas que padres y abuelos habían protagonizado.

David I era inteligente, sabía que con el tiempo las heridas sanarían y nacería un nuevo reino, al que él ayudaría a florecer con sus reformas. Fundando nuevos asentamientos y monasterios.

De entre los escoceses más temidos, sobresalieron fuertes guerreros, que David había tenido que sobornar, o amenazar, para ganarse su favor.

Duncan McLeod, fue uno de ellos.

Era joven y su orgullo fuerte. Solo la amenaza de destruir su clan había hecho que hincara la rodilla y aceptara sus exigencias. David lo había obligado a casarse con Megan de Harris, hija de su buen amigo el conde William. Para asegurarse de que no matara a la joven novia, lo había enviado al norte. Había tenido que vigilar la zona de Caithness y parte de las Orcadas, territorios que había cedido a su sobrino de cinco años, Harald Maddasson, otorgándole además el título de conde, para un año después, estos mismos territorios volvieran a pasar a manos de la corona.

Con dos años en ese servicio, David esperaba que fuera tiempo más que suficiente para calmarse y aceptar su destino.

Por su parte, Duncan McLeod había supuesto que ya había cumplido con su deber para con el rey.

Quería volver a casa, aunque eso significara pasar por tierras de los Harris y llevarse a su joven esposa, quien había esperado en la casa de su padre, desde su partida.

Mentiría si dijera que no le había dedicado un solo pensamiento a la muchacha, pero no expresaría esa vergüenza en voz alta. Esa debilidad se la guardaría para él.

Recordaba el día de su boda. Las miradas de pánico, de horror… ¿tan funesta era su reputación? No le importaba lo más mínimo lo que aquellas gentes del sur pensaran de él. Duncan solo deseaba cumplir con lo impuesto y volver a casa. Pero… no se esperaba que el rey le diera una misión de dos años en el gélido mar del Norte. Ni tampoco esperaba que su esposa… fuera tan hermosa.

No hacía falta decir, cuan desagradable le había resultado ese asunto. Las horas que estuvo en aquella fortaleza, para aceptarla en matrimonio frente al clérigo, y para después consumar la unión, habían sido más que suficientes para darse cuenta de con quien se casaba. Con una muchacha consentida y altanera, cuya soberbia le impedía tan siquiera dirigirle la palabra.

Mientras se acercaba a la fortaleza de Harris, sobre su caballo, Duncan apretó los dientes.

No fingiría no sentir curiosidad por ver como había tratado el tiempo a su esposa, pero tampoco fingiría que deseaba permanecer en esa casa más tiempo del estrictamente necesario. Megan Harris, que desde hacía dos años se llamaba Megan McLeod, iría a las islas occidentales, a su nuevo hogar y… no sería bien recibida por nadie.

Una esposa impuesta. Una espía del rey. Una mujer… a quien no había podido sacarse de la cabeza.

—Dos años sin ver a tu esposa. ¿Qué sientes al volver a casa? —La pregunta de Lachlam McDonald, con quien Duncan había luchado codo con codo en el norte, durante esos dos largos años, no le hizo cambiar su expresión feroz.

Lo miró y hubiera jurado que un gruñido habría sido más que suficiente para hacerle callar de golpe.

Debió entender que Lachlam McDonald no se callaba ante nadie.

—¿Así de emocionado estás?

Puso los ojos en blanco ante la carcajada de Lachlam.

Los hombres McLeod que los acompañaban, escucharon sus pullas, pero no se rieron abiertamente. Duncan tenía un carácter de mil demonios cuando se le contradecía y no necesitaba

ninguna excusa para hacer gala de él. Y en aquellos momentos, sus hombres sabían que no podía sentirse muy feliz.

¿Quién estaría contento de ir a buscar una esposa indeseada, en lugar de volver a su hogar?

—¿Has enviado una misiva a casa para anunciarles tu regreso? —preguntó Lachlam. Antes de que Duncan pudiera contestar, siguió hablando—. Yo lo he hecho. Mi padre estará contento, parece que el rey David ha hecho honor a su palabra. Nuestra gente vive en paz. Incluso ha fundado un monasterio cerca de casa…

—No me importa —ante su voz grave, su amigo y compañero de viaje puso los ojos en blanco.

No, definitivamente no envidiaba el recibimiento que los McLeod harían a esa pobre muchacha que se había visto forzada a casarse con el demonio escocés.

—Por favor cuando la veas, no le gruñas así.

Una exhalación prolongada, anunció que no pensaba decir nada más.

Duncan tenía sus pensamientos lejos de allí. Por supuesto que le inquietaba el tema de su esposa, pero no podía dejar de pensar en algo mucho más importante: su hogar.

Duncan lo echaba de menos, cada peldaño de piedra que daba a la torre, el calor de la chimenea en invierno, la especiada comida del salón, sus amarres secretos en diminutas calas de acceso imposible, el canto del juglar… Sí, el viejo juglar de su padre. Un lujo que el laird siempre había querido conservar, más que nada. Había una leyenda antigua, cuya bestia marina solo se amansaba con el sonido de un arpa mágica. Duncan había fantaseado con ser descendiente de esa bestia. El sonido de las notas en su cabeza, la agradable voz contando historias de otros tiempos… Sí, él era una bestia que también podía amansarse con música.

Cuando llegaron a la cresta de la loma, las doce monturas se detuvieron para observar qué les esperaba bajo sus pies. Habían ido muy al sur, y a medida que avanzaban, su humor se había hecho cada vez más sombrío. A pesar de que las pullas entre los dos amigos eran legendarias, Lachlam y Duncan habían permanecido en silencio, pensando en sus hogares.

—La fortaleza de Harris —dijo Duncan con un suspiro.

—Consuélate en que nuestro viaje termina aquí y no en Inglaterra.

Una hilera de soldados les siguió mientras descendían la colina. Duncan aspiró el olor a mar, podía ver el sol de la tarde reflejarse en el agua mientras la fortaleza se hacía cada vez más alta y amenazante.

El otoño estaba a punto de llegar y el frío empezaba a hacerse notar cuando finalmente llegaron a sus puertas. Por si las ropas que llevaban no habían delatado su estatus y linaje, esperaron a ser recibidos después de dar sus nombres a los soldados que vigilaban la gran puerta.

—Sean bienvenidos, señores.

Ninguno de los dos *lairds* sonrió, ni hizo gesto amistoso alguno.

—Dios nos asista. —Lachlam pronunció esas palabras como una plegaria—. Pasar la noche bajo el techo de nuestros antiguos enemigos.

Duncan apretó los dientes y meneó la cabeza como si el mismo diablo le hubiera puesto una mano en la espalda para confirmarlo.

—No te pongas cómodo. Partiremos al alba.

Sus hombres guardaron silencio mientras sus monturas los llevaban al interior de la fortaleza. Murallas de roca dura y gris los aguardaban. Desmontaron cuando lo hizo su líder y todos lo escucharon al susurrar.

—Nos largamos nada más recoja lo que es mío.

***

Megan McLeod era incapaz de acallar su corazón, este le martilleaba con fuerza en el pecho.

No habían cambiado muchas cosas en esos dos años, salvo, quizás, que su cuarto ahora

tenía una ventana. Miró por esta, esperando la llegada inminente de su marido.

Dos años, se repitió.

¿Cuánto habría cambiado el gigante escocés en dos años? A veces, Megan se sorprendía evocando su rostro, sus ojos… apenas lo recordaba. Su recuerdo había quedado desdibujado en el tiempo. Tampoco es que hubiera tenido mucho tiempo para familiarizarse con su aspecto. La boda fue fugaz, y la noche de bodas, transcurrió en la penumbra de una lujosa habitación que su madrastra y su padre habían preparado especialmente para la ocasión. Sabía que el rey David, estaba especialmente interesado en esa unión, y si algo detestaba su padre era que se hablara mal de él en la corte. Por ese motivo las colchas de la cama eran de las mejores telas, la comida del banquete, tenía exquisiteces que Megan jamás había probado, y su trato… ese día, en presencia de su ya esposo, nadie se atrevió a tratarla con desprecio.

Pero para su desgracia Duncan McLeod, se había marchado, quedando ella desprotegida y a merced de una madrastra que no la quería allí, y unos hermanos que la trataban peor que a una leprosa.

A pesar de que el matrimonio no le había proporcionado a Megan ninguna ventaja, ella había rezado por su esposo. El laird de los McLeod, era mencionado en sus plegarias diarias. Le había pedido a Dios que lo mantuviera vivo y a salvo, porque eso es lo que hacía una buena esposa, ¿no? Y Megan quería serlo. Y aunque fuera el monstruo que todo el mundo decía que era, no podía desearle la muerte a nadie, ni tan siquiera a su odiosa familia, de lo contario, tales pensamientos la harían arder en el infierno una vez que su hora llegara ¿No era así? Así se lo había asegurado el padre Lias. *Todos tus malos pensamientos, el Creador los ve, y son pecados que deberás expiar.* No, no quería seguir sufriendo en la otra vida.

Además, pensó que, si se portaba bien, si no desataba su ira, quizás… podría ser feliz en las islas, quien sabe si tener una nueva familia. Darle hijos…

Me conformo con que no me odien, rogaba al Señor.

Sí, si era buena y obedecía a su esposo, si conseguía pasar desapercibida y no molestarle con su presencia… estaba segura de que podía dejar de ser infeliz.

Otra opción era que su esposo se olvidara de ella para siempre, al fin y al cabo, ya se había acostumbrado a una vida llena de humillaciones. Que su madrastra la golpeara, no era nada nuevo y que su hermano la tratara como una alimaña, tampoco. Si Duncan McLeod iba a tratarla igual de mal, era mejor quedarse en el castillo Harris, al fin y al cabo, su hermano no era tan grande como su esposo. Podía sobrevivir a sus palizas. Sin embargo… ¿sobreviviría a otra noche de bodas como la que tuvo?

Sin poder evitarlo sus manos se pusieron en movimiento e hizo la señal de la cruz.

Rezó. Rezó con fe y fue egoísta, pidiendo esta vez, que nada malo le ocurriera a ella.

Si Dios escuchó sus plegarias, era algo que estaba por ver. De momento sí que Duncan había regresado con vida de su larga estancia en el norte. Lo supo cuando el cuerno sonó y sus ojos se alzaron para encontrarse un cielo gris que anunciaba tormenta.

Sus piernas apenas la sostuvieron al ponerse en pie. Temblaba como una hoja. Se asomó a la ventana y pudo ver el patio interior. Había el bullicio de siempre, las anchas mesas con mercancías para intercambiar y vender. Pero fue el trajín de algunos jinetes lo que le llamó la atención.

Miró a los recién llegados sin parpadear. Se distinguían de los hombres de su padre, por su extraña indumentaria. Iban vestidos con sus mantos tan particulares. Había dos patrones distintos en los *kilts* de cada hombre. Los tartanes los diferenciaban como hombres de distinto clan. Mientras los colores de los McDonald de las islas, eran diversos, verde y azul, con líneas rojas y blancas, los colores de su esposo, de los McLeod, eran de un rojo sangre, y negro como la pez.

Cuando la docena de soldados desmontó y miró alrededor como si estuvieran en casa del enemigo, se dio cuenta de que quizás pocas cosas habían cambiado en dos años. Seguía con las mismas ganas de estar casado con ella, lo veía en su rostro, es decir: ninguna.

Megan se agazapó detrás de la ventana, para después volver a asomar su cabeza llena de rizos pelirrojos que el viento azotó despeinándolos y anudándolos de una manera cruel e irreversible.

—¡Ya están aquí!

La voz cantarina de Phiona llegó desde su espalda. Megan se sobresaltó llevándose una mano al corazón y enfrentando a su hermana con temor.

—Phiona —susurró su nombre, sorprendida, como si no esperara encontrarla allí.

—¿No estás emocionada?

Megan calló, pero siguió mirándola con los ojos muy abiertos.

Phiona sí que parecía emocionada. ¡Y lo estaba!

Emocionada, por el simple hecho de ver a su hermana aterrada por la inminente aparición de su esposo.

—El monstruo escocés va a llevarte —sonrió con malicia—. No querrás hacerle esperar, ¿no?

No tuvo tiempo de reaccionar cuando Phiona estiró el brazo y agarró con fuerza sus cabellos. De un súbito tirón la puso en pie.

—Ven conmigo.

Megan la siguió, con lágrimas en los ojos. Quiso no prestar atención al dolor en su cuero cabelludo, aunque le fue difícil. Fue dócil tras ella, subiendo y bajando un tramo de escalera para llegar al salón privado de la condesa.

Lady Margaret dejó sus labores en el cesto junto a la chimenea y se levantó solemne, con la mueca de disgusto que siempre lucía cuando miraba a su hijastra.

—Madre, creo que vienen a buscarla.

Lady Margaret se limitó a asentir. Llevaba un hermoso vestido, de un azul pálido, la cabellera trenzada del color de la paja, le daba un aspecto severo. Miró a su hijastra sin querer ocultar su parecer respecto a que siguiera allí, y que por su culpa los salvajes highlanders hubieran atravesado las puertas del castillo.

—Duncan McLeod, ha llegado —dijo Phiona, por si no la hubiera escuchado antes.

Pero lady Margaret, ya se había dado cuenta del alboroto en el patio. Era una visita esperada.

Aunque su esposo sabía que Duncan McLeod era un aliado, no pudo menos que estar algo nervioso por tenerlo de nuevo en sus tierras.

—Sí, lo tendremos de invitado, espero que por poco tiempo —Margaret siguió mirando a Megan con ojos entrecerrados—. Espero hayas tenido tiempo de recoger tus pertenencias.

¿Qué pertenencias? Habría preguntado Megan, de tener más valor.

No había vestidos bonitos para ella, perfumes o joyas. Lo que llevaba puesto era poco menos de lo que poseía.

Cuando vio que no había respondido con celeridad a su comentario, Margaret se acercó a ella. La pálida mano se cerró sobre el brazo mugriento de la muchacha.

—Hoy vas a dar un buen servicio a la casa de Harris, —la soltó, asqueada, para frotarse la mano con que la había tocado contra la tela de su vestido—. Irás a asearte para recibir a tu esposo, es más que probable que desee que tengáis… un encuentro íntimo.

Phiona ahogó una risita, pero Megan no dijo nada, ni siquiera podía respirar sin dificultad.

—Verás Megan —dijo, cogiéndola por la barbilla y obligando a que la mirara a esos ojos que siempre le habían dado tanto pavor—. Si tu esposo te repudia y no te saca de aquí mañana mismo... vas a desear no haber nacido. Así que pórtate bien y sé complaciente —Margaret entrecerró los ojos—. ¿Puedes entender lo que te estoy diciendo?

Por supuesto. Ella lo entendía, perfectamente.

La risilla de Phiona hizo que Megan sintiera ganas de llorar, pero aguantó con estoicidad. Al igual que aguantó el dolor que sintió en el rostro cuando su madrastra le clavó las uñas.

—Si mueres en la odiada casa de los McLeod, poco nos importa. Pero no ensucies nuestro honor. El rey David insistió mucho en este matrimonio. No sé si porque odia al highlander, o porque lo quiere de su lado. Sea como fuere, te irás con él y le obedecerás. Si te repudia… yo misma te arrojaré de la torre. Eso también vale por si intentas escapar como el día de tu boda.

—No… no lo haré, señora.

La empujó, haciendo que se golpeara contra la pared de piedra.

—Bien.

Megan aguantó las lágrimas y se llevó la mano a la sien, temerosa de encontrar sangre en el brutal golpe.

—Qué desagradable eres, Megan —dijo Phiona—. Solo alguien tan miserable como Duncan McLeod te aceptaría como esposa, y eso que no ha tenido más remedio.

La risa encantadora de ese demonio con cara de ángel, hizo que se le pusieran los pelos de punta.

Lady Margaret ni siquiera rio, pero secundó sus palabras.

—Por supuesto, ¿quién querría haberse casado con una mujer tan poco agraciada? Sin don alguno para nada. —la miró con tanto odio…—. Y ese pelo.

Instintivamente Megan se llevó una mano a la cara y ocultó sus lágrimas.

Se dijo que las palabras de su madrastra no la herirían, porque ella ya sabía todo eso. Se lo habían repetido tantas veces a lo largo de su vida, que ni tan siquiera lo dudaba.

Mientras ellas intercambiaban algunas palabras, frente a ella, Megan se tocó el pelo. Era demasiado rojo, sus ojos demasiado grandes y de un color pardo que no gustaba a nadie. Andaba encorvada y siempre deprisa, para poder desaparecer antes de que nadie pudiera verla. No sabía bailar, apenas bordar… lo único que le gustaban eran las hierbas medicinales y se habría llevado unas buenas palizas por ello. *¿Qué dirían? ¿Que la hija del conde de Harris era una bruja?* Hasta eso lo había hecho a escondidas.

No podía hacer nada de lo que la hacía feliz y, por lo tanto, no era feliz en absoluto.

Quizás fuera mejor así, que su marido se la llevara y acabara con ella de una vez.

Piona rio una vez más, captando su atención.

—Tu marido te aguarda, no lo hagas esperar, hermanita.

Margaret se acercó a la ventana. Su expresión mudó a una recelosa. Puede que odiara a su hijastra, pero no le tenía mayor simpatía a McLeod.

Nadie de su familia estaba contento con el matrimonio. Una de las hijas del conde de

Harris casada con un McLeod, no había en su árbol genealógico tal mancha.

—Le diré que pase, para que podáis saludaros debidamente.

Megan abrió la boca para protestar, pero no pudo hacerlo. La mirada de Lady Margaret, le indicaba que estaba deseosa de dejarla con su esposo. La arrastraron escaleras abajo, en el salón no había bullicio, apenas algunas doncellas en sus quehaceres, pero todos pendientes de la llegada.

Megan miró suplicante a su madrastra por última vez, pero no había rastro de compasión en ella. Estaba deseosa, de que supiera lo que le esperaba. Quizás una simple comprobación de que valía más lo malo conocido que lo bueno por conocer.

Megan tembló al recordar las atrocidades que decían sobre su marido. Era un hombre cruel y despiadado que vivía en lo más remoto de una isla del norte. Él mismo había acabado con cientos de hombres. No podía decirse que no fuera un gran guerrero, pero sí que era una bestia. Y así le apodaban, la bestia del norte. La misma bestia que había luchado incansable contra las incursiones y que ahora había recibido el reconocimiento del rey Alfredo. Este le había recompensado con gran riqueza y en todas las Highlands el nombre de su esposo era aclamado como el más fuerte de todos los hombres del rey.

De pronto, un fuerte golpe resonó en el pequeño salón.

Ella no habló, tenía demasiado miedo para hacerlo, pero de igual modo la puerta se abrió, dejando entrar a una temible bestia.

Capítulo 4



Dos años habían pasado.

Dos largos años, y al fin había regresado a por ella.

La puerta del salón se abrió, y el nerviosismo que se apoderó de Megan, hizo que clavase la mirada en el suelo y olvidase todos sus recuerdos que tenía con él, para empezar a temblar como una hoja.

Escuchó los pasos de su esposo, reinaba un silencio sepulcral a su alrededor, quizás interrumpido por una risita burlona de Phiona.

Antes de verlo, el sonido de sus pasos acercándose captó su atención. Megan se obligó a levantar la cabeza.

¡Dios, protégeme!

Su sola imagen la dejó paralizada.

El guerrero, tenía el ceño fruncido, signo inequívoco de que no le gustaba lo que veía.

Megan lo miró con los mismos ojos de ciervo asustado, con los que lo había mirado el día de su boda y ese hecho, pareció disgustarlo aún más. Aunque, acto seguido, esbozó una sonrisa torcida, que provocó que ella tragase saliva.

—No esperaba tan cálida bienvenida —ironizó.

Megan lo miró temerosa.

¿Como no hacerlo? Ese hombre era un gigante.

Iba vestido con sus orgullosos ropajes del clan de las islas. ¿Vendría directamente de sus escaramuzas del norte? Megan juraría que en algunos lugares de la tela a cuadros había manchas de sangre. Sus largos y negros cabellos, como ala de cuervo, rozaban su fornido pecho. La joven

esposa, no se atrevió a mirar más allá.

Pero él sí la miró, de arriba abajo, como un señor que sopesa la compra que ha hecho. Cuando la miró a los ojos, su sonrisa de desprecio se ensanchó. Sus pies se movieron a su alrededor y su cuerpo le pareció aún más corpulento. La rondó, como un lobo ronda a su presa.

La joven se apresuró a bajar aún más la cabeza, para clavar la vista en el suelo. Sabía por su padre que una dama nunca debía mirar a los ojos de un hombre, si es que no quería encontrarse en problemas.

Y ella, ciertamente no quería problemas con ese gigante.

—¿Esta es la bienvenida que recibo de mi esposa? Después de dos largos años de ausencia, pensé que el recibimiento sería mucho más efusivo.

Una nueva risita de Phiona la distrajo. Miró a su hermana, con enfado, por primera vez en mucho tiempo. Pero en ese momento se dio cuenta de que su bello rostro había perdido todo color. Su esposo, Duncan McLeod, la estaba mirando, y para su sorpresa hizo que Phiona agachara la cabeza, con un miedo que jamás vio en su semblante.

—Quizás debamos dejar solos a los esposos, para su reencuentro —dijo de pronto lady Margaret—. Mi esposo llegará enseguida y pasaremos a cenar…

—No nos quedaremos tanto tiempo.

Megan abrió los ojos, esta vez el miedo hizo que lo mirara con una sorpresa infinita. ¿Ni siquiera se quedarían a cenar?

—Como quiera —espetó Margaret. Sin decir nada más, tomó a Phiona del codo y salió de la sala, para dejar a los dos a solas.

No se movió, ni habló hasta que el silencio fue insoportable. Entonces, Megan alzó la mirada para encontrarse con aquellos profundos pozos negros que eran sus ojos. La sonrisa malvada le dio a entender claramente por qué Phiona había perdido su buen humor.

Tembló ligeramente, y el temblor se intensificó cuando se inclinó sobre ella, rozando su oreja con los labios.

—¿Acaso, mi querida esposa, rezabas para que no volviera de la muerte?

Ella abrió los ojos, sorprendida por sus palabras.

No se atrevió ni siquiera a respirar cuando él se apartó ligeramente, aún sin mover los pies del suelo.

—Yo… yo, ¿Por… por qué haría eso? —se atrevió a decir.

Él se encogió de hombros.

—Se me ocurren un par de razones —dijo sin perder la falsa sonrisa.

Al ver que ella titubeaba sin comprender, la tomó de la barbilla para que no rehuyera su mirada. Pero, no lo consiguió. Estaba demasiado nerviosa y asustada. Tenía miedo. No obstante, él no cesó en su empeño y no fue hasta que ella lo miró por primera vez a los ojos, que él la soltó.

—Mejor —le soltó el mentón casi con violencia—. Dime, esposa. ¿Soy bienvenido?

Ella tembló.

—Eres bienvenido.

¿Por qué su sonrisa le resultaba tan inquietante? Quizás porque era falsa, porque amenazaba con actos horribles cuando se esfumara. La miraba con el mismo encono con que la miraba su propio padre o su hermano.

No paró de temblar. Había soportado los golpes de su padre y a duras penas los de su hermano. Su espalda tenía muestras de la crueldad de Darce, no obstante, había sobrevivido. ¿Cómo podría sobrevivir a su marido, si este hacía el tamaño de dos de sus hermanos?

—Es bienvenido, de veras —gimió, bajando la cabeza.

—No te preocupes, como ya te he dicho, no esperaba una cálida bienvenida de mi amada esposa —la palabra amada la dijo con un desprecio que ella no pasó por alto. De igual forma, su voz cavernosa hizo que se estremeciera de la cabeza a los pies.

Como Megan tenía la cabeza gacha, pudo contemplar primero las suaves botas de piel que lucía el señor de los McLeod del norte. Estaban llenas de barro, su mirada subió por sus piernas desnudas.

Alzó la cabeza con asombro y lo vio fruncir el ceño.

—No lleváis calzas.

Él no sonrió, pero le dejó claro qué pensaba de sus palabras.

—Antes de que te escandalices, te recordaré que es un kilt —se inclinó sobre ella, con el único fin de amedrentarla, y lo logró—. Acostúmbrate, allí todos los hombres lo llevan. Siento si no somos tan refinados como los hombres de tu padre.

Megan pudo sentir como escupía las palabras.

Sin duda, los odiaba a todos, sin excepción.

Megan pensó que los hombres McLeod y los de su padre, no eran tan diferentes. Todos tenían un punto en común. Todos le producían un temor insondable. Se había cuidado, durante toda su vida, de no dejarse ver demasiado por ellos, pues con total seguridad no habría estado a salvo de encontrarse con alguno a solas, en un frío pasillo, u en la soledad del bosque. Y quien hubiese sufrido las consecuencias y el enfado de su familia habría sido ella, a quien culpaban de cualquier cosa que sucediese, tuviese que ver con ella o no.

No, ella tenía muy claro que los hombres eran peligrosos. Que se lo dijeran a Maggy, quien después de quedarse a solas con uno de ellos, había tenido que casarse. Sí, el marido de Maggy era un monstruo, no muy diferente al hombre que tenía ante ella. Empezó a temblar sin remedio.

—¡Y ahora, deja de temblar, maldita sea!

La sangre abandonó la cara de Megan al escuchar retumbando en sus oídos la voz en alto de su esposo, que la acababa de sacar de sus pensamientos. Lo había ofendido por una razón de la que no era consciente.

—Lo siento —gimió, consternada—. Yo… estoy feliz por vuestro regreso.

Bueno, feliz, era una palabra muy fuerte.

La carcajada la sorprendió, y cuando miró a los ojos a Duncan, este continuaba burlándose de ella.

—Mientes muy mal, esposa mía.

Cuanto terminó de reír, la expresión del guerrero se volvió aún más fría. La tomó con

fuerza de la barbilla y la acercó a su propio rostro para hablarle con dureza.

—No creas que soy un estúpido, ni tampoco pienses que puedes tratarme como tal.

Ella negó con la cabeza.

—No… no se me ocurriría.

La sujetó con más fuerza.

—Ya veremos.

Sin previo aviso, el guerrero hizo algo totalmente inesperado. Dejó caer su cabeza y presionó los labios contra los de ella, sin atisbo de dulzura, con una rudeza y voracidad que la hicieron quedarse paralizada.

Duncan no sabía por qué había cometido esa insensatez. Quizás para castigarla por los pecados de su padre, o tal vez, para borrarle esa expresión de espanto que evidenciaba que desearía la muerte antes que partir con él. Lástima que no se sintiera tan emocionada por el inminente viaje, porque ella era su esposa, e iba a tener que actuar como tal.

Sorprendida por el asalto a su boca, Megan abrió los ojos mientras él los cerraba. Apretó los puños, cerrándolos contra la tela que apenas cubría el pecho de su esposo. Jadeó sorprendida por su calidez, su piel parecía haber absorbido el calor del sol. Gimió al notar el roce de su lengua en la boca. Quiso apartarse, pero la mano de Duncan seguía en su nuca y la mantenía inmóvil.

La besó con intensidad, con una fuerza innecesaria, o quizás era un deseo inesperado. ¿Pero inesperado del todo? No estaba seguro. ¿Acaso ese sabor le era desconocido? ¿Era la primera vez que se perdía entre esos labios? No.

Sabía tal y como la recordaba.

¡Maldita fuera esa hechicera!

El corazón de Megan latió con tanta fuerza que pensó que se le escaparía del pecho. Los recuerdos de su noche de bodas la asaltaron, nítidos por primera vez. Lo deseaba, a pesar de su rudeza, a pesar de sus palabras agrias, él había sido capaz de despertar el deseo en ella. Quizás porque Megan había visto el corazón del guerrero, rudo, pero a la vez compasivo.

Apretó más la tela de su kilt, y por un segundo correspondió al beso. Hasta que él la empujó, apartándola furioso.

Megan parpadeó confundida. Sin saber qué había hecho mal.

—No sé cuanto quieras llevarte de aquí —le dijo entre dientes—, pero espero que te quepa en un jubón.

—¿Nos vamos? —preguntó incrédula— ¿Ahora? Pero…

Entró en pánico.

¿Se marchaban? ¿Tan pronto?

—¡Vamos! —La agarró del brazo y tiró de ella hasta el salón principal y más allá. Se dirigieron a la entrada ante la mirada de algunos criados que, al verlo pasar, agacharon la cabeza, temerosos.

Megan les pidió ayuda con su mirada, pero no tuvo ningún éxito.

—Por favor… —retorció el brazo para que la soltara. Fue inútil—. Necesito…

Duncan no tenía piedad. No la escuchaba.

No es que Megan tuviese pertenencias, ni tan siquiera una sola joya de su madre, ni un pañuelo bordado. Margaret se había encargado de ello, quemando todo lo que perteneció a la antigua condesa, con el único fin de mortificarla. Pero sí que tenía algunas hierbas para infusiones, sus notas, conocimientos que había escuchado de ancianas amables y que había estado recolectando en secreto desde hacía años.

—No pienso quedarme bajo el mismo techo que tu padre —la voz de Duncan la devolvió a la realidad—. Por si no lo sabes, somos enemigos.

Ella bien lo sabía, pero ¿ni siquiera podía aceptar la hospitalidad por unas horas? Pasar la última noche en una cama que viajando hasta el norte… Una cama, se estremeció y sus talones se clavaron en el suelo. ¿Una cama compartida con su esposo? No, no… no quería volver a sentir ese dolor.

—No quiero…

Duncan se detuvo y giró su rostro para acercarlo al de su esposa.

—¿No quieres? —preguntó furioso—. Yo tampoco quería una mujer como tú. Pero a los dos nos tocó jugar esta partida, mi señora. No hay lugar para lamentaciones.

—Solo quiero recoger mis cosas…

Entonces él le soltó el brazo con un empujón.

—No hagas que vaya a buscarte, o te juro que te arrepentirás —sus ojos fríos como el acero la hicieron temblar—. El viaje puede ser muy largo si me obligas a zurrarte el trasero con mi cinturón.

Ella negó con la cabeza.

—Vuelvo enseguida.

Y cumplió su promesa. Megan no había corrido tanto en la vida. Puso en un fardo otro de sus vestidos anodinos, sus notas sobre remedios y recogió una capa con la que cubría su cama las noches de invierno. No sabía cuan generoso sería su esposo con ella. Quizás esas ropas sería lo único que tendría una vez llegaran a tierras McLeod.

Cuando volvió a bajar las escaleras que daban a la entrada del salón. Vio como su padre intercambiaba unas palabras con Duncan. Al llegar a su lado, miró al conde, pero no tuvo tiempo para más. Ni siquiera para unas simples palabras de despedida.

—Padre…

Duncan la arrastró tras él, hasta salir al exterior.

—No, espera —gritó Megan. ¿No tenía compasión? A pesar de lo mal que la habían tratado era la única familia que había conocido, ¿no podía dedicarles un adiós?

Al ver la reticencia de su esposa, Duncan se agachó para abrazarla por las rodillas.

Megan soltó un grito de sorpresa y desesperación.

¿Qué estaba haciendo? Su cabeza colgó bocabajo.

—Pensábamos que quizás querríais quedaros a pasar la noche —dijo su padre.

Una seca risa despectiva, fue la única respuesta de Duncan McLeod.

—¡Padre! —gritó ella.

Pero una palmada en su trasero la hizo callar. El golpe calentó sus posaderas, y se alegró

de que nadie la viera hacer ese puchero infantil. Pero si lo que el bárbaro quería, era que se callara, bien lo había conseguido.

—No precisamos de su hospitalidad —respondió Duncan fríamente—. El rey David me dio órdenes de regresar a casa después de ir a buscar a mi esposa, y es lo que estoy haciendo.

—Llévatela, pues —dijo Harris—, y espero que nuestros caminos no vuelvan a encontrarse, de lo contrario, puede que ni el rey de Escocia te salve.

Megan palideció cuando McLeod tuvo la soberbia de darle la espalda al señor del castillo y salir por la puerta hacia el patio. Megan gritó y se apartó el pelo de la cara.

Bajaron las escaleras que daban al patio y todos los presentes los contemplaban con interés, algunos con pena, otros con rabia.

No podía ver nada con el pelo enmarañado tapándole la visión, pero sí escuchar los jadeos entrecortados de los presentes. ¡Qué vergüenza! ¡Qué humillación!

Cuando por fin los pies de Megan volvieron a tocar el suelo, ella enmudeció. Apretó el fardo contra su pecho. Las únicas pertenencias que poseía. Duncan le arrancó la capa de las manos y la tiró sobre su montura.

—Te proporcionaré todo lo que necesites cuando llegues a tu nuevo hogar. Porque puede que estas ratas te hayan dicho lo contrario, pero créeme cuando te digo que tengo dinero suficiente como para cubrir de oro toda tu piel.

Lo miró sin comprender por qué le decía aquello.

—Y esposa… —la tomó por la barbilla obligándola a mirarle—. También tengo poder suficiente como para aplastar a quien intente interponerse en mi camino.

El patio pareció quedar en silencio. Por sus miradas, supo que consideraban a su esposo un enemigo. No se había mencionado el nombre de Duncan McLeod en el hogar de su padre, a no ser que fuera para dar una opinión desagradable sobre como regresaría de la guerra: Mutilado, o siendo un cadáver. Que el laird McLeod no era santo de la devoción del conde de Harris, era de sobras conocido. ¿Por qué? Lo desconocía.

Aunque seguro era el deseo del conde, su marido no había muerto, estaba allí de pie,

frente a ella. Dispuesto a llevársela del único hogar que había conocido.

La agarró de la cintura y la impulsó hasta que quedó sentada de lado a lomos de su caballo.

Los hombres que habían ido con él, estaban igual de preparados. Después de refrescar sus monturas, y tomar algo de la cocina, estaban listos para emprender de nuevo su camino. Era evidente que ninguno de los presentes quería pasar ni un solo instante más en casa de su padre.

Megan reparó en un hombre apuesto que apareció a su lado. Era casi tan alto como su esposo, de cabellos claros y rostro amable. No lo conocía, ni lucía los colores de los McLeod, pero sin duda por su porte era el líder del otro grupo. Asintió en su dirección a modo de saludo o para indicarle a Duncan que estaban listos.

Todos estaban preparados. No se habían tomado ni un minuto de descanso. Para ellos, la casa del conde era la guarida del enemigo.

Su padre… Megan alzó la mirada. En lo alto de las escaleras que daban al salón, el conde Harris la miraba, con la barbilla en alto y junto a su esposa, que permanecía tan callada como él. Nadie dijo nada, solo escuchó la risita cantarina de Phiona, seguramente extasiada ante semejante espectáculo. Las doncellas la miraron con lástima y los hombres con asombro.

La bestia del norte se la llevaba.

Phiona estaba justo detrás de sus padres y su hermano Darce le sonreía con total descaro. Parecía burlarse de ella, como si intuyera que en tierras McLeod solo le esperaba sufrimiento y muerte.

—Me llevo a mi esposa, que jamás debió permanecer aquí después de casarnos.

Con la boca abierta, Megan miró a su padre y después de nuevo a su esposo. ¿Qué había querido decir con ello?

Megan reunió el coraje suficiente para mirar a Duncan. Pero no encontró una mirada amiga. Clavó sus duros ojos en ella, con una mirada fiera la hizo estremecer.

Su esposo entendió que su contacto era el que la hacía temblar como una hoja, pues chasqueó la lengua al rodearla entre sus brazos y tomar las riendas.

Sobre su caballo negro como la noche, parecía un auténtico diablo. No había nadie más intimidante para Megan que su esposo.

—Despídete de tu hogar, y tus comodidades. —Su aliento acarició su mejilla cuando después de montar, le habló en tono bajo y cruel—. Desde luego donde vamos no las tendrás.

Ella agachó la cabeza. Comodidades era lo que menos había tenido en la fortaleza Harris, pero no iba a decírselo. Que su esposo supiera que solo era una criada, añadiría más humillación a sus días.

—Deja de temblar, esposa. ¿Acaso quieres que deduzca que te provoca repulsión ir a tu hogar? ¿O quizás… quien te provoca repulsión soy yo?

Megan abrió la boca y negó con la cabeza.

Se encogió como un pajarito asustado y eso solo le valió un bufido de desaprobación.

Capítulo 5



No hubo descanso durante esa jornada, y Megan se mantenía tan silenciosa como sus acompañantes. Solo uno de ellos, el joven laird McDonald se veía animado, por lo demás, cualquiera diría que estaban avanzando en un cortejo fúnebre.

Mantuvieron un buen ritmo a la hora de alejarse de la fortaleza de su padre, pero una vez llegaron a la costa, el avance se hizo más lento, y los semblantes de los guerreros, eran menos temibles. Cierto, que estaban alerta, pero cuando sus ojos se paseaban por las placidas aguas, sus ojos parecían menos aterradores, incluso los de Duncan.

—Tardaremos una semana en llegar a casa —anunció Duncan a su espalda, y ella abrió la boca para expresar su sorpresa, pero, volvió a cerrarla de golpe.

No había nada que decir.

Vio como Lachlam McDondal, le echaba un vistazo rápido, para poco después guiñarle un ojo y apartar la mirada. El pelirrojo era un descarado. Megan agachó la cabeza y no fue hasta que Duncan dio la orden de parar, que volvió a prestar atención a su alrededor.

Cerca del camino, una casa con humeante chimenea presidía la llanura anterior al bosquecillo que empezaba justo a sus espaldas. Al parecer habían perdido de vista el mar, pero desde allí aún se apreciaba el sonido de las olas chocando contra los acantilados. Había transcurrido la primera jornada del largo viaje.

—Dormiremos aquí —dijo Duncan.

Desmontó de un salto y para su sorpresa, no la ayudó a desmontar, tiró de su caballo, para acercarse aún más a una especie de establo que la casa tenía en la parte trasera.

—Espero que Mary siga siendo la cocinera —dijo uno de los McLeod—, echo de menos sus guisos.

—Seguro que echas de menos algo más que sus guisos —dijo otro y la mayoría soltaron sonoras risotadas.

Megan no se atrevió a levantar la vista de sus manos. Sentía como si cualquier cosa que dijera, la haría el centro de atención y, por lo tanto, merecedora de castigo.

Cuando Duncan volvió a acercarse, agarró su antebrazo y le dio un tirón para que descruzara los brazos. Le hizo daño, pero no se quejó. Después sintió las manazas de Duncan en su cintura, y antes de que pudiera parpadear se vio propulsada hacia delante. Cuando sus pies tocaron el suelo, sus piernas entumecidas, apenas la sostenían. Si su esposo se fijó en ello, no le importó, pues la tomó de la muñeca y la arrastró al interior de la posada. Los demás hombres ya estaban dentro, y el bullicio que reinaba, le decía que no era la primera vez que aquellos toscos hombres pasaban por ahí.

No dijo mucho al posadero, que les ofreció su mejor habitación. Un par de palabras vacías y uno de los caballeros de Duncan hizo el pago pertinente.

—¿No te quedas con nosotros? —preguntó Lachlam mirando a su amigo.

Las risotadas llenaron el salón, algo lúgubre a pesar del fuego en la chimenea donde había un gran caldero.

—No —dijo mirando a Megan como si ella tuviera la culpa.

Más risotadas los persiguieron cuando él la arrastró escaleras arriba.

Entraron en la que sería su habitación y Megan no lo pudo evitar, se puso a temblar como una hoja. Sí que había una cama en el cuarto, así que finalmente haber salido antes de la fortaleza de su padre… no había significado una tregua a la hora de compartir el lecho marital.

—Deja de comportarte como una niña asustada —se quejó, Duncan.

Pero Megan no podía hacer otra cosa. Nunca había tratado con ningún hombre, a excepción de su padre y su hermano. Duncan no contaba, con él solo había interactuado el día de su boda, y no quería recordar como acabó.

Realmente la asustaba su marido.

Agachó la cabeza e intentó retroceder. Eso pareció enfurecer aún más al highlander, que dio un paso hacia ella.

—¿Acaso crees que soy un monstruo que va a comerte?

Ella no respondió, y la mano de Duncan voló hacia su mentón, que alzó sin misericordia.

—Por favor…

Sus ojos azules expresaron todo el temor que sentía, y eso a Duncan lo enfureció. Esa niña no lo sabía, pero él no iba a hacerle daño, aunque si así lo pensaba, tanto mejor. Que espabilara de una vez por todas. Los McLeod ciertamente no la recibirían con un ramo de flores.

—Debes fortalecerte —dijo como si pensara en voz alta. ¿O es que no tenía sangre en las venas? Cualquiera de sus mujeres ya se habría revelado— ¿Me odias tanto como tu padre y tu familia? —esta vez fue él quien no esperó respuesta—. No te molestes en decirme lo contrario. Tú me odias, yo te odio. Nuestro matrimonio fue un acto forzado por el rey, pero ni siquiera ahora, que me he convertido en uno de sus favoritos, puedo deshacer lo que está hecho.

Ella parpadeó como si no acabara de comprender.

—¿Quisieras repudiarme? —preguntó ella, temerosa de que eso pudiera ocurrir.

Si sucedía, ¿dónde iría? ¿De nuevo a casa? No, no podría volver allí, su madrastra la mataría por deshonrar a la familia.

Pero las palabras atronadoras de Duncan hicieron que le prestara atención y se sacara esa idea de la cabeza.

—¡Nunca! ¡Me perteneces! —Le soltó el mentón, y retrocedió un paso para mirarla de arriba abajo—. No voy a renunciar a lo que es mío.

Duncan se acercó, agarrándola por la cintura y atrayéndola hasta que su cuerpo menudo quedó aplastado contra el fornido highlander.

—Está bien —Ella asintió y desvió la mirada hacia el suelo, pero enseguida tuvo que alzarla.

Se miraron un largo instante. O al menos Duncan lo hizo, Megan por su parte, intentaba

esquivar esos inquisitivos ojos oscuros, que nada tenían de amigables. Respiró con dificultad y dejó de hacerlo al escuchar sus siguientes palabras.

—Bésame, esposa —ordenó, sin dulzura alguna—. Déjame recordarte por qué eres mía.

Ella lo miró sorprendida, pero no tuvo tiempo para rechazarlo, u oponerse.

Duncan la besó ardientemente, atrapando su boca. La lengua de él pujó para que ella abriera los labios. Totalmente desconcertada, se quedó quieta, sin saber qué hacer. Pero él no tardó en decírselo.

—Separa los labios —exigió.

Obedeció, por supuesto. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Para su sorpresa, no se sintió ofendida por el roce de sus labios, más bien… empezaba a despertar su curiosidad.

Recordaba como habían sido sus besos dos años atrás. Y a medida que la lengua de Duncan conquistaba su boca, la memoria no le falló. Reconoció las sensaciones que nacían en la boca de su estómago y se arremolinaban en el bajo vientre. El recuerdo vivido de su noche de bodas, apareció nítidamente.

Gimió, sin proponérselo, y el sensual sonido hizo que su esposo profundizara aún más el beso.

Se apartó lo justo para mirarla a los ojos.

—Mujer, hace años que deseo volver a hacer esto.

¿Sí? Megan lo miró sorprendía. ¿Había pensado en ella durante su ausencia?

Como única respuesta, la empujó contra la pared de la habitación, junto a la chimenea. La cama quedaba en el otro extremo, pero tal parecía que estaba demasiado impaciente como para llegar a ella.

El cuerpo de su marido era grande y cálido. No quiso empujarlo, pero fue inútil no posar sus palmas abiertas sobre su pecho fornido. El vello suave que le cubría, le hizo cosquillas en las manos. Lo miró sin saber que hacer o decir.

—Yo… —Megan tembló nerviosa, pero él no le permitió decir nada más.

Volvió a besarla con renovadas fuerzas.

De pronto, la espalda de Megan se apretó contra la pared, y las manos de Duncan estuvieron en todas partes. Rodeando su cintura, en su vientre, subiendo hasta sus pechos… Con delicadeza, y al mismo tiempo apretando con firmeza cada zona. Jadeó cuando su mano apretó uno de sus pechos por sobre el vestido. El tacto era demasiado íntimo, demasiado ardiente.

Se retorció contra ese calor, pero empezó a sentirlo en todas partes. Duncan rozó uno de sus pezones y eso despertó otro recuerdo en ella, uno más vívido.

Siguió atormentándola con su boca, y cuando las manos del guerrero tomaron sus pechos por igual y los apretaron sin demasiada delicadeza, eso la hizo gemir. Duncan sonrió complacido, al notar sus pezones endurecidos.

—Te acuerdas ¿verdad? —Le habló tan cerca, que Megan respiró su aliento, nada desagradable.

Ella respondió a su pregunta, con un asentimiento.

Parecía complacido.

—Veamos de qué más te acuerdas.

La mano del guerrero se metió bajo la falda de su vestido, y ella gimió al notar la palma áspera deslizarse por sus muslos.

—Ábrelos.

Megan abrió la boca, sorprendida y temerosa de lo que iba a ocurrir. Que Dios la ayudara, no sabía qué hacer… no sabía cómo comportarse. Era su esposo, era evidente que debía obedecer.

—Ábrete para mí.

La mano subió hasta posarse en el triángulo, entre sus piernas.

Megan tembló de nuevo, esta vez lo miró a los ojos, como si una fuerza invisible la atrajera hacia esos pozos negros que la miraban sin simpatía, pero también sin acritud.

Sabía qué iba a ocurrir, pensó ella. De nuevo volvería ese dolor y ese placer, en su interior. No podía negar que deseaba que volviese a suceder, y eso la desconcertaba, pues al

mismo tiempo estaba asustada. Tanto, que ya no sabía si temblaba de miedo o simplemente porque no podía evitar estremecerse bajo su toque.

¿Cómo podía ese hombre, ser tan rudo en modales, tan ruin con las palabras y a la vez, tan excitante cuando su piel rozaba la suya? Era una contradicción.

—Yo…

Antes de poder moverse, él le subió más las faldas y metió una de sus rodillas entre los muslos, obligándola a separar las piernas.

Sus largos dedos avanzaron hasta encontrar la humedad entre sus piernas. La aplastó con su pecho y su boca descendió de nuevo para devorarla, como si tuviera la necesidad de beber de ella.

Con cada uno de sus movimientos, Megan estaba más y más tensa, pero no se atrevía a pedirle que parara. De hecho, no sabía si quería que se detuviera.

Duncan le mordisqueó el labio inferior.

Los dedos de Megan se clavaron en sus antebrazos cuando la mano insistió en moverse contra su humedad. La hizo abrir los ojos por la sorpresa al rozar ese punto tan sensible.

—Dun… Duncan —jadeó.

Él la miró a los ojos y sonrió complacido.

—Sí, me alegra que reconozcas quien es tu señor —la tocó más íntimamente y ella abrió la boca aguantando un grito—. Voy a recuperar el tiempo perdido, esposa.

Quizás no se soportaran, quizás no se amaran jamás, pero Duncan sabía lo que era estar enterrado entre los muslos de su esposa, y no pensaba renunciar a ese placer.

Había pensado en ella durante todas las noches de su largo exilio. En las noches frías de las tierras del norte, mientras dormía al raso, había sido el recuerdo de aquel cuerpo cálido y tierno quien lo mantuvo caliente. Sí, su recuerdo le dio calor, y ahora que se hacía de nuevo realidad…

Su mano la agarró por uno de sus muslos y finalmente la alzó, obligándola a que rodeara su cintura con aquellas largas piernas. Excitado se restregó contra ella, para que notara toda la

longitud de su excitación.

Se escucharon unos golpes atronadores, y ella se sobresaltó.

—¡Duncan! ¡Abre la puerta!

¿Qué demonios?

La voz no daba pie a discusión.

Tanto Megan como el laird McLeod se miraron, una sorprendida y avergonzada, el otro con el ceño fruncido, incapaz de comprender quien quería morir ahí mismo por haberlos interrumpido.

—¡Abre! Hay noticias de tu hogar.

Su amigo, Lachlam McDonald, aporreó la puerta hasta que Duncan se vio forzado a soltarla.

Megan se apoyó en la pared de madera para no caer al suelo. Sus rodillas temblaban y su piel parecía arder.

Con grandes y vigorosas zancadas, Duncan se plantó frente a la puerta, y dio un tirón para que se abriera. Miró a Lachlam, furioso, dispuesto a descuartizarle.

—¿Qué demonios se te ha perdido?

Megan, tras recomponerse el vestido, aún ruborizada, estiró el cuello para ver al hombre que acababa de aparecer bajo el marco de la puerta. Sin duda era Lachlam. Alto, pelirrojo, con una barba de varios días. Seguía luciendo el kilt que había usado durante la jornada.

El enfado de Duncan, debido a la interrupción desapareció, ya que el semblante de McDonald era sombrío.

Había sucedido algo importante, pues las arrugas faciales de Lachlam, indicaban que sus gestos estaban predispuestos a la sonrisa, pero sin duda esa noche no era así.

—Llegó un emisario de camino a la fortaleza del conde de Harris, era el padre Benedict.

—¿El sacerdote de los Boyd? —*¿Esa gente no se rinde?*, pensó.

—Así es.

Chasqueó la lengua.

—Me habías asustado —dijo Duncan, como si no estuviera dispuesto a darle mucha importancia al asunto del padre Benedict, fuera quien fuese ese hombre.

—No te lo tomes a la ligera —le advirtió—. Ya sabes lo que quieren.

Sí que lo sabía, pensó Duncan.

Por un instante Megan lo vio titubear. Agarraba el marco de la puerta con fuerza, y por un instante la miró por encima del hombro.

Ella se llevó las manos unidas al pecho, como si debiera protegerse de algo.

Duncan la miró, y después gruñó molesto.

—No hay caso en que insistan —sentenció de mal humor.

Por supuesto que los Boyd no obtendrían lo que deseaban, pensó Duncan, tajante.

Capítulo 6



Los dos guerreros habían bajado al salón de la taberna, para no ser escuchados por Megan, que se quedó descansando junto al fuego, preguntándose qué habría podido suceder. Al descender la escalera de madera, el aire se sintió más pesado. Se sentaron en un rincón, donde había una mesa de madera con dos bancos, lo suficientemente limpia como para que la dueña no la limpiara cuando les trajo la jarra de cerveza.

—¿Qué quieren realmente los Boyd? —preguntó Duncan al sentarte y mirar a su amigo con el ceño fruncido.

—¿Tengo que responder a eso?

Duncan apartó la mirada y resopló.

—Supongo que no hace falta.

Bebieron un sorbo de cerveza, que no era tan amarga como se imaginaban.

—Ahora que has vuelto de la misión que te encargó el rey, los Boyd esperan que te cases con su hija, tal y como habías prometido.

Duncan arrugó el entrecejo.

—¿Sí? —dijo con enfado— ¿Y qué hago con mi esposa? Me casé con ella por orden del rey, no creo que le siente muy bien a David que me deshaga de ella, para tomar a la hija de otra casa, que en su día también luchó contra él.

Lachlam se encogió de hombros.

—Lo ven como una ofensa. Al fin y al cabo, ambas casas luchasteis en contra del rey David.

—Tuve que agachar la cabeza para poder salvar a mi clan y mi vida. Si ellos no tuvieron

que hacer algo parecido, es porque siempre se mantuvieron en la sombra, y jamás se proclamaron abiertamente contra el rey David.

Lachlam sabía que todo aquello era cierto. Y lamentaba sinceramente la situación de su amigo. Pero los Boyd eran gente poderosa, y no podía enemistarse con ellos a la ligera.

—Supongo que esperaban que… tu mujer hubiera muerto de forma natural —dijo Lachlam.

Duncan se crispó ante ese comentario, pero bebió otro trago de cerveza, como si no tuviera más que decir.

—Al fin y al cabo, tu esposa siempre ha tenido la salud frágil…

—Pero sigue viva —cuando Duncan estrelló el culo de la jarra contra los tablones de madera que conformaban la mesa, le hizo entender que no quería saber más del tema. Pero sin duda su amigo no era de la misma opinión.

—Los Boyd son duros de entendederas. Ahora que has vuelto como un héroe y con el evidente favor del rey David, está claro que no van a renunciar a su trozo del pastel. —dijo Lachlam—. Casarte con su hija significaría para ellos una gran ventaja. Les traería beneficios sobre la pesca y caza en la frontera con tus dominios.

—Querrás decir, directamente en mis dominios. ¿Creen que les dejaré saquear mis tierras como les plazca?

—No te pongas así, has vuelto victorioso de una etapa difícil. Escocia se estaba desangrando con la guerra civil, es bueno que todo se calme. Deberías procurar mantener la paz en tus propios territorios por un tiempo.

Duncan, dio otro golpe en la mesa con la jarra de cerveza

—¿En verdad crees que tengo alguna posibilidad de que haya paz, cuando llego del brazo a la hija de nuestros enemigos? Nadie olvidará jamás lo que los Harris hicieron en las islas. ¡Jamás!

—La chica no tiene por qué pagar los pecados del padre y su hermano.

—¿Dónde está el sacerdote de los Boyd? —preguntó Duncan, cambiando de tema.

—Descansando, pero querrá hablar contigo por la mañana, yo solo quería avisarte.

Bien, le había avisado, pero eso no le servía para nada ¿no? Los vecinos del norte, esperaban que cumpliera con la promesa que les hizo hacía ya muchos años su padre, pero ahora, él no era libre. Su problema tenía nombre, Megan. Y no podía deshacerse de él. Los Boyd eran orgullosos, tampoco podía tomar a su hija como amante, así que… tendría que ser el doble de precavido. Evitar que su gente matara a la nueva señora de los McLeod y también vigilar a sus vecinos, que querrían deshacerse de ella, con mucho más ímpetu.

Sea como fuere, no se avecinaba nada bueno.

—No creo que el padre Benedict me diga nada que pueda resolver esto.

—No sé si has pasado por alto lo que te he dicho —Lachlam lo miró con el ceño fruncido —. El sacerdote va camino a la fortaleza de los Harris.

Duncan prestó más atención.

—¿Te ha dicho por qué?

—Quizás te lo diga a ti, o quizás no. Pero yo entiendo que es para hablar con el padre de Megan.

—¿Y qué podría hacer?

—Darle dinero para que hable con el rey anule el matrimonio.

Duncan quedó sumido en un profundo silencio. Los Boyd no eran estúpidos, si se casaba con la hija del laird, sus clanes unirían esfuerzos para la prosperidad. Sin duda los McLeod harían concesiones, por lo que se podría decir que ese matrimonio valía mucho dinero para sus vecinos del norte.

—¿Con que excusa pediría la anulación?

—Ciertamente no impotencia, por como la miras…

Duncan rugió.

—No tiene gracia.

—No estaba bromeando —dijo Lachlam—. Estoy convencido de que este matrimonio te desagrada menos de lo que quieres demostrar.

No habló. Se dijo que era porque nada tenía que decir ante palabras tan necias. No se enfadó, pues ya conocía el carácter de su amigo.

El laird de los McDonald suspiró.

—Espero que sobreviva al viaje, aunque si no lo hiciera te ahorrarías muchos problemas.

—Lachlam… —le advirtió.

—Lo siento —Lachlam hizo una mueca burlona—. Pero en verdad parece frágil, se ha pasado todo el camino temblando como un pajarillo. La aterrorizas.

—¡Cállate! —No quería seguir hablando de su esposa, y en todo lo que tendría que hacer para protegerla y que el problema con los Boyd se hiciera insostenible.

—De acuerdo, no volveré a mencionar el horror que le provocas —se rio su amigo.

—Te prohíbo hablar de mi esposa. —Duncan lo miró con fijeza, con una mirada que evidenciaba que el laird McDonald tendría serios problemas si volvía a hacerlo.

La risa con la que le respondió su amigo pelirrojo fue respuesta suficiente para que Duncan entendiese que, se pusiera como se pusiera, el laird de los McDonald diría siempre lo que pensaba, no en vano, el clan de los McDonald era tan poderoso como el de los McLeod de las islas.

—Soy tu hombre de confianza, tendré que decirte mi parecer ¿no?

La sinceridad era la mayor demostración de confianza, y ambas cosas para Lachlam y Duncan, eran sagradas.

—No cuando se trate de mi esposa.

Sin perder la sonrisa el gigante pelirrojo asintió.

—Como desees.

***

Megan dormitaba bajo las sábanas. Había pasado la velada inquieta, caminando de un lado a otro de la habitación, pero finalmente el cansancio la había vencido. Se había quitado el vestido, desanudando los lazos de este, y se había metido bajo las sábanas con su camisola.

Se quedó dormida casi al instante. Puede que su mente estuviera trabajando para añadir preocupaciones a su vida, pero eso no quería decir que su cuerpo no desconectara de ellas al estar extenuada por el largo viaje hacia el norte. Quedaban unas seis jornadas.

Fue pasada la medianoche cuando escuchó el sonido de la puerta al abrirse. No se sobresaltó, en algún momento su mente había registrado que él llegaría.

La posada estaba tranquila, varias horas antes, una mujer amable y regordeta, de pelo canoso, le había subido pan, queso y un poco de carne de ave asada. La cerveza aguada le dejó un gusto amargo, pero se la terminó. Supuso que él había cenado junto a sus soldados en el salón de la taberna. Las horas que habían seguido a su frugal cena, habían sido silenciosas. Los huéspedes se hacían notar con sus pisadas sobre los tablones de madera, pero no eran escandalosos y Megan se sumió en un sueño intermitente.

Fue consciente de las pisadas de Duncan sobre los tablones de madera. Pero no se esperó la mano en el cuello, ahogándola como una tenaza.

Abrió los ojos de golpe solo para ver una profunda oscuridad. Boqueó buscando aire, pero dos manos seguían rodeando su garganta, haciendo imposible que pudiera tomar el aire necesario para respirar.

Golpeó los antebrazos del hombre encapuchado, pero era fuerte, al menos más fuerte que ella.

¡Socorro!

Los ojos se le llenaron de lágrimas, y cuando sus brazos se estiraron para arañar la cara del hombre, fue perdiendo las fuerzas, cayendo en la oscuridad, hasta que…

—¡Megan!

La voz de Duncan le dio esperanzas, pero finalmente cayó en una inconsciencia sin sueños.

¿Habría logrado esa sombra arrebatarle el aire de sus pulmones? ¿Habría conseguido lo que muchos deseaban? Su muerte.

Capítulo 7



Se despertó de súbito cuando Duncan golpeó repetidamente su rostro con los nudillos.

—Parece que vuelve en sí —dijo Lachlam, también inclinado hacia delante, para ver el rostro pálido de Megan.

—¿Lo han atrapado?

—Ni rastro —dijo Lachlam—, el rastro del agresor se pierde en el rio.

Duncan apretó los dientes y no dijo nada más mientras Megan recuperaba el color de sus mejillas.

—¿Qué ha ocurrido? —dijo desconcertada al verlos a ambos en la habitación.

La puerta estaba abierta y de súbito apareció un hombre con habito blanco y escapulario negro. Era alto y delgado, su abundante cabello era de un color rubio terroso.

—Benedict —dijo Duncan para después volver a centrarse en su esposa.

—Ha habido alboroto —dijo el monje—. ¿Alguien ha atentado contra la vida de tu esposa?

Megan se incorporó sobresaltada y apoyó su espalda contra el cabecero de la mesa, mientras apretaba la sábana contra su pecho.

—Eso parece —Lachlam y Duncan se miraron se reojo, y Megan no supo muy bien que significaba aquella expresión.

—Falta poco para el amanecer, quizás es mejor que nos pongamos en marcha.

Al monje le sorprendió esa observación.

—¿Os vais tan pronto? Deseo tener unas palabras con vos.

Duncan asintió.

No había nada que le apeteciera menos que tener una tediosa conversación con Benedict. Una conversación que de todas maneras no llevaría a ninguna parte. No obstante, accedió a la petición.

—Sígame al salón.

Benedict echó una mirada sobre su hombro a Megan y ella se estremeció. Aún no estaba segura de lo que había pasado ¿por qué alguien querría hacerle daño? ¿Eran tan peligrosos los caminos de Escocia? Se quedó temblando en el lecho y pasaron unos minutos hasta que se dio cuenta de que el gigante pelirrojo se había quedado con ella en la habitación.

Tragó saliva con fuerza.

—Me quedaré hasta que tu esposo regrese.

—Gra… gracias. —Era una lástima que su agradecimiento se hubiera escuchado tan poco convincente.

***

Ciertamente, era por todos sabido que Duncan McLeod no se fiaba de nadie, y mucho menos de un clérigo que era el hermano del jefe de la casa Boyd.

Ambos hombres se sentaron en un banco, uno frente al otro, cerca de la ventana.

—No puede dudar de lo que quiero hablarte.

—Quizás de tu viaje al sur.

—Mi viaje al sur —dijo el monje con total calma—, es solo por motivos religiosos. El rey está abriendo nuevas parroquias y debo reunirme con él.

—¿En casa de los Harris?

Tardó mucho en contestar, pero finalmente asintió.

—Es una posibilidad —dijo como si eso no tuviera nada de malo—. Ya sabes cuanto confía el rey David en el padre de tu esposa. Me han ofrecido cobijo en diferentes casas, y la de

los Harris es una de ellas. Corre el rumor que el rey estará cerca para poder disfrutar de una cacería con el conde. Es mi deseo poder hablar con él.

—¿Esperando el momento en casa de los Harris?

—Así es…

Duncan escuchó al hombre, todo lo que hizo después le sonó a excusas con parte de improvisación. Benedict Boyd, tenía una voz calma, como todos aquellos que habían estudiado sobre oratoria. Sin duda solía calmar a las masas cuando predicaba, pero a él le crispaba los nervios. ¿No era demasiada coincidencia que alguien hubiera intentado estrangular a su esposa mientras había un Boyd cerca? Lo miró con recelo y esperó demasiado pacientemente a que le dijera lo que tenía que decir.

—Tu padre, dio su palabra de que mi sobrina, la hija del jefe de los Boyd se casaría con su primogénito.

Duncan agachó el mentón y lo miró intensamente. Una mirada que había amedrentado a más de un experimentado guerrero.

—Sí, es una lástima que muriera a manos del rey David, y que este me obligara a jurarle lealtad y a casarme con una Harris. —Lo dijo sin atisbo de furia, pero sin duda estaba ardiendo.

—Eso no cambia…

—Lo cambia todo —interrumpió— ¿Acaso creéis que repudiaré a mi esposa? ¿a la esposa que el propio rey escogió para mí? Porque eso no pasará, amo mi vida, y quiero que mis hombres y mujeres mantengan la cabeza sobre los hombros.

El monje se crispó visiblemente, apretó los puños y tardó un largo instante en hablar. Cuando lo hizo, su enfado también parecía haber mermado.

—Entiendo tu postura, no obstante… es una mujer frágil, quizás no sobreviva al invierno de las Highlands…

La mirada de Duncan hubiera sido suficiente para haber hecho callar a cualquiera, ¿era posible que ese imbécil pensara que no le sacaría el corazón del pecho con su puñal, solo por vestir un hábito?

—Haré lo posible para que sobreviva, de lo contrario tendré que dar muchas explicaciones al rey.

—Entiendo.

Y realmente Benedict Boyd entendió que Duncan no quería deshacerse de esa mujer, ni por una promesa hecha a su padre, ni por nada, ni nadie.

—Espero que sea cierto, y que transmitas el mensaje a mis vecinos. No quisiera tener que volver a guerrear solo porque alguien sea duro de entendederas.

El monje asintió.

—El mensaje está más que claro.

—Eso espero —dijo levantándose de la mesa—. Si me disculpas debo volver junto a mi esposa.

No hubo más palabras. Cuando Duncan le dio la espalda sintió una extraña sensación en la nuca, como si no debiera hacerlo. Los Boyd eran peligrosos, tenían demasiado poder y ambición como para que se los tratara a la ligera.

Capítulo 8



Era el segundo día fuera de casa, y a Megan… sinceramente, no le importaba.

Sí, era cierto, alguien había querido acabar con su vida, un ladrón incauto que no sabía que se estaba metiendo con la esposa del laird McLeod, pero era un hecho aislado, que no volvería a producirse ¿verdad?

La siguiente jornada había sido extenuante, una larga cabalgada para después serpentear por tierras inundadas. Por suerte era verano y el aire era fresco y no habían tenido que iniciar ese camino en invierno, con el viento cortante del norte en sus rostros.

—Hoy será el último día que pasemos bajo techo —le había advertido Duncan—. Te recomiendo que descanses lo mejor que puedas. Mañana no encontrarás tu cama tan reconfortante.

Eso le había dicho justo antes de pararse en otra casa de piedra, de menor tamaño, pero donde la gente era amable con los recién llegados. Actuaban como si se conocieran, pero cuando preguntó a Lachlam, este dijo que solo habían estado allí una vez anteriormente.

¿Qué significaba aquello? ¿quería decir que los hombres del norte eran así de amables por naturaleza? Quizás te trataban bien si eras uno de ellos.

La cena fue más copiosa que el día anterior. Comieron y bebieron en el salón. El calor era algo sofocante, pues el fuego de la chimenea ardía con fuerza, ya que estaba destinado a cocinar, más que a calentar.

Cuando se sirvió cordero sobre anchas tablas de madera, su esposo ensartó un trozo en un cuchillo y lo dejó caer sobre la mesa delante de ella.

—Come, estas muy flaca.

¿Lo estaba? Se encogió de hombros y dio buena cuenta de la comida. Estaba hambrienta y no obstante de mucho mejor humor que el día anterior.

Le dolía el cuello, donde le había salido una mancha rojiza. Si uno se fijaba bien, le había dicho Lachlam, podían verse las marcas de los dedos de su agresor.

—No te preocupes, lo atraparemos.

—Pero nos vamos al norte —había dicho ella algo incrédula.

Lachlam le había sonreído como si ella fuera demasiado ingenua como para entender nada.

—Un McLeod, nunca olvida.

Sin saber muy bien que quería decir, Megan pensó que tarde o temprano el supuesto agresor encontraría su merecido.

Se retiró temprano y durmió varias horas antes de que la puerta se abriera y su esposo la despertara.

No es que él hubiese hecho ruido, sino que ella acostumbraba a dormir con un ojo abierto por costumbre, pues sus hermanos solían atormentarla por las noches y no gozaba de un sueño ligero.

Al acercarse, lo vio iluminado por la luz del fuego, pero se negó a demostrar que estaba despierta. Apretó con fuerza los parpados y escuchó como se quitaba el kilt en silencio.

El peso de su esposo, hizo que el colchón de lana de oveja, se hundiera cuando se estiró a su lado. Rezó para que su corazón dejara latir acelerado y, sobre todo, para que su respiración desacompasada no la delatara.

Nerviosa, se dijo que sería conveniente fingir estar dormida, y dejar que la noche pasara sin provocar la ira de su marido, tan irritable por haber tenido que ir a buscarla al hogar de su padre.

—Puedes dejar de fingir que estás dormida.

Abrió los ojos como platos, consciente de que Duncan, a su espalda, no podía verla.

De todas formas, se sobresaltó, al saberse descubierta y apretó los labios.

No se movió más que para agarrar las sábanas y apretarlas contra el pecho. Bajo ellas, apenas estaba cubierta por una liviana camisola. Hacía calor como para cubrirse con una manta, aunque pronto llegaría el otoño y sus vientos cortantes.

—Yo… no pretendía fingir estar dormida —mintió, por miedo y tragó saliva.

Una risa seca le hizo entender que no la creía.

—Bien, porque está noche quiero que estés muy despierta.

Megan no supo exactamente que quería decirle con aquellas palabras, hasta que la mano de Duncan se posó en su cadera.

Tenía al formidable guerrero a su espalda, no podía verle, pero sí sentir el aliento en su hombro desnudo, y la calidez de su mano tocando su cintura y subiendo por su costado hasta que alcanzó uno de sus pechos.

Megan contuvo la respiración.

¿Iba a volver a ocurrir? Y si era así, ¿con cuanta frecuencia ocurriría? ¿Era habitual que los esposos yacieran juntos cada noche? ¡Dios! No podría soportarlo. Era tan grande, y a ella… le daba tanta vergüenza exponerse de esa manera. Aunque… sus besos, no fueron desagradables. Al contrario. Se le calentaron las mejillas. Lo deseaba.

Intentó controlarse, dejar de temblar como una hoja. Sin duda él debía notar su nerviosismo bajo las sábanas.

—¿No vas a mirarme? —derramó las palabras en su oído.

Ella meneó la cabeza imperceptiblemente, mientras con los ojos muy abiertos miraba la pared manchada de humedad.

Abrió la boca y después contuvo el aliento cuando la mano de Duncan se desplazó hacia abajo, acariciando su vientre con delicadeza y finalmente se metió entre sus muslos, arrancándole un gemido involuntario.

—Veo que no estás tan reticente como la última vez —dijo en un tono que a ella le supo a burla—. ¿Me has echado de menos?

Quiso negarlo. Ciertamente no anhelaba su regreso, pero…

Duncan movió la mano y ella se retorció contra el contacto inesperado, pero placentero.

Se sorprendió a sí misma abriendo más las piernas para recibir su caricia.

—Ya veo que sí —el murmullo se hizo más grave, más apasionado.

Él se acercó un poco más y Megan notó el calor que desprendía el cuerpo masculino cuando se apretó contra su espalda, cuando sus caderas se movieron y notó la dura protuberancia contra su trasero.

Sorprendida y temerosa intentó apartarse, pero él no se lo permitió. Hundió los dedos en su carne, a través de la camisola.

—Cuanto antes asumas tus deberes, más fácil será todo entre nosotros —le dijo con cierta urgencia. No quería lastimarla, pero tampoco renunciaría al único placer que podía encontrar en ese matrimonio.

Megan se retorció.

Sus deberes. Las palabras pesaban como una losa.

A pesar de que ya no era una mujer ingenua en ese aspecto, al haberse unido a él la primera noche hacía dos años, no sabía mucho más de cuáles eran sus deberes conyugales.

Por supuesto al estar casada, muchas de las doncellas se tomaron más libertades para hablar de lo que ocurría en la alcoba con sus maridos, delante de ella. Pero… debía admitir, que para Megan el acto en sí seguía siendo un misterio. Sí, había sentido algo de placer, pero no entendía el motivo de tanto revuelo. Era un acto mecánico, como la copula de los animales destinada a la reproducción.

—Yo… —tragó saliva y suplicó que no se le entrecortara la voz—, cumpliré con mis deberes.

Duncan hundió su rostro en el cuello de Megan y aspiró su aroma.

—Eso está bien —dijo, con un tono más dulce de lo esperado.

Bajo la tela del camisón, la mano de Duncan se desplazó de su cadera, de nuevo hacia su sexo. Lo rozó, tal y como lo había hecho esa misma tarde, aprisionándola contra la pared.

—Te dolerá un poco —le dijo su esposo con la respiración acelerándose—, pero con el

tiempo te acostumbrarás.

Ella se puso tensa, ya sabía que le dolería, pero lo de acostumbrarse…

—¿Lo haremos muy seguido? —quiso saber.

Una risa ronca reverberó en su pecho.

—Dios, espero que sí —fue la respuesta del todo inesperada.

—¿Sí?

—Haré que lo aprecies, Megan.

No sabía como podía apreciar el acto en sí, pero se dejó hacer.

—¡Ah! —sorprendida, soltó un pequeño grito cuando uno de los dedos rozó una parte aún más sensible.

Cerró las piernas de golpe, atrapando su mano y no dejando que se moviera.

—Megan —la voz de Duncan era de advertencia, pero decidió no darse por aludida hasta que volvió a hablar—. Abre las piernas.

—No, yo… espera. ¡Ah!

Duncan maniobró hasta introducirle un dedo en su cavidad.

—Mmmm… eres tan estrecha.

Megan sentía que se ahogaba, necesitaba aire. Estiró el cuello y abrió la boca, esperando encontrar una bocanada lo suficientemente grande para calmarla. No lo consiguió. El movimiento de la pelvis de su marido contra ella, de su mano apretando de súbito uno de sus pechos, y ese dedo en su interior…

—Por favor.

Él gruñó y salió de su interior, para al segundo volver a introducirse en ella, tal y como había hecho esa primera noche.

¿Siempre sería igual? No lo sabía, pero… había matices diferentes.

—Me cuesta respirar —Sí, le costaba respirar, y su piel estaba cada vez más ardiente.

—Tranquila… ábrete para mí. Será rápido.

Con esa promesa Megan abrió sus temblorosas piernas. La mano se puso en movimiento,

provocándole sensaciones que no podía explicar, ni entender.

Sentía su toque, sus dedos resbaladizos, rozando, pulsando, pellizcando su punto de placer, entrando y saliendo de su interior. Notaba como su cuerpo, más bien su sangre cambiaba, vibraba. Su propia respiración se tornaba acelerada y los latidos de su corazón estaban desbocados. Ciertamente, esta vez no a causa del miedo.

De súbito, comprendió que, en realidad, necesitaba que él continuase, que siguiese haciendo eso.

—Así, estás casi lista para mí.

Megan tenía la boca abierta y los ojos cerrados. Era una suerte que él siguiera a su espalda y no pudiera verle la cara de éxtasis.

Gimió y volvió a cerrar las piernas, atrapando su mano.

—No, no —No sabía qué le estaba pasando.

—Deja que ocurra, te facilitará las cosas.

No lo comprendía y aun así….

—Yo…

—Vamos, abre los muslos para mí.

Ella intentó obedecer, a pesar de que su cuerpo temblaba violentamente.

De pronto, la mano desapareció de entre sus muslos y se sorprendió a sí misma decepcionada. Anhelando ese contacto.

Abrió los ojos de golpe y buscó su mirada por encima del hombro.

—¿Ves? —dijo en tono de burla—. Si no obedeces, te perderás lo mejor.

Megan no pensó por demasiado tiempo en sus palabras porque su espalda, de alguna manera, tocó el colchón. Se encontró tendida boca arriba, y antes de darse cuenta Duncan estaba de rodillas, frente a ella, entre sus muslos.

Abrió la boca para decir algo, pero ¿el qué?

Se miraron a los ojos, los dos en silencio. No hizo falta que le diera una orden, o que la instara a acomodarle entre sus piernas. El propio Duncan, tomó la parte trasera de las rodillas

femeninas e hizo que las doblara. Se abrió a él, con mucha menos vergüenza de la que cabría esperar.

Megan paseó su mirada por el formidable cuerpo de su esposo. Fuerte, bronceado… Estaba completamente desnudo y eso hizo que sus ojos se desplazaran a un punto concreto de su anatomía.

—¿Te gusta lo que ves?

No respondió. Se llevó las manos al pecho y las estrechó entre sí para que dejaran de temblar.

Con movimientos precisos, Duncan retiró las sábanas y subió su camisola hasta más arriba de su estrecha cintura. Sintió como el aire tibio le acariciaba la piel, que sentía ardiendo. Cuando las rudas manos de él abandonaron sus rodillas, subieron por la parte externa del muslo, arriba y abajo haciendo que ella jadeara.

Se negó a cerrar los ojos. Megan miró su cuerpo imponente. Sus pectorales eran de puro hierro, y todo su cuerpo parecía tallado en roca. Magnífico. Estaba lleno de cicatrices que deseó tocar, pero se resistió a hacerlo por miedo a ser reprendida por su atrevimiento.

Lo miró a los ojos, y estos brillaban de excitación. ¿Los de ella brillarían de igual forma?, se preguntó.

Se vio bajo el embrujo de esos labios, que no dejó de mirar, pero que tampoco se atrevió a besar.

Él se inclinó sobre ella, alzándole las rodillas para que sus piernas abrazaran su cintura.

—No te olvides de respirar —sonrió.

Y esa sonrisa le gustó. Por algún motivo, durante unos instantes, le pareció que, tal vez sería comprensivo, cortés.

—Duncan —gimió, temblando.

—Sí —le apartó un sedoso mechón de su rojo cabello, que luego se llevó a la nariz y aspiró su aroma, cerrando los ojos—, tampoco te olvides nunca de mi nombre.

De pronto, las caderas del hombre se movieron y ella sintió la presión de su miembro,

abriéndose paso entre los resbaladizos pliegues. Megan intentó poner su peso sobre los codos, pero él se lo impidió, empujándola de nuevo contra el colchón.

—Quédate quieta.

Ella asintió, temerosa de que, si no obedecía, le haría daño.

La penetró con una fuerte estocada, y ella se arqueó, presa del dolor y el placer que le provocó la invasión.

Duncan gimió a su vez, mientras sus caderas se movían, bombeando dentro de ella. No pasó mucho tiempo hasta que se inclinó sobre su esposa, haciendo que su torso rozara los pechos de Megan. Sintió la dureza de sus cálidos pezones rozando su piel, y eso lo enloqueció. Hundió la cara en el cuello de ella mientras le levantaba más las piernas. Quería estar dentro de su esposa, lo más adentro posible. Quería disfrutar de ella, sin pensar en nada más.

La escuchó gemir mientras él aumentó el ritmo.

—Por favor… —Megan no supo muy bien por qué suplicaba.

Duncan no aminoró su bombeo. Sintió las uñas de ella clavarse en los omóplatos y con rapidez capturó ambas muñecas y las colocó a cada lado de su cabeza, sujetándola, mientras se alzaba poniéndose de rodillas entre sus piernas, penetrándola a un ritmo cada vez mayor.

—Lo siento —dijo ella, al ver que, sin proponérselo, había dejado marcas rojizas con sus uñas.

—No te disculpes. Me gusta —sí, le gustaba, tal vez demasiado.

La miró a los ojos. Megan los tenía muy abiertos, como si intentara no perderse nada de lo que estaba pasando.

Duncan se relamió los labios. Era un cervatillo encantador.

Siguió inmovilizándola. Si le hubiera permitido tocarle mientras escuchaba sus gemidos en su oído, todo habría acabado demasiado rápido. Mmmm… gruñó al acordarse de que debía odiarla.

Sí, se dijo a sí mismo. *La detesto, tanto como la deseo.*

Era una maldición, sentirse tan atraído por ella.

La cubrió de nuevo con su cuerpo y devoró sus labios. Esos labios entreabiertos, seductores, rojos como su cabello. Lo volvía loco. Las embestidas se fueron haciendo más fuertes y poderosas. Y ella empezó a retorcerse y a gritar de nuevo.

—¿Qué me estás haciendo? —gritó, presa de algo que todavía no comprendía—. Me duele.

—Es que eres tan estrecha… Puedo hacer que pare…

Oh, sí, él podía correrse en cuestión de segundos si ella no quería seguir, pero al verla arquearse una vez más y apretar su miembro en su interior, Duncan supo que no debía ser tan egoísta con su esposa.

Liberó las manos que tenía sujetas sobre la cabeza y repartió su peso sobre ambos codos.

—Sube más las piernas.

Cuando ella lo hizo, la penetró más profundamente y el calor que irradiaba su cuerpo se volvió más intenso.

—¡Duncan!

—Deja que pase —le aconsejó, mientras una de sus manos se dirigía a la unión de ambos cuerpos.

La vio retorcerse contra él mientras acariciaba los pliegues mojados y encontraba ese punto exacto que sabía la enloquecería.

—Oh, Dios… —Duncan se dejó llevar al notar lo húmeda que estaba.

Terminó antes de que los últimos espasmos de Megan se sintieran bajo su cuerpo.

Ambas respiraciones estaban agitadas. Megan sintió que su marido temblaba sobre ella. Un gruñido después y su peso cayó sobre ella, que siguió acunándolo entre sus piernas.

Se quedaron inmóviles unos segundos, hasta que Duncan rodó sobre su espalda. Cuando reinó el silencio, ella vio que él seguía con los ojos abiertos mirando el techo, Megan hizo lo mismo.

No supo precisar si fue mejor o peor que la primera vez.

Al menos ahora sabía a qué se exponía, en qué consistía el acto de cumplir con su deber.

Empezaba a pensar que le gustaría cumplir con su deber más a menudo.

Capítulo 9



Cuando Megan despertó a la mañana siguiente, su esposo ya no estaba en el lecho con ella. El sol apenas había salido, pero podía escuchar el ruido de la casa al despertar y el canto escandaloso de los gorriones que se estaban desperezando en la enredadera que cubría la pared de su habitación. La posada cobraba vida, quizás en las cocinas ya hubieran preparado el desayuno.

Se levantó de la cama y su estómago rugió al reconocer el aroma del pan recién hecho. Se dispuso a asearse y a vestirse cuando sus piernas le fallaron y tropezó.

Estaba agotada. Sentía un ligero escozor entre los muslos y se sonrojó al recordar todo lo que había sucedido la noche anterior.

Se vistió en silencio sin poder apartar de su mente los recuerdos.

Había yacido de nuevo con su esposo y debía admitir que esta vez no había sido tan dolorosa como la primera. Y… en cierta forma, había sentido algo… diferente. Un calor especial. Se sonrojó, pero unos golpes en la puerta la sobresaltaron, haciendo que diera un respingo.

—¿Quién llama?

—Señora, partiremos enseguida. Conviene que baje para comer algo.

Megan se sintió decepcionada al no reconocer la voz de Duncan. Sin duda, había enviado a uno de sus soldados para que se diera prisa.

—Enseguida voy.

No pasó demasiado tiempo para que Megan estuviese lista. Bajó las escaleras de madera, y a su paso los peldaños crujieron. Al llegar a la planta baja la misma mujer de la noche anterior

la atendió amablemente.

—Señora McLeod, su desayuno.

Megan agradeció a la mujer con una sonrisa, y se comió gustosa las gachas de avena y leche. Por un instante, cuando la llamó señora McLeod, pensó que se habría equivocado de persona, pero no. Ella era la señora McLeod. Sonrió sin saber muy bien por qué. Quizás porque ya no era una Harris.

Al pasar los minutos, de alguna manera, se decepcionó al no ver a su esposo. Pero no pasó mucho tiempo preguntándose donde estaba. El sonido de los caballos junto a la puerta la sacó de sus pensamientos.

Duncan entró y al ver que había terminado de comer, la agarró del brazo y tiró de ella.

—Nos marchamos.

Al arrastrarla fuera de la taberna, Megan pudo ver como Duncan lucía el ceño fruncido y no estaba de buen humor. Para cuando ella salió al exterior, todos los soldados, incluidos el laird McDonald, montaban a los lomos de sus caballos.

—Ah —Megan contuvo un grito cuando Duncan la alzó y la sentó frente a él. El caballo se removió inquieto.

—No grites, asustas al animal.

Él sí que estaba hecho un animal. ¿A qué venía ese mal humor tan temprano?

Nadie dijo nada y se pusieron en camino.

Durante media mañana, Megan le estuvo lanzando miradas de soslayo, y ya entrada la tarde, se dio cuenta de que no le había dirigido la palabra en todo el día.

Los dos días siguientes no tuvieron mejor comunicación. De hecho, Duncan solo le habló para decirle que esa noche dormirían al raso. Megan se estremeció, puesto que aunque era el final del verano, en las tierras altas, el clima era mucho más fresco.

Cuando empezó a caer la tarde, Duncan obligó a sus hombres a detenerse. Ella cerró los ojos agradecida. Tenía el trasero más que dolorido. El mal humor de su esposo había hecho que no se acercara a ella las dos noches anteriores, algo que agradeció.

—Acamparemos aquí.

Dicho esto, desmontó y los hombres McLeod y McDonald se pusieron a buscar leña y encender el fuego. Pudo ver a cuatro ir de caza, en busca de algún conejo despistado.

Megan seguía en silencio y cuando Duncan la vio tan distraída, frunció el ceño.

—¿Qué demonios haces?

Ella lo miró asustada.

—Na… nada, es que…

Duncan se acercó a ella y la tomó por la cintura. Megan contuvo un grito cuando sus pechos chocaron contra la cabeza de su esposo y la puso en pie rápidamente. Tan rápido, como él fue en apartarse. Había sido una mala idea. Las piernas de Megan no la sostuvieron y cayó sobre sus ya de por sí, doloridas posaderas.

—¿Qué…? —Duncan apretó los labios. Al parecer se le había acabado la paciencia con ella dos días antes.

—Tengo las piernas entumecidas —se quejó lastimera.

Sabía que no debía protestar, pero… ella no estaba acostumbrada a cabalgar. Un viaje tan largo la había dejado agotada.

—Lo siento —dijo Megan.

El laird McDonald se puso junto a Duncan y por un momento horrible, ella pensó que iban a burlarse de ella. Pero Lachlam se limitó a golpear el hombro de Duncan con fuerza y luego la señaló.

Hubo un bufido y su esposo se arrodilló junto a ella y la tomó en brazos.

—No sabía que eras tan delicada.

Las mejillas se le tiñeron de rojo.

No era… delicada. De hecho, era bastante fuerte. Pero ¿podía culparla por no soportar un ritmo tan feroz? No había ninguna duda de cuanto deseaba Duncan volver a casa.

—Lo sie…

—Deja de disculparte —bufó su marido.

Ella se agarró a su cuello para no caer, y vio como la observaba de reojo. La acercó junto al tronco de un árbol caído, donde habían decidido encender una fogata.

—Quédate aquí —le dijo depositándola sobre una manta.

La miró a los ojos por un instante, y ella no supo muy bien el por qué de su expresión. ¿Estaba enfadado…? Eso siempre, pero… había algo más. ¿Culpabilidad?

—¡Duncan! —Cuando Lachlam lo llamó, abandonó a su esposa que se quedó allí descansando, asustada y sintiéndose completamente inútil.

En algún momento del anochecer debió quedarse dormida, porque al despertarse sintió el cuerpo de Duncan calentándole la espalda.

Sobresaltada intentó apartarse, pero él la agarró con fuerza por la cintura.

Se dio cuenta de que no veía nada, y no era porque el fuego se hubiera apagado, sino porque sobre su cabeza tenía echado un kilt de los McLeod.

—Duncan… —gimió desconcertada.

—No dejabas de tiritar —dijo en un susurro, ciertamente exasperado—. No sé como vas a sobrevivir al invierno.

Ella se hizo más un ovillo, recordando la crueldad de su familia, que le había dicho exactamente lo mismo.

—¿Qué ocurre?

—No es nada.

Se acercó más a ella y la estrechó contra su pecho. Megan parpadeó sorprendida de que quisiera compartir el mismo espacio con ella.

Enseguida notó el calor que emanaba de él. Era como dormir dentro de una chimenea. Se quitó el tartán de la cabeza y parpadeó embelesada al ver las hermosas estrellas en el firmamento.

Cerró los ojos y buscó su calor mientras se relajaba entre sus brazos.

—Gracias.

¿Qué más podía decirle?

Su último recuerdo antes de dormir era que había visto a su esposo hablar entre susurros

con Lachlam McDonald. Aunque no podía escuchar sus voces, que ambos intentaban mantener en un tono bajo, por los movimientos aireados de sus brazos, estaba claro que parecían discutir o reprocharse algo. Megan tuvo el buen criterio de no mencionar nada al respecto. ¿Sería ella la causante de esa discusión?

Estaba convencida de que Duncan McLeod no la quería como esposa y tener que aguantarla durante ese largo viaje, se le hacía muy cuesta arriba. No lo culpaba. ¿Quién quería casarse con una mujer sin cualidades? Si al menos fuera tan hermosa como su hermana Phiona, si al menos pudiera parecerse en inteligencia a su madrastra… pero no, ella no tenía nada destacable que la hiciera deseable como esposa. Y si Duncan la repudiaba, posiblemente ya no encontraría otro marido, y regresar de nuevo al castillo de su padre sería una tortura inimaginable.

Suspiró y pareció volverse más pequeña bajo el kilt.

Duncan notó la incomodidad de su esposa, hizo que se diera la vuelta entre sus brazos y lo mirara de frente.

—No duermes.

Ella negó con la cabeza. Tenía los ojos grandes y redondos abiertos. Como si estuviera asustada.

—¿Aún me temes?

—Es qué…

—Es qué, ¿qué?

Ella intentó rehuir la mirada.

—Es que estás tan enfadado conmigo.

Duncan resopló y puso los ojos en blanco.

—No le des más vueltas, yo soy así.

Megan lo miró totalmente horrorizada.

—¿Siempre estás enfadado?

La miró frunciendo el ceño, como si fuera una criatura estúpida a la que habían de

explicarle las cosas.

Megan entreabrió los labios, quizás para llenar el incómodo silencio, pero al no decir nada, pareció molestar aún más a Duncan y se vio forzada a esconder rápidamente su cabeza. Se tapó con la suave tela hasta la barbilla y justo entonces miró el cuerpo de su marido. Estaba sobre la tela de cuadros, pero sus rodillas estaban al aire. No se había cubierto para resguardarse de la fría noche.

Megan tragó saliva y en un acto de valor y preocupación por su cónyuge le echó el tartán encima, para protegerle.

—¿Qué estás haciendo? —La pregunta sonó afilada como un cuchillo.

—No quiero que tengas frío.

Él se incorporó sobre su codo y la miró haciendo que se mordiera el labio. A pesar de ser noche cerrada, la luz de la luna dejaba suficiente claridad para ver la expresión huraña de Duncan. Fruncía el ceño.

Duncan se quitó la prenda y volvió a arroparla a ella.

Se quedaron en silencio un largo rato, tanto que él pensó que su esposa se habría quedado dormida. Miró hacia la noche. La hoguera se había casi apagado y los hombres, les dejaron intimidad, acostándose más cerca del claro.

La miró al escuchar un castañeo de dientes. Se había vuelto a apartar de su lado antes de quedar dormida… y tiritaba.

Puso los ojos en blanco.

Seguramente había rehuido su contacto. Debía sentir repulsión por él después de la noche anterior. En verdad había intentado ser tierno. Bueno… tierno no, pero al menos hacerla disfrutar. Puso los ojos en blanco y resopló. Nunca se había preocupado por el placer de una mujer, pues normalmente eran ellas quienes lo buscaban, y por sus gritos en la cama se iban bastante satisfechas. Pero Megan… no era una moza de taberna, ni una viuda buscando el calor de un cuerpo masculino. Estaba seguro que si le dieran a elegir, ella no lo buscaría en absoluto.

Resopló, molesto consigo mismo.

No había estado tan mal, se encogió de hombros. Incluso había llegado a pensar que ella había disfrutado de estar en la cama con él. Pero quizás solo fingía para poder llevarse mejor con su esposo, y que su futura vida no fuera tan desagradable. Le desagradó que le tuviera miedo, y mucho más que se sintiera obligada a fingir en la cama, a retorcerse bajo su cuerpo como si lo disfrutara.

—De verdad espero que nos llevemos bien —dijo Duncan en un susurro, solo porque le pareció que estaba dormida.

Pero no era así.

—¿Sí? —gimió ella en un castañear de dientes.

Duncan se volvió de nuevo hacia ella y alzó la tela, le rodeó la cintura y la atrajo contra su pecho.

—Deja de tiritar.

—Lo intento.

Respiró entrecortadamente. Estaba nerviosa, Duncan provocaba ese efecto en ella. Era un hombre aterrador. Alto, fuerte, tosco en modales, apenas sonreía. Tal vez no fuese duro de forma intencionada, en cualquier caso, eso no era algo que se esperaba de un hombre como él, y no podía recriminárselo.

Cerró los ojos y admitió que amaba el calor que desprendía. No volvería a apartarse, lo había hecho antes, consciente de que a él no le gustaba tenerla cerca.

—Me gustaría mucho.

Él clavó su negra mirada en la suya, frunciendo el ceño.

—¿El qué?

—Que nos lleváramos bien.

La vio lamerse el labio inferior y su cuerpo reaccionó a esos ojos demasiado grandes e inocentes para su rostro, a esos labios carnosos que ella no querría que besara.

Cerró los ojos y al volver a abrirlos le espetó:

—Pero no podemos hacerlo si sigues mirándome como si fuera la peor escoria de la

tierra.

Ella empequeñeció ante esa dureza inesperada.

—Yo… —vaciló. En realidad, no pensaba exactamente eso, pero prefirió callar porque las experiencias vividas le habían demostrado que eso le evitaba problemas.

—¿Acaso negarás que no sientes repulsión por mí? —insistió él, sin embargo.

Ella negó con la cabeza, que rozó su pecho. Duncan volvió a ponerse de lado y ambos se miraron fijamente, a un aliento de distancia.

—Yo… —ella vaciló. No podía dejar que él pensara que le odiaba—. No siento nada de eso.

—¿De veras?

—Estoy siendo sincera. —Asintió de nuevo—. Y lamento que lo pienses.

Pasaron varios segundos sin que ninguno de los dos dijera nada. Megan absorbió el calor del cuerpo de Duncan y esperó que fuera comprensivo con ella. Si él pudiera entenderla.

—Yo… quizás no te tenga aún confianza, no sé nada de ti. Eso es todo. No soy mala persona, no odio a la gente… No te odio a ti —finalmente se atrevió a decir.

—Yo tampoco te odio.

Ella reveló una tímida sonrisa.

—A mí eso me parece bueno.

Los ojos de Megan no se apartaron de los suyos. A la luz de la luna podía ver sus largas pestañas, sus cabellos rojizos con un fulgor especial. Era hermosa de una manera que ni ella misma sabía. Cerró los ojos al notar como su cuerpo reaccionaba a esa mirada.

Carraspeó incómodo y miró al cielo, poniéndose de espaldas. Pero no la dejó que se congelara, la arrastró con él, haciendo que su cabeza descansara contra su pecho, y su pequeño cuerpo contra uno de sus costados.

—Yo tampoco sé nada de ti —dijo Duncan.

Las mejillas de Megan ardieron y tuvo que concentrarse en la conversación para no parecer idiota.

—Entonces… no sé… Comprende mi silencio y mi mirada temerosa.

Se hizo el silencio por un rato más.

—¿Quieres que sea comprensivo? —Ella asintió y su cabeza de movió contra el fornido torso del highlander.

Su pecho era cálido, no llevaba camisa alguna y eso le provocó una oleada de calor. Agradeció al Todopoderoso no estar a plena luz del día para poder esconder el sonrojo de sus mejillas.

—Lo intentaré.

Ella sonrió, no esperaba que manifestara su intención de mejorar su relación.

—Gracias.

Duncan se quedó pensativo. Había muchas cosas que seguramente ella ignoraba. Y que quizás ese no era el mejor momento para contárselas, pero que tarde o temprano, debería saber.

—No fue fácil para mí obedecer al rey —dijo de improviso—, y aun así me casé contigo.

—Lo entiendo —respondió en un hilo de voz.

—Y sigo pensando en hacer honor a mis votos, aunque… tú no lo aprecies.

Ella alzó la cabeza, sorprendida por sus palabras. Ella en ningún momento lo había despreciado, tan solo lo había temido. De hecho, le seguía teniendo miedo. Si por algún motivo él había llegado a esa conclusión, había sido porque el temor le había impedido expresarse. Pero estaba equivocado, ella no despreciaba a su esposo.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó, curiosa.

—¿No es evidente?

¿Evidente? Lo evidente podía ser interpretado de diferente forma por distintas personas. Nadie era igual, ni pensaba del mismo modo, y en esos momentos era más que evidente que su esposo ponía palabras en su boca, o más bien pensamientos en su mente que ella no había sentido. Tenía que hacérselo ver, aunque, probablemente no la entendería.

—Para mí, no es evidente. ¿Que he hecho para ofenderte? —se puso nerviosa, porque tenía tanto miedo de ofender a su esposo, que no sabía cómo ser sincera con él—. Si es por lo

que pasó anoche, sabes que no tengo experie…

—No fue por eso —la cortó él mirándola con dureza—. Fue por quedarte con tu padre cuando eres la señora de los McLeod. ¿Por qué decidiste seguir en la frontera cuando todo tu clan te estaba esperando?

Ella no supo qué contestar a eso.

—No sabía que me quisieras allí.

—Querer o no, no importa. Era tu deber.

Megan estaba indignada, aunque se cuidó mucho de no decirlo abiertamente. En realidad, no tenía experiencia en normas sociales porque su familia siempre la había mantenido apartada de ellos. Ni tampoco sabía como comportarse ante un hombre, ni mucho menos lo que se esperaba de ella en el matrimonio, ni las costumbres de las Highlands. Pero no podía tampoco decirle todo eso, pues él podría considerarla una estúpida, o pensar que era más poca cosa de lo que ella pensaba de sí misma. Pero era injusto que la culpase de algo de lo que ella no era responsable.

Al ver que Megan no decía nada, Duncan insistió.

—¿Cómo llamarías el haber permanecido en casa del enemigo en lugar de en la fortaleza McLeod, esperando que tu señor volviera de la guerra como era tu deber?

—Yo… no sabía qué debía hacer. Tú eres mi esposo, yo habría obedecido cualquier orden que me dieras, como he hecho hasta el momento. Pero te fuiste sin apenas despedirte.

—¡Mentirosa! Mis hombres fueron a buscarte. No quisiste ir con ellos cuando fueron a la fortaleza Harris ¿Sabes cómo te recibirán cuando lleguemos? —dijo furioso—. ¿Crees que les gustará tenerte como señora cuando está claro que los desprecias? Mandé a mis hombres a escoltarte a casa, y les dijiste que te quedabas con tu padre.

—¡No hice tal cosa! —Se reincorporó indignada—. Mi padre decidió por mí.

—Sí —él la atrapó por los brazos y la atrajo nuevamente hacia su pecho. Sus cabezas estaban apenas a un suspiro de distancia—. Les dijo que, si quería a mi esposa, debía ir yo a buscarla.

—Eso dijo.

—¿Y qué dijiste tú, como señora de los McLeod?

Ella negó con la cabeza.

—¡No dije nada! Lo juro.

—Exactamente —la apretó con más fuerza—. Nada. Preferiste quedarte en el lujo que te ofrecía tu padre, antes de ir a las pobres tierras McLeod. Qué poco debimos parecerte.

—Duncan…

Los ojos se le llenaron de lágrimas y él la soltó como si quemara. Se volvió, dándole la espalda, dispuesto a ignorarla.

—No fue así, te juro que no fue desprecio.

—Duérmete, esposa —esa palabra se le clavó a Megan como un puñal—. Mañana será otro día.

Se levantó y se marchó dejándola sola. Megan lo siguió con la mirada, pero al perderse detrás de los árboles, se cubrió la cabeza con el kilt y empezó a llorar. No creía que aquello fuera a funcionar de buenas a primeras, pero no se daría por vencida.

Cuando Duncan rebasó el primer árbol, la figura de Lachlam lo hizo gruñir.

—¿Espiando?

—No me culpes —dijo levantando los brazos—. Tenía curiosidad por saber cuanto podrías llegar a equivocarte.

Duncan resopló.

—¿Y a qué conclusión has llegado?

Duncan, tuvo que lidiar con la mirada de reproche de su amigo Lachlam. —A la que indica que eres un soberano idiota.

Capítulo 10



A la mañana siguiente, su esposo se dedicó a ignorarla. Y al parecer, no solo a ella. Lachlam McDonald, parecía también ser el causante del mal humor de su marido.

—Mañana al amanecer subiremos al barco —dijo Duncan sin más, como si ella supiera de qué le estaba hablando.

—¿Un barco?

Montados sobre el caballo, cuando Duncan exhaló con fuerza a causa de la exasperación, los cabellos de su mujer se agitaron. Guardó silencio y por un instante miró a Lachlam que le sonrió amigablemente. Bueno, al parecer no todo el mundo la odiaba.

Era bien entrada la tarde cuando detuvieron sus monturas. Para sorpresa de Megan, los hombres McLeod construyeron una improvisada tienda para ella, con telas que parecían resistentes e impermeables.

—No es necesario —le dijo a su marido algo avergonzada de que los dos jóvenes guerreros McLeod se molestaran por ella.

—Te morirás de frío, estamos muy al norte.

—Pero es verano…

Duncan puso los ojos en blanco. Esa mujer parecía destinada a llevarle la contraria.

—Usarás la tienda —dijo tajante, y ella se vio obligada a asentir, no sin antes lanzarles una mirada de disculpa a los soldados.

—Lo hacemos con sumo gusto, señora —le dijo el más joven de todos.

Megan parpadeó, sorprendida por el buen trato que recibía de ellos.

—Gra… gracias.

Cuando se volvió para mirar a su marido, este ya había desaparecido.

Una hora más tarde algunos hombres, habían vuelto al campamento después de haber cazado la cena y ahora todos estaban alrededor del fuego.

Varios conejos se asaban en esos momentos en las brasas de lo que había sido una hoguera y tres perdices que reservarían para la siguiente jornada, aún sin desplumar. La cena se consumió entre risas, al parecer habían llegado a territorio amigo.

—¿Deseoso de ver a tu padre? —le preguntó Duncan a Lachlam a la luz del fuego.

—Sí, deseoso de regresar a mi hogar. Como tú, supongo —dijo sonriendo.

Megan escuchó a los hombres mientras ella comía en silencio. Había deducido que estar cerca de casa era lo que había provocado tan espectacular transformación. Lachlam le pareció amigable, desde luego, mucho menos huraño que su esposo y de mejor carácter. Pero ahora que sonreía, le pareció muy atractivo. No tanto como su esposo, porque… Duncan.

Se sonrojó y apartó la mirada.

—¿Qué ocurre? —preguntó su marido con el ceño fruncido.

¿La había pillado observándole?

—No ocurre nada, solo pensaba.

Después de mirarla largos segundos en silencio, se dio por vencido al entender que no recibiría otra respuesta de su parte.

Ya entrada la noche, Megan había salido a hurtadillas de la improvisada tienda de campaña, que dos de los soldados de su esposo le habían construido. Todos ellos dormirían al raso, pero aún era pronto para ello. Se preguntó si su marido la visitaría en la tienda, o se quedaría con ellos.

Empezaba a tener frío.

No tardarían en llegar a las tierras de su esposo, y no se podía decir que estuviese disfrutando de las comodidades del viaje, pero sí que se sentía entusiasmada de conocer lugares nuevos, paisajes distintos, pues jamás había viajado fuera de las tierras de Harris. Sí que había

salido del castillo para recolectar algunas hierbas medicinales, y eso era lo que quería hacer ahora.

Se adentró en la arboleda y miró con detenimiento las plantas. Esa tarea, seguro hubiera sido mucho más grata a plena luz del día. Apenas podía ver bien las hojas sino era a un palmo de distancia. Había tomado la sobreveste como cesta, depositando las escasas plantas recogidas en su falda. Al llegar a la tienda, las envolvería en un pañuelo y las escondería hasta que pudiera secarlas.

Regresó a su tienda con cautela para no ser reprendida por su atrevimiento, cuando vio a dos hombres apoyados en un árbol, en el linde del improvisado campamento. Se acercó sigilosamente a su tienda, intentando esquivarlos, pero al pasar cerca de un gran árbol, vio como su esposo hablaba con el laird McDonald. Se detuvo, porque temía que la vieran, y no pudo evitar escuchar la conversación.

—¿Vas a seguir enfurruñado mucho tiempo?

—¡Cállate! —la voz de Duncan la hizo dar un respingo y a ocultarse más tras el árbol cercano.

—Si me callo no puedo decir lo que pienso, y en este momento pienso que eres un idiota.

Megan, con la espalda apoyada en el tronco del árbol, miró hacia el mar. Desde allí podían escucharse el sonido de las olas, pero no se habían acercado más por temor a que el viento fuera demasiado intenso. Abrió los ojos como platos, intentando escuchar bien lo que se decían los highlanders.

—Sí, al parecer muchos me consideran idiota. Ya lo dijiste antes —Duncan lo fulminó con la mirada.

—¿Vas a pedirle disculpas a tu esposa?

Eso conmovió a Megan, que sorprendida, no pensó en que su marido tuviera que hacerlo. De todas formas, esperó la respuesta que por supuesto la decepcionó.

—No. No hay nada de lo que me arrepienta.

—Tienes el corazón como una piedra de rio.

—Es posible. Lamento no ablandarme como tú ante cualquier cara bonita.

—Mira que preferir discutir que retozar entre los brazos de esa muchacha.

—¡Cállate!

Lachlam soltó una carcajada, pero después palmeó el hombro de su amigo.

—Sigue diciéndome eso, pero… ¿no ves que podría estar algo intranquila fuera de casa? Es probable que haya escuchado los rumores y esté nerviosa por su futuro.

Megan apretó más su cuerpo contra el tronco del árbol. Había evitado asomarse, pero al menos podía escuchar bien la conversación. ¿De qué estaban hablando? ¿Qué rumores eran esos que podían dejarla tan intranquila?

—Por favor… si te refieres a los rumores de que voy a repudiar a mi esposa, ya puedes olvidarte de eso.

El corazón de Megan casi se le sale del pecho.

¿En verdad cabía esa posibilidad? ¿Su esposo se había planteado repudiarla? No, no podía ser, él había negado también eso, ¿verdad?

—Los Boyd parecen muy convencidos de que así será.

—Eso es lo que más me preocupa —confesó Duncan—. Y la visita del sacerdote a la casa de los Harris. Totalmente innecesaria. Yo estoy convencido de que en algún momento su padre nos hará una visita.

Lachlam soltó una risa malvada.

—No se atreverá.

—No estés tan seguro.

—¿Y cuál sería el motivo de la visita? —preguntó el laird McDonald.

Eso era precisamente lo que Megan quería saber.

—Quizás persuadir a mi esposa que me repudie.

—No lo hará —dijo Lachlam tajante.

No, no lo haría, sería deshonroso. Además, su padre no se lo pediría ¿por qué motivo contradeciría al rey?

La respuesta no tardó en llegar.

—Estoy convencido de que Harris recibirá mucho dinero de los Boyd por hacer desaparecer a su hija de tierras McLeod, por supuesto, no sin antes conseguir la anulación para poder casarme con la hija de Boyd.

Megan apretó las faldas de su vestido, después las soltó, dejando caer las hierbas que había recolectado.

¿Duncan iba a casarse de nuevo? ¿Su padre iba a obligarla a marcharse de nuevo? Pero… ¿por qué? No desobedecería al rey, jamás. Su esposo estaba muy equivocado. Intentó tranquilizarse.

—¿Y crees que el rey habrá dado el visto bueno a un posible matrimonio entre la hija de los Boyd y tú?

Aunque Megan no pudiera verlo, su esposo había asentido.

—Boyd tiene mucho dinero y una fijación por mis tierras. Si consiguiera que su nieto fuera el laird de los McLeod… sería un verdadero triunfo para él.

Las tierras de los Boyd y los McLeod eran vecinas. El señor de los Boyd no había tenido descendencia masculina, por lo que todas sus tierras pasarían a uno de sus sobrinos, un incompetente que no tardaría en mermar su fortuna con su inutilidad. Pero tenía una hija muy capaz, y si esta se casaba con un hombre apto para el rey, no veía inconveniente para que el nombre de los Boyd quedara gravado en la historia como uno de los clanes más poderosos de Escocia.

—Los Boyd siempre han sido ambiciosos —dijo Lachlam—. Hemos tenido con ellos serias desavenencias por culpa de su codicia. Pero casando a su hija contigo, Boyd se asegurará de que mientras él viva podrá tener derecho de pesca y caza en las tierras de su yerno, y que su nieto… —Lachlam vaciló al hablar, mirando con fijeza a Duncan—, será el heredero, quizás solo del clan McLeod… quizás de todo.

—Sobre mi cadáver —sentenció Duncan cerrando el tema.

Megan encontró el momento adecuado para alejarse con sigilo, mientras los dos hombres

seguían hablando.

Ya había escuchado demasiado.

Cuando entró en la tienda, se echó sobre su improvisado catre, uno de los kilts de su esposo. Se quedó echa un ovillo, intentando que nadie la escuchara llorar.

No quería volver a casa de su padre.

No quería volver a sentirse una inútil.

No quería que su esposo la repudiase. Y esa última afirmación era lo que más le daba en que pensar.

Los dos hombres continuaron hablando, ajenos al hecho de que habían sido escuchados.

—Parece que empieza a importante un poco tu esposa.

Duncan refunfuñó, pero finalmente se encogió de hombros, intentando hacerle creer que no le importaba en absoluto, aunque los dos guerreros sabían que no era así.

—No quiero romper mi promesa hecha ante Dios, eso es todo. —Miró al fuego que crepitaba ante ellos, como si estuviera hablando solo—. Pero no le perdono que se quedara en casa de Harris.

Lachlam suspiró.

—No puedes culparla por quedarse en casa de su padre.

—Sí que puedo —dijo Duncan, enfadado.

—¿Tú hubieras ido a casa del enemigo si tu marido estuviera en la guerra?

Un gruñido fue la única respuesta que escuchó Lachlam.

Ambos guerreros estaban sentados en el tronco de un árbol caído y Duncan miró hacia la improvisada tienda que habían construido con las lonas. No había salido de ella, desde que la montaron, y no era necesario ser muy listo para saber que la razón era la presencia de su esposo.

Duncan también era muy consciente de que la había hecho llorar, aunque ella hubiese intentado ocultárselo, él había visto el brillo de las lágrimas asomando en sus preciosos ojos

azules.

—Vamos, seguramente si hubiera llegado una inglesa, por muy esposa tuya que fuera, el clan la hubiera tratado peor que a escoria.

—Aun así…

—Estábamos en plena guerra. Podrías no haber vuelto. Los dos podríamos habernos quedado allí. Y entonces, ¿qué? ¿Cuánto tiempo habría tardado Megan McLeod en volverse loca en medio de esa gente extraña?

Duncan empezó a sentirse un poco mal. A su amigo no le faltaba razón. Tal vez había sido demasiado duro culpándola, echándole en cara que era la culpable de todo. Pero no iba a dar su brazo a torcer.

—Dejemos el tema.

Lachlam sonrió, sintiéndose vencedor.

—Me parece bien, pero deberías ir a buscarla y decirle que hizo bien.

—No hizo bien.

Por mucho que su amigo dijese lo contrario, lo hecho, hecho estaba. No cambiaría de opinión, y mucho menos le pediría disculpas a esa mujer, la hija de su mayor enemigo, al que odiaba profundamente.

El laird McDondal resopló.

—Eres tan cabezota.

—Y tú… tan metomentodo.

Lachlam negó con la cabeza.

—No es cierto, no lo soy, pero sí soy el único que te dice lo que piensa y lo que te conviene.

McDonald sabía que a Duncan no solo le molestaba su sinceridad, sino que le llevasen la contraria, pero era su amigo, y era su obligación decirle exactamente lo que pensaba, aun a riesgo de recibir un gruñido como respuesta.

—Lo que crees que me conviene —le corrigió Duncan, cabezota.

—Como quieras, pero ahora te conviene hacer las paces con tu esposa —entonces, Lachlam sonrió como un diablo—. Espero que al menos hayas hecho un esfuerzo en complacerla en el lecho conyugal.

Duncan lo miró, intentando ocultar con un fingido enfado que estaba escandalizado.

—¿Acaso dudas de mi hombría?

Lachlam soltó una sonora carcajada.

—Por supuesto que no, pero tener hombría no es precisamente que disfrute uno solo.

—Tranquilízate, si tanto te interesa, que sepas que la he hecho gritar de placer.

—Quizás fingía.

Duncan lo perforó con la mirada, ofendido.

—¡La he hecho gritar de pasión!

Lachlam alzó la ceja izquierda, todavía escéptico.

—No lo dudo, querido amigo. Pero si deseas una esposa complaciente necesitas complacerla.

Duncan desvió la mirada. Era posible que hubiese sido rudo, pero no había salido queja alguna de los labios de su esposa, es más, lo había recibido gustosa. O eso pensaba él. Ahora, lo dudaba.

En cuanto a lo demás, tampoco tenía experiencia en aquello de rectificar y reconocer sus errores. Mucho menos en tratar a mujeres, más si la mujer en cuestión era la hija del enemigo y sentía repulsión hacia él.

Capítulo 11



Duncan volvió a mirar las brasas. Sus hombres hacía horas que habían hecho buena cuenta de la carne de caza, todo el mundo dormía, menos el guerrero de Lachlam que estaba de guardia.

Miró por encima del hombro, hacia la improvisada tienda y se imaginó a su esposa, allí tumbada sobre uno de sus tartanes. Seguramente tendría frío, al parecer siempre lo tenía. Un extraño sentimiento lo invadió, una preocupación nueva instalada en su mente: tendría que cuidar bien de ella o no sobreviviría al invierno. Demasiado friolera, demasiado débil.

Se levantó y se dirigió hacia la tienda, pero a medio camino cambió de opinión. Apoyó su espalda en el árbol cercano a la tienda. Miró la lona y después de nuevo el prácticamente inexistente resplandor de las llamas de la hoguera que se estaban consumiendo en la noche.

Cerró los ojos para quitarse de la cabeza la idea de llevarle un trozo de comida a su esposa, quizás otra manta, o puede que solo echar un vistazo para comprobar que estuviera bien.

—¿Quién es el débil ahora, Duncan? —Se amonestó a sí mismo.

De nuevo, las palabras de su amigo, que roncaba a pocos metros de distancia, sobre sus pertenencias, lo hicieron negar con la cabeza. Maldito fuera Lachlam, pues tenía razón. Siempre tenía razón, solo que él era tan duro de entendederas que tardaba en darse cuenta de ello hasta que era demasiado tarde.

Se puso en pie de nuevo y caminó hacia sus pertenencias, tomó una nueva manta y se paró frente a la tienda de su esposa.

No iba a permitir que cogiera un resfriado y muriera a medio camino de su nuevo hogar. Se dijo que no era porque le importara especialmente perder a una esposa, pero no quería que los

Boyd se salieran con la suya.

Tampoco podía permitir que enfermara, aunque solo fuera un poco. Solo le faltaba tener que cargar con ella como un fardo, que aminorase la marcha de su montura, y peor sería llegar a su castillo con una esposa de apariencia tan débil.

Justo antes de entrar en la tienda, escuchó un ruido. Se puso en alerta, y aguzó el oído, hasta que se dio cuenta de que eran sollozos ahogados.

Duncan apretó los dientes. No era un hombre dado a la compasión, mucho menos a la ternura, pero tras haber hablado con Lachlam, supo que el motivo de ese llanto era él y su tosco comportamiento.

—Maldición.

Más le valía tener a su esposa contenta y que se comportara dócilmente una vez hubieran llegado a su destino. Pero, ¿qué podía hacer él? Jamás se le había dado bien consolar a las mujeres.

En realidad, jamás había consolado a nadie.

Para él, el llanto era una debilidad, y necesitaba a una esposa fuerte, no a una pusilánime que balbuceaba cada vez que estaba en su presencia.

Masculló algo entre dientes y alzó la lona para entrar. Vio el cuerpo de su mujer, temblar.

Sin duda supo que era él, pues intentó ahogar un sollozo.

Duncan, no pudo evitar sentir un deje de culpabilidad.

Megan escuchó a su esposo entrar en la tienda y se tapó la boca con ambas manos para que no la escuchara llorar. Pero supo que era inútil. Cerró los ojos llenos de lágrimas y se maldijo por ser tan sensible. Años de malos tratos en manos de su familia, deberían haber sido más que suficiente como para endurecerse, o al menos no mostrarse tan frágil.

Ojalá no la hubiese escuchado… no quería seguir aparentando debilidad, sabía que eso lo

molestaba. Sus palabras a continuación indicaron que sí se había percatado.

—No hace falta que disimules, sé que estabas llorando —su tono de voz sonó algo distinto al habitual, más pausado y suave, en absoluto molesto o autoritario, lo que la tranquilizó.

Duncan cerró los ojos por un instante. Había pretendido consolarla, aunque no creía que esas palabras y ese tono hubieran hecho algo por lograrlo.

Al parecer se equivocaba.

Megan tragó saliva y se incorporó. Aún de espaldas a su esposo, se secó las lágrimas con el dorso de la mano y respiró profundamente. Se dio cuenta de su error cuando se le entrecortó la respiración. No obstante, su esposo no le habló, esperando que se calmara.

—Lo siento —dijo ella, aún sin mirarle.

—No tienes por qué —otra vez su tono fue seco.

Cuando se sintió segura, giró el rostro y miró a su esposo, ya sin lágrimas en el rostro.

Lo que no pudo ocultar fueron la rojez de su nariz, ni el brillo acuoso de sus ojos, tampoco sus pestañas húmedas, hecho del cual Duncan hizo buena cuenta, y sintió otro deje de culpabilidad.

—Maldición.

Megan alzó una ceja y la culpabilidad aumentó cuando ella intentó sonreír y le salió una extraña mueca.

Adorable, pensó Duncan sorprendiéndose de tan entrañable pensamiento.

Su esposa era adorable.

Sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral. Reprimió el deseo de lanzarse sobre ella para borrar ese llanto con placer.

Esta vez no la asaltaría como las veces anteriores, haría caso a su amigo, y sería, o intentaría ser más delicado.

—Toma —le lanzó la manta que había traído para ella y se apresuró a apartar la vista al ver su desconcierto cuando le impactó sin querer en el rostro.

Duncan volvió a suspirar. Eso había sido descortés.

—Si estás hambrienta también puedo traerte algo de comer —intentó ser amable.

—No, yo… —ella sonrió con timidez—. No tengo hambre, gracias. Y no hace frío. —Mintió.

Una manta nunca estaba de más, pero si la aceptaba Duncan se quedaría sin ella, y la necesitaba más que ella, dormir fuera… tiritó solo de pensarlo.

Dobló la manta y se la devolvió, al ver que no hizo ademán de cogerla, la dejó a sus pies.

Duncan miró la manta que ella acababa de doblar y apretó los dientes.

No quería ofender a su esposo, pero eso fue lo que sucedió, Duncan se sintió ofendido.

—¿Tan repulsivo me hallas que ni tan siquiera aceptas la manta que he usado?

Ella parpadeó, a pesar de la penumbra podía verle bien el rostro. No estaba contento.

—Yo… con la que utilizo es más que suficiente. Además, bajo la tienda se estaba bien —se atrevió a decir, pues no quería más malentendidos—. De verdad no tengo tanto frío. Y sobre lo de tener hambre… estoy bien.

Sí, había comido un montón de frutos silvestres, cuando había salido horas antes a pasear por el bosque en busca de sus hierbas. Pero no se lo dijo, porque no quería que supiese que había salido de la tienda sin su permiso.

Duncan decidió obviar lo que creyó que era una mentira, tomó la manta y se sentó a su lado.

—Sólo me preocupaba que pudieras enfermar.

—No voy a…

La mirada que le lanzó Duncan la hizo callar. Al parecer él pensaba que era una mujer tan débil que tendría que cuidar de ella a cada paso. Ojalá pudiera demostrarle que se equivocaba.

—Estoy bien —Megan asintió, como si quisiera convencerle.

Lo miró con una triste sonrisa en el rostro.

Él se la quedó mirándo unos instantes también, y tuvo que reconocer que era muy bonita. Puede que fuese la hija de su enemigo, pero ahora era su esposa, y sería la madre de sus hijos. Debía controlar sus modales. Y reconocer sus cualidades. Sí, no solo era bonita, también

prudente. Lamentablemente seguía mirándole con esos ojos de cervatillo asustado, azules como el cielo. Su rostro, ovalado y plagado de pecas, era una preciosidad, pero sus cabellos… Sus cabellos eran un sueño. Rojos, brillantes, de una suavidad excepcional. Lo sabía porque cuando la había tenido dormida entre sus brazos, la había acariciado a placer, aunque ella no se hubiera dado cuenta… aunque jamás lo admitiría ante nadie.

Alargó la mano y le apartó del hombro un largo mechón, colocándoselo tras la espalda. El gesto fue delicado, pero Megan volvió a temblar.

Duncan apretó los labios. Intentó contener la indignación.

—No voy a hacerte daño, esposa.

Ella asintió.

—Lo sé.

—Pero me temes.

—No es así —movió con la cabeza, en un gesto de rectificación—, quiero decir, sé que eres un gran guerrero, peligroso y fuerte, pero… sé que no vas a hacerme daño —aclaró.

—¿Y cómo lo sabes? —quiso saber.

Un encogimiento de hombros fue su única respuesta. Duncan puso los ojos en blanco, no iba a conseguir ninguna palabra más. Sus dedos juguetearon un rato con la manta y después acariciaron la camisola de su esposa, primero por encima del hombro, y después… poco a poco fue bajando la mano por su brazo. Megan se estremeció de nuevo, pero sin duda no era de temor. Lo miró a los ojos para que viera que no era así.

Duncan la estudió con detenimiento, giró hacia el centro y ascendió de nuevo hasta el cuello, donde empezó a desabrochar lentamente un botón, y luego otro, para liberarla de la sobreveste.

—Tendré frío sí… —tragó saliva al ver que Duncan la miraba con avidez y se detenía un instante—, si me quitas el vestido.

—Yo te daré calor.

No se esperaba esa respuesta, pero las palabras la dejaron clavada en el sitio. Lo siguió

mirando con sorpresa y cierta anticipación.

Por su parte, Duncan notó como su miembro se inflamaba.

No podía olvidar lo mucho que le agradaba su esposa, sus sensuales curvas, y sus pechos, con pezones sonrosados. Se detuvo, y alzó la mano hasta su rostro. La tomó por la barbilla, pero esta vez no fue rudo cuando lo obligó a mirarle.

Recordó las palabras de su abuelo, un *laird* sabio, cuando le enseñó que era más fácil ganarse la confianza de un potrillo con suavidad, que con rudeza. Y resultó, porque ella posó la mano sobre la suya, y le dedicó una tímida sonrisa, pero al mismo tiempo sincera.

Lo habría desarmado si no tuviese una gran fuerza de voluntad, o tal vez lo hizo, pero Duncan no lo habría reconocido. Aún así, seguiría el consejo de Lachlam. Le daría placer esa noche, y las siguientes, tanto, que ella rogaría que no parase y lo esperaría deseosa, cada una de las noches. El objetivo era claro, que ni se le pasara por la cabeza abandonarle. Aun siendo la hija de quien era, si el conde de Harris llegaba a ella y le ordenaba abandonarle… debía hacer que su lealtad estuviera con su esposo, no con los traidores del sur.

Megan, al notar el toque del highlander, deshizo la sonrisa de su rostro, y sus labios se entreabrieron en una sutil invitación que Duncan aceptó gustoso.

La besó, y ella lo recibió tal y como él esperaba. Las lenguas danzaron unos instantes, hasta que las respiraciones entrecortadas de ambos los obligaron a detenerse para tomar aire.

Duncan aprovechó para continuar desabotonando el sobreveste que le sacó por la cabeza, después el vestido, hasta que quedó con una fina camisola bajo la manta.

Metió los dedos por el cuello de esta y tiró de los lazos para dejar sus hombros desnudos. La visión de su piel expuesta hizo que la deseara todavía más.

Megan estaba quieta, su piel era cálida y temblaba a cada roce de la yema de sus dedos.

Ahora, Duncan estaba convencido que, bajo su toque, no temblaba de miedo.

Ciertamente su esposa se estremecía por sus caricias.

Pero seguía expectante, sin moverse, ni colaborar.

—Eres hermosa —le dijo bajándole la camisola y quitándole la manta de encima.

Megan quedó desnuda de cintura para arriba. Las cumbres de sus pechos parecían apuntar hacia él. Duncan ahuecó las manos sobre ellos para sopesarlos, haciendo que Megan entreabriera los labios y soltara un gemido de placer.

Bruscamente, más de lo que pretendía la hizo tumbarse de espaldas y aprovechó para adorar sus pechos y el resto del cuerpo, aún sobre sus prendas. Se tumbó a su lado, sobre la manta y acercó sus caderas hacia ella.

—Tócame, esposa —ordenó.

Ella parpadeó, indecisa. Entonces, ya sin paciencia, él la cogió de la mano y se la puso sobre la entrepierna.

Cuando notó su dureza por debajo del *kilt*, Megan se sonrojó.

—Esto es por ti.

—Lo… lo siento…

Entonces, Duncan soltó una risa ronca, hecho que hizo que Megan abriese mucho los ojos, espantada de haber cometido algún error, pero su esposo se apresuró a tranquilizarla.

—No lo sientas, es algo bueno.

Megan no entendía por qué era algo bueno. Él se lo aclaró.

—Significa que me gustas. Te deseo, Megan.

Ella se sonrojó, incrédula. Pero Duncan quitó la mano que tenía sobre la suya, y se la puso sobre el vientre, descendió un poco más bajo la camisola y la manta y le acarició los muslos.

—Ábrelos para mí.

Ella se retorció cuando él quiso acariciarla allí, apretó los muslos obstaculizando su caricia.

—Yo…

—Ábrelos —insistió, esta vez mirándola a los ojos, con un tono suave al que ella no pudo negarse.

Acarició la suavidad de sus muslos, y ella se dejó llevar. Se abrió para él.

Duncan sonrió en la oscuridad. Cuando rozó su sexo húmedo con los dedos la escuchó gemir.

—¿Lo ves? También me deseas —su dedo buscó la cavidad y ese punto húmedo que la hizo gemir—. Lo sé porque estás húmeda y resbaladiza.

—¡Oh!

Estaba excitada y sorprendida al mismo tiempo.

¿Así que se trataba de eso? Era cierto, las primeras veces no lo había entendido, pero así era, empezaba a comprender que esas sensaciones y las reacciones de su cuerpo significaban que deseaba que él la tocase.

—No te muevas —le dijo susurrando en su oído.

Ella intentó obedecer, pero las caderas se propulsaron hacia delante cuando la mano de su esposo empezó a acariciarla a conciencia. La miró a los ojos cuando introdujo un dedo en su interior.

—Ah… Duncan.

—Ssshh… No grites —sonrió el contra su cuello, sacando el dedo lentamente para volver a introducirlo en ese espacio estrecho y tan codiciado por él—. Pero puedes gemir.

—Mmm… —Es lo que hizo al arquearse y abrir la boca para respirar. Cerró los ojos mientras las sensaciones llegaban en oleadas.

—Pero puedes gemir —escuchó que le decía Duncan—. Me gusta saber las sensaciones que despierto en ti. Me gusta cuando sé que te doy placer.

—Yo… —gimió de nuevo ante la invasión de un segundo dedo.

Megan estaba muerta de vergüenza, pero el placer iba recorriéndola de arriba abajo, si hubiese intentado no gemir, no le habría sido posible. Los dedos de Duncan la exploraban, la acariciaban, dos en su interior, y el pulgar trazaba círculos sobre su punto endurecido, dándole cada vez más y más placer. Se mordió el labio para no gritar, hasta que le fue imposible.

—¡Duncan!

Él se apretó contra ella y sintió como Megan hundía el rostro en su cuello.

Embriagada por el placer, ella alzó la cabeza y lo miró con ojos vidriosos.

—¿Puedo tocarte? ¿Sentirás lo mismo que yo si…?

—Dioses —ahora quien gemía de expectación era Duncan—. Sí, sentiré lo mismo —dijo con voz ronca—. Tócame —le ordenó sin miramientos.

Impaciente por su timidez, con la mano que tenía libre, Duncan tomó la de ella y la arrastró sobre su miembro. Ella abrió la boca sorprendida ante el tamaño, siempre se sorprendía.

—Hazlo así —le dijo antes de que preguntara como darle placer.

Los delicados dedos de Megan acariciaron su verga de arriba abajo, guiados por la mano de su esposo. Lo escuchó gemir, como ella también lo hacía. Ambos se retorcieron el uno contra el otro, hasta que Duncan le ordenó parar.

—Espera —le dijo jadeando—. Dame un momento.

Megan no sabía por qué le pedía eso, pero abrió mucho los ojos. Todo lo que sucedía era nuevo para ella, a pesar de que ya hubieran consumado su matrimonio. Entendió que estaba haciéndola descubrir las artes amatorias. Había oído hablar de ellas a las doncellas, en el castillo de su padre, pero jamás se imaginó nada parecido.

Él se apartó para quitarse el cinto, y ella lo observó con ojos ávidos. Le costó maniobrar con la hebilla y Megan se ofreció.

—Puedo… ¿quitarte la ropa? —le preguntó.

Él la miró sorprendido, pero asintió.

—Sí.

Megan se mordió el labio ante el tono ronco de su esposo, y ese gesto hizo que la virilidad de Duncan se hinchase aún más.

Con manos temblorosas, Megan tiró de la cinta de cuero y desabrochó el cinto, haciendo que el kilt que envolvía el cuerpo de su esposo, se aflojara. Deslizó la gruesa tira de tejido, por encima del hombro derecho. Después, como si no fuera su objetivo real deslizó la mano por su musculado torso, hasta agarrar la tela que cubría su entrepierna. La apartó mientras se humedecía los labios con la lengua. Tenía la boca seca, y no sabía muy bien por qué.

Siguió tirando de los metros de tela muy bien doblada hasta que solo se quedó recostado con las botas puestas, y su kilt entre ambos.

—No llevas camisa.

Él negó con la cabeza.

—Hace demasiado calor.

A ella no se lo parecía, pero… ¿quién era para decir nada de las costumbres de los highlanders?

Cuando miró de nuevo a su esposo a la cara, se fijó que tenía los cabellos despeinados. Extendió la mano para colocarle las suaves ondas, acariciándoselas con los dedos, después la caricia pasó a su rostro.

Duncan la miró sin sonreír, pero no importaba. Parecía concentrado en cada uno de sus toques. Mirándole a los ojos Megan hizo que sus manos vagaran por su cuello, sus hombros… fueron descendiendo poco a poco por su cuerpo cálido. Demasiado cálido, aunque… la temperatura parecía haber aumentado a su alrededor.

—¿Te gusta lo que ves?

Ella lo miró a los ojos, pero fue incapaz de responderle. ¿Le gustaba? Juraría que sí. Su cuerpo parecía reaccionar a él.

Estaba fascinada. Su piel era cálida, suave. Podía notar su fuerte respiración.

Duncan luchaba contra la idea de lanzarse sobre ella y tomarla en ese mismo instante. Sus caricias lo estaban volviendo loco. Las suaves manos se detuvieron en sus pectorales, y después fueron bajando por las crestas de sus abdominales. Al llegar justo debajo del ombligo, ella alzó la vista, volviendo a humedecer sus labios.

—No sabes lo que estás haciendo —le dijo en un susurro al sentir como su miembro se endurecía más y más, por ese gesto inocente.

Ella vaciló, apartando las manos, como si esas palabras la hubieran hecho dudar.

—No… —Duncan tragó saliva—, sigue. Lo estás haciendo bien.

Dudó, pero continuó explorándolo, fascinada.

Una vez superada la barrera del kilt, Megan acarició su enhiesto miembro. Era muy grande, demasiado como para llegar a entender como había entrado en ella las noches anteriores. Fascinada lo apretó, provocando un siseo en su esposo, que cerró los ojos. Parecía disfrutar de esa caricia. Y ella… era como tocar acero envuelto en seda. Miró su anchura…

—Oh, Jesús…

Por eso le había dolido tanto la primera vez. Pero no entendía por qué ahora no podía imaginarse ese dolor, en esos momentos se sorprendió deseándolo, por entero, en su interior. Notaba su propio sexo caliente, pulsando, ansiando todo lo que Duncan le podía ofrecer. Y por lo visto era mucho, prácticamente todo. Lo asió con fuerza, rodeándolo con la mano. Él gruñó cuando empezó a hacer movimientos, hacia arriba y hacia abajo.

En ese instante, entendió lo que le había querido decir antes.

Era ella, quien provocaba que se inflamase, él la deseaba. Al igual que su esposo era quien provocaba que su entrepierna latiera impaciente, esperándolo.

De pronto se sintió satisfecha por poder provocar algo así en otra persona, pues siempre había creído que únicamente provocaba repulsión.

—Es suficiente —la cortó Duncan, atrapando su mano. De lo contrario, se habría derramado allí mismo, y quería que esa fuese una noche larga y de intenso placer.

—Yo… —Megan se sintió algo decepcionada y más aún al ver la sonrisa de su esposo.

—No te preocupes, lo has hecho bien —dijo inclinándose para besarle la sensible zona del cuello, justo bajo su oreja—. Pero hagamos que sea aún mejor.

Esta vez fue él quien hizo descender su mano por los pechos desnudos de ella hasta su ombligo y más allá. Metió la mano con la palma abierta bajo la manta, buscando ese centro de placer.

No dejó de mirarla a los ojos y supo exactamente cuando había alcanzado su objetivo. La vio cerrar los ojos, recostándose sobre sus codos. Echó la cabeza hacia atrás, mientras él se empapaba de los jugos entre sus piernas.

—Te gusta —Y no fue una pregunta.

Se inclinó sobre ella, hasta que su boca succionó sus senos, llenos y turgentes. Los gemidos de su esposa aceleraron el proceso de desnudarla por completo. Arrancó las mantas y se metió entre sus piernas, pero aún sin intención de penetrarla. Primero quería saborearla. Con ambas manos cubrió sus montículos, y pellizcó los pezones.

Megan soltó un gemido tan sensual, que Duncan se vio obligado a reunir toda su fuerza de voluntad para no empujarla contra el suelo y poseerla como un animal.

—Túmbate y abre las piernas.

Ella obedeció, casi sin voluntad propia. Dejó de apoyarse en sus codos y miró la tela con que estaba hecha la improvisada tienda sobre sus cabezas. Cerró los ojos y jadeó ante cada toque de su esposo.

Estaba nerviosa, pero no aterrada como la primera vez. Negó con la cabeza. Eso había quedado atrás. Ahora ella sabría exactamente qué era el placer.

Duncan le apretó suavemente los senos de nuevo, masajeándolos, chupándolos, mordiéndolos.

—¡Ah!

Se restregó contra ella, y repartió su peso sobre su brazo, mientras con la otra mano le tapó la boca.

—Silencio —le susurró mientras se mecía contra ella.

Notaba el peso de su miembro bajo su ombligo, y gritó de nuevo contra su palma, cuando la punta rozó esa zona tan húmeda y sensible.

Él hizo algo, totalmente inesperado, reírse.

—Oh, esposa… cuando estemos en casa… —dejó la promesa en el aire, pero él sabía lo que le haría cuando estuvieran en casa. Había lugares donde podía llevarla y hacerla gritar hasta quedarse ronca. Y era exactamente lo que haría.

Mientras sus caderas se movían lentamente, lubricando aún más su piel sensible, besó, chupó, succionó uno de sus pezones. Con la mano izquierda, fue descendiendo por su piel hasta agarrar su miembro y guiarlo entre sus muslos. Lo desplazó de arriba abajo, empapándose bien

de ella. Megan se abrió completamente, lo que provocó que Duncan sonriese sobre su piel.

—¿Te gusta?

—Oh, sí…

Le abrió, una y otra vez, los labios húmedos con la punta. La torturaría, no le rozaría el clítoris. Haría que suplicase. Rodeó el duro botón, sin rozarlo, y ella estaba a cada punto más agitada.

—Oh, Duncan… ¡Ahhh! —casi gritó cuando uno de los dedos de su esposo se adentró en su resbaladizo interior.

—Me excita cuando pronuncias mi nombre —jadeó contra su oído—. De verdad que me gusta —siguió diciendo con una voz más ronca.

Metió y sacó un dedo y al cerciorarse que podía soportarlo, se atrevió con dos. Apartó sus caderas, alejando el miembro de ella, pero lentamente empezó a torturarla con sus dedos, acariciando cada recoveco, dándole a Megan un placer jamás imaginado. Con la boca, fue colmando de besos toda su piel. Un pezón, luego el otro, su vientre, su ombligo, y cuando llegó a los suaves y pelirrojos rizos de su monte de Venus, ella se apoyó sobre los codos de nuevo.

—¿Qué…? ¡Duncan!

—Shhh… —le dijo, mirándola con cara de diablo.

Duncan tenía los ojos encendidos de pura pasión. Seguía acariciándola en esa zona prohibida.

Con una mano ascendente sobre su vientre y su pecho, hizo que volviera a tumbarse sobre su espalda. Pero la curiosidad de Megan pudo más y lo miró con ojos vidriosos, intentando incorporarse cada dos por tres.

—Yo… Oh —la vio finalmente ceder. Tirar la cabeza hacia atrás y arquearse.

Él dejó de mirarla y sacó la lengua. Lamió sus labios, una y otra vez. Luego le llegó el turno a su endurecido botón, y ella se retorció, para después caer de nuevo contra la sueva tela del kilt.

Estaba tan sorprendida como temerosa de volverse loca. Eso era… jamás había sentido

nada igual. La lengua de Duncan la saboreaba, lamía, succionaba, mordisqueaba y volvía a lamer. Al mismo tiempo, sus dedos entraban y salían de su cavidad, con lentitud, acariciándola por dentro.

—Ohhh… Ahhh, Duncan yo… Ahhh…

Sonrió contra el botón endurecido de su esposa, y lo chupó con fuerza, haciendo que gritara.

Notó el estallido de placer de ella contra sus propios labios. Sintió como su vagina se contraía, y su clítoris palpitaba.

El cuerpo de Megan se retorcía bajo su toque, y los puños de la joven se cerraron contra su negra melena. Le estiró del pelo, sin ser del todo consciente de ello. Eso lo excitó. Pero no se detuvo. Siguió lamiendo y acariciando con la lengua los suaves pliegues, hasta que sus jadeos, se volvieron gemidos incontrolados.

—Para, por favor… —rogó ella.

Con una sonrisa bailando en sus labios, Duncan se alzó sobre ella. Sus miradas se cosieron la una a la otra.

—¿Te ha gustado?

Ella abrió los labios para decir algo, pero no lo logró.

Duncan jamás había visto su rostro tan radiante. Tenía las mejillas sonrosadas, los labios hinchados, pues se los había estado mordiendo.

—Duncan, ¿qué me has hecho? Yo…

Él no respondió. No habría podido. La acalló con un beso, que ella le devolvió como jamás lo había hecho antes.

Megan lamió sus labios cuando la lengua de Duncan empezó a juguetear con la suya. Sus gemidos fueron incontrolables, y no lo tenía lo suficientemente cerca. Le tiró del cabello para que no se apartara.

Tal fue la pasión con la que lo recibió, que Duncan no pudo evitar mecerse entre sus muslos, encontrar el camino e invadirla de una certera estocada. Ella gritó ante la fuerte

embestida. Y esta vez él notó la diferencia. Estaba tan húmeda y resbaladiza, que tuvo que esforzarse para no derramar su simiente en ella en ese mismo instante.

—Por Dios —jadeó metiéndosela hasta la empuñadura.

Se apoyó sobre sus codos y echó todavía más las caderas hacia delante.

—Duncan… —jadeó ella. Tenía la boca abierta intentando tomar aire. No acababa de conseguirlo del todo.

Él cerró los ojos y apretó los puños, mientras se retiraba de nuevo. Oh, la presión en su miembro, era… deliciosa. Abrió los ojos, sorprendido al notar como se retorcía, como su esposa movía las caderas, buscándolo, haciendo que volviera a colarse en su interior.

—¡Quieta, mujer! —sonó a orden, pero en verdad estaba suplicando.

Megan se sorprendió, se agarró de sus hombros, y obedeció.

Fue muy difícil cumplir con lo que le exigía.

—De acuerdo —dijo ella sin aliento.

Se quedó quieta, y eso sí que fue una tortura. Necesitaba que se moviese en su interior. ¡Lo necesitaba!

—Pero… por favor, Duncan, por favor… —ella sí suplicó abiertamente.

Entonces, sus súplicas obtuvieron respuesta.

Con una sonrisa bailando en sus labios, Duncan empezó a moverse. Muy despacio al principio. Esos movimientos tortuosos la estaban matando en vida, y al mismo tiempo dándosela. El placer… no había experimentado un placer igual.

—Así —gimoteó ella. Empezó a moverse de nuevo contra él, y Duncan le apretó la cadera, clavándole los dedos en la carne. No los sintió, solo su verga bombeando dentro de ella.

—Por favor, yo…

—¿Así? —la embistió con más fuerza, un poco más rápido con cada penetración. La escuchó gritar de nuevo y convulsionarse bajo su cuerpo. Su mirada se centró en sus pechos bailando con cada sacudida. Le dolió por lo dura que la tenía.

Agarrada a él, Megan se movió al ritmo que marcaba Duncan. Lo fue aumentando hasta

que apretó los dientes, intentando retrasar su placer lo máximo posible.

Pero ella se corrió gritando su nombre.

—¡Dios santo, Duncan!

Él hundió el rostro en su melena y siguió bombeando con fuerza.

—¡Ahhhh! —Duncan tuvo que rendirse al clímax.

Bombeó varias veces más, hasta que se vació en su interior. Todos los músculos de su piel se tensaron, y pudo sentir como los del sexo de su esposa lo apretaban.

Bueno, nadie le echaría en cara que no había sabido tratar a su mujer en el lecho.

Le besó los labios y poco después se desplomó sobre ella, exhausto.

—¿Qué has sentido? —le preguntó Duncan acariciándole los pechos con suavidad.

Ella se retorció, acunándolo entre sus piernas.

—Todo.

Era una buena respuesta.

Los besos no cesaron, al contrario. Siguieron besándose. Él salió de su interior, pero no dejó que se apartara. Las manos de ambos exploraron sus cuerpos. Megan estaba fascinada por su dureza y suavidad.

Duncan se dejó adorar.

—¿Siempre será así? —preguntó ella de pronto, después de un largo beso.

—Será así —sentenció él—, o mejor.

Ella sonrió, sabía que mentía. Mejor era imposible.

Duncan se había dejado llevar, se había olvidado todo, que era la hija de su enemigo, ahora sólo podía concentrarse en sus gemidos, en sus besos, en el olor de su pelo y en el sabor de su piel.

Sin mediar palabra, cuando los besos se acabaron, él se tumbó a su lado y la abrazó desde atrás, dándole el calor que necesitaba para pasar la noche.

Capítulo 12



Megan cerró los ojos entre los brazos de su marido.

La calidez de su cuerpo, y la protección de su abrazo la relajó hasta que se rindió al sueño. No supo cuánto tiempo transcurrió, pero de pronto se despertó con un gran sobresalto.

Un grito.

—¡Nos atacan! —las voces exteriores se hicieron más intensas.

Megan no distinguió de quien procedía, pero cuando se incorporó sobre sus codos, el gran cuerpo de Duncan se puso en movimiento, incluso antes de que ella pudiera incorporarse.

—¡Quédate aquí! No salgas bajo ningún concepto —le advirtió, mientras se vestía a marchas forzadas.

Megan pudo ver cómo su esposo se trasformaba en el temible guerrero, instantes antes de que saliese de la tienda, puñal en la mano.

Aterrada Megan se cubrió el cuerpo desnudo. Empezó a vestirse mientras apretaba los ojos con fuerza, asustada. Los atacaban ¿pero ¿quién? ¿Estaban en tierras enemigas? Negó con la cabeza y empezó a rezar para que no les pasara nada.

Que no saliera, le había dicho, y ella pensaba obedecer, aun con los sonidos del acero entrechocando y los gritos que desgarraban el aire.

Apretó las rodillas contra su pecho.

De súbito, le sobrevino el atroz pensamiento de… ¿y si su marido era quien gritaba? ¿Y si le habían herido de muerte en el ataque?

No podía quedarse allí sin hacer nada ¿no? Era su deber de esposa estar a su lado.

Lejos de quedarse inútilmente quieta, ya vestida, Megan gateó hasta asomar la cabeza por

entre las telas y poder ver el exterior.

¡Maldición!

Realmente los atacaban.

Los hombres que atacaban a Duncan y a los suyos, iban vestidos con calzas y jubones negros. Quienes fueran los enemigos, habían aprovechado el cobijo de la noche para atacarles a traición.

Vio como uno de los guerreros McLeod levantaba su espada y la dejaba caer contra el torso de su atacante. Se estremeció al escuchar el grito de dolor y cerró los ojos para no ver la sangre regar el suelo.

¡Dios mío! Jamás había visto una batalla, ni tan siquiera una refriega. Aquello era espantoso. De pronto, empezó a buscar a Duncan con la mirada, y le aterró el hecho de no dar con él. ¿Y si no sobrevivía?

—No, no, no… —No podía pensar así. Duncan había sobrevivido a cosas peores, a la guerra civil, a los hombres del norte.

Negó con la cabeza. No, eso no iba a suceder. Su esposo era un gran guerrero.

Dejó de mirar, volvió a acurrucarse en la entrada de la tienda.

Se escucharon varios rugidos cerca. Gritos de hombres al ataque. Cada vez que escuchaba el bramido de uno de los soldados, no sabía si era porque estaba herido o porque había conseguido derribar a su rival.

Su cuerpo empezó a temblar sin control y el miedo la hizo reaccionar, abrazándose con más fuerza a sí misma, pegándose contra uno de los lados de la tienda, hasta que algo la agarró de uno de los tobillos.

—¡Ah!

El rostro de Megan perdió el color a causa del terror de verse arrastrada fuera, hacia la batalla.

Al salir al exterior, se dio cuenta de que un hombre con casco y un jubón negro era el causante de su salida. Tiró de ella con fuerza y Megan luchó para que su vestido no se le

arremolinara en los muslos.

Sollozó, y gritó para pedir ayuda al tiempo que se ponía en pie e intentaba huir. No pudo, porque el enemigo la cogió por la cabellera y tiró de ella. Se esforzó por darse la vuelta y golpear con todas sus fuerzas a su captor. No pudo en un primer momento, pues era demasiado alto y grande.

—¡Socorro!

Al hombre no le gustó que ella pidiera ayuda. La zarandeó y la obligó a mirarle.

—¡Cállate, maldita!

Ella gimió, pero cuando el soldado le soltó el pelo para cogerla por los hombros, aprovechó para lanzarle una patada que acertó contra el vientre y después contra una de sus rodillas. El hombre se dobló en dos mientras maldecía.

Megan se dio la vuelta con demasiada rapidez y cayó de bruces. Retrocedió sobre la hierba sobre sus manos y posaderas.

—¡Zorra estúpida! ¡Acabaré contigo!

Pero fue una amenaza vana, pues no pudo cumplirla.

En ese momento, los ojos de su captor se abrieron de par en par. Ella también lo miró, fijamente, sin saber en un principio por qué se había quedado tan quieto. Empalideció, como si hubiera visto a un espíritu del bosque, o algo mucho peor.

No fue hasta que ese hombre cayó de rodillas, y después de derrumbó a sus pies que tenía un hacha clavada en la espalda.

Cuando alzó la vista, vio a Duncan, espada en mano, con un brillo diabólico en sus ojos negros como alas de cuervo.

—¡Duncan!

Su esposo la había salvado.

La respiración de Megan era entrecortada, se dio la vuelta para ponerse en pie y vio la batalla. Había muchos más hombres de los que hubiera imaginado. Algunos muertos en el suelo, pero gracias a Dios, ninguno con los tartanes de los McLeod o McDonald. Buscó a Lachlam y lo

escuchó gritar mientras se lanzaba contra su enemigo. Cerró los ojos al tiempo que veía a uno de ellos partirse en dos con un tajo de su formidable espada, tan alta como un hombre.

De pronto Duncan la agarró del brazo.

—Detrás de mí —dijo frente a su cara.

Ella miró esos ojos negros, que relucían a pesar de la escasa luz. Asintió con vehemencia.

—Sí.

Por supuesto. Obedecería.

Duncan la miró de forma indescifrable para ella. Su miraba no revelaba el espanto que sentía, al darse cuenta lo cerca que había estado de que la mataran.

—¡Replegaros! ¡Proteged a vuestra señora! —les gritó a sus hombres ante la sorpresa de ella.

¿Por qué? ¿De verdad había ordenado a sus hombres protegerla? Megan era consciente de que los McLeod no le tenían ninguna simpatía por ser la hija de su enemigo pero, aun así, tres de sus guerreros la rodearon, interponiéndose entre ella y sus enemigos.

Los tres hombres, que anteriormente la habían mirado con desconfianza, ahora le lanzaban miradas tranquilizadoras mientras, espada en mano, se disponían a defenderla por orden de su esposo.

Duncan estaba justo frente a ella, y cuando dos enemigos cargaron contra él, se ocupó de ellos sin demasiada dificultad. No se perdió tal hazaña, a pesar de que tenía las manos en su rostro y miraba asustada entre los dedos.

Siguieron luchando. ¡Eran demasiados! Pero, uno a uno, fueron cayendo varios hombres de negro, antes de que ella pudiera sentirse a salvo.

No obstante, no esperaba lo que ocurrió a continuación.

Un jinete se acercó a galope hasta los tres hombres que la protegían y, de un mandoble, lanzó a dos de ellos contra el tronco de un árbol. El tercero, salió herido cuando alguien tiró una flecha que iba dirigida a Megan.

—No, Dios mío… —pensó que en ese instante iba a morir. Pero entonces se escuchó un

rugido que le heló la sangre. Tardó en darse cuenta de que este provenía de su esposo, quien se lanzó a la carrera en contra el recién llegado.

El jinete volvió grupas. Calculó y clavó sus intenciones en ella. A Megan le sobrevino el terror al darse cuenta de que podía llegar hasta ella y llevársela, o algo aún peor, antes de que Duncan los alcanzara.

Retrocedió, hasta que su espalda chocó contra el tronco de un árbol.

No tardó mucho en comprender que el guerrero montado a caballo no quería llevársela, sino matarla.

—¡No! —gritó presa del pánico. Se acuclilló con los brazos sobre su cabeza, como si así pudiera protegerse del ataque.

Con la espada en alto y el caballo galopando hacia ella, iba a darle un golpe mortal cuando Megan vio pasar sobre ella el destello de un hacha.

Su esposo la había lanzado con tal fuerza que derribó al hombre de su montura.

Ella cerró los ojos en ese instante, pero pudo escuchar el ruido que provocó su pesado cuerpo al caer al suelo, sonó como un fardo.

Estaba muerto antes de tocar siquiera la hierba fresca.

—¿Qué…? —Megan miró a su alrededor en busca de Duncan, necesitaba asegurarse de que estaba bien.

Cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que tenía el rostro manchado de sangre. Se llevó las manos a la cara, y se miró los dedos teñidos de rojo.

—¡Megan! —gritó Duncan corriendo hacia ella.

No contestó, aún con la mirada fija en el líquido rojo con olor a metal.

No, debía calmarse. La sangre no era suya, sino del guerrero, cuya sangre la había salpicado al ser atravesado por el hacha.

Señor… ¿tan cerca había estado de la muerte?

Cuando alzó la vista, vio a su esposo gritar como una bestia y correr hacia ella.

—¡Megan!

Quiso decirle que estaba bien, que la sangre no era suya, pero no pudo, estaba tan aterrorizada que ninguna palabra pudo salir de su garganta.

Tardó en darse cuenta de que los gritos se habían desvanecido. Enterrada entre los brazos de Duncan, respirando contra su pecho desnudo, no vio nada más antes de que su visión se tornara borrosa.

—Megan —alguien le daba golpecitos en la cara, pero ella no reaccionó. Se dejó arrastrar por la inconsciencia.

Lo último que vio fue el rostro de Duncan, sonriéndole. Como si se alegrara de que estuviera viva.

Ese pensamiento le gustó.

Capítulo 13



Megan se despertó en una cama que parecía mecerse.

Sí, estaba en movimiento. Pero… ¿qué carruaje tendría semejantes comodidades? La respuesta era clara, no era un carruaje, sino un barco.

Abrió los ojos y volvió a cerrarlos. ¿Se habría quedado ciega, o es que la oscuridad la envolvía?

—Tranquila —Una voz familiar la calmó. Al tiempo que escuchaba esa voz en su cabeza, también notó como alguien la tomaba de la mano.

—¿Duncan?

—Duerme —otra orden que esta vez, ella obedeció con sumo placer.

Tiempo después, cuando volvió a despertar, la cama no se movía y por la ventana se colaba la luz del día. Parpadeó confusa. ¿Había estado soñando estar en un barco? ¿Realmente había ocurrido aquella monstruosa batalla? ¿Y… su marido?

Gimió intentando incorporarse, pero a duras penas lo consiguió.

Miró alrededor.

Lo primero que vio fue los pesados cortinajes de aquella cama. Una gran cama con postes de madera, más digna de un rey que de ella. Los cortinajes tenían ricos colores azulados y verdes, imitando a la perfección una escena de caza, o más bien el pasto de un unicornio. Le habían dicho que allí, en las tierras altas, estos pastaban a sus anchas. Hubo un comerciante que hasta le vendió uno de sus cuernos a su padre. Decían que el cuerno de unicornio era mágico, sus poderes aseguraban la buena salud del individuo que lo poseía, incluso de toda su familia. Poco le había servido a su hermano pequeño, pero Megan se guardó bien de decirlo.

Le costó saber donde estaba porque no reconoció la habitación. ¿Como hacerlo si nunca había estado allí? pero en sus delirios, se había llegado a imaginar que Duncan la repudiaba y la devolvía a casa de su padre. Se alegraba de no reconocer el lugar, pero temía por su esposo.

El sol entraba por las dos ventanas de arcos apuntados, situados a su izquierda. Las tablas de madera, que debían dejar fuera al sol y el frío, estaban abiertos y se podía ver el cielo azul tras el cristal. Por fortuna apenas dejaban el verano y la temperatura era agradable, más fría que en Inglaterra, pero no el frío atroz que temía sufrir en invierno.

Intentó incorporarse, pero desistió al notar que todo el cuerpo le dolía, sobre todo la cabeza.

—¿Dónde estoy? —musitó, nerviosa.

Su voz debió haber llamado la atención de alguien que estaba en el dormitorio y que antes de aquel momento le había pasado desapercibido.

—¡Oh! Niña ¿Ya has despertado? —la voz dulce de una anciana llegó a sus oídos.

La vio al enfocar la vista, cuando ésta dejó su labor junto a la ventana y se acercó a la cama, con pasitos cortos pero seguros.

—Yo… estaba en el bosque… y…

La anciana la miró con una expresión dulce.

—¿Sí?

—Sí —titubeó llevándose una mano a la cabeza—. Y también… un barco.

La mujer siguió asintiendo.

—Ya lo creo. —Sintió la caricia de esa palma afectuosa en la cabeza—. A las islas solo se puede llegar en barco, mi niña. Pero ya estás en tierra firme.

—¡Oh!

¿Dónde estaba? ¿De verdad había llegado a tierras McLeod?

Como si la anciana quisiera responderle esa pregunta le palmeó la mano.

—Duncan ya nos advirtió que después del ataque, habías pasado varios días con fiebre. Dormitaste el resto del camino, pero finalmente… estás a salvo. Yo soy Mairy, la abuela de

Lachlam, y voy a cuidar de ti.

—¿Estoy en tierras McLeod?

—Oh, no, niña —la voz era dulce, pero a Megan todavía le costaba enfocar la vista—. Estás en el castillo Dultum, en tierras McDonald.

Intentó hacer memoria y recordar lo que sabía de ese enclave. Una fortaleza en la zona más al norte de la isla de Sky. Tan cerca de tierras McLeod, y a la vez tan lejos porque les separaba todo un mar.

—Debes recuperarte, antes de iniciar el trayecto hacia la fortaleza de tu esposo. Algunos días, después, partiréis. Mientras, deja que te cuide.

—Entonces, mi esposo está aquí. ¿Está bien? ¿Ha sufrido daño?

—Lo estaba esta mañana. —La anciana le sonrió con aprecio al ver la preocupación que sentía por Duncan. Comprendió que aunque era una mujer del sur, había apreciado al jefe de las Hébridas que ahora era su marido.

Infinitamente aliviada, Megan volvió a recostarse.

Cerró los ojos y su mente viajó al momento del ataque. Era muy probable que sus hombres la odiaran, ¿habían perecido algunos en la refriega? Dios no lo permitiera.

—No vuelvas a dormirte, hija. —la zarandeó con cariño la mujer. Intentó distraerla—. Lachlam y Duncan te trajeron aquí.

—¿Sí? —¿Por qué iba a estar en la fortaleza McDonald y no McLeod?

Megan estaba aún sorprendida.

—Así es. Te trajeron inconsciente. Recibiste un buen golpe en la cabeza, pero nuestra curandera ha dicho que no debes preocuparte. Quizás fue más la impresión que el golpe en sí. —Hizo una mueca de lástima, como si pensara que ella era una mujer frágil y que…

Los ojos de Megan se abrieron, grandes y redondos. La expresión entibió el corazón de lady Mairy.

—Voy a sobrevivir al invierno.

La anciana soltó una carcajada.

—Espero que sí, mi niña. —Y por como lo dijo, no era mentira, se alegraría de que así fuera.

—Dicen que son muy crudos —dijo con un hilo de voz.

—Y largos.

Eso no la consolaba para nada.

Entonces escuchó el sonido de una puerta al abrirse. Tuvo la esperanza de que fuera su marido, sintió la presión en el pecho al recordar la imagen de un hombre amenazando con un hacha.

—Duncan —Al enfocar la mirada se dio cuenta de que no era él.

—Buenos días, lady McLeod.

—¡Lachlam! —suspiró ella. Sonrió al pelirrojo con afecto.

—No te preocupes por tu esposo, está bien. Se necesitan algo más que un par de mercenarios para acabar con él.

—¿Eso fueron? —preguntó con curiosidad— ¿Mercenarios?

Lachlam miró a su abuela, pero ninguno de los dos añadió nada más. Al ver que tardaban en contestar insistió en su estado.

—¿Lo hirieron? ¿Y sus hombres?

Lalchlam alzó una ceja al darse cuenta de que su preocupación era genuina. ¡Vaya! Pensó que su amigo era un hombre con suerte. Quién hubiera dicho que una mujer echada a los leones fuera capaz de sentir algún afecto por el hombre que la había arrastrado por toda Alba para finalmente, instalarla en una tierra inhóspita, donde muy probablemente todo el mundo la odiara.

El temible guerrero pelirrojo le sonrió con afecto.

—Él está bien —sonrió, convenciéndola de ello.

Estaba de acuerdo. Lo había visto luchar… sus hombres y los de Lachlam habían luchado por ella y, a pesar de que fue una situación sumamente desagradable, no pudo evitar sentirse agradecida de que los hombres de Duncan la hubieran defendido, ya fuera por orden de él o no.

—Quiero agradecerles lo que han hecho por mí —dijo, decidida.

—Seguramente estarán felices de verla a salvo.

Megan no supo qué decir, pero por algún motivo aquellas palabras la tranquilizaron.

—Gracias.

—No pienses que tu esposo no te tiene en cuenta —le dijo Lachlam, como si supiera leer la mente.

—Yo no…

—No mientas, soy el mejor amigo de Duncan, por supuesto que conozco sus defectos y sus virtudes. Pero si sus defectos son muchos y saltan a la vista, sus virtudes están ocultas y solo muestra lealtad absoluta a aquellos que son importantes para él.

—Entiendo.

Pero no entendía, pensó Lachlam. Megan no sabía cómo había estado Duncan cuando ella cayó desmayada ante él, con sangre que no era suya salpicándole el rostro. Jamás había visto a Duncan tan enfadado y preocupado. Y no sólo eso: Su amigo había estado pensando en aquella mujer durante los dos últimos años, y en ese tiempo, se había enamorado. Puede que él no lo reconociera jamás, quizás incluso era probable que ni tan siquiera lo supiera. Pero la amaba, Lachlam estaba seguro de ello. Y no renunciaría a ella por nada del mundo. Ni por la hija de los Boyd y las inmensas tierras de sus dotes, ni por la orden del rey que planeaba sobre su cabeza. Si el rey ordenaba a Duncan que se deshiciera de su esposa, mucho se temía que todos iban a perder mucho más que su honor. Quizás también perdieran sus cabezas.

—No te preocupes por nada —dijo—, le diré a mi cocinera que te prepare algo ligero y que te tiente. Algo de caldo y después… algo dulce.

Megan se encogió de hombros con una sonrisa.

Estaba muy agradecida por el laird de los McDonald. A diferencia de su esposo, parecía ser un hombre amable y considerado. Con total seguridad en la lucha debía ser tan temible como Duncan, pero con ella siempre se había comportado como todo un caballero.

—Te cuidaremos, no tienes nada que temer. Y en cuanto a Duncan... está bien, aunque muy preocupado por ti —El laird de los McDonald se acercó a ella, y se detuvo a un metro del

lecho, sin borrar la sonrisa.

—¿De veras?

—Por supuesto, yo también lo estaba —sus ojos chisporroteaban divertidos.

—¿Vos?

Soltó una sonora carcajada.

—Sí, pero no se lo digas a Duncan. Es un hombre demasiado celoso y posesivo para que consienta que otro hombre se interese por su esposa.

—Pero está bien —dijo Mairy, como si no estuviera contenta de que su nieto tardara tanto en responderle.

—Ya… —asintió Lachlam—, pero como no despertabas, anoche tuve que aturdirle con mi mejor whisky.

—¿Por qué? —preguntó Megan con curiosidad.

—Porque aún no te hubieras despertado.

—Oh —No sabía que más decir. La diversión de Lachlam le daba a entender que su marido sí se había preocupado realmente por ella— ¿Dónde está?

La anciana le palmeó la mano.

—Voy a traerte algo de comer. Deberías descansar y no preocuparte de nada que no sea tu pronta recuperación.

No supo si la mujer había esquivado su pregunta, pero la anciana se marchó dejándola con Lachlam. La puerta estaba abierta y él no se acercó demasiado, pero sí que la miró, esta vez con cierta preocupación, ¿o tal vez era compasión?

—¿Dónde está? —Megan repitió la pregunta con voz temblorosa— ¿Sufrimos alguna baja? A parte de borracho… ¿mi marido se encuentra bien? Y… ¿vamos a quedarnos aquí mucho tiempo?

A todas esas preguntas, se le añadían muchas otras. Sintió que estas se amontonaban en su mente. ¿Cómo habían llegado hasta ahí? ¡Dios mío! ¿Por qué los habían atacado? ¿Quién?

—Laclam…

Él la miró comprensivo.

—Muchas preguntas.

Ella asintió intentando incorporarse y apoyando su espalda contra el cabecero de la cama.

—Sí.

—No creo que tenga respuestas para todas.

Las risas de sus nuevos amigos acompañaron su desasosiego.

—No importa, si todos están vivos… —los ojos de Megan volvían a cerrarse a causa del repentino cansancio—. Me gustaría que me llevara a saludar a sus hombres, agradecerles su preocupación por mí y el haberme protegido.

Lachlam sonrió.

Se preocupaba por los suyos, aunque quizás no era muy consciente de que era la señora McLeod. Había dicho, sus hombres, como si no fueran los de ella. Y lo más importante, no era consciente de que cada uno de ellos daría la vida por protegerla, sin importar quién había sido anteriormente. Ahora llevaba el apellido McLeod, y allí en las Hébridas, como en las tierras altas, eso lo significaba todo.

—Lo podrás hacer en cuanto te recuperes. Ahora, será mejor que descanses.

Y así lo hizo. Cuando Lachlam salió de su alcoba, Megan cerró los ojos y se concentró en los latidos de su corazón. Logró quedarse dormida, al fin a salvo.

—¿Qué futuro les espera a esos dos? —bromeó Lachlam tomando del brazo a su abuela Mairy.

—Uno muy prometedor, por lo que veo.

Capítulo 14



Un grito la arrancó de su letargo.

—¡Megan!

Ella se incorporó sobre sus codos, y su boca se abrió de asombro, tanto como sus ojos. Su esposo acababa de irrumpir en la alcoba y por lo visto parecía alterado, mucho más de lo que solía estar.

Duncan jadeaba.

Al ver que ella parecía estar bien, intentó recomponerse. Apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea.

¿Así se sentía un hombre cuando moría de preocupación por su esposa? Pues, no estaba nada contento con ello.

—Duncan… —gimió, pues a causa del sobresalto no le salía la voz.

Lachlam había hecho bien en dejarle beber, o de lo contrario se habría puesto en evidencia delante de todos los McDonald. Su corazón palpitaba aceleradamente, no en vano había pensado que estaba gravemente herida. Megan se había resistido a recuperar la conciencia. En la refriega se había llevado un golpe en la cabeza.

—¿Estás bien?

Él esperó, o más bien, rogó que lo que hubiera visto en los labios de Megan fuera un atisbo de sonrisa y no una mueca de repulsión.

No había actuado como el guerrero que él creía ser. Un atacante la había golpeado. Había sido lento y descuidado y… se sentía culpable por ello.

—Estoy bien —Megan, acompañó sus palabras con un ligero movimiento de cabeza. Se

subió las mantas hasta la barbilla y le sonrió tímidamente.

El laird McLeod carraspeó como si hubiera vuelto a sus sentidos.

—Me alegro.

—Gracias a ti y a… nuestros hombres.

Él alzó una ceja. Le gustó como tímidamente había dicho *nuestros hombres*.

Se acercó a la cama con caminar pausado mientras la miraba de reojo. Vio que había recuperado el color, tal y como le había dicho Mairy. Quizás hubiera exagerado un poco, pero… Megan era tan frágil.

Carraspeó al tiempo que su esposa se incorporaba, apoyando la espalda en el cabecero de madera de la cama.

—Mairy debe creer que soy una mujer muy perezosa —dijo a modo de broma.

La expresión de Duncan mudó al acercarse a ella y sentarse en la cama, a su lado.

—Mairy parece adorarte.

Duncan se acercó un poco más y por un instante ella pensó que se inclinaría para besarla, pero no fue así. Simplemente se quedó en silencio, observándola, con una expresión de desasosiego que intentaba ocultar, pero que no lo conseguía demasiado bien.

Megan sí se dio cuenta de ello y soltó el aire que había estado conteniendo. Al parecer, no le era indiferente a su esposo. Sonrió ampliamente. En su frente podía ver arrugas de preocupación, y de algún modo eso la animó.

Se preocupaba por ella, tal y como había dicho Lachlam. Tenía que empezar a confiar más en los demás, y sobre todo en su marido. También debía confiar más en sí misma y dejar de pensar que era un estorbo, un ser sin valía que a nadie le importaba. Empezaba ser evidente que Duncan no la odiaba, y sin duda aquel era un buen comienzo.

—Siento lo que ha pasado, debí protegerte menor.

Sorprendida, Megan alzó la cabeza y lo miró, inquieta.

—No fue culpa tuya.

La sorpresa en su voz arrancó una sonrisa a Duncan, una fugaz, pero que la hizo feliz.

—No volveré a ponerte en peligro —prometió.

—No me pusiste en peligro. No podías saber que había bandidos en el bosque.

Una sombra cruzó ante los ojos de Duncan y esperó que Megan no lo viera.

No sabía cual era el origen de aquel ataque, pero desde luego, nadie le haría creer que había sido un fortuito ataque de bandidos.

—Yo… pude estar más atento —fue lo único que se le ocurrió decir.

De pronto se humedeció los labios. No iba del todo desencaminado, porque sí, podría haber estado más atento si no hubiese bajado la guardia aquella noche. Pero ¿cómo resistirse a la dulzura de su mujer? No podría olvidar jamás su forma de moverse cuando él le dio placer, y cómo ella pronunciaba su nombre mientras…

—Duncan.

Él parpadeó al ver los ojos de su esposa sobre él, como si se hubiera dado cuenta de sus pensamientos.

Gruñó por lo bajo.

Sí, había sido un inconsciente, se había emborrachado de deseo y casi la había perdido. Si eso hubiese sucedido… ¡Oh! ¡No puede importarme tanto!

Volvió a carraspear, se levantó de la cama y empezó a pasearse por la habitación. Cuando se paró frente a la ventana, ella esperó a que le dijera algo, pero se limitó a mirarla por encima del hombro. Le sostuvo la mirada por un largo instante.

—Si estás bien, baja a cenar.

No hubo un por favor en esa petición, así que más bien sonó a una orden, pero Megan sonrió de igual modo.

—Por supuesto —respondió con renovada energía—. Ya he descansado lo suficiente.

Cuando se puso en pie se dio cuenta de que solo llevaba la camisola. Sonrojada, volvió a meterse bajo las mantas y Duncan soltó una carcajada.

No se había dado cuenta que no llevaba ropa interior, tan solo una fina prenda que no sabía de donde había salido.

—No te preocupes, no es nada que no haya visto antes.

Le sonrió con descaro y Megan parpadeó confusa. No estaba acostumbrada a esa mirada juguetona, a esa boca curvada y al deseo que latía entre sus piernas.

—Ya lo sé, solo que…

—Tranquila, nadie más te ha visto así.

—Tú… ¿tú…? —se sonrojó más de lo que hubiera creído posible—. ¿Me desnudaste tú?

Él asintió.

—Estabas llena de tierra, agotada por el viaje, tuvimos que darte un baño y Mairy no podía sujetarte sola en la tina.

El parpadeo de Megan mostraba su confusión.

—No puedo creer que me desnudaras y quitaras la ropa interior.

—¿Querías que te metiera en la cama de Lachlam con tierra?

—¡La cama de Lachlam! —exclamó, de pronto escandalizada.

Miró el lecho como si ese objeto fuera en realidad un monstruo de dos cabezas.

—No suele tener habitaciones de invitados tan lujosas.

—¿Le he robado la cama al señor del castillo durante todo el día?

Duncan alzó una ceja.

—No te sientas mal, él nos roba el vino y vacía la despensa cuando le place —se burló Duncan—. Estamos en paz.

Megan abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla. Algo cálido se expandió en su pecho. Quizás porque su esposo tenía un brillo diferente en la mirada. La amistad con Lachlam le hacía parecer mucho más joven, un hombre que no llevaba el peso de su clan y del mundo sobre sus espaldas.

—Vístete, mujer —dijo tirando el vestido sobre la cama—. Vamos a bajar y a dar las gracias a nuestros anfitriones, mañana partiremos.

Ella asintió, pero al coger su vestido lo apretó contra el pecho, esperando que Duncan se diera la vuelta.

Refunfuñó y dejó de mirarla para avanzar hacia la puerta.

—Será mejor que me vaya —pero su paso se ralentizó antes de llegar a la puerta—. Si sigues mirándome así, no creo que ninguno de los dos bajemos a cenar.

Las mejillas adquirieron un rubor mucho más intenso al entender perfectamente a que se refería.

—No tardes.

Ella asintió.

***

No era una simple cena. Al parecer el laird McDonald había preparado todo un banquete para su amigo y ella.

Tras vestirse adecuadamente, Mairy envió a una doncella para que se encargara de su peinado. Había sido muy amable y sus esfuerzos merecieron la pena cuando los ojos de Duncan se clavaron en ella.

Bajó los peldaños que separaban las habitaciones del piso superior en la torre, del salón, a esas horas repleto de gente. Hombres y mujeres se habían congregado junto a las largas mesas y bancos, dispuestos para la celebración. Algunos niños correteaban al fondo, escondiéndose sin mucho éxito tras los tapices y animándose unos a otros a perseguirse mientras los adultos bebían y charlaban.

Megan tragó saliva algo insegura. Jamás se había visto tan bien vestida. La muchacha le había hecho un precioso recogido, un elaborado trenzado, que dejaba algunos mechones sueltos, y que le había ocupado casi una hora, y mientras trabajaba, no había parado de alabar el precioso tono de su cabellera pelirroja, el grueso de sus cabellos y lo fáciles que eran de peinar. Asistió incrédula a semejantes elogios. No era capaz de comprender por qué esas mujeres le decían que era bella, si ella misma era incapaz de sentirse de tal forma.

La intención de Megan era reunirse junto a su esposo, que conversaba alegremente con

Lachlam junto a la cabecera de la mesa.

Con las manos unidas frente a su cuerpo y la cabeza gacha, intentó controlar su sonrisa trémula, por suerte alguien fue en su ayuda.

—Oh, cielos —exclamó Mairy—. Hacía años que no veían mis ojos a una dama tan hermosa. Quizás desde la muerte de mi querida nuera.

Sintió la presión de un beso cálido en la mejilla.

—Es… muy amable.

—Espero que te hayas sentido a gusto en esta casa. Me gustaría convencer a Duncan de que os quedarais un poco más, pero… ha estado mucho tiempo fuera —una sombra parecía sobrevolar aquellas palabras—. El rey David lo ha mantenido lejos de su hogar demasiado tiempo.

Megan se mordió el labio inferior. No dijo nada, pero Mairy hablaba del rey como si lo despreciara, y… temía que aquello pudiera considerarse traición. No obstante, la sombra del pesar desapareció pronto del curtido rostro de Mairy. La tomó de la mano y la arrastró hacia los hombres.

Fue consciente de las miradas que despertaba a su alrededor. Si no hubiera sabido que aquello era imposible, las habría confundido con miradas de admiración.

—Todo el mundo te adora. Verás cuando tu marido te vea tan hermosa.

Ante las palabras de la anciana, Megan parpadeó. Centró la mirada en Duncan que aún no se había percatado de su presencia.

¿En verdad se veía hermosa? No, Mairy tenía que estar bromeando, pero… Tal vez… Tal vez era el vestido, que le sentaba bien. Era precioso, no en vano había pertenecido a la madre de Lachlam, así se lo había hecho saber Mairy quien se lo había regalado.

—Es digno de una gran dama, como tú —le había dicho. Aunque ella no estuviera muy convencida.

El vestido, de un tono verde oliva, lucía incrustadas en el escote dos hileras de perlas negras. Las mangas eran anchas y justo en el extremo de las mismas, había unos elaborados

bordados con motivos florales que se repetían, una y otra vez, hasta dar la vuelta por completo. El intrincado diseño le era familiar, una flor que reconocía de haber visto en los páramos de las Highlands y que también proliferaba allí en verano. En la parte delantera de la falda, ese mismo bordado caía en una línea que se iba ensanchando hasta cubrir prácticamente la totalidad inferior de la tela. La estrecha cintura lucía rodeada por un cinto negro, también con preciosos bordados.

—Y por último… —le había dicho Mairy…

Le había colocado sobre la palma de la mano, unos preciosos pendientes de esmeraldas y un collar a juego, para que los admirara.

—Mi regalo de bodas.

—No, no… yo…

—¿Quieres que me ofenda? —le preguntó Mairy cerrándole el puño con las joyas dentro para que no pudiera rechazarlos—. Dale el capricho a esta pobre anciana.

Megan no se había resistido, arrancando una sonrisa a Mairy que le colocó los pendientes y el collar, admirándola como quien admira una reliquia con amor y veneración.

—Señora, esto es demasiado —había dicho mirándose a sí misma.

—Nada que no merezca lucir la señora McLeod, esposa de nuestro querido Duncan—. Mairy le había rodeado las mejillas con las palmas de sus manos. Le habló con cariño antes de que pudiera responder con un balbuceo—. Querida, tu esposo y sus hombres van a quedar impresionados. ¡Anda, ve y gánatelos!

Y eso era exactamente lo que pretendía hacer.

Fue muy consciente del momento en que su esposo se dio cuenta de su llegada. Sus ojos se precipitaron sobre ella. Primero miró su rostro, que era muy probable que se hubiera puesto colorado, después se centró en su escote, que en un principio a ella no le había parecido nada escandaloso pero, así como Duncan la miraba… cualquiera diría que estaba desnuda. Siguió hasta los pies y volvió a subir.

La risa de Mairy captó su atención.

—Y esa es la reacción que toda mujer pretende arrancar de un marido enamorado.

Cuando la anciana le soltó el brazo, ya habían llegado junto a los hombres.

—Estás… —Duncan no terminó la frase, pero Lachlam lo hizo por él.

—Impresionante. —Se inclinó sobre su mano para besarla y el gruñido territorial que lanzó su amigo, le hizo sonreír, a la vez que soltaba la mano de la dama.

Megan se colocó al lado de su esposo mientras Lachlam anunciaba que daba comienzo la cena en honor a sus amigos y vecinos.

—Ha sido un largo camino hasta casa.

Megan pensó que tras las palabras de Lachlam y la mirada de Duncan había algo más. Quizás la guerra para su esposo había sido mucho más dura. Debió ser difícil dejar su clan durante tanto tiempo. Pero el rey David no le dejó opción ¿no? Igual que no le había quedado más remedio que casarse con ella.

Duncan se sentó a la derecha del jefe McDonald, un lugar privilegiado solo destinado a sus amigos. Mairy lo hizo a su izquierda, y Megan a la derecha de su esposo.

Debía admitir que su esposa le quitaba el aliento. Siempre le había resultado hermosa, pero en aquel momento creyó estar en un sueño. Intentó concentrarse en la conversación de Lachlam, ¿de qué hablaba? ¿ovejas y vacas? Apretó los dientes cuando su mirada se desplazó de nuevo hacia Megan y se sintió como un imberbe que no puede controlarse ante una mujer.

Debía tomarla. Acostumbrarse a su cuerpo. Sí. Solo saciándose de ella lograría dejar atrás esa obsesión que empezaba a sentir.

Los ojos azules de cervato lo miraron con cierto temor, pero cuando sus mejillas se sonrojaron él supo que no le temía en absoluto. Lo deseaba, al igual que él la deseaba a ella.

Se tensó, todo él y mucho más esa parte sensible de su anatomía. La cena sería un infierno si no lograba controlarse.

Capítulo 15



Lachlam fue más que generoso, tanto en el banquete en su honor, como en dejarles su cama para pasar la noche.

Se acostaron en silencio y Megan permaneció inquieta. En realidad, deseaba sus caricias y sus besos, la última vez había sido maravillosa, pero al ver que su esposo no declaró intención de yacer de nuevo con ella, se durmió agotada por los acontecimientos de los últimos días.

Una caricia íntima la despertó cuando el fuego apenas era un resplandor inapreciable.

Sintió cosquillas en su frente y al abrir los ojos vio a Duncan, apartándole un mechón de pelo. El gesto fue tan tierno como inesperado. Megan sintió que sus mejillas se sonrosaban, sus labios se abrieron, aunque no para protestar, pero antes de poder decir nada Duncan besó su frente y más tarde sus párpados entreabiertos.

No tardó mucho tiempo en acomodarse sobre ella. Lo hizo con delicadeza, pero sin hablar. No por ello dejó de mirarla.

Megan respiró hondo cuando su esposo le sacó la prenda de dormir y se quedó desnuda bajo el musculoso cuerpo masculino, también desnudo.

—No estés tensa.

Pero eso era mucho más fácil decirlo que hacerlo. ¿Cómo no estar tensa? Él era tan grande, y aunque la última vez no le había dolido...

Megan intentó respirar con normalidad cuando Duncan mordió la parte sensible de su cuello. Ella gimió, lo que provocó que él la mirara inesperadamente con una sonrisa.

No se atrevió a protestar, o más bien, no quiso hacerlo, pues sentía la curiosidad de aquel que no sabe si va a encontrarse con algo esplendido, en lugar de simplemente bueno.

Se dejó llevar, aunque en su mente había algunas dudas importantes, sobre qué sucedería si concebía un hijo. ¿Y qué pasaría, si él decidía repudiarla? No podía dejar de pensar que Duncan tenía la posibilidad de casarse con otra mujer, la hija de Boyd.

Dejó de pensar en todo ello cuando su esposo se movió y los labios recorrieron su piel desnuda, dispuesto a saborearla en cada rincón. Megan tragó saliva y sus manos se cerraron formando un puño.

—No te tenses —le ordenó. Pero se estaba sintiendo demasiado bien con las manos de él recorriendo su cuerpo y sus labios sobre la suave piel de uno de sus pechos.

Duncan apartó las mantas y se puso de rodillas frente a ella, quería mirarla con detenimiento.

El aire frío acarició la piel de Megan y sus pezones se endurecieron mientras su piel se erizaba. Sus cabellos, que se había destrenzado antes de acostarse, caían desparramados sobre los almohadones. Los suaves bucles rojizos resplandecían a causa de las llamas de la chimenea. Era puro fuego, y Duncan deseaba que no se apagase jamás.

—¿Tienes frío? —le preguntó, hipnotizado por su belleza.

—Un poco.

La sonrisa de Duncan fue devastadora.

—Yo te calentaré.

La miró con avidez, perdiéndose en sus formas redondeadas, sus generosos pechos, su vientre plano, las caderas generosas, y esa piel tan nívea…

—Megan…

Ella lo miró, deleitándose en el sonido de la pronunciación de su nombre. Nadie lo había dicho así, con tanto anhelo. Jamás.

Seguía sintiéndose extraña al verse desnuda bajo el cuerpo de él, pero pronto Duncan pasó a cubrirla de nuevo, agarrando sus generosos pechos con ambas manos, acariciando sus curvas y calentando su piel. Megan jadeó y los ojos de él se encendieron por el deseo.

—¿Te gusta?

Su sexo palpitó, y ella fue consciente de que sí, que le gustaba como la tocaba. Pero lo mejor estaba por llegar. Se inclinó sobre ella y sus labios besaron sus pechos, primero de manera suave, pero después… apretó un pezón entre sus labios y lo succionó con destreza, hasta provocarle un pequeño chillido.

El calor se extendió rápidamente por todo su cuerpo, y Megan se sintió arder.

—Esposo…

—Mmmm…

Cuando alzó la cabeza, las manos recorrieron su piel hasta las caderas. Ella soltó un pequeño grito cuando le dio la vuelta sobre la cama.

Sin saber qué esperar, abrió los ojos, expectante, y nerviosa ante lo desconocido.

Duncan murmuró algo, pero para ella fue del todo ininteligible. Megan se inclinó hacia adelante al notar como uno de los dedos de él tocaban su sexo. Abrió la boca sorprendida.

Notó su boca contra la nuca, mientras sus brazos calientes la rodeaban.

—Quédate quieta. —Y de verdad que lo intentó—. Agárrate a la cama.

Las manos de Megan se adelantaron para agarrarse al poste, y se alegró de haberlo hecho cuando sintió la invasión desde atrás.

Su boca descendió sobre la almohada y gritó de placer mientras él se adentraba una y otra vez en su interior. No contento con ello, Duncan acarició la parte baja de su abdomen, una de sus manos agarraba con fuerza su cadera y la otra se introdujo entre sus piernas. Antes de llegar al punto de unión, tocó su montículo palpitante.

—¡Duncan!

Él movía los dedos cuidadosamente hasta hacer que sollozara de placer. Los gritos de ella solo hacían que quisiera ir más rápido, más fuerte.

—Mi señora…

Duncan miró su trasero generoso, acarició sus nalgas y embistió más fuerte hasta quedarse sin aliento. Sintió que finalmente ella se estremecía, y apretó los dientes cuando el sexo de su esposa apretó su miembro como si no quisiera dejarlo ir. Pero no había terminado, esa vez

necesitaba más.

Le dio la vuelta sobre la cama y le asombró la cara de placer que vio. Los párpados de Megan estaban caídos y lo miraba a través de las rojizas pestañas mientras sus mejillas estaban tan sonrosadas como sus pechos.

La tomó de los tobillos y le abrió las piernas. Su sexo quedó completamente expuesto para él.

—Mi señor… yo…

—Sssh… —No hacía falta que dijera nada. Su mirada ya lo decía todo.

Se tumbó sobre ella, penetrándola una vez más. Ella soltó un grito de placer y movió las caderas buscando su unión. Era maravilloso entender que ella disfrutaba tanto como él.

Giró sobre sí mismo y Megan quedó a horcajadas sobre él.

Sus sedosos cabellos rojos cayeron, cubriendo sus pechos. Tímida, colocó ambas manos sobre el fornido pecho y las retiró como si dudara qué debía hacer.

—Apóyate en mí.

Ella asintió.

El movimiento de caderas de Duncan la impulsó hacia delante y no tuvo más remedio que apretar las palmas de sus manos contra los pechos. Se sujetó para mantener el equilibrio y cuando él volvió a moverse, le siguió el ritmo.

Cuando las manos de él tocaron de nuevo el lugar escondido entre sus muslos, la vio morderse el labio inferior.

—Te gusta cuando te toco aquí, ¿verdad?

Ella asintió, mientras daba botes sobre sus caderas, mientras sentía que el miembro de él se adentraba en ella por completo.

—Por favor…

Sintió que de nuevo la tensión se acumulaba en su vientre, y al mirarlo a los ojos, por poco pierde el control.

—Siénteme —Duncan alzó la cabeza y la agarró con más fuerza de la cintura, para poder

entrar más profundamente—. Deja que ocurra.

Megan tembló, sintiéndose indefensa ante la fuerza de sus sacudidas. Se retorció y su cabeza cayó hacia atrás mientras Duncan se dejaba llevar, vaciando su simiente en ella. Acarició sus pechos mientras ella dejaba caer su cabeza hacia atrás, absorbiendo los últimos espasmos del éxtasis.

Capítulo 16



A la mañana siguiente partieron muy temprano. Megan se despidió de Mairy y no pudo evitar que se le inundasen los ojos en lágrimas cuando la abuela de los McDonald la tomó cariñosamente por las manos.

Duncan observaba de lejos la escena. No pudo evitar pensar que Megan estaba triste porque había llegado el momento de partir hacia la fortaleza McLeod. Lachlam, sabiendo qué pensaba exactamente su amigo, le dio un codazo y negó con la cabeza.

—Déjalo.

Si al jefe del clan McLeod le sorprendió esa reacción, no lo demostró.

—No sé a qué te refieres.

—A que dejes de preocuparte —le molestó Lachlam.

—Yo nunca me preocupo, y menos por una mujer.

A pesar de la seguridad en sí mismo, Duncan no engañaba a nadie y mucho menos a su amigo. Sabía que a su esposa le esperaba una dura prueba al llegar a casa. Era poco menos que una extranjera. Una dama, nada menos que inglesa, cuyo rey, David I, había impuesto a los McLeod.

—Les será imposible no adorarla —asguró Lachlam como si siguiera leyéndole el pensamiento—. Tú ya lo haces.

—Cállate —el puño se estrelló contra su hombro y acto seguido, dando grandes zancadas, se acercó al muelle. Lejos de subir a la embarcación donde esperaban sus hombres, Duncan se tomó su tiempo para que Megan se le acercara. Estaba a escasos pasos, despidiéndose de Mairy.

—Querida Megan —dijo Mairy, mientras le secaba las lágrimas con sus manos cariñosas y una sonrisa—. No es necesaria una despedida tan dramática, ya verás como los McLeod te recibirán con los brazos abiertos. Y tu marido es tan buen navegante… ni siquiera te darás cuenta y volveremos a vernos.

Megan asintió, en un rápido movimiento, y con el dorso de la mano se terminó de secar el rostro.

La joven no podía negar que se sintiese inquieta por ese hecho, pero realmente lloraba porque durante su estancia con los McDonald había recibido más cariño que en toda su vida, y le dolía tener que alejarse de ellos. Sobre todo, de la figura amorosa y maternal que era la abuela de Lachlam.

—Gracias Mairy, ha sido un placer conocerte, a ti y a los McDonald. Jamás olvidaré el cariño con el que me habéis recibido y…

—¡Esposa! —La voz de Duncan la obligó a callar, apremiándola—. La marea no espera.

Megan clavó la mirada en su esposo y asintió, aún con las manos entrelazadas a las de Mairy.

—¡Ve, querida, tu esposo aguarda!

Megan besó a Mairy y se dio la vuelta, presurosa pisó las tablas resbaladizas de madera que daban paso a la embarcación. Subió por una rampa hacia el interior y cuando estuvo en cubierta, sintió el balanceo incesante bajo sus pies.

Se volvió para mirar a sus amigos por última vez, pero se topó con el ancho pecho de su marido.

—Duncan…

Él le apretó los hombros con fuerza, no supo muy bien si para reconfortarla o para retenerla. Quizás sospechara que deseaba quedarse. Pero eso no podía ser.

—¡Vamos a casa! —gritó Duncan haciendo que los hombres se pusieran tras los remos.

En el muelle, Mairy se acercó a su nieto y ambos los vieron partir.

—Está enamorada —dijo su abuela, y el *laird* sonrió.

—Él está enamorado —se burló Lachlam.

Ambos rieron.

—Y ninguno de los dos se han dado cuenta.

Lachlam estuvo muy de acuerdo con las palabras de su abuela.

—Mi amigo es muy inteligente para ciertas cosas, pero tan obcecado para otras… —negó con la cabeza, como si fuera un caso perdido.

—No lo culpes, tiene mucho peso sobre sus hombros desde que su padre falleció. Está además el problema con los Boyd. Y controlar a su hermana Ayla… es harto complicado.

—Esa niña… —masculló Lachlam, pero al recordarla sus ojos brillaron de una manera especial, que a Mairy no le pasó desapercibida.

—Ya es toda una mujer.

Lachlam se dispuso a ignorar la mirada de su abuela. Significara lo que significara, no pensaba hablar de Ayla, y mucho menos de su paso de niña a mujer.

Al ver que no mordía el anzuelo, añadió:

—Tendrá muy entretenida a la nueva señora del castillo —aseveró su abuela, intentando no sonreír.

—Espero que pueda controlarla. Es el mismísimo diablo.

Mairy no pudo reprimir la carcajada ante el ceño fruncido de Lachlam. ¿Por qué pensaba que eso no le molestaba en absoluto al laird de los McDonald?

***

El mar no había sido tan cruel con ellos, como Megan se había imaginado. Al día siguiente llegaron a tierras McLeod. Pero no desembarcaron a los pies de la fortaleza, tal y como habían hecho al llegar con los McDonald.

—Nuestro castillo está sobre una colina. Desde allí se puede observar todo el fiordo, pero no accede directamente a nuestro hogar.

Ella parpadeó cuando su marido pasó por su lado, avanzando sobre la arena de la playa. Megan lo siguió a la carrera. Sus piernas eran demasiado cortas para seguir las zancadas de aquel gigante. Era extraño, pero a Megan le preocupó que su esposo hubiera vuelto a encerrarse en sí mismo como una ostra. Apenas le había dirigido la palabra durante el trayecto, y mucho se temía que esa actitud volvería a hacerle pensar que ella no era más que una extraña, y que no sería bienvenida allí.

—Date prisa.

Cuando llegó al sendero que subía por la empinada cuesta hacia los acantilados de la playa, ella dio un pequeño tirón a su kilt.

—Vas muy deprisa.

¿Deprisa?, pensó Duncan. Había tardado años en volver a casa. No iba deprisa, llegaba tarde. Muy tarde.

—Los caballos nos esperan arriba…

—¿Caballos?

Él la miró alzando una ceja, a lo que ella tuvo que hacer una mueca de pesar. La trataba como si fuera idiota.

—Anoche hicimos señales cuando entramos en el fiordo. Nos están esperando.

—Por supuesto.

Pero ella no había dado nada por supuesto. ¿Así que los esperaban? ¿Quiénes? ¿Eran muchos? ¿Sabían que su jefe se había casado con ella por orden del rey David?

Se dijo que pronto encontraría respuestas a todas sus preguntas.

Quince minutos después, sin aliento, Megan alcanzó la cima del acantilado. Echó un vistazo hacia la playa. Los hombres ya habían desembarcado todos los toneles y cofres que había guardado en su vientre de madera. Estaban eufóricos, pudo verlo por su forma de reír a carcajadas. Todos enfilaban el camino arenoso hasta donde ella estaba.

—Vamos —la apremió Duncan tomándola se la muñeca—. Cabalgarás conmigo —le ordenó, al tiempo que la tomaba por la cintura.

Con un pequeño empujón su trasero quedó sobre la montura. Duncan subió detrás.

A esa altura el viento azotaba sus cabellos haciéndolos volar contra el rostro de su esposo. Se apresuró a recogerlos, encerrándolos en un puño y colocándolos a un lado, sobre su hombro.

—Lo siento —le dijo finalmente, lanzándole una mirada de disculpa.

Duncan se limitó a mirar al frente, ignorándola. Y por un motivo que empezaba a sospechar, le dolió.

Agachó la cabeza y se prometió permanecer en silencio.

—No agaches la cabeza —le sorprendió diciendo Duncan.

Ella lo miró y sus miradas se quedaron cosidas.

—¿Qué?

—Eres la señora de los McLeod —dijo como si eso explicara todo—. Nunca agaches la cabeza.

Eso la hizo sonreír.

—¿Ni siquiera ante ti?

El descaro de la pregunta, hizo que él fuera quien agachara la cabeza para darle un pequeño mordisco en el hombro.

—¡Duncan! —exclamó sorprendida.

Pero como única respuesta solo recibió una sonrisa torcida que se fue tan rápido como llegó. ¿Lo habría soñado?

Duncan rodeó con más firmeza su cintura con el brazo izquierdo, en un gesto posesivo, mientras con la mano derecha manejaba las riendas. Apretó los flancos de su caballo, y este rompió al galope.

El corazón de Megan empezó a latir con fuerza, y lo hizo más todavía cuando subieron la loma, y desde allí pudo divisar, una gran torre circular, no muy lejana.

—¿Ese es el castillo de los McLeod?

Los seis hombres que iban tras ellos se rieron por lo bajo. Los miró desconcertada, pero al ver que su marido también sonreía, se dijo que quizás había dicho algo gracioso.

—No —le aclaró él—. Ese es nuestro broch.

—¿Qué es un broch?

Al parecer él tampoco lo sabía, pues se encogió de hombros.

—Digamos que nos permite vigilar bien el territorio.

—¿Lo construyó tu familia?

Duncan negó con la cabeza.

—Nadie sabe quién los construyó, pero no es el único y… nos ha librado de muchos problemas —dijo mirando a la lejanía como si pudiera ver otra de las grandes torres de piedra—. Los gigantes de piedra nos avisaran de cualquier invasión.

—Entiendo —se vio forzada a decir, pero realmente no entendía nada.

Al poco bajaron una colina y volvieron a subir otra más pronunciada, y allí sí.

—Dios mío.

La fortaleza de los McLeod. Eterna, inamovible, una mole de piedra negra dispuesta a amedrentar a cualquier incauto que osara enfrentarse a la ira de los McLeod.

—*Balckrock*, nuestro hogar.

Duncan apretaba a su esposa contra su cuerpo mientras la silueta negra de BalkRock se recortaba en el cielo gris. Megan seguía tensa, pero en sus ojos azules podía leerse la determinación.

Ahora era la nueva señora del clan, debía actuar como tal, y ser tratada en consecuencia.

—Pareces más preocupado que yo —dijo ella, recostándose contra su pecho.

—No es así.

El tono seco de Duncan, solo reafirmó lo que ella pensaba.

Quizás después de su ausencia solo estuviera nervioso. O tal vez era porque regresaba con una extraña convertida en su esposa. Sea como fuere, Megan se juró que le facilitaría las cosas, trabajaría como la que más para ganarse el afecto de todos. Recordó las palabras de Mairy, si ella decía que todo saldría bien, es que así sería. No era el miedo lo que la ponía tensa, era la responsabilidad. Quería hacerlo bien.

—Relájate —Duncan interrumpió sus pensamientos—, nadie va a comerte cuando lleguemos a casa.

Ante ese comentario, Megan, que empezaba a relajarse, se tensó todavía más.

—No es eso —le dijo—, es que no estoy acostumbrada a los barcos y… si me apuras, tampoco a los caballos.

Él alzó la ceja izquierda.

—No mientas.

—No lo hago. Es cierto. Nunca había montado antes en un caballo tan brioso.

—Nada te sucederá en mis brazos —le susurró al oído.

Megan sintió que el calor del pecho se extendía por todo el cuerpo, sonrojando su piel. ¿Cómo podía su marido mostrarse tan frío e impaciente con ella, y al minuto ser…? Lo miró a los ojos y contuvo un jadeo. Había algo en su mirada que le hizo sentir algo punzante entre las piernas. Deseo. Quizás él también lo sintiera, quizás fuera ese deseo el culpable de sus cambios de humor. No sería ella quien se atreviera a quejarse por esas muestras de afecto.

Notó el aliento cálido en su cuello y como la envolvía entre sus brazos, cuando al bajar la loma el viento empezó a soplar con más fuerza que antes.

—Haré que no te arrepientas de haberte casado conmigo —lanzó apenas un susurro audible.

No supo si Duncan la había escuchado, pero notó la suave caricia de sus manos en las costillas, acto seguido volvió a empujarla contra su pecho y apretó el paso.

Capítulo 17



Cuando la fortaleza de los McLeod se atisbó a lo lejos, tragó saliva. Pero Duncan apretó los flancos de su montura y esta aumentó el ritmo.

Avanzaron por el serpenteante camino de tierra, húmedo por las primeras lluvias de la mañana. Al notar que temblaba, la apretó aún más, posesivo.

De las dos altas torres que tenía la fortaleza, se podían observar figuras moviéndose por las almenas. Los hombres de Duncan lo reconocieron al instante y algunos se atrevieron a lanzar gritos que hicieron dar un respingo a Megan.

—No te asustes, eso es que se alegran de vernos —aseguró el señor de los McLeod.

Megan parpadeó. No vio foso, ni puente levadizo. La fortaleza parecía un solido muro de piedra sin entrada.

—¿Dónde…?

Como si él hubiera leído sus pensamientos, la guio hacia la parte más angosta del terreno. Bajaron varios metros, y allí se hallaba una puerta de no más de dos metros de ancho y dos de alto.

—Pero…

—Es la única forma de entrar y salir del castillo McLeod —dijo él como si no fuera nada extraño—. Nos protege del viento y de visitas indeseadas.

Megan giró su cuerpo para verle bien la cara. Necesitaba saber si estaba bromeando.

—Pero… las carretas no podrán entrar. ¿No hay mercado? ¿No…?

Él solo le sonrió mientras la robusta puerta de madera se abría y tras esta… se alzaron dos solidas rejas. Duncan esperó a que esta se abriese, y entró en su propiedad, al paso.

Inexpugnable. Fue la palabra que se le vino a la mente a la nueva lady McLeod. Esa… y prisión.

Tragó saliva y agradeció que su esposo la rodeara tan fuertemente con los brazos. Ese iba a ser su hogar, siempre y cuando… De pronto le asaltaron los miedos. ¿Cómo había podido olvidar la conversación entre Duncan y Lachlam? Se sintió algo inquieta al recordar que la posibilidad de que su marido la repudiara para casarse con la hija de los Boyd era real.

Soltó el aire contenido, para expulsar esa idea de su cabeza.

Pronto, las gentes que vivían intramuros los rodearon y vitorearon a su señor.

Megan quedó fascinada, eran al menos doscientas almas en aquel monstruoso patio de altos muros negros. En cada rincón había chozas y en ellas se desarrollaban actividades como la forja o el cuidado de los establos de los McLeod. Le sorprendió los pocos que tenían. Quizás no los necesitaran, al fin y al cabo, había oído decir a Lachlam que en las islas era mejor tener una barca que una montura.

Duncan desmontó de un salto y aunque no pudo ver su rostro, al avanzar hacia su gente, sí pudo ver la cara de ellos. Estaban felices de que su señor hubiera regresado. Los saludó uno a uno, mientras sus hombres a su espalda reían y gritaban al reunirse con sus familias. Había sido un largo periodo lejos de aquellas tierras, Megan era consciente de ello, aunque no formara parte de sus vidas. Aún.

Al poco Duncan se volvió para mirarla. Se acercó a ella y la asió de la cintura para facilitarle la bajada del caballo. Sin apenas esfuerzo, la dejó sobre el suelo empedrado. Ambos se dieron la vuelta hacia sus gentes, y el laird de los McLeod alzó el brazo, arrastrando el de su esposa.

El silencio se hizo a su alrededor.

—Ella es mi esposa, Megan McLeod, vuestra señora.

Hubo pocas sonrisas, y demasiadas miradas fijas, desconfiadas.

Como si Duncan entendiera sus pensamientos añadió:

—No importa quien fue en otro tiempo, ahora es una McLeod. Lleva nuestro nombre,

pertenece a nuestro clan. Es vuestra señora y como tal será tratada.

Hubo algunos gruñidos, pero para sorpresa de Megan, todos parecieron estar de acuerdo con sus palabras.

—¡Es una McLeod! —gritó alguien, y muchos más se unieron al coro.

Emocionada, Megan sonrió con nerviosismo y buscó los ojos de Duncan.

—Bienvenida —le susurró mientras la atraía hacia sí.

La besó tan inesperadamente que Megan se quedó rígida entre sus brazos, los ojos muy abiertos, sintiendo como la piel de sus mejillas empezaban a arder.

Hubo vítores y carcajadas por doquier, hasta que Duncan se apartó.

Él… sonreía.

Jamás lo había visto tan relajado. Parecía mucho más joven de lo que en realidad era.

Cuando el beso hubo terminado, él la tomó por los hombros y la giró hacia los hombres y mujeres McLeod que los vitoreaban. Megan no pudo menos que soltar una risita nerviosa. Vio como los niños la miraban con curiosidad. Un corrillo de cuatro niñas, apenas parpadearon al mirarla, hasta que una de ellas se acercó con una flor silvestre en la mano, sin duda arrancada hacía poco de algún lugar del patio.

Se la entregó, con una sonrisa desdentada que no hacía más que añadir ternura a ese rostro angelical de no más de cuatro años.

—Gracias por tan acogedor recibimiento —dijo con timidez.

Nadie respondió, la niña volvió con las que claramente eran sus hermanas y aumentaron sus sonrisas.

Un niño pequeño, de unos tres años, asió la mano de su madre y señaló a su señora.

—Madre… ¿Es cierto que es una *saasenach*?

Ella se incorporó como un resorte, miró a Duncan, pero este esperó que fuera ella quien los sacara de su error.

—No, no lo soy. Soy escocesa y ahora… una McLeod.

Duncan intentó permanecer estoico ante aquella declaración, pero no había ninguna duda

de que le habían gustado sus palabras.

—Ahora soy vuestra señora, y os cuidaré y serviré lo mejor que pueda —volvió a decir .

En ese momento se adelantó un hombre de Dios , el padre Rob.

—Padre… —dijo Duncan sorprendido de verlo.

Dio un paso hacia el hombre de cabellos rubios como el sol. Nadie sabía su edad, únicamente que era mucho mayor que Duncan, y que apenas había envejecido durante aquellos diez años que llevaba en la fortaleza.

—Veo que has regresado sano y salvo, hijo mío —le estrechó la mano y puso otra sobre su hombro.

—Y yo veo que seguís aquí.

—Demasiadas almas descarriadas a las que enmendar para que puedan entrar en el reino de los cielos.

Megan parpadeó por aquellas palabras y al ver que se dirigía a ella, agachó la cabeza e hizo una pequeña reverencia.

—No lo hagas, no es tan importante —dijo Duncan. Pero el clérigo lejos de ofenderse estalló en carcajadas y su esposo también.

El abrazo que se procesaron no dejaba ninguna duda de que eran amigos y se habían echado de menos.

—Temí que no volvieras —dijo el padre Rob—. Recé cada día por ti. Y celebro que mis plegarias hayan sido escuchadas.

Duncan le dio varios golpes en la espalda.

—Tenemos mucho de qué hablar. —Estaba claro que Duncan se refería a todo lo que había acontecido en su clan, pero ella era muy consciente de que a pesar de la guerra, de que el rey David lo arrancara de allí, el corazón de Duncan y sus pensamientos siempre habían estado entre esas gentes.

No se quedaron mucho más en el patio, aunque la temperatura era agradable. Sin duda Duncan quería ver como había transcurrido el tiempo en el interior de la fortaleza. A diferencia

de la casa de su padre, en aquel castillo la entrada principal al salón, que se encontraba en el primer piso, estaba en lo alto de unas escaleras de madera y piedra, adosadas a uno de los laterales del patio.

Duncan la acompañó hasta allí. Entraron en un gran salón de techos altos de madera, con una obertura en el centro. Entrecerró los ojos al darse cuenta de que no había chimenea, pero en medio de la estancia, un enorme brasero con leños encendidos caldeaba el ambiente a pesar de que el tiempo era bueno.

—Liam, Bran y Thomas te esperan para darte los informes de estos últimos tiempos —dijo el padre Rob.

Al acercarse tan liviano hacia la tarima del fondo, Megan se dio cuenta de que realmente no parecía tan viejo. Mientras se dirigían hacia allí, Duncan se paró para hablarle.

—Deberías retirarte y descansar mientras me ocupo de esto.

—Pero… —Iba a protestar cuando una mujer se le acercó con rapidez.

—Ella es Ann —le sonrió con afecto—, cuidará de ti.

Megan miró a la mujer regordeta, de mejillas sonrosadas que la miraba con calidez. Fue a decirle algo a su esposo, pero este ya le había dado la espalda.

El padre Rob vio como Duncan se alejaba y le dedicó unas palabras a Megan.

—No se lo tenga en cuenta, mi señora. Ha pasado mucho tiempo fuera y está impaciente por escuchar las noticias que sus hombres tienen a bien darle.

Como si lo que hubiera dicho no importara, Ann hizo sitio para apartar al clérigo.

—Padre Rob, déjese de tanto formalismo —se quejó la mujer. Sin duda estaba acostumbrada a mandar y probablemente dirigía al servicio con mano de hierro —. La señora debe estar cansada. Acompáñeme, niña.

Megan ni siquiera tuvo tiempo de asentir antes de ser arrastrada hacia las escaleras de caracol que ascendían a un nuevo nivel. Echó un último vistazo, pero su esposo ya estaba inmerso en sus obligaciones.

La señora McGuillis resultó ser tan amable como Megan había esperado. Le mostró rápidamente el castillo, antes de acompañarla a su alcoba.

—Estoy muy sorprendida por lo grande que es el castillo.

—Bueno, la primera vez que lo vi, también me sorprendió.

Megan la miró con curiosidad mientras avanzaban por el oscuro corredor. A pesar de su anchura, no estaba muy bien ventilado, ya que solo tenía unos cuantos orificios entre las piedras del muro, y ninguna ventana.

—Yo antes era Ann McGuillis, algunos me siguen llamando así, y no me importa —le dijo sabiendo que el apellido era importante para los escoceses. No pertenecías al clan y te apellidabas de otra manera y ambas lo sabían—. No me mires así, McGuillis o McLeod, todos me respetan. Llegué hace quince años cuando nuestro barco naufragó en la costa. Si no fuera por el joven señor habría muerto. Entonces me puso a trabajar en las cocinas y hace cinco años cambié mi apellido por McLeod al casarme con el viejo Fergus… el antiguo herrero. Se me murió a los dos meses. Qué poco dura la dicha.

Megan abrió los ojos como naranjas.

—¡Eso es horrible!

—Lo es —se rio ella como sino lo fuera tanto—. Por eso hay que aprovechar lo que te ofrece la vida. Si ese viejo cabezota me hubiera propuesto matrimonio antes, quizás podríamos haber disfrutado el uno del otro más tiempo.

A pesar de sus palabras, Megan vio tristeza en esos ojos castaños.

—Entiendo.

La señora McGuillis la tomó de la mano y la llevó a la habitación.

—La mejor alcoba —la miró con una mueca—, por los muebles que tiene. Verás que cama más cómoda. Y unas vistas que dominan toda la isla, aunque… no envidio el dolor de cabeza que tendrás cuando sople el viento.

—Gracias por la advertencia —dijo ella esperando que no fuera para tanto.

Cuando entró, Megan se quedó boquiabierta. Pues sí que había lujos, sabanas finas,

almohadas, tres cofres de contenido incierto, uno a los pies de la cama y los otros dos flanqueando la chimenea.

—Aquí sí que tenemos chimenea.

—Ya veo —dijo Megan complacida.

Ann se acercó a uno de los arcones y sacó toallas limpias.

—Mandaré llamar a las doncellas para que te traigan agua caliente, niña —de pronto Ann chasqueó la lengua—. Se me olvidan los modales, mi señora. Y es que nunca ha habido una señora en el castillo. No desde que la madre de Duncan murió.

Megan apretó los labios para que no se le escapara la risa al ver la consternación de la mujer.

—No se preocupe, llámeme como quiera, me gustará de cualquier forma.

La mujer se relajó.

¿No era extraño que se sintiera más en casa que el lugar donde había vivido toda su vida? Respiró hondo. Le gustaría su nueva vida.

—Como le decía, le prepararemos el baño —Ann vaciló antes de marcharse—. Esta… será su alcoba y la del *laird.*.. es la contigua.

Megan se volvió sorprendida y parpadeó al tiempo que preguntaba.

—¿No compartiremos…? —carraspeó—. Creo que se espera que la compartamos.

Sí.

Seguro.

Seguro que sí. Se puso cada vez más nerviosa.

—Es solo para que pueda descansar mejor —vaciló Ann—. P uede acceder a ella por esta puerta.

Era inaudito que el castillo tuviera dos habitaciones contiguas en la torre, quizás porque las torretas no eran tan extensas de diámetro. Pero el castillo McLeod… era una gran mole con espacio suficiente para albergar al clan entero en sus entrañas.

Megan asintió, intentó no preocuparse por ello. Ya lo hablaría con Duncan. Seguro que él

no querría dormir solo ¿no? O, mejor dicho, no la dejaría sola en su primera noche, ¿verdad?

Intentando alejar sus miedos, solo dijo:

—Es muy bonita.

Megan se acercó a la cama con dosel y acarició los pesados cortinajes, quizás sí que haría mucho frio en aquella habitación durante el invierno, pero la pesada tela detendría las corrientes de aire. Se preguntó si la alcoba de su esposo sería igual.

—Descanse un poco —continuó la señora McGuillis—, habrá sido un largo viaje. Ahora debo ausentarme, pues de seguro el *laird* espera un banquete para esta noche. En los arcones hay vestidos preciosos que se guardaron hace tiempo, quizás pueda enviarle a alguna de las chicas para que se los arregle. —Antes de darse la vuelta la miró de arriba abajo, acariciándose el mentón con el dedo índice y el pulgar—. Pero creo que le quedarán como un guante. Sea como sea… descanse.

—Gracias, señora…

—Se lo ruego, llámeme Ann, señora.

—Está bien, Ann. Pero tu deberás llamarme Megan.

La mujer asintió satisfecha.

Cuando se hubo marchado, Megan suspiró.

Observó mejor la habitación, y no pudo obviar las riquezas de la estancia, aunque en gran parte era austera. La chimenea iluminaba las paredes de piedra vista. Se sentó al borde de la cama, los mullidos almohadones cubrían la preciosa colcha. Acarició la tela y sonrió, esperanzada. Ese sería su hogar a partir de ahora.

Se puso en pie y caminó hacia uno de los arcones, para ver que vestidos contenía. Como no podía ser de otra manera, eran maravillosos. Se sorprendió por lo vivo de sus colores. Acarició las mangas sin poder dejar de sonreír como una boba. Hasta que escuchó un ruido y se dio la vuelta de súbito.

Abrió mucho los ojos al encontrarse un sapo sobre los almohadones de la hermosa cama.

—Pero… ¿cómo has llegado hasta aquí? —le dijo como si de un niño travieso se tratara.

De nuevo, el croar del animalillo la hizo reír.

Se acercó para admirarlo de cerca. Parpadeó, confusa, al ver al viscoso animal saltar de un lado hacia otro de la cama. Era imposible que hubiera entrado por la ventana, y subir a la torre sin ayuda… No. Alguien lo había dejado allí.

Del arcón sacó un paño de lino y al volver hacia la cama lo echó por encima del animal. Sabía por experiencia de jugar con ellos que, si los tocaba, podría salirle una erupción en la piel y Megan no quería volver a pasar por eso.

—Pero que conste que eres guapísimo, sapito —le dijo entre risas admirando el color verdoso y negro de la cabeza, que era lo único que asomaba entre el paño.

—Buenos días, señor… ¡Aaah!

La doncella que entró no estaba preparada para verla hablar con un sapo, o al menos mirarlo con cariño. De hecho, por su cara de espanto, era más que probable que no quisiera ver un sapo en su vida.

—Lo lamento —Megan se apresuró a tomar un pequeño cofre del arcón y metió el sapo dentro, antes de que la muchacha se desmayara—. Yo… perdón. ¿Cuál es tu nombre?

La muchacha tenía ambas manos apretadas contra el pecho y miraba el cofre como si hubiera un demonio dentro.

—Yo… soy, soy Elsie, señora.

Megan asintió, acercándosele despacio. Alzó una mano para tomar la suya y demostrarle que no tenía nada que temer.

—Muy bien Elsie, ¿podrías hacerle un favor al pobre sapo?

Elsie abrió mucho los ojos.

—¿Disculpe? —negó con la cabeza—. No, señora. No me haga cogerlo. La señorita Ayla siempre está gastando bromas, y ya le advertí que sufriría un desvanecimiento si… ¡Ah!

La tapa del cofre se movió, aterrorizando de nuevo a la muchacha.

—Está… bien —dijo Megan.

No sabía que los sapos asustaran tanto a las doncellas, ni tampoco sabía quién era Ayla,

quien al parecer era la señora de esa criatura.

—Llamaré… lla… llamaré a Jana —dijo Elsie—. Ella no le tiene miedo a los bichos de la señorita.

¿Los bichos? ¿En plural?

Megan estaba deseando conocer a Ayla, pero después de unos minutos de gritos y jadeos que llegaron de la escalera, Jana apareció.

—Disculpe, señora —chasqueó la lengua, mucho más resuelta que su compañera que la miraba desde el dintel de la puerta—. Yo me encargo.

—No le haga daño —se apresuró a decir Megan.

—No lo haré —la tranquilizó la mujer—, descuide.

—Solo quiero que lo saque de aquí. No creo que esté muy cómodo. —Elsie la miró como si le hubieran salido dos cabezas, mientras Megan continuaba hablando con Jana—. Verá, ha aparecido en mi cama.

—Puedo hacerme una idea —respondió Jana, como si no fuera la primera vez que ocurría.

—Está en este cofre —Megan se lo tendió—. Solo tiene que liberarlo donde la gente no pueda pisarlo. Sin hacerle daño alguno.

Elsie soltó un jadeo. Jana a su voz se rio.

—Descuide, señora.

Elsie las miraba con el rostro reflejando una total incredulidad.

—No me lo puedo creer.

Jana ignoró el comentario de su compañera, pero la miró al tiempo que se encaminaba hacia las escaleras.

—Elsie le arreglará los vestidos que desee, señora. Yo estoy a su servicio para todo lo demás.

Cuando salió, dejándola a solas con la asustadiza muchacha, Megan suspiró aliviada con una única pregunta en mente.

—¿Elsie?

—Sí, mi señora.

—¿Quién es Ayla?

***

Duncan había vuelto, después de tanto tiempo y ni siquiera había preguntado por ella.

Ayla se enfurruñó en lo alto de la escalera que daba a las almenas. Sentada sobre el frío escalón de piedra se abrazó las rodillas.

Lo había echado terriblemente de menos, pero ahora que lo había visto en el patio, besando a su esposa… ¡Puaj! Se dijo que había sido una tonta. Duncan McLeod no había perdido el tiempo echándola de menos, y ahora que tenía a su nueva señora, la ignoraría.

Estiró las piernas y con los talones de sus resistentes botas golpeó el canto del escalón de piedra.

Pero quizás… si hacía que se fuera.

Ella era muy buena asustando a la gente.

Un buen susto y… ¡fuera!

—Adiós, señora McLeod —se rio de sus maldades.

Como un resorte se puso en pie. Ya habría encontrado a su Felipe. Seguro que se habría dado un susto de muerte.

Bajó los peldaños de la torre con sigilo y espió a Elsie. Ella sí que empezó a gritar. Pobre, era más tonta que un zapato. ¿Por qué tenía miedo de sus mascotas? Los sapos eran encantadores, los ratones de campo… bueno, Ann le había dicho que ni hablar de meterlos en casa, y después estaba Freya, su querida culebra. Debería darle de comer, pero antes…

Se asomó un poco más y vio a su nueva señora hablándole a Jana. Ella al menos entendía

su pasión por los animales indefensos, menos por perro salvaje. Como no era indefenso, Jana no lo quería. Qué tontería. Lobo no tenía la culpa de ser tan grande y fiero, y sobre todo de saber espabilarse en el entorno que le había tocado vivir.

—Lobo… —susurró Ayla—. Quizás él si que le daría un buen susto de muerte.

Para cuando Jana salió de su habitación con el pobre Felipe metido en un cofre, Ayla ya había decidido que se las apañaría para echar a su nueva cuñada y así, recuperar toda la atención de su hermano mayor.

Capítulo 18



Elsie, a pesar de ser una muchacha bastante asustadiza, había sido una fuente inagotable de información. Por lo que decía, entendió como había sido la infancia de Duncan, como la guerra, que ellos creían lejana había tocado a su puerta. El honor les obligaba a acudir a la batalla. Los enemigos de Escocia habían matado a uno de sus primos en la isla de Sky, isla donde también, de eso acababa de enterarse, tenían propiedades, de ahí que fuera tan amigo con Lachlam. Aunque no siempre había sido así, y probablemente no siempre lo sería, puesto que McLeod y McDonald parecían tener una animadversión mutua, a excepción, claro estaba, en las personas de sus propios lairds.

Descubrió también, que no solo Duncan y Lachlam eran grandes amigos, sino que su cuñada, que tenía quince primaveras, era una gran admiradora del laird McDonald.

—Dice que le ama y que se casará con él, pobre chiquilla —se rio Elsie—. Todo el mundo sabe que Lachlam la ve como lo que es, una niña y la hermana del señor.

—¿Cuándo se conocieron?

—La familia tiene tierras en Sky, de hecho, una gran porción de tierras. El abuelo del señor insistía en residir allí. Decía que de lo contrario los McDonald les arrebatarían lo que era suyo.

—¿Pero Lachlam y Duncan…? —le preguntó Megan, algo confusa—. Ellos se llevan bien ¿verdad?

—Muy bien. —Elsie sonrió soñadora—. Es muy frecuente que Lachlam visite el castillo. O lo era… antes de que el rey David…

Su voz fue perdiendo fuerza y Megan asintió. Estaba bien dejar de hablar, cualquier cosa

que se dijera en contra del rey David, podría considerarse traición.

Se quedaron en silencio mientras Elsie terminaba de arreglar su cabellera rojiza, demasiado rebelde como para que ella misma se hubiera esforzado en hacerlo. Megan se pellizcó las mejillas para darles algo de color y tomó aire, insegura. Volvió a suspirar, pensando que no era necesario hacer tal cosa, puesto que sus pómulos y su nariz estaban salpicadas de pecas.

No se consideraba muy atractiva, pero… al parecer su esposo sí. Ahora sí que no hubiera hecho falta pellizcarse, ya que pensar en él le dio un tono rubicundo que de otra manera no hubiera conseguido.

—Creo que ya está, mi señora —Elsie juntó las manos, como si recitara una oración. Sus ojos brillaron cuando la observó de arriba abajo—. El señor caerá rendido a sus pies cuando la vea.

Megan se llevó una mano a la cabeza. Dudaba que eso sucediera, pero… creía que Duncan la encontraría atractiva, algo que no entendía muy bien como era posible.

Se puso en pie para verse mejor con el vestido puesto. Había escogido de entre los del baúl, uno de color verde. El verde siempre le había gustado, para ella simbolizaba la naturaleza, era su color preferido, aunque siempre había lucido marrón en su casa. Acarició la tela y pensó que en verdad Jana había hecho muy buen trabajo.

Unos golpes la sacaron de sus pensamientos.

—Adelante.

Ann entró con el rostro compungido, pero al verla, su rostro se iluminó.

—Estás preciosa, niña.

Megan parpadeó, sorprendida.

—Temía que… —enseguida se corrigió—. No importa. Los vestidos son preciosos, gracias Ann.

—Quería informar de que la cena está a punto de servirse, pero antes deseo disculparme por lo del sapo.

Elsie dio un respingo al pensar en la criatura.

—Lo lamento —dijo por no poder contenerse—, si me disculpa, señora.

Se retiró de la habitación dejándolas a solas.

—Veo que no le gustan los sapos —se rio Megan.

Ann parpadeó contrariada.

—¿Y a usted sí?

—Son criaturas de Dios —se aventuró a decir. Pero realmente lo que pensaba era que los sapos, eran criaturas fascinantes. Vivir dentro y fuera del agua, ¡Menuda vida! —. De todas formas no tiene por qué disculparse, no creo que lo haya puesto usted ahí.

Ann suspiró, como si en verdad no hubiera sido ella, pero supiera perfectamente quien había sido.

—No es mi intención acusar a nadie, pero… esa travesura tiene una firma indiscutible.

Megan alzó una ceja.

—¿Y esa es?

—Ayla —la mujer sonrió al decir su nombre—. Una jovencita muy traviesa. La hermana de su esposo, pronto la conocerá.

Megan estaba impaciente.

—No se tome a mal sus travesuras.

—No lo haré —dijo como si en lugar de molestarla, le hubiera hecho feliz.

—Y ahora acompáñeme, la llevaré al comedor.

Megan se sintió ignorada por Duncan hasta la hora de la cena, y ahora sentada a su lado, la verdad es que no se sentía mucho mejor. Pero entendía que tuviera tanto que escuchar sobre como había funcionado su propiedad en su ausencia, los nacimientos y muertes, los cambios en la fortaleza…

Megan escuchaba retazos de conversaciones, aquí y allá, y pudo hacerse una idea general de como funcionaba todo, quien se llevaba bien con quien, y quienes se llevaba muy mal.

Durante la cena, Megan se quedó muy pensativa. Permanecía sentada, junto a su esposo,

jugueteando con la comida que le quedaba en el plato. Se sentía algo cohibida, no quería empezar con mal pie. Aquella sería su gente y deseaba caerles bien, desde luego no deseaba vivir otro infierno, como el vivido con sus hermanos en casa de su padre.

La mesa de madera se extendía a lo ancho de la tarima, bajo esta a un peldaño de distancia, había espacio suficiente como para que un juglar pudiera tocar y cantar, no obstante, no había nadie, solo un espacio vacío mientras dos largas mesas se extendían a lo largo del salón. El brasero seguía encendido justo en el centro y el humo se iba escapando por el agujero que había en el alto techo de madera. Sin duda le gustaba su nuevo hogar.

Miró a los hombres de su esposo, los McLeod, guerreros curtidos en mil batallas, algunos con terribles cicatrices, otros con largas barbas y todos con musculosos cuerpos esculpidos por el trabajo duro.

Contuvo el aliento. Que bien no ser su enemiga. A Megan le resultaban aterradores, en un principio, pero también le sorprendió el hecho de que fuesen mucho más espontáneos y felices que los hombres del conde de Harris, al menos entre ellos. A ella no le dirigieron la palabra, quizás esperando ver como se comportaba. Al fin y al cabo, no era más que una forastera recién llegada.

Varias doncellas correteaban del comedor a la cocina sirviendo y atendiendo a los hombres, trayendo platos llenos para llevárselos vacíos. La copera se esforzaba por tener siempre llenas las jarras de vino e hidromiel.

¿Escoceses? Más bien le parecieron vikingos. No podía olvidar que los hombres de las islas, la mayoría con sus cabellos rubios y pelirrojos eran más vikingos que escoceses. Hombres rudos del mar, muy diferente a los que Megan había conocido. Sospechaba que su autonomía en aquellas tierras remotas era mucha y que la obligación de obedecer al rey David, no había sido nada fácil de asimilar.

Miró a Duncan, su esposo hablando con el padre Rob, sentado a su izquierda. Pero no vio por ninguna parte a Ayla. ¿No debería estar la hermana de Duncan sentada a la mesa? Se inclinó para ver quien más ocupaba la mesa presidencial, todos eran hombres, a excepción de una

hermosa mujer de mediana edad, con largos cabellos rubios. Esta, en el otro extremo de la mesa, inclinó la cabeza a modo de saludo y ella le correspondió con una sonrisa.

Al volver a poner el respaldo en la silla, Megan se preguntó por qué la joven no se había presentado, ya que había tenido la cortesía de dejarle un sapo en la cama.

Miró de nuevo a Duncan ¿Por qué su esposo no le había hablado nunca de ella?

Como si hubiera captado su mirada en la nuca, volvió la cabeza hacia ella. La miró entrecerrando los ojos.

—Come —le ordenó su esposo.

Ella se sobresaltó por la orden y parpadeó confusa cuando le puso un trozo enorme de pastel de manzana.

—Pero…

—No has probado bocado.

—Pero si he comido mucho.

Y en verdad había comido más de lo habitual. Sabía lo mucho que se había esforzado la cocinera para el banquete de esa noche, ya que ella misma tenía experiencia preparando esos platos. No iba a decepcionar a las mujeres despreciando su comida.

—Tu plato sigue lleno, esposa.

Megan lo miró de nuevo, esta vez desconcertada por el tono cálido al llamarla “esposa”. Se tragó un suspiro, pero enseguida le respondió.

—Eso es porque no paras de poner comida en él.

Duncan la miró huraño, pero no insistió. Si ponía tanta comida en su plato, era porque Megan estaba muy delgada. Tenía miedo de que enfermara. Era inevitable pensar que se preocupaba por ella. Sí, de algún modo, Duncan se preocupaba por Megan. Quería que estuviese fuerte y bien. Los inviernos no eran suaves en aquellas tierras, y la preocupación de que enfermara era real.

Megan volvió a mirar su plato. Clavó la vista en el trozo de pastel de manzana.

—Podría comer un poquito más.

Él asintió complacido, después giró su rostro hacia el padre Rob y se dispuso a ignorarla.

Se obligó a comer un poco más, solo para satisfacerle. No es que ella comiera poco, es que los guerreros McLeod eran enormes y su apetito voraz. Los miró de reojo, y seguían engullendo el cordero. A penas había cruzado algunas palabras con ellos durante el camino, pero al ver la mirada de la señora sobre sí, se esforzaron por ofrecerle un seco movimiento de cabeza de reconocimiento.

¿Estarían molestos por haber tenido que ir al sur de Escocia a buscar a su señora, o demasiado hambrientos para hacer cualquier otra cosa que no fuese comer?

Cuando captó un movimiento por el rabillo del ojo, se volvió hacia Duncan, que había vuelto a centrar su atención en ella. La había observado tomar un trocito de pastel, y dejar el resto. Como si se hubiera dado por vencido con ella, suspiró, pero acto seguido le ofreció su copa llena de vino.

—Bebe —ordenó.

¿Ahora además de comer, también debía beber?

Megan vaciló al tomar la copa de la mano de Duncan, pero puso los labios en el borde y bebió, sintiéndose observada.

El hidromiel estaba delicioso y parpadeó sorprendida.

—Gracias —dijo, dejando la copa sobre la mesa con una enorme sonrisa.

Por un instante su esposo se la devolvió, pero fue un momento tan fugaz que le pareció que lo había imaginado. Al final, un gruñido de su esposo fue la única respuesta que recibió por su agradecimiento.

Durante el resto de la cena ninguno de los dos habló entre ellos, pero sí que Duncan siguió poniéndose al día con sus hombres de muchos de los aspectos que atañían al clan. En el este, había habido algunas incursiones para robar ganado.

—Nada grave, mi señor —dijo Eodan, un hombre con una gran cicatriz que le cruzaba la mejilla—. Cesaron nada más se enteraron de que los McDonald volvíamos a tener el favor del rey David.

—Un usurpador —dijo otro.

Megan notó como el ambiente se enrarecía. Al parecer había McLeod que seguían sin aceptar al rey David como su señor, y ella no era estúpida, eso podría acarrarles muchos problemas.

—No debemos ser idiotas —dijo Duncan en un tono sorprendentemente calmo—. Hay que saber aceptar la derrota. Yo tuve que hacerlo. —Miró al hombre que había hablado con fijeza—. Que vuestras bocas no provoquen que mi sacrificio haya sido en vano.

Megan contuvo la respiración, pero el hombre, ya mayor, no se tomó a mal las palabras de su señor, sino que asintió. Podía entender a qué se refería. Duncan había sido arrancado de esas tierras y obligado a prestar servicio en el norte de Escocia, era eso o que David arrasara su hogar. Ahora las aguas habían vuelto a su cauce. David ya no se preocupaba por la guerra, sino que intentaba construir un nuevo reino sobre la paz y la religión. Los burgos que estaba fundando en toda Escocia hablaban de esa nueva etapa. Una etapa de paz, rezó Megan.

—Ahora, superada la guerra —dijo otro anciano—, debemos ocuparnos de los problemas de casa.

—¿Los Boyd?

Duncan gruñó ante la pregunta del padre Rob.

—Creía que los Boyd serían aliados de los McLeod después de jurar lealtad al rey —se atrevió a decir, y acto seguido se arrepintió por haber intervenido, pues todos se la quedaron mirando, en silencio.

La negra mirada de su esposo cayó como un peso muerto sobre ella, que se apresuró a agachar la cabeza y apartar la mirada, como si la hubiera reprendido.

—Lo siento —musitó.

—No —se apresuró a decir Duncan—. No te disculpes.

Se reclinó contra el respaldo de la silla y sus labios se apretaron, como si quisieran encontrar las palabras.

—Los McLeod y los Boyd… —dudó—, debemos aprender a tolerarnos mutuamente.

Fuimos aliados, casi una misma familia, hace años. Ahora… el Boyd quiere algo que no le puedo dar.

Megan no preguntó que era, pero todos los presentes sabían que lo que querían era la alianza mediante matrimonio para así poder tener ciertos privilegios sobre sus tierras.

—¿Seguro no puedes dárselo? —preguntó con inocencia.

Duncan demoró su mirada por sobre el rostro de su esposa, su hermoso cabello que sabía que era tan suave al tacto brillaba reflectado por las llamas del hogar central. Carraspeó antes de negar.

—No, no puedo.

Ella asintió.

—¿Y crees que volverán a hacer alguna incursión para robar ganado?

Iba a decir que no lo creía, ahora que él estaba allí era evidente que la incursión había sido una especie de recordatorio de lo que podía pasar si los clanes se enemistaban. El robo de cabezas de ganado no era una práctica inusual y en ese caso, no fue más que la venganza del señor de Boyd por haberla desposado a ella y no a su hija. De todas formas, el rey había sido el responsable de su boda. Una orden directa que él no iba a desobedecer.

El padre Rob lo miró como si supiera exactamente qué estaba pensando su laird. Era cierto que se había desposado con la hija del conde de Harris por orden del rey, pero no sería el primer hombre que repudiara a su esposa para poder conseguir un matrimonio más ventajoso. Al fin y al cabo, no tenían hijos. Podría deshacerse de ella y casarse tal y como quería Boyd.

Si lo que Duncan sospechaba, y los Boys habían enviado sobornos al sur, ya fueran para el padre de Megan o para el rey, tendrían un problema que difícilmente podrían esquivar sin un enfrentamiento. De momento esperaría, pero si algo tenía claro Duncan, es que no pensaba desprenderse de su esposa.

La miró de reojo y sintió que su corazón palpitaba más fuerte, más rápido.

Carraspeó, revolviéndose en la silla.

—Prefiero dejar esa conversación para otro momento —dijo inclinándose hacia su

esposa. Luego se centró de nuevo en sus hombres—. Mejor habladme de las cabezas de ganado que tenemos actualmente.

Megan dedujo que no quería hablar de aquel tema, solo porque ella estaba presente. Y como no le interesaban las vacas y ovejas que los McLeod pudieran tener, desconectó de la conversación.

Al agachar la cabeza, se dio cuenta de que su plato estaba vacío.

—¿Qué?

Ninguno de los presentes fue consciente que Ayla, bajo la mesa del gran banquete había estado hurtando comida, nadie a excepción de su hermano que la había castigado echándola del salón antes de empezar el banquete.

De un solo bocado, Ayla había devorado la tarta de manzana que la esposa de su hermano parecía haber despreciado.

Esa remilgada, pensó masticando con la boca abierta.

Su hermano se había puesto furioso cuando ella le exigió una explicación de por qué se había casado y por qué había llevado a una extraña allí.

Había pasado tanto tiempo fuera que Ayla había decidido que todo volvería a ser como antes. Su hermano la llevaría a pescar, a surcar en barca los canales de la isla y podrían bordearla en el mar hasta llegar a las hermosas calas secretas, montarían a caballo… ¡Pero no! Ahora resultaba que se había casado y tendría que compartir su tiempo con ella.

No pensaba aceptarlo.

Hizo un gesto de desagrado que nadie pudo ver.

Al rato descruzó las piernas y gateó bajo la mesa hacia uno de los extremos, cuando sacó la cabeza bajo el mantel, la mirada azul de su madre la contemplaba.

—Ayla… —dijo con reproche.

La beldad rubia se agachó y sus largos mechones rozaron el rostro de su hija.

—Dame un trozo de pollo.

—Siéntate en la mesa si quieres comer.

Pero obstinada como era, Ayla volvió a cubrirse con el mantel de la mesa y a gatas salió por el otro lado, para escapar del lugar.

—No pienso aceptar a esa mujer —dijo subiendo las escaleras de la torre con los puños apretados.

Capítulo 19



Megan estaba sentada en su cama, ya con el camisón puesto y abrazándose las rodillas, cuando entró su esposo en la alcoba, por la puerta contigua.

Alzó una ceja sorprendida. Lo había dejado tan cómodamente hablando con sus hombres que hubiera jurado que se había olvidado completamente de ella. Admitiría que cuando Ann le informó que tenían habitaciones separadas, se preguntó si esa no era una manera de Duncan de deshacerse de ella.

Sonrió abiertamente y su esposo hizo un gesto con la cabeza, como si estuviera cohibido por el cálido recibimiento.

—Has venido.

Él parpadeó algo confuso.

—¿No debía hacerlo?

Ella se puso en pie a los pies de la cama.

—Por supuesto, pero al tener tu propia habitación, pensé que no querrías compartir la cama conmigo.

Duncan no habló en un largo rato, instaurando un silencio prolongado mientras los dos se lanzaban miradas cargadas de significado.

Él permaneció de pie frente a ella, con el kilt colgando a un lado sobre su torso desnudo. Megan se fijó en la aguja que lo sujetaba, era nueva, llevaba dos gemas de un verde brillante, seguramente una joya familiar que había recuperado su uso al volver a casa. Sonrió tímidamente mientras era observada al detalle por Duncan.

Al dar un paso al frente, ella percibió su aroma, sin duda se había aseado y no olía a vino

o licor. Su marido había acudido a ella bien lúcido.

Alzó el rostro para dedicarle una sonrisa. Aunque esta le salió triste, y Duncan frunció el ceño en el acto.

—¿Qué ocurre?

—No es nada.

Él alzó una ceja.

—¿Estás nerviosa? —preguntó algo incrédulo.

—Bueno… es mi primera noche en el castillo.

Eso debía significar algo para ella, aunque no demasiado para Duncan que se acercó aún más a ella. En ese momento Megan se dio cuenta de que llevaba una botella en la mano y se la tendió.

—¿Hidromiel?

—Whisky —sonrió por primera vez desde que había entrado.

—Eso sin duda calmará mis nervios —se puso a reír.

Al tomar la botella entre sus manos se dio cuenta que estaba medio vacía, igualmente le dio un largo trago. Tosió al apartar sus labios y se los lamió. La mirada de Duncan quedó en ese punto exacto donde su lengua acariciaba la rosada carne.

Para no asustarla, devorando sus labios, tomó la botella y fue él quien echó un nuevo trago.

Se quedaron los dos sentados a los pies de la cama, viendo chisporrotear la chimenea.

—Es un lugar acogedor.

Él soltó un gruñido que la hizo reír.

—¿Acogedor?

—Supongo —dijo Megan doblando una rodilla sobre la cama—, que un guerrero prefiere que su santuario sea lúgubre y frío.

—Mmmm… —él pareció pensarlo—. Prefiero que desde fuera diga: soy inexpugnable.

—Sin duda lo dice —aseguró ella recordando las grandes murallas—. Pero por dentro…

me gustaría que dijera que tiene corazón.

Él dejó la botella en el suelo sin dejar de mirarla.

Suponía que no estaban hablando ya de la fortaleza McLeod.

—Creo que tiene más corazón que el que creía —dijo Duncan acercándose a sus labios.

Se sintió satisfecho de que ella no se apartara.

Cuando sus labios se tocaron, ella suspiró contra él. Duncan intentó contenerse, ardía en deseos de tumbarla sobre la cama y meterse entre sus piernas. Sabía lo bien que uno se sentía allí y estaba deseando volver a tomarla. Sin embargo, cuando su pulso empezó a acelerarse y la lengua pujó por entrar en su interior, Megan se apartó poniéndole ambas manos en el torso.

—Sé lo de la hija de Boyd.

—¿Qué?

Duncan se apartó. Su figura quedó recortada contra la luz del fuego.

En seguida Megan se sintió cohibida, era tan grande y fuerte. Además… ¿qué importaba que él pensara en repudiarla o no? Si tomaba una decisión, ella no podría hacer absolutamente nada.

—Lo siento, no debí decirlo así.

Agachó la cabeza, mientras Duncan seguía observándola. A los pocos segundos le dio la espalda y apoyó las manos sobre la repisa de la chimenea de piedra. Ocultó bien su cara de indignación. Su esposa se había enterado. ¿Cómo? ¿Acaso alguien del castillo ya había hablado con ella? Apretó los puños, no soportaba las habladurías, y ahora que estaba casado con Megan, que alguien insinuara que podía repudiarla y casarse con otra, solo se habría hecho para lastimarla.

—¿Quién te lo ha dicho?

—No importa —No quiso decirle que fue él mismo cuando hablaba con Lachlam.

Pero a él le importaba.

Duncan apretó la mandíbula.

—¿Qué sabes realmente? —preguntó, dándose la vuelta para mirarla a los ojos.

Hubo un momento de silencio que a punto estuvo de desquiciarlo.

—Sé que te casaste conmigo por orden del rey.

—Todo el mundo sabe eso. —Molesto, Duncan recuperó la botella a los pies de la cama y dio un trago.

Ahora estaba más cerca de ella, mirándola desde lo alto y Megan, por instinto puso ambas manos a su espalda para arrastrar su trasero al sentarse en la cama y tomar distancia.

—Bueno… Lo que quiero decir es que, —vaciló peinándose los cabellos con los dedos y evitando mirarle a la cara—, según parece, ya había una especie de compromiso entre tú y Brianna de Boyd.

¡Maldición! No era oficial, nunca lo fue, ¿cómo se habría enterado ella?

—Rumores —zanjó, para salir del paso.

Lo que decía era cierto, pero no quería que se preocupara por ello.

—¿Rumores? —parpadeó sin comprender— ¿Acaso no es cierto?

—Megan —se mesó los cabellos a punto de perder la paciencia. Respiró hondo para tranquilizarse— ¿Qué es lo que te inquieta realmente?

Ahora sí que ella alzó la mirada.

—¿A mí? —tragó saliva—. Yo…

La observó, parecía mucho más joven de lo que era en realidad. Una niña asustada, con los pies colgado de la cama. Se le encogieron los dedos de los pies al ver que él la estaba mirando. No era para menos, su camisola dejaba muy poco a la imaginación, se adhería a su piel como un guante.

—Megan —la animó a responder.

La voz de Duncan le provocaba sensaciones extrañas en su cuerpo. No debería estar tan dispuesta para él, porque lo estaba, pensaba en esos labios recorriendo su piel, cuando en realidad deberían estar pensando en cosas mucho más serias, como que él podría repudiarla, o que su clan podía entrar en una guerra con sus vecinos de no hacerlo.

Se mordió el labio inferior, al posar la mirada en su torso apenas cubierto por una banda

de su kilt.

—Yo… no te culparía si quisieras repudiarme para casarte con ella.

Los ojos de Duncan se cerraron.

No podía creer que le estuviera diciendo aquellas palabras.

—¿De veras? —la decepción hizo mella en él—. ¿Tan poco significa para ti una promesa ante Dios?

Ella alzó la cabeza, mirándolo con los ojos muy abiertos, asustada por que él pudiera considerarla una hereje.

—No es así. Por supuesto que me importa.

Se acercó un paso más hacia la cama y se inclinó sobre ella. Duncan posó ambas manos sobre el cobertor, una a cada lado de sus caderas. Sus rostros estaban tan cerca que podían notar el calor del otro.

—Entiendo —dijo él enigmático. No parecía enfadado, pero tampoco feliz—. Valoras tu palabra, pero… crees que la mía no tiene valor.

Ella lo miró a los ojos y asustada respondió:

—No es eso, por supuesto que la tiene. Es que yo…

—¿Tú qué? —la apremió, para que respondiera.

El corazón de Megan latía desbocado, no sabía muy bien si por el miedo o la pena que le provocó la desconfianza de Duncan. Por supuesto que creía que él era un hombre de palabra y de honor, pero… ¿por qué no librarse de alguien como ella para evitar un enfrentamiento con los Boys? Al fin y al cabo ¿no sería algo noble, renunciar a una esposa impuesta para salvar su propio clan?

Lo enfrentó resuelta.

—Soy insignificante —dijo Megan y por poco se le quiebra la voz antes de terminar de decir todo lo que quería—. Soy la hija de un noble afín al rey que odias —apretó los labios con un quejido sabiendo que aquellas palabras podían llevar a Duncan a ser acusado de traición—. Lo siento. Lo que quiero decir es que… nunca quisiste que fuera tu esposa. —Se encogió de

hombros al ver que él no reaccionaba—. Tampoco soy bonita como mi hermana Phiona… ni tengo ninguna habilidad que me haga deseable. No sé cantar, ni…

Él levantó una mano para que dejara de hablar.

—Suficiente — Le respondió sin apartarse de ella.

Cerró los ojos ante semejante estupidez e intentó no mostrarse furioso con ella.

Lo había entendido todo mal. ¿Cómo era posible?

¿Que no era bonita? ¿Que no tenía cualidades…?

—Brianna … ella y yo simplemente no estábamos destinados. El rey ordenó otra cosa, y me casé contigo. No vuelvas a pensar que nuestro matrimonio puede deshacerse porque no es así.

—Pero…

—No puede —encerró el rostro de Megan entre sus manos y la acercó aún más a su boca —. No se puede.

No iba a decirle el motivo. Y ese no era otro de que él no iba a permitirlo. Aunque el mismísimo Papa lo ordenada, Megan era suya y no la dejaría escapar.

Duncan no iba a consentir que nadie la apartara de su lado. ¡No lo permitiría!

La besó ahogando el jadeo que iba a escaparse de los labios carnosos de ella. Su sabor… era simplemente una delicia. El contacto de sus bocas sirvió para recordarle como un hombre podía perder la cabeza por una mujer.

Se inclinó un poco más haciendo que ella se inclinara sobre la cama. Su espalda tocó el colchón de lana y jadeó cuando sintió la presión del cuerpo de Duncan sobre sí.

—Yo…

—Debes dejar de hablar —dijo él volviendo a asaltar su boca.

Sí, lo haría. Pero por la simple razón que sus pensamientos se escapaban como lo haría la arena entre sus manos. No podía pensar, solo sentir la dulzura de su boca y la dureza de ese cuerpo apretándose en suaves oleadas contra ella.

—¡Dioses! —gruñó Duncan apartándose.

Se puso en pie y sus manos se dirigieron a la joya que usaba de broche. El kilt cayó al suelo en una montaña de suave tela.

Era un hombre increíble, a la luz del fuego su piel bronceada parecía aún más dura, como hierro calentándose bajo una llama.

—¿Te gusta lo que ves?

Megan asintió, tragando saliva.

Duncan estuvo a punto de sonreír, ¿cómo podía complacerlo tanto ese brillo de deseo en su mirada? No sabía cómo, pero definitivamente tenía ese efecto con él. Desde que había estado con ella, no deseaba yacer con otra mujer.

Gruñó acercándose un paso.

¿Sería tan evidente el deseo de él por ella?

Sí, probablemente.

Era más que evidente para él mismo que estaba desarrollando sentimientos por Megan. Y lo que era aún peor, se lo había demostrado todas y cada una de las noches que habían pasado juntos.

Soy insignificante. Las palabras de Megan resonaron en la cabeza de Duncan. Cerró los ojos y apretó los puños. ¿Cómo era posible que no se diera cuenta de lo perfecta que era?

La tomó del brazo, sobresaltándola. Hizo que se levantara de la cama y fue delicioso ver como sus mejillas se sonrojaban.

Megan miró al frente y se quedó observando su musculoso pecho. Tragó saliva y se humedeció los labios.

—Olvídate de Brianna y de la gente estúpida, que esparce rumores estúpidos, que no quiero que escuches.

Megan levantó la mirada poco a poco y asintió, aun con cierta duda.

—Está bien.

Pero él seguía con el ceño fruncido.

—No quiero que le des la más mínima importancia a algo que no la tiene.

Estaba molesto.

—De acuerdo…

¿Qué más podía decir? Megan pensó que no había nada más que hablar. Si su esposo decía eso… Tendría que confiar en él. Aunque la experiencia le había demostrado que no podía confiar en las personas. Su propia familia la había traicionado desde que nació, ignorándola o burlándose de ella una y otra vez. Sí, le costaba confiar, pues lo único que había recibido de aquellos que debieron protegerla y consolarla, fue maltrato o ignorancia.

Asintió con determinación.

Sí, lo haría esta vez.

Duncan no le había mentido nunca, ni la había dañado. ¿Por qué lo haría ahora?

Tragó saliva y miró hacia el suelo nuevamente, pero pronto notó la mano de su esposo, acariciando su barbilla y obligándola a mirarle. Esta vez ese gesto no fue duro, como tantas otras veces, sino una sutil invitación a encontrarse con sus negros ojos, que la miraron con deseo y sensualidad.

—Eres mi esposa —susurró—, la señora McLeod. Jamás lo olvides, porque lo serás hasta el fin de tus días.

No podía expresar con palabras el calor que sintió en su pecho, así que se limitó a asentir mientras notaba como las lágrimas acudían a sus ojos. Aquella declaración era un bálsamo para ella. Jamás pensó que esas palabras la tranquilizarían tanto y es que sonaban a promesa. Él no la abandonaría.

Le dedicó una sonrisa tímida mientras se mordía de nuevo el labio inferior.

—Gracias.

Duncan se inclinó y con el aliento rozó sus pestañas.

—Mmmm… —gruñó, provocador—. Eres mi esposa… —*Mi ángel*, quiso añadir, pero no se atrevió. Aún no.

Ella cerró los ojos y sonrió más que complacida. Esperó impaciente el beso que no tardó en llegar. Como siempre, sus labios fueron posesivos, dominantes. La marcaba como propia y

ella no podía quejarse, porque le gustaba su contacto.

Sus pestañas se agitaron aturdida cuando él cesó en ese beso.

—Duncan…

Al abrir los ojos, él la observaba.

Con la mirada era evidente que deseaba decirle algo, pero no lo hizo. Simplemente dio un paso hacia ella. Ambos cuerpos chocaron cuando ella no retrocedió con suficiente rapidez. Nerviosa puso ambas palmas sobre su pecho y la sonrisa de Duncan se hizo más pronunciada.

La tomó de la cintura para que no se apartara y la inclinó sobre la cama, cayendo suavemente con ella. La cubrió con su cuerpo, sabiendo qué iba a suceder a continuación.

No dijo nada, pero Duncan se dio cuenta de que lo deseaba.

Megan estaba pensando lo mismo. Lo deseaba. Y no era la primera vez que lo hacía.

El deseo hacia su esposo iba creciendo día tras día.

Soltó un gemido de expectativa, que indicó a Duncan que esperaba y deseaba que se acercara, que se apretara más contra ella y dejara de apoyarse en sus codos. Duncan maniobró para acomodar el cuerpo entre sus piernas, luego inclinó la cabeza y la besó, primero en la frente y después deslizó sus labios a lo largo de una de sus mejillas sonrosadas.

Megan jadeó ante la caricia, no por el calor del fuego, sino por las sensaciones que su marido despertaba en ella. Luego lamió su cuello, lentamente, consciente de que ella relacionaría los movimientos de su lengua con algo que, sabía, deseaba, que la haría retorcerse de puro placer. La haría gritar de éxtasis.

—Duncan…

—Mmmm… ¿lo deseas? —movió las caderas contra ella.

Megan se vio obligada a responderle ya que él la miraba fijamente, esperando una respuesta.

—Sí. —Volvió a rozar esa zona sensible con su miembro—. Oh, santo cielo. ¡Sí!

Una sonrisa como jamás había visto en él, la deslumbró.

Empezó a temblar, muy consciente de la mirada ardiente que le dedicaba Duncan. Una de

sus manos buceó bajo la camisola, acariciándole lentamente la parte exterior de su muslo.

Megan jadeó al tiempo que cerraba los ojos presa de un estremecimiento.

El guerrero continuó con su avance. Con cuidado de no aplastarla, se inclinó un poco más. Podía sentir los montes de sus pezones, rozarse contra él a través de la fina tela de hilo.

Las caderas de Duncan se movían rítmicamente y ella colaboró para acomodarle, subiéndose la camisola hasta los muslos.

—Bien —dijo él complacido al ver que estaba tan impaciente como él.

Dejó un reguero de besos sobre la suave piel de su cuello.

—Hueles tan bien.

—Lilas… —jadeó—. Las mujeres me prepararon un baño. Lo cierto es que son muy agradables.

Él alzó la cabeza y la miró. Sus ojos eran como los de un lobo, a punto de atrapar a un débil cervatillo.

—No hablemos de otras mujeres en mi cama.

Megan lo miró confusa y asintió.

—No lo haré.

La mano de Duncan acarició la fina tela de la camisola, hasta que llegó a la parte inferior y tiró de ella hacia arriba, descubriéndole no solo las caderas, sino también el vientre. Pudo ver la suave curvatura inferior de sus pechos. Abrió los dedos de su mano sobre la cálida piel. Se dio cuenta de que ella estaba conteniendo el aliento.

—No tengas miedo.

No lo tenía, y tampoco lo tuvo cuando él siguió tirando de la tela hasta exponer sus pechos, listos para el asalto de su boca.

—Dios mío… —tomó aire con fuerza al notar la boca contra su pecho, una suave succión al principio, después notó mucha más presión al tiempo que le apretaba el otro pecho con la mano libre. Megan arqueó la espalda, dejándose llevar por esas sensaciones.

Cuando ella empezó a temblar incontrolablemente, Duncan le sacó la camisola por

completo.

Notó como su fina y cálida piel temblaba.

—¿Tienes frío?

Ella negó con la cabeza. Eso hizo que la urgencia de poseerla fuera mucho más intensa.

Pero iba a tomarse su tiempo. Quería oírla gritar, que todo el castillo supiese que era suya, y de nadie más. Deseaba sentirla bajo su cuerpo, retorciéndose, gimiendo, cerrando los puños sobre su cabellera.

Exigiéndole más.

—Duncan…

Se sintió más que complacido al escuchar su urgencia.

Inclinó la cabeza y besó ligeramente los labios de su esposa, luego fue bajando. Un reguero de besos siguió la línea de su mandíbula, su cuello, hasta nuevamente llegar a sus pechos. Las puntas de los pezones estaban duras como diamantes. Pudo notar cuanto le gustaba que la agasajara con su boca, por sus gemidos y la forma en que se retorcía bajo su cuerpo cuando se metió uno de esos botones sonrosados en la boca.

—Por favor…

Movió sus caderas apretándose contra él. Si era consciente de la tortura que le estaba provocando, no lo parecía, tan absorta estaba en su propio placer.

Duncan se apartó después de adorar cada uno de sus pechos. Se la quedó mirando un instante.

Megan sintió como la piel desnuda de Duncan la cubría por completo. Su vello le acariciaba el pecho y las piernas haciéndole cosquillas, pero si sonreía no era por eso, sino porque ya no tenía miedo de nada. Solo sentía deseo. Un deseo irrefrenable hacia él.

—¿Quieres que continúe? —preguntó acercando la boca a su pezón.

Ella asintió. Así que siguió lamiéndolo con fruición.

Poco a poco fue descendiendo por su vientre, y ella le acarició el pelo para después cerrar el puño en él al ver hacia donde se dirigía.

—¡Duncan! — Eso lo hizo gruñir, pero continuó lamiendo su piel cálida y nívea.

Se detuvo en el ombligo, y bajó hasta su sexo.

—Por favor… yo… —Duncan la ignoró y le abrió las piernas.

Megan soltó su espesa cabellera para buscar la manta sobre la que yacía. La agarró con los puños.

Extasiado, Duncan la oyó gemir y notó como se retorcía en el momento en que su lengua le acariciaba el sexo húmedo.

Era exquisita, le enloquecía todo de ella, su olor, su sabor… Sí, su sabor. La saboreó como si ella fuera agua dulce en mitad de un mar embravecido. Lamió y succionó su punto de placer provocando el suyo propio. Su erección era completa, su sexo palpitaba con fuerza y supo que no podría demorarse mucho más.

Los gemidos de Megan eran suaves mientras se sacudía contra el colchón de lana, luego soltaba un gritito y volvía a gemir.

—Tranquila, esposa —Le introdujo un dedo y la notó estrecha, cálida, húmeda. Sintió contra su dedo como el interior pulsaba, y como su clítoris estaba cada vez más endurecido bajo su lengua. Lo succionó mientras con el dedo la acariciaba por dentro.

—¡Duncan!

Megan gritó cuando llegó al éxtasis. Pero sentir su placer no hizo que él se detuviera.

Continuó succionando ese botón endurecido, notando sus pulsaciones, acariciándola, explorándola.

Cuando finalmente Megan se quedó quieta y exhausta y solo pudo gimotear, él se apiadó de ella. Alzó la vista y se encontró con sus preciosos ojos azules, sin un ápice de temor y colmados de placer. Las mejillas arreboladas y los labios entreabiertos lo incitaron. Ascendió por su cuerpo, rozando su piel hasta que conquistó esos otros labios, de distinto sabor, pero igual de apetecibles. Se abrió paso entre sus piernas, que no dudaron en abrazar su cintura.

—Así me gusta —le dijo Duncan complacido por su iniciativa.

Megan se encadenó a él mientras las caderas masculinas empezaron a moverse contra

ella. Lo escuchó gemir mientras guiaba la punta de su miembro hasta la hendidura. Después la que gimió fue ella. Más bien fue un grito incontrolado de placer. Se sintió llena cuando él la penetro en un movimiento preciso.

Megan notó el miembro de su marido latir en su interior. Había llegado tan al fondo…

—Oh —se movió para aliviar la presión. Él estaba por completo en su interior.

—¿Te duele? —preguntó mirándola a los ojos y retirándose poco a poco.

Megan no podía hablar, tan sólo pudo mover la cabeza como respuesta.

Por supuesto que no le dolía, sino que lo ansiaba. La sensación de sentirse llena por completo, de él, de su esposo. Era lo único que deseaba en ese justo instante.

Lo abrazó aún más con las piernas, entrelazando los tobillos, mientras él se mecía cada vez más rápido, sin dejar de mirarla a los ojos.

Megan tenía la espalda arqueada, la cabeza echada hacia atrás con la boca abierta y los ojos cerrados. Era la visión más erótica que Duncan hubiera visto jamás.

—Eres tan hermosa…

Ella abrió los ojos, sorprendida ante sus palabras. No creía que fueran ciertas, pero agradeció que las dijera.

Las manos de ella volaron hacia los hombros de su esposo y después intentó rodear su espalda con los brazos. Quería tenerlo más y más cerca. No consiguió abarcar todo su cuerpo, era grande, inmenso en todos sus aspectos.

—Oh, Duncan.

Como si fuera una orden para acicatearle, aumentó el ritmo de sus embestidas.

—Dios… —Duncan gimió al borde del orgasmo y se maldijo por tener tan poco autocontrol—. Yo…

Continuó como pudo. Buscó sus labios y la devoró. Contra ellos se estrellaron los gemidos de placer de Megan, quien apretó más las piernas. Él también gemía.

—Oh, lo siento —gimió Duncan, apoyándose en sus manos para separarse de ella un instante y ver sus ojos.

La visión de su esposa al borde del orgasmo le provocó el suyo.

Duncan apretó los labios y empezó a temblar de la cabeza a los pies. Megan lo miraba extasiada, viendo cada una de sus reacciones por primera vez. Absorbió sus movimientos, su envites y temblores y finalmente sintió que algo explotaba en su interior. Él la lleno con su simiente, mirándola con sus ojos negros que lucían vidriosos a causa del orgasmo.

Sentirlo así, tan ardiente, vaciándose en su interior, hizo que Megan alcanzara su propia liberación. Su cuerpo se sacudió hasta incorporarse lo suficiente para alcanzar el hombro masculino. Lo mordió para no gritar, sorprendiéndolo. Apenas consiguió su propósito cuando alcanzó el éxtasis.

Él siseo por el pequeño dolor, pero sobre todo porque el orgasmo de su esposa no parecía tener fin. Sintió su desahogo, su vagina pulsando, abrazando su miembro, mientras él daba las últimas acometidas.

Se desplomó por completo sobre ella, después de marcarla, de hacerla suya.

—Oh, Megan… —jadeó

Ella se resistió a dejarle marchar. Siguió abrazada a él, intentando abarcar sus anchos hombros con los brazos sin conseguirlo, apretando sus caderas contra él. No quería dejar de sentirse completa, deseaba estar llena de él el máximo tiempo posible.

Cuando la respiración de ambos se calmó, Duncan la besó sin apartarse de ella. Esta vez no fue un beso duro, sino suave. Lamió los labios carnosos, los chupó y después volvió a acariciarlos lentamente con la lengua. Sus bocas se amaron, como si fuera la primera vez que se exploraban.

Se sintió infinitamente complacido de las reacciones de su esposa. Gemía, suspiraba y lo besaba al tiempo que con sus delicadas manos le acariciaba el pelo, el rostro, los hombros. Luego, como si ambos se hubiesen puesto de acuerdo sin palabras, unieron las frentes, deteniéndose por fin.

Cerraron los ojos y Duncan sonrió. Ella también. Cuando sus miradas se encontraron, las sonrisas se ensancharon.

—¿Crees que podrás soportar ser mi esposa para siempre?

Ella asintió con una risa suave y franca.

—Para siempre.

Capítulo 20



Duncan abrió los ojos y tuvo que cerrarlos de nuevo por la deslumbrante luz del sol que entraba por la ventana.

Tardó en darse cuenta en donde estaba. Sin querer sus labios se curvaron en una somnolienta sonrisa. Estaba en casa, y no precisamente en su cama.

Gruñó al no sentir el cálido cuerpo de Megan contra el suyo. Tanteó el lecho, buscando a su esposa, y su sonrisa se borró al no encontrarla. Se incorporó en la cama y escuchó sus movimientos junto a la chimenea. Su mirada se dirigió hacia los sonidos que ella producía y vio que ya estaba vestida.

—Buenos días —saludó ella, con una preciosa sonrisa, que pareció provocar que sus pecas saltasen de su nariz.

Santo cielo, estaba preciosa.

El cabello rojo de amplios caracoles caía sobre su espalda, sus ojos azules tenían un brillo especial esa mañana, un brillo de satisfacción.

Eso provocó que Duncan apoyara el peso de su cuerpo sobre los codos para así poder contemplarla mejor. La fina camisola que había usado la noche anterior, permanecía sobre la cama, estaba convencido que había tomado otra para ponerse bajo el vestido beige que se había puesto. Duncan alzó una ceja. Era un vestido de buena calidad, pero de trabajo. Sospechó que su esposa pretendía hacer algo más que dedicarse a ser la señora del castillo. No obstante, no lo dijo, ya habría tiempo para discutir sus quehaceres.

El anodino vestido no impidió que se excitara cuando ella le sonrió, acercándose a la cama. Pues sabía exactamente lo que guardaban esas ropas, la piel nívea y cálida de su esposa, la

misma que estaba deseando acariciar de nuevo.

—Buenos días, esposa —dijo, con voz ronca y la mirada pícara—. ¿Por qué no vuelves a la cama?

Megan amplió su sonrisa, y anduvo con pasos ligeros hasta acercarse a su esposo. Alcanzó la cama y gateó hasta echarse en sus brazos.

Duncan abrazó a su esposa, que se acurrucó entre el hueco de su hombro, apoyando la mejilla en su amplio pecho.

—Como desees.

—Así me gusta —la abrazó, y le besó la frente—. Que me obedezcas en todo —dijo haciéndole cosquillas en la mejilla con su mentón, donde intentaba crecerle la barba.

Ella se puso a reír y Duncan gruñó contra su cuello.

—¿Por qué será que pienso que solo me obedecerás cuando te convenga?

Megan no contestó, pero tampoco dejó de reír.

—Puede que así sea.

Duncan se sintió complacido al ver que Megan iba dándole su confianza.

Ella cerró los ojos y se dejó acariciar por encima de la ropa, mientras el cuerpo de su esposo despertaba al deseo. Alzó la cabeza y alcanzó sus labios. Jugaron con las lenguas, y él empezó a subirle el vestido, regalándole suaves caricias por los muslos.

No esperaban ser interrumpidos.

—¡Mi señor! —se oyó la voz de uno de sus hombres tras la puerta, y luego unos golpes, aporreándola.

—¡Maldición! —gruñó Duncan, poniendo fin al beso.

Megan también miró desconcertada hacia la puerta. Intentó deshacerse de su abrazo, pero Duncan no lo permitió. Le dio la vuelta al cuerpo de su esposa y se colocó sobre ella, cuando esta intentó incorporarse.

—Duncan —chistó avergonzada.

Sorprendida de verse aprisionada entre el cuerpo de su esposo y el mullido colchón,

Megan soltó un gritito y una risa que no pudo controlar.

Duncan sonrió, ignorando deliberadamente los golpes de la puerta y besando de nuevo a su esposa.

Tras la puerta, quedó muy claro a sus hombres lo que estaban haciendo.

—¡Mi señor! —ahora el grito era de indignación, como si el *laird* hubiera descuidado sus deberes para holgazanear.

—¿Qué? —Duncan no lo podía creer— ¡Maldita sea! ¿Qué diablos quieres?

—Debemos partir. El sol ya está en lo alto.

Duncan miró a su esposa, que se tapó la boca para no seguir riendo.

—¿Está tan alto? —le preguntó a ella, alzando una ceja.

—Un poquito —respondió ella, con voz cantarina.

Era tan arrebatadoramente hermosa, tan dulce e inocente. Dios bendito, separarse de ella era más duro de lo que habría esperado.

—¿Me has embrujado para que no abandone este lecho? —le preguntó, fingiendo estar indignado.

Ella negó con la cabeza, sin dejar de sonreír.

—Por supuesto que no, mi señor. Yo jamás haría algo así —aunque sus ojos decían todo lo contrario.

Duncan se lanzó contra su cuello, lo besó, lo lamió y ella se estremeció cuando él le hizo cosquillas con su incipiente barba. La risa de Megan sonó como un tintineo de campanas.

—¡Duncan!

La puerta de la alcoba tembló de nuevo, mientras alguien procedía a golpearla con violencia.

Él resopló, de pura frustración.

—¡No es buena idea! Si osas interrumpir a tu señor, será mejor que estés preparado para morir.

Estaba dispuesto a que sus rudas palabras desalentaran a su hombre de confianza a

proseguir con sus interrupciones, pero Megan se incorporó, zafándose de él, aunque solo por un segundo. Cuando ella se sentó en la cama para levantarse, los poderosos brazos de su esposo la retuvieron por la cintura.

—Aún no.

Ella negó violentamente con la cabeza.

—Ni hablar, no seré la culpable de apartar a mi esposo de sus hombres y sus deberes.

Se miraron a los ojos, y ella permanecía firme en su empeño.

Duncan negó con la cabeza, luego olió su cuello y ante la insistencia de Megan, desistió.

Se levantó, desnudo como Dios lo trajo al mundo, y para espanto de su esposa, abrió la puerta de semejante guisa.

—¡Duncan! —exclamó, tapándose la cara, ruborizada.

Entonces, los gritos de esos dos hombres inundaron la habitación.

—¿Queréis morir, malditos bastardos?

Uno de ellos, el que parecía alguien a quien Duncan designaría como jefe, lo miró alzando una ceja pelirroja. Megan lo había visto en la cena, un tipo rudo, con una barba pelirroja y una cicatriz. Guillard, de pronto recordó su nombre.

—¡Levanta el culo de la cama y deja de retozar, hay hombres a los que capturar, maldito mise…!

Megan se llevó la mano a la cara, roja como la grana. No había escuchado ese lenguaje en su vida y mucho menos dirigido a Duncan…

—¡Señores! —se quejó el *laird*, haciéndoles ver que ahí estaba su esposa, y que le debían un respeto.

—Oh, disculpe mi señora —el buen hombre se encogió de hombros fingiendo una sonrisa inocente, luego volvió a mirar a su marido y su rostro se ensombreció—. Baja de una puta vez.

Duncan negó con la cabeza, pero cerró de un portazo en las narices del pelirrojo.

—¿Qué ha sido eso?

—Guillard. Acaba de regresar de un… paseo.

—¿Paseo? —preguntó ella algo desconcertada— ¿De dónde?

Duncan se vestía mientras le contestó a regañadientes.

—De un sitio donde lo envié.

Ella abrió los ojos como si lo hubiera adivinado.

—De las tierras de los Boyd.

—Eres tan lista —dijo haciendo una mueca y sin saber si eso era bueno o malo.

—¿Por qué?

—Necesitaba saber que trama.

—Nada bueno —dijo ella aún sorprendida—, o de lo contrario no te vestirías para partir.

Él se encogió de hombros poco antes de tumbarse en el suelo sobre su kilt.

Ella parpadeó confusa.

—¿Qué haces?

—Vestirme —dijo simplemente, y sí, ciertamente observó como después de haber hecho diversos pliegues a su tartán, ahora lucía perfectamente colocado sobre su cuerpo. Se levanto después de ajustar la tela con el cinturón. Fascinante. Parpadeó confusa como si de pronto volviera a tener los pies sobre la tierra.

—Duncan, no harás nada peligroso, ¿verdad?

—Nada peligroso —se inclinó para reclamar sus labios y ella no se los negó—. Ahora discúlpame, tenemos un asunto que tratar.

Y cuando se hubo puesto su aguja con el emblema del clan, ya parecía un auténtico señor de las Highlands.

Abrió la puerta y el enorme pelirrojo intentó ver a su nueva señora, pero Duncan lo empujó.

—Quizás no vuelva esta noche —le habló por encima del hombro.

Otro golpe le indicó que estaba intentando mantener fuera de su habitación a Guillard.

—Pero…

—Adiós.

Cerró antes de que ella pudiera salir de la cama.

Megan se quedó mirando la enorme puerta de madera maciza, fijamente.

Salió de la cama y se quedó en pie por varios minutos, y entrelazó los dedos, al tiempo que suspiraba y volvía a tomar aire, nerviosa.

No sabía exactamente cómo debía sentirse, o cómo se sentía en esos momentos. Su corazón y su vientre, eran un remolino de sensaciones indescriptibles. Por una parte, estaba orgullosa de su esposo. La admiración hacia él iba creciendo, día a día. Estaba pletórica, y feliz, porque había visto al fin que, a pesar de su rudeza, podría ser un buen esposo. Velaba por ella y se preocupaba por su bienestar, solo faltaba que la amara.

Suspiró.

Porque estaba claro que en el lecho conyugal no tenían ningún problema.

Se sonrojó.

Oh, el placer que sentía en sus brazos, lo que le hacían sentir sus caricias, y sus besos… incluso cuando era rudo, ella se encendía como una hoguera. Pero la forma en que sus ojos negros la miraban cuando…

Negó con la cabeza, no era el momento de pensar en ello.

Se acercó a la ventana con varios pasos cortos y apresurados, rogando que no hubiese marchado aún. Acarició el suave visillo blanco con las yemas de los dedos y tomó aire profundamente, al ver que los hombres ya se reunían en el patio de armas. Apenas media docena. Sea lo que fuere que iban a hacer, no parecía peligroso o su esposo se llevaría a muchos más.

No pudo obviar el nudo en el estómago que se le formó en ese justo instante.

¿Un miedo justificado? Negó con la cabeza, con fuerza, ante los pensamientos que la asaltaban.

Duncan era un guerrero, estaba hecho para la guerra, y para liderar su clan, para eso había nacido. Megan tenía que confiar en que no sería temerario, y que si algún asunto lo mantenía lejos de su hogar, era porque ese asunto era importante.

Regresaría sano y salvo.

No habían hablado mucho de lo que se esperaba de ella. ¿Debería acostumbrarse a sus ausencias? Pensaba que sus tierras no serían tan extensas como para que no pudiera ir y volver, pero… al pensar que también tenía tierras en Sky se estremeció. Quizás esas salidas de Duncan serían algo habitual, pensó apesadumbrada.

Dominaría sus emociones y cuidaría de la fortaleza. Porque en eso consistía ser la señora de los McLeod y esa era precisamente su labor, cuidar del lugar en ausencia de su esposo, y esperar a que regresase.

Siempre esperar a que volviese a sus brazos, y recibirlo con el amor que merecía un esposo.

De pronto, escuchó unos gritos en el patio de armas. Se asomó un poco más y vio a varios hombres discutir.

Lo que vio a continuación la dejó perpleja.

Un jinete acababa de salir de los establos de Duncan sobre un corcel, blanco como la luna. Pero lo que le llamó la atención no fue el caballo, más bien el chico que se había enfundado en unos pantalones de cuero y un peto sobre su camisa. Le extrañó que llevara una especie de yelmo cubriendo su cabeza, y era extraño porque no parecía de metal o un material resistente.

Los soldados se rieron de él, y uno de ellos volvió a gritarle que se bajara del caballo. Fue en ese momento que Duncan apareció en escena.

Megan contuvo un suspiro, iba sobre un impresionante caballo negro. Con un gesto hizo que todos sus hombres se subieran a sus monturas y les pidió que marcharan fuera de la muralla. Uno a uno, empezaron a pasar bajo las rejas y el pequeño arco de puerta bajo las rejas. Si apenas podían pasar ellos, ¿cómo pensaban los enemigos acceder al interior? Inexpugnable, se recordó Megan.

Cuando en el centro del patio solo quedaron el chico y Duncan, vio claramente como su esposo iba perdiendo la paciencia.

Empezaron a discutir mientras sus monturas pifiaban y pateaban el suelo empedrado, inquietas.

A Megan le sorprendió que alguien, de apariencia tan débil, tuviese la osadía de llevarle la contraria al *laird* de los McLeod. ¿Quién era ese muchacho? Guillard debía saberlo porque se quedó rezagado, esperando a su señor y riéndose del pobre muchacho.

—Déjalo, ¿qué tienes en la mollera? No vas a venir con nosotros —le dijo Guillard al chico.

—Pero tú mismo me ensañaste a luchar —dijo el joven con una voz bastante aguda—. Sabes que puedo ser útil.

Las carcajadas de Guillard le molestaron al punto de que alzó el puño hacia él. Por su parte, Duncan seguía impasible, con el rostro pétreo y el entrecejo bien fruncido.

—No vienes —rugió y todo el mundo pareció contener la risa.

Algunos de los presentes en el patio habían dejado sus quehaceres para mirar abiertamente la discusión, otros los miraban de reojo, pero igualmente divertidos.

Pobre chico, tan frágil y… joven. Megan lo observó con detenimiento. No pudo verle bien el rostro a causa de la distancia, pero su físico declaraba que se trataba de un muchacho, delgado y rubio, con los cabellos atados a la nuca en una larga cola, que era lo único que se escapaba bajo su yelmo. Lucía los colores de los McLeod y si montaba un caballo debía ser alguien importante. ¿Quizás un primo de Duncan? Se sorprendió al no haberlo visto antes.

—Vuelve dentro —le dijo Duncan dándose la vuelta y dirigiéndose hacia la salida.

—Pero…

Guillard intervino al ver que el chico iba a protestar.

—Haznos un favor y no desobedezcas a tu hermano. Ya tiene bastantes problemas.

—¡Maldita sea!

—¡Y no maldigas!

Megan estaba tan absorta en esos dos que por poco se pierde la mirada que Duncan le echó desde la puerta. El corazón latió aún más rápido y sonrió sin poder evitarlo. Duncan dio la vuelta a su montura y miró hacia la ventana. Megan alzó la mano.

Quería dejarle claro que no era un adiós, sino un hasta luego.

Cuando salió, volvió a centrar su atención en el muchacho, pero este había desaparecido y a las carcajadas de Guillard se les unieron las de los otros habitantes del castillo.

—Pobre muchacho.

***

Mientras marchaban hacia las tierras de los Boyd, Duncan estaba contrariado.

Guillard, podía notarlo. Lo seguía a paso ligero, siendo muy consciente de su mal humor. Un mal humor que sabía que no era provocado por su esposa.

—¿Hablamos de la hermosa pelirroja que te has traído?

Duncan gruñó.

—Veo que no querías salir de la cama.

Otro gruñido y una mirada severa.

—Si yo pudiera retozar con una mujer así…

—¿Aprecias tu vida Guillard? —le preguntó Duncan—. Te juro que apenas puedo creerlo cuando me provocas de esa manera.

—¿Qué sería la vida sin un poco de diversión?

A pesar de que su señor y amigo no se volvió a mirarle, al menos no enseguida, Guillard supo que quería hablar de ciertos temas.

—De verdad que aprecio mi vida, solo intentaba decir lo bonita que es tu esposa.

—¿Y qué hay de mi hermana?

El cambio de tema sorprendió a Guillard, que hizo un mohín con la boca.

—¿Qué hay con ella?

—Ayla se ha presentado en el patio para venir con nosotros, ¿quién le ha informado? —Guillard estaba inusualmente callado ante la regañina—. Y por otra parte… ¿crees que se me ha pasado por alto que ha dicho abiertamente que tú la entrenas?

—Bah —escupió Guillard como si no quisiera darle importancia—. Solo un par de

movimientos con una espada de madera, no es un entrenamiento.

—Dagas afiladas y tiro con arco.

Mierda, pensó Guillard. Alguien se había chivado.

—Esa chiquilla necesita disciplina, si yo no la entreno acabará apuñalándose a sí misma.

Ahora sí que Duncan lo miró abiertamente.

—Me han dicho que es más diestra que tú.

Lejos de ofenderse el viejo pelirrojo sonrió con orgullo.

—Sí, es una endiablada digna hija de su padre —se rio a carcajadas—, y de su madre. Muy lista. Muy, muy lista. Pero demasiado cabezota. El hombre que se case con ella…

—Eso no sucederá pronto. No necesitamos alianzas.

—Quizás si la casaras con el hijo de Boyd.

—Pensé que le tenías más aprecio a Ayla.

Guillard se encogió de hombros.

—Y se lo tengo —pero ocultaba algo.

—Pero…

—Pero sigue obsesionada con Lachlam.

—Dioses —exhaló Duncan.

Era bien cierto que su hermana se había criado corriendo detrás de Lachlam, importunándolo, dándole mil quebraderos de cabeza. Su padre nunca vio mal forjar una alianza con los McDonald, si quien se casaba con su hija fuera Lachlam, en futuro laird. Ahora su amigo ostentaba ese título y su padre no podría impedimentos a esa unión, si aún viviera. Pero Duncan…

—No puedo hacerle eso a Lachlam —dijo.

Ayla era celosa y posesiva, podría envenenar a cualquier mujer que se acercara a Lachlam a un kilómetro a la redonda.

—Es muy joven —dijo tajante—, no pensemos más en ello.

Guillard estuvo de acuerdo y suspiró.

—Bien, pues entonces pensemos en tu esposa. ¿Le has dicho que vas a hablar con los Boyd?

Duncan esta vez resopló.

Su *laird* no estaba de buen humor, y aún así, azuzó su montura hasta colocarse a su altura. A Duncan pareció no gustarle ese hecho, y gruñó para demostrarlo, aún así, su hombre de confianza hizo la maldita pregunta.

—No.

—¿Qué piensa que vas a hacer?

—Quizás piense que has traído nuevas sobre alguna incursión de los Boyd en nuestras tierras.

—¿Y eso es mejor? —Guillard lo miró incrédulo. Cerró los ojos y suspiró, como si diera por imposible a su señor.

—No quiero preocuparla —respondió, e instantes después azuzó a su montura para lanzarla al galope.

Guillard asintió.

—Lo que tú digas —dijo, para sí, pues Duncan ya se había adelantado.

Capítulo 21



Esa misma mañana, Megan se entretuvo con alguna de las peticiones que le había hecho la señora McGuillis.

—La cocinera desea saber si ha de preparar los faisanes, o prefiere que aproveche los huesos de ternera que tiene en salazón.

Megan frunció el ceño, pero no dudó en su respuesta.

—Deseo guardar los faisanes para cuando regrese mi esposo con sus hombres —suspiró mirando por la ventana de su alcoba. No sabía cuándo regresaría, pero tenía la esperanza de que fuera pronto—. No espero que tarde demasiado, por lo que no se echarán a perder.

—Me parece una elección adecuada, mi señora. ¿Desea pastel de manzanas para la comida de hoy?

Megan posó el dedo índice en los labios, mientras abría el arcón para escoger una de las capas, hacía frío y el vestido se le antojaba demasiado fino para ese inesperado tiempo otoñal.

—Lo que guarde en la alacena la señora Mirta será lo adecuado. Pero Ann —captó la atención de la mujer, al darse la vuelta—, ¿podría decirme si brota la caléndula en estas tierras? Es buena para las inflamaciones.

Tenía la intención de salir a recoger unas hierbas para preparar infusiones, y corteza de sauce, por si alguien regresaba herido.

La señora McGuillis pareció contrariada.

—En esta época del año puede encontrarla en el bosque. Pero…

—Gracias, Ann —la interrumpió sin querer Megan, aún distraída, pensando en su esposo.

Se echó la capa ligera sobre los hombros. El tiempo en las Highlands era impredecible.

—Regresaré antes del mediodía —no vio la cara de desconcierto de Ann—, así que pueden esperarme para el almuerzo.

—Pero… pero señora —dijo sorprendida—. No puede salir sola de la fortaleza.

Ella parpadeó sin comprender.

—¿No puedo?

—Sí, pero… —Ann parecía preocupada—. El señor nos informó del ataque recibido.

Megan parpadeó confusa.

—Sí, pero ahora estamos en nuestro hogar, ¿quién iba a atacarnos?

Ann respiró hondo y asintió.

—Tiene razón señora —de pronto pareció recordar algo—, de todas formas tenga cuidado. En el bosque vive…

Megan la miró, extrañada, cuando la mujer calló de repente.

—¿Quién vive en el bosque?

La señora McGuillis negó con la cabeza.

—Nadie peligroso, señora —y no mentía—, pero si lo desea, puedo decirle a una de las doncellas que la acompañe.

Era evidente que Duncan no le había hablado de Ingrid. Y al parecer tampoco de su hermana, Ayla. Así que no sería ella quien lo hiciese. El carácter de Duncan era demasiado irascible cuando se metían en su vida privada. Y sin duda esas dos mujeres eran su asunto más privado.

—No es necesario que me acompañen —dijo Megan, captando su atención de nuevo—, prefiero salir sola, necesito despejar la mente. Hace tiempo que no gozo de un tiempo para mí, a solas.

—Por supuesto, niña —le sonrió con amabilidad.

—Deseo recoger algunas hierbas medicinales.

La señora McGuillis abrió mucho los ojos.

—¡Oh! ¿Le gustan esas cosas? —Megan no supo si lo desaprobaba o su tono era de

preocupación—. ¿No será…?

—Es solo por si alguno de sus hombres regresa herido —interrumpió Megan, pero Ann McGuillis acabó la frase.

—¿…una bruja?

—¿Qué? —Megan parpadeó confusa, y luego se echó a reír.

—Lo siento señora —dijo Ann llevándose las manos a la boca— No quería decir…

—No se preocupe —dijo Megan, esta vez pensativa—. Ojalá lo fuera.

—¡Pero, señora!

Ann parecía escandalizada.

—Si lo fuera, podría elaborar un hechizo para que mi marido regrese pronto —le guiñó un ojo y la señora McGuillis se dio cuenta de que estaba bromeando.

—No diga esas cosas, señora. Aquí somos muy supersticiosos.

—Me voy haciendo a la idea.

Megan salió de su habitación y Ann la siguió hasta el salón, y después hasta la puerta de salida. El bosque estaba cerca y aunque su señora quería estar sola, le hizo señas a dos hombres para que la siguieran. Megan desvió la mirada para no ver sus nada sutiles intentos de hacerle señas a los guardias. Aceptó la compañía silenciosa de estos, con la distancia suficiente para fingir que no se había dado cuenta de que la seguían.

Casi una hora después, su ánimo había mejorado considerablemente. Había hecho bien en salir sola a pasear. Lo necesitaba después de tantas emociones.

Caminó entre los árboles, y se alegró de que hubiera manchas de brezo florecido, color púrpura y morado. Algunas hojas de los árboles empezaban a cambiar de color, señal de que se acercaba el otoño y dejaban atrás el verano. Se arrebujó aún más la capa, esperando que el invierno no fuera tan severo con ella.

Cuando llegó al linde del pequeño bosque, en la otra vertiente, opuesta al castillo, el

brezo salpicaba los páramos, parecían desde el pequeño otero que conformaba el bosque de abedules, pequeños puntos morados y en algunos lugares, el precioso manto violeta de una gran dama. Megan sabía que a la luz del atardecer variaría a un tono rosado, más claro. Tenía que reconocer que las tierras de su esposo eran increíblemente hermosas.

Después de una pequeña bajante, volvió a adentrarse en el bosque, allí la flora era bien distinta. Junto a los escasos sauces nacían las dedaleras, debía ir con cuidado con ellas, eran tan bellas como venenosas, al igual que su hermana Phiona. Con solo tocarlas le podría salir un salpullido, y si tras hacerlo se llevaban los dedos a los ojos, podrían perder la visión, pero si eran ingeridas, tal vez viese a las brujas volando en sus escobas.

Se sorprendió pensando en su familia por primera vez en mucho tiempo. Era sorprendente como al poco tiempo de empezar su nueva vida, estos se habían vuelto irrelevantes. Ya no había golpes, ni amenazas. Quizás… con un poco de suerte no volviera a verlos.

Cerró los ojos, sintiéndose culpable por tan crueles pensamientos. Pero… su vida había cambiado, y podía asegurar que para mejor.

Se quedó pensando en su esposo mientras un paso tras otro, sus pies la adentraban, más y más en el bosque. Lo echaba de menos, a él, al demonio escocés por quien había estado aterrorizada tanto tiempo.

Sonrió y sin pretenderlo su risa brotó de su interior.

Quizás sus oraciones habían dado sus frutos. No podía desear otro esposo. Su coraza iría cayendo ante ella. No debía preocuparse por ello.

Se agachó y cogió un trozo de musgo, junto con la corteza de un sauce viejo. Al hacerlo, vio de cerca las flores de campanilla de la dedalera, y sin acariciarlas, aspiró su aroma. De pequeña, siempre había creído que eran los vestidos de gala de las hadas, tendidas al sol.

Siguió caminando un poco más, y halló al fin la caléndula. Cogió varias flores, unas raíces y prosiguió su camino. Iba poniendo cada uno de sus tesoros en una resistente bolsa de cuero que llevaba colgada al hombro.

Los helechos bordeaban la senda, bien definida, pero al bifurcarse hacia la izquierda, esta

lucía prácticamente pelada, era evidente que era más transitada en aquella dirección. Decidió seguirla, fijándose bien en el camino pues, aunque estaba acostumbrada a pasear por los bosques, no estaba de más ir memorizando las referencias por si se desorientaba. Aunque no iría muy lejos, en la isla los bosques escaseaban y el paisaje se componía más bien de llanuras rocosas, acantilados y hermosas colinas salpicadas de brezo.

Prosiguió un tiempo más, incapaz de contabilizarlo pues se iba entreteniendo con las hierbas y las flores del camino. Miró a su espalda disimuladamente. Los dos soldados de su esposo la seguían a distancia, pero ahí estaban protectores como la sombra de Duncan. Era el momento de que la dejaran en paz. Se camufló con el entorno, avanzando entre los troncos y subiendo y bajando las pequeñas pendientes que había hecho la cuenca de un riachuelo. Corrió más rápido, divirtiéndose, y estando segura de que los había despistado.

Olió el humo antes de verlo y eso hizo que su curiosidad avanzara en esa dirección. Allí, no muy lejos vislumbró una casa, donde había una chimenea encendida.

Sonrió, pero esta vez su sonrisa se esfumó pronto de su rostro. Un silbido la paralizó, dándole un susto de muerte.

Sea lo que fuere, pasó justo a lado de su rostro, y acabó con una flecha clavada en el tronco del sauce, a menos de un codo de su cabeza.

—Pero… ¿qué?

Lívida, por poco se desmaya, pero cuando se dio la vuelta, no podía creer lo que veían sus ojos, y el miedo desapareció, para dejar paso a la sorpresa.

—Eres tú —susurró sin que para la joven que tenía en frente tuviera ningún sentido.

Megan observó a su adversaria. Era una joven menuda, ahora lo veía bien. Se hallaba a unos veinte pasos de distancia y su vista siempre había sido perfecta, por lo que no tardó en reconocer a esa muchacha de cabellos rubios, tan claros que casi parecía tener el cabello blanco. Sus ropajes la delataban, puede que no llevara el viejo casco sobre su cabeza, pero sus calzas y jubón eran los mismos que llevaba ese enfurruñado muchacho que había discutido con Duncan esa mañana. En la estrecha cintura, llevaba un conto ancho ceñido, de cuero negro. Había

añadido algo a su indumentaria, una falda con un vuelo extraño, que no le llegaba a sobrepasar las rodillas. Portaba unas botas altas de piel, con tiras de cuero rodeando la caña y en los brazos unas muñequeras. En el torso, un chaleco, también de cuero. Tenía el codo estirado hacia atrás, y tensaba un arco en el cual ya había colocada otra flecha del carcaj que portaba a la espalda.

—¡Alto! —le espetó—. Esta parte del bosque está prohibida para cualquier McLeod.

Megan abrió la boca, y la volvió a cerrar, sorprendida.

—Lo… lo siento —dijo sin bajar las manos. Aunque dudaba mucho de que nadie impidiera a Duncan McLeod recorrer cualquier parte que él deseara.

Parecería un elfo del bosque, se dijo Megan, intentando no reírse. Lo parecería aún más si no fuese porque sus ropas parecían harapos, de tan sucios que estaban.

Abrió los ojos aún más cuando vio en su cinto tres conejos colgando. La muchacha había ido de caza, y con muy buena suerte, debía decir. Pero… hacerlo en tierras de los McLeod, podía ser un problema para ella, aunque su actitud indicaba que la que estaba en peligro era Megan.

—Me llamo Megan y soy…

—Ya sé quien eres —dijo la muchacha enfurruñada.

Vio como la jovencita destensaba el arco y avanzaba hacia ella a paso firme, y como sus ojos, de un azul glacial, se entrecerraban, en una mueca que proyectaba seguridad.

Megan no se asustó, sino que de súbito sintió fascinación y admiración. Ojalá ella tuviese su determinación y valentía. Aunque debía andarse con ojo, parecía una niña salvaje, criada por los lobos.

—¿Sabes quién soy?

—Sí, sé quién eres —dijo la joven, llegando a su altura.

De pronto, vio un enorme lobo de color blanco saliendo de entre los árboles. Megan no pudo evitar soltar un gemido ahogado.

—Hay un… un…

Señaló al animal, pero la joven dibujó en su rostro una sonrisa que, por alguna extraña razón, le recordó a la de Duncan.

—Es Lobo. Mi lobo. No te hará daño alguno mientras yo no se lo diga.

—Pues, con sinceridad, espero que no se lo digas.

La muchacha la miró con fijeza.

—Eso depende de ti. ¿Qué buscas en el bosque de mi madre?

Megan volvió a sorprenderse.

—¿De tu madre?

La joven solo movió la cabeza de manera afirmativa.

—Solo estaba cogiendo algunas hierbas, espero que a tu madre no le importe —respondió Megan muy consciente de la presencia del lobo y del arco que aún portaba.

—Por muy esposa de mi hermano que seas, sigues siendo una *saasenach*. Y no eres bienvenida en mi bosque.

Megan no pudo disimular su sorpresa. Entonces lo supo. Era Ayla.

—¿Eres la hermana de Duncan?

—Ayla —asintió la jovencita.

Megan tomó la decisión de no repetir los mismos errores que en el pasado. No podía dejarse pisotear delante de esa muchacha, tal y como había hecho toda su vida. Así que alzó la barbilla y habló con determinación.

—No soy ninguna forastera en estas tierras. Este es mi lugar, mi nuevo hogar junto a mi esposo. Lamento que no desees que pasee por estos bosques, pero mi deseo es cuidarlos y no hacer ningún daño.

La joven la miró con desconfianza, pero finalmente sonrió.

—Ha sido una buena respuesta —Al parecer, una respuesta que sí le gustó.

Mostrar seguridad y entereza la hizo digna, a sus ojos.

—Lobo, puedes marchar con madre —dijo, y el animal desapareció entre las ramas de los árboles—. Deberías ir con más cuidado, Lobo podría haberte despedazado si no llego a estar cazando por aquí.

—¿Cómo…? —La cara de terror de Megan la hizo reír.

—No te asustes, era una broma. Los lobos no suelen atacar a las personas.

—De igual forma, no me gustaría tener que comprobarlo.

—Entiendo —dijo, pasándole la mano por delante de la cara, para quitar la flecha del tronco del árbol.

Era la flecha que le había disparado.

Entonces, Megan se dio cuenta de que, en la punta de esa flecha, había ensartada una víbora.

—¡Santo cielo…! ¡Me has…!

—¿Salvado la vida? De nada —dijo, risueña.

La mirada de la muchacha se acercó a la bolsa que portaba Megan colgada del brazo, y alzó la ceja izquierda.

—¿Corteza de sauce y caléndula? —preguntó Ayla como si no tuviera importancia que la hubiera salvado de una víbora venenosa— ¿A quién pretendes envenenar?

Megan se indignó.

—Los McLeod han ido a la batalla, y deseo preparar ungüentos por si regresan malheridos.

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que sabes lo que haces. —Megan pensó que Ayla también lo sabía—. Por cierto, ¿te gustó mi sapo?

Megan parpadeó algo desconcertada, pero después suspiró, hundiendo sus hombros.

—Así que fuiste tú.

Ayla hizo una reverencia de manera teatral.

—Yo misma. Bienvenida, Megan.

—Lo cierto es que no me desagradan los sapos, aunque prefiero otros animales.

—Yo también —dijo Ayla risueña, echando un vistazo por donde se había ido Lobo.

La joven le tendió la mano, y Megan la aceptó. Su actitud cambió completamente, y tras estrecharle la mano se cruzó el arco a la espalda.

—Creo que como hermana y esposa del laird McLeod, es nuestro deber llevarnos bien.

Megan asintió.

—Yo también lo creo.

Ambas empezaron a caminar por el bosque, estuvieron unos instantes en silencio, hasta que Megan lo rompió.

—Ayla, es un bonito nombre —dijo, en tono amable— ¿Por qué no estuviste en la cena?

—Sí, estuve —respondió la más joven—, de hecho, te robé algo de comida del plato. Debes fijarte más en las cosas.

Megan parpadeó como si intentara recordar, después sacudió la cabeza. Ayla era toda una caja de sorpresas.

—Ven, te presentaré a mi madre.

Megan asintió y se dejó llevar avanzando entre el camino bien definido, no mayor que un par de palmos. Era evidente que por ahí no pasaban carruajes.

—¿Sabes? eres muy bonita para ser una forastera, no me extraña que mi hermano haya caído rendido a tus pies.

Las mejillas de Megan se encendieron. No era la primera vez que alguien le decía algo así, pero no podía creerlo. Habían sido demasiados años pensando lo contrario.

—Bueno no creo que haya caído rendido…

—¡Ya lo creo que sí! Por ti ha mandado al infierno a la hija de los Boyd. Ahora tiene que irse a negociar con ellos para seguir contigo.

Megan se paró en seco y la miró fijamente.

—¿A eso ha ido? —preguntó confusa— ¿Está hablando con los Boyd?

Como si para Ayla no fuera importante, siguió su camino hacia la cabaña de piedra.

—Llevan todo el verano robándole las vacas —prosiguió Ayla—. Seguro que mi hermano quiere partir algunas cabezas, pero… hará el esfuerzo de ser diplomático. Guillard lo empujará a ello. Con un poco de suerte podréis vivir en paz.

Megan parpadeó, y se zambulló de lleno en esos pensamientos. ¿No sería hermoso que

Duncan la quisiera? ¿Que se enfrentara a los Boyd por su amor?

Suspiró.

Menuda tonta. ¡Claro que no! No debería enfrentarse a nadie por ella. No quería que se pusiera en peligro por su culpa.

—Creo que nos llevaremos bien —dijo de pronto Ayla.

Megan sonrió.

—Yo también lo creo —caminó a su lado por el sendero—. Pero, ¿por qué no vives en el castillo?

Ayla frunció el ceño. A Megan le pareció que había tocado un tema delicado, pero finalmente la joven respondió.

—Vivo con mi madre, en esa cabaña de ahí, aunque a Duncan no le gusta en absoluto.

Ahora entendía por qué no sabía de ella. Ocultó una mueca de disgusto. Ayla era hija ilegítima del viejo laird, era hermana de Duncan solo por parte de padre. No le gustó que tuviera que vivir apartada solo por su origen.

—¿No querríais venir a vivir con nosotros al castillo?

Ayla se rio con estridencia.

—¡Ni hablar! —respondió, para asombro de Megan—. Mi madre es bruja ¿sabes? No podría vivir lejos del bosque, ya hizo mucho en venir a conocerte el día del banquete.

Megan parpadeó.

—¿A mí?

—Era la hermosa mujer de cabellos dorados, casi blancos, que se sentó con vosotros en la mesa.

Megan parpadeó al recordar. Por supuesto. Ingrid.

—Pero…

—No es que no nos quieran en la fortaleza —le guiñó un ojo Ayla—, es que nosotros preferimos estar aquí, en la naturaleza, aprendiendo de los animales, del bosque…

—Entiendo.

Y de verdad que así era. Por un momento, Megan sintió un poco de envidia por la vida en libertad que gozaban esas dos mujeres.

—Por lo visto tú también sabes de hierbas —interrumpió Ayla sus pensamientos, y Megan sonrió.

—No sé demasiado, pero me gusta pasear por el bosque. A veces mi cabeza va muy deprisa y es la mejor forma de alejar mis malos pensamientos.

Ayla la miró de forma extraña pero después asintió.

—Sí, yo cuando me asaltan pensamientos corro —se rio—. Así que puedo entenderlo, aunque no siempre corro por el bosque. Ann se enfada conmigo cuando lo hago por los pasillos del castillo.

—Puedo entenderlo —ambas se rieron.

De pronto se escucharon pisadas y gritos.

—¡Señora! ¡Señora!

—Creo que mis guardianes me han encontrado —dijo Megan.

Ayla asintió al ver lo evidente. Dos jóvenes soldados avanzaban a la carrera, sin duda asustados por haber perdido de vista a la señora McLeod.

—Este problema te lo dejo a ti, quizás puedas venir otro día a visitarnos.

Megan no tuvo tiempo de responder, pues Ayla desapareció a través del bosque, tan misteriosamente como había aparecido.

Aún con los ojos muy abiertos, Megan se dio la vuelta para salir al encuentro de sus hombres. Era hora de regresar al castillo, pero regresaría.

—Hasta la vista, Ayla —susurró al viento.

Capítulo 22



Duncan apenas podía disimular su cara de pocos amigos cuando entró en la fortaleza. Estaba encendido de pura rabia, ¿cómo se atrevían esos malditos bastardos?

—Bueno, no ha ido tan mal —dijo Guillard sentándose en una de las sillas frente a la chimenea encendida.

Era tarde, casi todos los siervos estaban descansando y las llamas de la chimenea lamían las oscuras paredes del gran salón.

Duncan no podía sentarse, caminó frente a esta sin mirar a ningún sitio en concreto. Estaba furioso.

—¿Qué no ha ido mal? —bufó por la nariz—. Ni por un instante me he creído que dejen la elección de esposa a mi criterio. Porque ¿sabes qué? —gritó haciendo que Guillard lo mirara —. ¡Yo ya tengo una esposa!

—Y una muy bonita —lo animo el pelirrojo.

—¿Quieres morir? —lo atravesó con la mirada.

—No, señor.

—No es momento para tus bromas.

Guillard alzó las manos y asintió.

—De esta visita hemos aclarado que, definitivamente el robo de ganado lo perpetuaron los Boyd y que es muy probable que cesen un tiempo.

—Tiempo en el que quieren que hable con el rey y repudie a mi mujer —espetó furioso —, y esto no va a suceder.

No quería seguir gritando en medio del salón, y mucho menos en uno que su mujer podía

escuchar aquella conversación.

—No le digamos nada a Megan.

—Ni una palabra —convino Guillard—. Pero no creo que insistan mucho después de tu tajante respuesta.

Su desfachatez no tenía límites.

—Me sigue preocupando que negaran conexión alguna con los Harris —dijo Duncan pensativo—, quisiera hablar con Lachlam, él me daría su parecer. Los ataques que sufrimos, la aparición del padre Benedict… hay que estar atentos.

Se habían tomado demasiadas molestias en intentar matar a su mujer y forzar una alianza.

—¿Y Brianna? —dijo Guillard—. Sé que has hablado con ella a solas.

Brianna… Duncan no quiso responder. Ella, seguro era inocente. Que su padre quisiera forzarla a ese matrimonio, no significaba que ella quisiera ser la señora McLeod, y mucho menos que supiera los planes de su padre. Al fin y al cabo, solo era una mujer.

—¿Y qué piensas hacer, Duncan?

—De momento… —dijo él clavando la mirada en el fuego del hogar—, recuperar nuestro ganado.

Guillard cerró los ojos, se avecinaban problemas.

Tras la conversación con Guillard, Duncan entró en su alcoba en silencio. Era muy tarde y no deseaba despertar a su esposa pero, aunque ella estaba acostada, la encontró despierta.

—Duncan —lo llamó, incorporándose con rapidez, al escuchar sus pasos al entrar.

Se acercó a ella y se sentó al borde de la cama, a su lado. Las llamas de la chimenea se reflejaban en su bonito rostro, salpicado de pecas que parecían querer escapar de su nariz. Sonrió, preso de una súbita ternura.

—¿Estoy soñando? —preguntó ella, inocente y a él se le escapó una suave carcajada.

—Me temo que no.

Megan se alegró tanto de verle a salvo, que no pudo evitar acercarse a él y besarle en los labios. Fue un beso rápido, y de inmediato, al apartarse, se sonrojó. ¿Había sido demasiado atrevida?

Él, sin embargo, le regaló otra sonrisa. Aún así, parecía preocupado, pero no quiso preguntar el motivo de su inquietud.

—Es tarde, ¿qué haces despierta? —le dijo, afectuoso.

Ella se encogió de hombros.

—Estaba a punto de caer rendida —mintió. Ciertamente, la ausencia de su esposo la había mantenido inquieta, haciendo que ocupase el tiempo en cualquier cosa que no la hiciera pensar demasiado. Pero él era un guerrero, esa era su naturaleza y Megan tendría que aprender a lidiar con eso. Pero ahora que lo tenía a su lado, toda preocupación se había esfumado y sentía una alegría genuina.

Fue ella quien salvó la escasa distancia que los separaba, para abrazarlo. Lo había echado tanto en falta…

Duncan cerró los ojos ante el cálido gesto, y no pudo evitar que sus labios se curvasen hacia arriba. La rodeó con los brazos, y de inmediato la ternura que sentía se transformó en pasión.

Buscó su boca, y la halló más que dispuesta. Los labios de Megan se abrieron para él, y las lenguas danzaron con sensualidad.

Se inclinó sobre su esposa hasta que ella quedó tendida sobre el lecho. Sin dejar de besarla, deslizó las manos por la camisola y gruñó de deseo al sentir la cálida piel. Momentos después, Megan estaba completamente desnuda.

—Duncan —gimió ella, retorciéndose, cuando los dedos de Duncan rozaron sus senos.

—Odio separarme de ti —confesó él, masajeando los suaves pechos.

Pero se separó de ella para desnudarse. Necesitaba sentirla piel con piel.

Megan, con las mejillas sonrojadas y mordiéndose el labio, se apoyó sobre sus codos y miró a su esposo. Él se había puesto de pie, y en esos momentos se estaba quitando la ropa. Tuvo

que contener un gemido, al ver el reflejo de las llamas navegar por su piel, mientras el kilt se deslizaba por su cuerpo hasta caer al suelo. Su esposo quedó ante ella, completamente desnudo. Tragó saliva al ver su orgulloso miembro, palpitando de deseo.

—No me hagas esperar más —exigió Megan.

Duncan no lo hizo. Reptó por el cuerpo de su esposa, al tiempo que iba regando su nívea piel con húmedos besos y suaves mordiscos.

Megan ardía, toda su sangre parecía estar en ebullición. Abrió las piernas de forma inconsciente, invitando a su esposo a entrar en su interior. Duncan jamás la había sentido tan dispuesta. Aún así, sus dedos abrieron camino para acariciar los suaves pliegues de su feminidad. Estaba húmeda, y tan caliente que podría decirse que quemaba. Acarició el duro botón y ella soltó un grito. Duncan gruñó satisfecho.

—Por favor… —suplicaba Megan, mientras se retorcía bajo el toque del highlander—, te necesito…

Duncan no desoyó sus súplicas. Se colocó entre sus muslos, y la atravesó con una rápida estocada. Su calor lo rodeó, lo hizo gritar. Notó como ella iniciaba una exquisita danza, moviendo las caderas con suavidad. Se retorcía, gemía, se mordía el labio hasta casi hacerlo sangrar. Su rostro reflejaba el placer que estaba sintiendo, algo que llenó de orgullo a Duncan, y lo excitó aún más.

Aumentó el ritmo, mientras observaba el éxtasis en los ojos azules de su esposa. Tenía las mejillas consoladas y los labios entreabiertos. La besó de nuevo, y ella alzó las rodillas para atraerlo más hacia sí. Entrelazó los tobillos en sus caderas y abrió los ojos para mirar a su esposo, suplicante.

—Más… ¡Oh! —dijo, entre gemidos.

El sexo de Megan empezó a contraerse y a expandirse, y su garganta expulsó un grito de placer. Duncan no pudo soportarlo más, y tras varias estocadas, se vació en su ardiente y resbaladiza cueva.

El cuerpo de su esposa temblaba entre sus brazos. No era miedo, sino placer. Aún unidos,

se abrazaron y continuaron besándose hasta caer rendidos.

No había despuntado el alba cuando Duncan abrió los ojos. Su dulce esposa descansaba con la cabeza apoyada en su pecho. Los cabellos de fuego, gruesos y ondulados se desparramaban por el cojín. Era tan hermosa que incluso cortaba la respiración.

Pero una vez más, debían separarse. Se vio tentado a besarla, y tomarla una vez más, pero dormía tan plácidamente que no quiso despertarla.

Cuando los párpados de Megan se desplegaron poco después, su esposo había marchado de nuevo, y se preguntó si había sido realidad, o sólo un dulce sueño.

Capítulo 23



Unos días después, Duncan volvió a entrar en la fortaleza, lo hizo con un sonriente Guillard, quien no podía estar más orgulloso de haber recuperado, durante la noche, las cabezas de ganado robadas por los Boyd.

En el gran patio central los hombres reían contentos, algunos de los habitantes del castillo los miraban con una sonrisa bailando en los labios, aunque con cierto deje de preocupación por las represalias de los Boyd, pero igualmente orgullosos.

—Ahora será mejor que vigilemos un par de días esos terneros, o el trabajo realizado, puede que haya sido inútil —dijo Duncan a Guillard.

—Lo que usted diga —se burló al verlo impaciente por desaparecer.

Duncan cruzó el patio de armas, como si no lo hubiera oído y caminó con premura hasta su alcoba. A nadie le pasó por alto que el señor había estado deseoso de volver a casa y sobre todo de estar con su mujer. Lamentablemente al entrar en su dormitorio, no encontró a Megan, pero sí a una doncella que, con los brazos ocupados con ropa para lavar, lo miró con los ojos muy abiertos.

—¡Mi señor! —exclamó—. Ya han vuelto.

—Así es, Elsie—La joven le sonrió, al ver que su *laird* conocía a todos por su nombre—. ¿Y mi esposa? ¿Dónde está?

—En las cocinas, preparando unos… —el gruñido que expulsó Duncan hizo que la muchacha dejara de hablar. De igual modo, aunque hubiera continuado, su señor no la habría escuchado, pues no hubo terminado de hablar cuando él ya estaba descendiendo los escalones de

la torre, rumbo a las cocinas.

Otro gruñido, esta vez en la solitaria escalera. Su humor se iba agriando por momentos y es que no le había gustado no verla nada más llegar. ¿Acaso no estaba pendiente de él? ¿No lo echaba de menos? Puso los ojos en blanco por lo absurdo de sus pensamientos. ¿Por qué le importaba tanto? Y por otra parte, ¿qué hacía su esposa, manchándose las manos en la cocina? La reprendería por ello.

Atravesó el salón y después el estrecho pasillo de apenas dos metros que daba paso al interior de todo aquel caos. Abrió aún más la puerta de madera que Ann había exigido para que no hubiera corrientes de aire y el humo, de haber invadido la cocina, no pasara al salón.

Se quedó parado viendo aquella enorme dependencia, con grandes arcos y una chimenea que podía albergar a tres hombres como él.

—Señora McGuillis —rugió Duncan— ¿Dónde está mi esposa?

La mitad de las muchachas reprimieron un grito y otras tantas se llevaron una mano al corazón. Solo Ann sonreía de oreja a oreja.

—Está en la antigua cabaña del herrero.

Duncan frunció el ceño, pero por las cejas arqueadas de Ann era probable que no estuviera haciendo nada malo.

—Esa cabaña está al borde del derrumbe.

—Ella insistió, dijo que allí no molestaría a nadie.

Duncan miró la puerta de salida hacia el patio interior. Sus grandes zancadas lo sacaron de la cocina. ¿Por qué necesitaba su esposa estar en la antigua cabaña del herrero? Ese lugar no se utilizaba desde que el viejo Fergus había muerto, su hijo se había hecho cargo de la herrería, pero vivía en otra casa adosada al muro, cerca de la forja. Esa cabaña ya no se utilizaba más que para almacenaje, pero al parecer Megan había decidido darle uso. ¿Qué uso? ¿Qué hacía en secreto allí?

Ignoró a los hombres que lo saludaban, solo con su mente fija en encontrar a su esposa.

La cabaña solo tenía una ventana cubierta por una tabla de madera y una puerta que había

vivido mejores tiempos. Abrió sin llamar, y se dio cuenta de que toda la tensión lo abandonaba al encontrarla sola. Cerró los ojos, ¿qué había pensado? ¿qué estaría con otro hombre?

Suspiró.

Lo que vio era demasiado extraño como para enfadarse. Pero… ¿qué demonios estaba preparando? Olía a rayos. Pero ella… ella era tan hermosa.

Megan no se dio cuenta de su presencia, estaba canturreando en la penumbra de la choza. La chimenea estaba encendida y ella removía un caldero del cual salía un vaho, que hacía que la piel de su rostro y brazos resplandeciese, salpicada con pequeñas y húmedas perlas.

Duncan cerró la puerta tras de sí y la observó. Frente a la chimenea tenía toda una selección de hierbas y artilugios, botes y morteros, con los que estaba preparando alguna especie de remedio.

Se acercó sigiloso.

Megan llevaba un vestido de color verde, y un delantal blanco. Iba con las mangas arremangadas a la altura del codo. Su cabello suelto, estaba cubierto en parte por un paño blanco y ancho que evitaba que el flequillo le molestase. Tenía las mejillas sonrosadas, y en esos momentos se mordía el labio inferior, en un gesto tan sensual que provocó que su miembro se endureciese.

—Sí —dijo muy complacida consigo misma—, creo que esto ya está.

Él rio suavemente al ver que hablaba sola.

En ese momento, Megan se percató de su presencia, y dio un respingo al verle parado junto a la mesa de los remedios.

—Santo cielo, ¡Duncan! ¡Has vuelto!

Él no se movió, pero tampoco hizo falta, Megan fue la que superó la distancia y se echó entre sus brazos.

Duncan correspondió a su abrazo, sus fuertes brazos la rodearon y la alzaron del suelo de tierra batida. Le costó unos segundos darse cuenta de que su joven esposa estaba llorando.

—Megan…

—Oh, Duncan… perdón por ser tan estúpida —dijo apartándose un poco para verle el rostro, se limpió una lágrima con los dedos y después volvió a colgarse de su cuello— ¡Cuánto me alegra que hayas vuelto sano y salvo!

Duncan tragó saliva, y besó su coronilla.

—No me he ido a la guerra, mujer. Solo ha sido una escaramuza.

Cerró los ojos y se concentró en su aroma por varios segundos. También en la calidez de su cuerpo, y en cómo temblaba al intentar no sollozar.

—Escaramuza o no —respondió Megan—, sé que es peligroso. No hay que enfadar a los Boyd.

Él la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Quién te ha dicho eso?

—¡Todos! —respondió Megan, sin querer delatar a Ann y Elsie.

Él sonrió, aún sin soltarla.

Tiempo después, cuando se hubo saciado de su abrazo, le alzó la barbilla para que lo mirase a los ojos.

Ese gesto, que en el principio de su relación había sido violento, ahora era algo que Megan adoraba, que él le acariciase la barbilla y guiase su mirada hasta la suya. Pero tenía los ojos anegados en lágrimas, y eso le daba vergüenza.

—Esposa, tendrás que acostumbrarte. La vida aquí… es un poco más.

—¿Salvaje?

Él gruñó haciéndola reír.

—Diferente.

—Ya veo.

—Además… la guerra es mi oficio.

—Lo sé, lo sé… —dijo apesadumbrada—, no olvido que eres un guerrero. Por eso estaba preparando ungüentos y medicinas por si alguien regresaba herido.

Duncan la miró, extrañado. No sabía que ella supiese de hierbas.

—¿Eso hacías? ¿Por eso este olor tan delicioso? —se burló de ella.

Se miraron intensamente a los ojos, pero poco después desplazó la mirada hacia su boca, la cual iba a besar de inmediato. Se acercó a ella cuando la puerta se abrió e hizo que Duncan frunciera el ceño.

Un chico llevaba un cubo de agua que su esposa había pedido.

Megan se puso colorada al ser encontrada entre los brazos de su esposo, intentó apartarse, pero él no se lo permitió.

—¡Largo! —bramó, asustando al pobre chico, que dejó caer el cubo y salió corriendo después de cerrar la puerta.

—Duncan… —lo regañó cariñosamente Megan—, yo le pedí que trajera…

—No me importa —interrumpió, pero su tono ya no era duro y su mirada volvía a estar cargada de pasión—. No quiero que nadie me moleste cuando estoy con mi esposa.

—De acuerdo —convino ella sonrojándose. Megan parpadeó, y vio como el rostro de su *laird* variaba de nuevo a la ternura— ¿Sabes que das un poco de miedo cuando gritas?

Él la miró, primero sorprendido, y después soltó una gran carcajada que retumbó en las paredes.

—Dar miedo también es mi trabajo.

Megan se sonrojó, y soltó una risita.

—A mí también me costó trabajo entender eso.

En ese momento, Duncan pareció comprender muchas cosas. Pero no dijo nada, tan solo acercó los labios a los suyos, y la besó.

¡Oh! Llevaba tanto tiempo deseando hacer eso. De hecho, no había dejado de pensar en los labios de su mujer durante esos dos días que había estado ausente.

No fue un beso apasionado, o sí, pero no fue rudo, sino suave, sensual, erótico. Megan gimió, cuando notó la lengua de Duncan rozando sus labios para que los abriera, no tardó en obedecer a la deseada exigencia. Gimió cuando él avanzó, explorando su boca. Sus manos, grandes y rudas se desplazaron por toda la espalda femenina, hasta demorarse en su estrecha

cintura.

—Duncan… —abrazó su cabeza para que no se apartara.

Cuando los pies de Megan tocaron el suelo, él aprovechó para acariciar sus pechos con delicadeza. Soltó un gruñido al notar en las palmas de las manos, los pezones endurecidos de su esposa, bajo la tela del vestido.

—No deberíamos… ¡Ah! —contuvo el aliento cuando él la empujó contra la mesa.

Duncan le abrió el escote lentamente, mientras ella lo abrazaba y se pegaba más contra él. Había echado de menos su roce, la caricia de sus manos, su pecho fuerte y desnudo contra los senos de ella. Y esa lengua…

Volvió a deshacerse.

—Duncan. —Como si fuera una invitación, él la agarró por las nalgas y la alzó.

Megan abrió los ojos, sorprendida, y rio mientras su esposo, mirándola a los ojos, la colocaba sobre la mesa de madera.

—Esposa, pienso darme un festín —avisó, con una sonrisa lobuna.

Ella asintió con los ojos muy abiertos, disfrutando de las sensaciones que él le provocaba en cada trozo de piel que acariciaba.

Duncan apartó los botes y hierbas, barriéndolo todo con un brazo. Muchas de sus cosas cayeron al suelo, pero a Megan no le importó.

—Adelante, esposo —lo invitó ella, y Duncan la miró como si fuese un pastel de zanahoria recién salido del horno.

—No seré delicado, no hay tiempo para eso —le dijo.

Ella asintió con entusiasmo.

—No quiero que seas delicado.

Sus mejillas ardieron ante la expectativa.

Sabía lo que vendría a continuación. Lo sabía, y lo deseaba.

El trasero de Megan tocó la madera y las manos de Duncan bucearon bajo su falda mientras su boca no le daba tregua.

Ella se abrió para él, más de lo que estaba, y se alzó el vestido por encima de los muslos. Atento a ese movimiento, Duncan dejó de besarla y la observó con atención. Ella hizo otro tanto y, sin dejar de mirar a su esposo, fijamente, se mordió el labio inferior. No fue un gesto premeditado, no lo había hecho a propósito. No pensó lo que iba a provocar en su esposo ese ingenuo gesto.

—Veo que me has echado de menos.

Ella asintió sin liberar su labio inferior.

—Mucho.

Duncan jamás había visto a su esposa comportarse de forma tan desinhibida. Y eso hizo que su miembro se endureciera por completo. La besó de nuevo, y esta vez no fue delicado, más bien lo contrario. La conquistó con la boca, y después la invadió con la lengua. La exploró, chupó, lamió, incluso mordió esos labios rosados y sensuales, mientras sus manos se iban perdiendo entre sus piernas.

Sus muslos cálidos temblaban con cada roce, y pronto encontró la fina prenda que lo separaba. Le bajó las calzas, y descubrió su sexo, húmedo y palpitante. Dispuesto para él.

—Aaah, Duncan —gimió Megan, al notar sus dedos, acariciándola, invadiéndola.

Mientras tanto, sus manos desataron el cordel que mantenía cerrado su escote. Fue tirando de él, hasta que vislumbró el corpiño, y bajo este una fina camisa que poco tardó en dejar expuestos sus pechos.

Le dio un tirón a la tela y la desgarró. Megan soltó un chillido que él se apresuró a dejar morir entre sus labios.

—Eres tan sensual… —le dijo Duncan, acariciando su punto de placer, y notando como ella se retorcía bajo el toque de sus dedos.

—Es tu culpa —respondió ella—. Tú me has vuelto así, una descocada…

Él sonrió contra su boca.

—Tendré que castigarte —le dijo, acercando sus nalgas a su miembro, enhiesto, bajo el kilt.

Ella se acomodó, abierta ante él, y casi ronroneó como una gata.

Esta vez fue ella misma quien descubrió su miembro, y lo tomó entre las manos. Se miraron a los ojos por un instante, y cuando ella empezó con sus movimientos, Duncan gruñó.

Las manos de él no se quedaron quietas, apretó sus nalgas, sin duda intentando que se acercara aún más al borde de la mesa. Quería tenerla lista para él, adentrarse sin más dilación en aquella cueva que él sabía se estaba tan bien.

—No resistiré mucho más —le advirtió su marido.

—No te resistas —se burló ella.

Megan guio el miembro de Duncan hacia su hendidura, y él empujó hacia adentro, haciendo que su esposa arquease la espalda y echase toda su melena hacia atrás, en un movimiento tan endiabladamente erótico que por poco hizo que se avergonzara vaciándose sobre sus muslos.

—Megan… —se quejó al tiempo que atacaba sus labios de forma apasionada.

Una de sus manos volvió a masajear uno de sus pechos, ya expuestos y listos para que él los besara o los mordiera, según lo que su dulce esposa exigiera. La miró a los ojos y las puntas de sus dedos pellizcaron el inhiesto pezón. Su reacción fue tan magnífica como la visión que dejó de ella.

La penetró sin miramientos, escogiendo un ritmo que iba acelerándose con cada gemido que escapaba de entre esa boca hecha para el pecado.

—¡Ah! Duncan…

—Sí, mi señora, dime qué deseas.

Megan tenía el cuello estirado, el vestido medio abierto y sus senos, redondos y níveos, coronados por rosados pezones endurecidos, rebotaban a cada embestida. Cuando la penetraba, ella soltaba un gemido, y cuando se retiraba, suspiraba a modo de protesta. ¡Oh ese sonido! Iba a volverle loco.

Sus ojos azules brillaban, vidriosos por el deseo, y sus cabellos rojos como el fuego, y ondulados como las olas del mar, se mecían tras su espalda a cada acometida. Él tenía una mano

en su cintura para evitar que cayese de espaldas, y la otra mano se adentró por las faldas y dio a parar a su sexo, húmedo. La postura hizo que tuviese la facilidad suficiente como para acariciar su endurecido punto de placer.

Y así lo hizo.

—¡Ah! Por favor…

Trazó círculos a su alrededor, lo pellizcó, y lo pulsó, sabiendo exactamente las sensaciones que causaba en ella.

Siguió con interés cada cambio en ella cuando empezó a hacer eso. Sus suspiros se tornaron gemidos, y los gemidos, gritos. Él aumentó el ritmo y continuó rozándola, acariciándola. A más placer que sentía ella, más placer le daba a él, pues las paredes de su cueva se contraían, se tornaban más resbaladizas, y a cada punto estaba más y más caliente.

—Oh, esposa mía —dijo, hundiéndose más profundamente en ella sorprendiéndose de que fuera posible.

Su mano abandonó su clítoris y la tomó por los muslos. Tiró de ella hasta que la espalda de su esposa estuvo sobre la mesa, sus rodillas dobladas y totalmente expuesta para él. La penetró con fuerza, hundiéndose hasta la empuñadura. Ella se arqueó dejándole una visión que por poco hace que se corra, pero resistió.

Apretó los dientes y se hundió en ella, una y otra vez, sintiendo como el latido era fuerte en su miembro.

—¡Duncan! ¡Ah! No… no puedo.

—Sí que puedes —corrigió él. Movió las caderas con más fuerza, a un ritmo más lento que le permitía que la estocada fuera más poderosa.

Duncan se inclinó más, y ella lo rodeó con las piernas y entrelazó los tobillos.

—¡Más, fuerte! —lo miró a los ojos provocando una fuerte sacudida en él— ¡Más adentro!

Su esposa pedía, exigía más. Y él se lo daría.

—Hoy te concederé todos tus deseos, esposa.

Empujó con fuerza. A cada acometida, ambos gritaban. El placer estaba casi en la cima.

Megan gemía y se retorcía, sus cabellos de fuego parecían una hoguera alrededor de su rostro, que lucía las mejillas arreboladas y los labios hinchados. Dioses, era tan hermosa, tan sensual, y sus pechos, se movían con tanta gracia. La vio agarrarse a sus antebrazos que la tenían asida por la cintura para que no se desplazara sobre la mesa con cada empujón.

Iba a correrse.

—Megan…

Ella no respondió, tan solo apretó las piernas a su alrededor, atrayéndolo más hacia sí.

—¡Megan! ¡Oh! ¡Esposa!

Ella cerró los ojos y gimió. Ese fue el momento en que él perdió el control. Todo era tan perfecto, ella era perfecta. Su sexo lo apretó, deseándolo más dentro de ella, Megan necesitaba que la marcara y Duncan la complació. Se vació en su interior con un rugido. La sujetó con fuerza para que no se apartara. Necesitaba estar dentro, quedarse allí y reclamarla como suya.

—Mía —dijo en un ademán posesivo que a ella le hizo sonreír. Pero solo el tiempo que él volvió a empujar.

Megan se incorporó, y lejos de permitir que su esposo abandonase la invasión, lo abrazó aún más fuerte, y empezó a mover las caderas contra él.

—Un poco más —suplicó—, solo un poco más.

Él la complació. La penetró varias veces más, mientras sus dedos hábiles acariciaron su sexo, haciéndola estallar. Entonces, sus gemidos que habían sido constantes y audibles, terminaron en un agónico grito.

Jadeando, cayó sobre su esposa.

—Oh, Megan…

Ella no le dejó hablar. Lo cogió por la nuca, e hizo que fuese él quien acercase su boca a la suya. Lo besó con ganas, lamió su lengua, sus labios, incluso los mordisqueó, juguetona. Cuando se separó unos segundos para mirarle, sonrió y arrugó la nariz.

Eso hizo que Duncan se la quedase mirando como un bobo, pero tan sólo por unos

segundos. Por unos instantes había creído que estaba ante un hada traviesa, o una *selkie* del mar. Negó con la cabeza, para disipar esas ideas de su mente. Sin embargo, de súbito vio como los ojos de ella variaban, de la satisfacción al miedo.

—¡Cielos, Duncan! —exclamó, y él la miró sin comprender.

¿Acaso había hecho algo mal? ¿Ella seguía temiéndole? ¿Qué… diablos…?

Entonces lo comprendió. Ella se miró la palma de su mano, y Duncan pudo ver que estaba manchada de sangre. Por un momento se puso nervioso, hasta que comprendió que la sangre era suya.

Su hombro izquierdo estaba herido. Un corte no demasiado profundo, pero sí lo suficiente como para asustar a una persona poco acostumbrada a las heridas en batalla.

—No es nada, esposa. No te asustes.

Ella lo empujó ligeramente, al tiempo que fruncía el ceño.

—¿Qué no me asuste?

Él rio besándola, juguetón.

—Un maldito Boyd se resistió un poco a que cogiera lo que es mío.

—Y por supuesto no ibas a dejar escapar a tu presa, aunque supieras que ibas a llevarte una buena herida.

Él la miró con una ternura que la conmovió.

—Yo jamás renuncio a lo que es mío, esposa. Jamás.

Capítulo 24



—¿Cómo no me habías dicho que estabas herido, Duncan?

Su mirada de reproche, y la orden, lo dejaron anonadado.

La vio, deshacerse de él, para recolocarse el vestido. Se lavó las manos, se ajustó el pañuelo en la cabeza, y se acercó a la olla, donde un mejunje maloliente seguía humeando.

¿Dónde estaba esa jovencita pusilánime, que siempre había lucido miedo en sus ojos? Aún seguía ahí, sin duda, pero había algo distinto. Un brillo de tesón en su mirada azul. Estaba encontrando su camino, y Duncan empezaba a entender por dónde cruzaba esa senda.

—Siéntate ahí, esposo. Voy a curarte.

Duncan, lejos de ofenderse ante la orden de su esposa y su ceño fruncido, se sentó diligentemente en el banco, junto a la mesa. La observó trabajar a su lado, donde él mismo había amontonado todas sus hierbas y enseres.

—¿Serás tan cruel de ponerme eso que huele tan mal? —se burló él.

Ella que estaba inclinada sobre la mesa, lo miró por encima del hombro e intentó ocultar una sonrisa.

—Si se te infecta, olerá aún peor.

Cuando se acercó a él con el ungüento en la mano, Duncan hizo un mohín de desagrado.

—Primero te la lavaré, por cierto, que estás hecho un desastre.

Le rodeó la cintura y la atrajo hacía sí ante semejante crítica.

—¿No te gusta mi olor?

Ella no respondió, pero se sonrojó haciendo que él soltara una carcajada.

—Me he aseado un poco en el río antes de venir. Sabía exactamente qué iba a hacer en

cuanto te viera —estrechó el abrazo, sin dejarle dudas de lo que tenía en mente.

—Ya veo. —No dijo nada más, pero se deshizo de su contacto.

Duncan se concentró en Megan, en como ponía a hervir agua para lavarle la suciedad de la herida. Mientras la vertía en un cuenco empezó a hablarle de las personas que habitaban en la fortaleza, vio el entusiasmo que expresaba al hablarle de los niños que mantenían el fuego siempre encendido en la cocina, de la anciana que regañaba a todo el mundo pero que luego hacía buenas obras intentando que nadie se diera cuenta. Le habló de los dos gatitos que había adoptado para que cazaran ratas en la despensa, pero que debían vigilarles para que no se comieran las provisiones. Parecía… feliz.

Sin pretenderlo la sonrisa de Duncan se ensanchó, a medida que crecía la de ella.

Sumergió un trozo de lino limpio para lavarle la herida del hombro.

—Y ahora no te muevas.

Él obedeció, pero no porque creyera que debía hacerlo, sino porque quedó hechizado por sus ojos, por su forma de tocarle con delicadeza. El corazón galopó en su pecho al percatarse de las arruguitas que le salieron entre ceja y ceja, cuando empezó a quitarle la suciedad de la herida, con extremo cuidado. En cómo sacaba la lengua y entrecerraba un ojo, mientras le colocaba el ungüento con un pequeño palito embadurnado, y cómo se mordía el labio y arrugaba la nariz, en el momento en que le colocaba los apósitos.

—Tú también crees que apesta —le dijo él para distraerse y no atacar sus labios.

Ella rio con ganas.

—Un poco sí, pero te prometo que será efectivo.

—Confió en ti.

Los ojos de Megan se clavaron en los de Duncan. Se miraron un largo instante, sin que sus manos trabajaran. ¿Confiaba en ella? Parpadeó con rapidez, como si supiera que las lágrimas iban a saltársele en cualquier momento.

—Ahora te vendaré —dijo ella, después de carraspear.

—De acuerdo.

Sus mejillas se sonrojaron cuando comprendió que tendría que rodear su torso con las vendas. Notó el calor que desprendía, que no era poco y se puso aún más colorada. Entonces, Duncan soltó una sonora carcajada.

—¿Qué sucede? —Lo miró, indignada.

Cuando Duncan paró de reír, suspiró. Y sin perder la sonrisa, la miró como un lobo hambriento.

—Estoy pensando seriamente en regresar a batalla, si vas a recibirme siempre así de bien…

Sus manos rodearon su cintura, y los pulgares presionaron en la tela para que notara su calor a través de la camisola.

Ella abrió la boca, indignada.

—¡Duncan McLeod! ¿Cómo se te ocurre? Si supieras lo mal que lo he pasado, sin saber nada de ti ni…

—¿Durante dos días?

—¡Dos días en el infierno! Estaba muy preocupada por ti y nuestros hombres.

Él alzó la ceja izquierda.

—¿Nuestros?

Ella se irguió, orgullosa, y alzó el mentón.

Eso le gustó a Duncan.

—Por supuesto. Soy la señora de esta fortaleza, ahora soy una McLeod ¿no es así?

—Ni siquiera tienes que preguntarlo —dijo él muy en serio.

—Estoy dispuesta a curar a todos nuestros hombres, sin excepción. ¿Acaso crees que esta enorme olla era únicamente para ti? ¿Dónde están? ¿Están heridos? Oh, ¿cómo se te ocurre distraerme, cuando me necesitan? —el golpe amistoso que le dio en el hombro le hizo parpadear.

Su mujer no le temía, y no podía expresar lo feliz que le hacía eso.

Duncan volvió a reír a mandíbula batiente y su esposa se encogió de hombros, tímida, pero también sonriendo.

¿Había hablado demasiado? ¿Acaso estaba siendo demasiado impertinente? De cualquier forma, no podía estar más contenta de que su hombre hubiese regresado sano y salvo de la batalla, y más de que la relación entre ambos fluyera tan bien.

—Duncan, no te burles de mí.

—No me burlo.

Acabó con el vendaje e hizo un pequeño nudo sobre su hombro, esperando que estuviera lo suficientemente fuerte para aguantar.

—Bueno… ¿y qué has estado haciendo, esposa? —la atrajo hacia sí y la obligó a sentarse sobre su rodilla.

Ella alzó una ceja contenta.

—¿Mientras tú jugabas a quitarle reses a tus vecinos?

—Eran nuestras reses.

—¿Nuestras reses? —sonrió feliz— Nuestras reses— le dijo inclinándose y besando sus labios— ¡Pues he hecho muchas cosas! Creo que me va a gustar vivir aquí.

Eso era perfecto. Porque a él ya le gustaba que ella viviera allí.

***

Megan se adaptó muy bien a la vida cotidiana en el clan McLeod. No solo empezó a amar a las gentes que vivían en la fortaleza, sino también los paisajes, las barcas que usaban para trasladarse, ¡mucho más que los caballos! Amó sus fiestas, bailes y canciones. Los highlanders no eran como ella había esperado, tenían poco de demonios y mucho de sátiros traviesos, especialmente su marido.

Había pasado años lejos de casa, pero ahora que había vuelto, parecía haber rejuvenecido. Era más entusiasta, más espontáneo. Quizás demasiado, una no sabía dónde iba a terminar tumbada. Si no iba con cuidado el heredero McLeod llegaría en cualquier momento. Megan había tenido su periodo hacía una semana, pero al retrasarse pensó… en fin. Llevaba dos meses

con el clan McLeod y esperaba poder dar pronto una buena noticia.

Los días transcurrían apacibles y después de la última incursión, su esposo había dejado claro a los Boyd que no iba a permitir más escaramuzas. Parecía que habían entendido el mensaje, hasta que tuvieron una visita inesperada, y por si fuera poco, tendrían alguna más.

La tarde transcurría como cualquier otra. El viejo Liam se había herido en la forja, y Robert se lastimó la pierna al recibir una coz de su caballo.

—Maldito animal —había refunfuñado mientras Megan examinaba la herida—. Por eso nos movemos en barca, ¿qué necesidad hay de atravesar los campos si puedes llegar a una bonita cala?

Megan asintió mientras contenía la risa. Liam era muy dado a las maldiciones en gaélico y ella, que cada día se esforzaba más en entender a su gente, se divertía con sus ocurrencias.

—Espero que coma estiércol durante una semana y se le pudran las tripas.

—Eso ha sido precioso —se rio al fin Megan.

Ahora rieron los tres.

Por su pasión por las hierbas, y estando Ingrid fuera del castillo, ella había asumido el rol de curandera. Siempre tenía preparado todo lo necesario para atender y curar a los heridos, aunque fuese un simple rasguño.

Esa tarde parte del techo de una de las cabañas que los hombres de Duncan estaban reparando cedió sobre ellos. Nada grave, pero varios tenían diferentes golpes y pequeñas heridas que Megan se empeñó en revisar. Concentró a los hombres en el salón. Las doncellas corrían de un lado a otro, trayéndole a Megan lo que necesitaba: agua caliente, toallas, vendas, las cuales habían confeccionado con telas viejas y posteriormente habían desinfectado con agua hirviendo, tal y como ella les había ordenado.

Tras las sentidas y largas quejas de los orgullosos hombres, se había instaurado en el salón una cierta paz.

Megan se sentía orgullosa. Para cualquier contratiempo, acudían a ella. Por supuesto que

empezaban su exposición diciendo: No es nada, es solo un rasguño… pero por orden del laird, sabían perfectamente que era obligatorio ser atendidos por la señora.

Megan se dio cuenta de que Duncan lo hacía para que ella se sintiera útil. ¡Y vaya si se sentía así!

Todos le consultaban y se sentía necesaria y querida.

Sobre todo… se sentía querida por Duncan.

Su marido no le había dicho que la amaba, pensaba ella con cierta tristeza, pero… tampoco esperaba que un highlander se comportase como un trovador romántico.

Duncan observaba a su esposa desde un lugar discreto. Guillard se paró a su lado al ver a su señor tan embobado. Empezó a hablarle sobre las fiestas de pascua que el padre Rob deseaba instaurar.

—Quizás una comida para todo el clan.

—Ya comemos todos juntos —dijo Duncan sin apartar la mirada de su esposa.

—Pero no bailamos —dijo Guillard. Duncan se limitó a asentir—, y podemos tocar, quizás traer un juglar.

Otro gruñido.

—Juglar.

Estaba claro que Duncan no le prestaba atención. Demasiado aturdido estaba con Megan. La miró correr de un lado a otro, dando órdenes con amabilidad, pero también con firmeza. Siempre con una sonrisa en los labios, ganándose el respeto y el cariño de sus hombres. Llevaba el pelo recogido en una larga trenza de fuego, un pañuelo en la frente, anudado a la nuca, y las mejillas sonrosadas a causa del esfuerzo no solo de acarrear baldes de agua, sino de lidiar con los testarudos McLeod. Por supuesto, la señora McGuillis la observaba con orgullo y las demás doncellas la seguían encantadas, acatando cada orden que les daba.

—Se ha adaptado bien —murmuró para sí—. Muy bien de hecho.

Duncan asintió al oír comentario de Ann. Sí, a Megan se la veía feliz y eso le hacía sentir… orgulloso. Había logrado que el cervatillo asustado fuera la señora del poderoso clan McLeod.

—Sí, todos los demás también parece que nos hemos adaptado bien a tener un laird babeante.

—Así es —Duncan siguió cabeceando con la atención puesta en aquella cabellera rojiza.

—No me estás escuchando, nada en absoluto.

—En absoluto —repitió Duncan absorto, eso provocó una carcajada de su amigo y jefe de armas.

Duncan había tenido serias dudas al principio, al considerarla una niña malcriada, pero ahora tenía que reconocer que su esposa era, sin ninguna duda, perfectamente capaz de liderar el castillo, y junto a él, el clan McLeod.

Era más que evidente, por las risas y los comentarios de sus hombres, que ya era del todo aceptada, le tenían cariño, pues su liderazgo consistía en comprender las necesidades de todos, y en ser la primera a la hora de arremangarse para ayudar. Nunca pensó en que sucedería nada semejante.

Duncan no podía estar más que satisfecho. Y orgulloso.

En un momento dado, ella se llevó el dedo a los labios, pensativa, mientras comprobaba la temperatura del agua con que iban a limpiar una herida. Luego alzó la mirada y se chocó con los ojos de Duncan. Al verle con aquella sonrisa ladeada que a ella tanto le gustaba, su rostro se encendió como el color de su cabello.

Inmediatamente después, Elsie fue a consultarle algo y las miradas se descosieron.

—¿Puedes dejar de ignorarme? —insistió, Guillard.

Duncan negó con la cabeza, y después se apartó el pelo de la cara.

—No te ignoro.

—Claro que no —dijo el fornido guerrero pelirrojo—, por eso te he vendido dos vacas y una rueca mientras seguías admirando las caderas de tu mujer.

Ahora sí que Duncan le prestó atención, y lo miró con cara de pocos amigos.

—¿Has mencionado las caderas de mi mujer? ¿Quieres morir?

El gigante resopló.

—No, mi señor.

—Ya me parecía —dijo Duncan complacido—. Dime que es lo que es tan urgente para que vengas a incordiar.

—Bueno… ha desaparecido una res.

La paz entre los McLeod y los Boyd se había instaurado después de la visita de Duncan a sus tierras, que le hablara de la desaparición de una res, no tenía por qué significar…

—Quizás se haya despeñado por un acantilado.

—Quizás —dijo Duncan pensativo mientras se rascaba el mentón. Pero… ¿y si no había sido eso? — ¿Cuándo ha ocurrido?

—Hoy la hemos echado en falta.

Duncan respiró en silencio varios segundos.

—Mejor será que vigilemos. Quiero saber de inmediato si sucede cualquier otra desaparición. —Duncan iba pensando en las consecuencias que podría tener que los Boyd insistieran en su forzada alianza. Eran unos idiotas. Sería mejor que se mantuvieran alejados de sus tierras si es que sus intenciones no eran honestas.

—Quizás no sea nada. De querer atacarnos, lo harían en las granjas del este, que son las más apretadas.

—Coincido.

—Los Boyd siempre han sido unos rastreros —dijo Guillard—. Pero tenía la esperanza de que no insistieran en lo del matrimonio.

Duncan dejó de mirar el salón, y en concreto a su laboriosa mujer y se centró en su amigo.

—No han enviado mensaje alguno, no han pedido reunión, o exigido que me case con su hija. Creo que podemos darles el beneficio de la duda… por ahora.

No había terminado de decirlo cuando el joven William entró corriendo, miró a su señora, pero al posar la mirada sobre el laird, se acercó corriendo.

Duncan frunció el ceño.

—¿Qué ocurre, William?

—Me mandan a informarle que tenemos visita.

—¿Qué visita? —fue Guillard quien preguntó con el ceño fruncido.

No había terminado de decirlo cuando alguien entró en el salón. Venía solo, sus ropajes no eran todo lo sencillos que deberían ser para un hombre de Dios, que había hecho voto de castidad y pobreza.

—Padre Benedict —dijo Duncan dando un paso al frente.

Sus hombres seguían charlando, aún sentados en la mesa del salón, mientras eran atendidos por su esposa. Fue justo ahí, donde la mirada del sacerdote de los Boyd se posó.

A pesar de que Duncan y Guillard se acercaban a él, el hombre no apartó la mirada de la muchacha de cabellos de fuego.

Duncan lo vio fruncir el ceño.

—¿Qué está haciendo? —preguntó el padre Benedict olvidando todo protocolo.

—Curar a mis hombres.

—¿Es… curandera?

Guillard gruñó y Duncan respiró hondo por la nariz.

No le gustó nada la mirada colérica que ese supuesto hombre de Dios, lanzó a su esposa.

Capítulo 25



Cuando Megan terminó de limpiar las heridas, con dos de sus doncellas y dar unos puntos en la frente de un hombre, se limpió las manos con el delantal y se secó el sudor de la frente.

Estaba satisfecha con su trabajo.

—Creo que vais a sobrevivir, todos.

Los hombres estallaron en carcajadas. El ambiente era distendido, y lo fue más cuando la señora les ofreció varias jarras de cerveza. Pero cuando buscó la mirada de su esposo, supo que algo andaba mal.

Sintió una punzada de algo parecido al miedo cuando vio ese rostro familiar, junto a su esposo.

El padre Benedict.

Se acordaba de él, era el sacerdote de los Boyd. De repente el recuerdo de las rencillas con sus vecinos la pusieron nerviosa.

Se acercó a ellos, con la mirada puesta en ese hombre, e inclinó la cabeza al llegar al lado de su esposo.

—Padre Boyd, bienvenido —intentó que su voz sonara todo lo serena que debería—, ¿qué le trae por tierras McLeod?

Duncan la miró con calma y respondió por el sacerdote, cuya mirada fría y penetrante, no auguraba nada bueno.

—El padre Benedict ha venido para informarnos que su majestad ha desembarcado en estas costas.

—¿El rey David, está aquí?

Era inaudito que el rey se personara en las Hébridas. ¿Lo habría hecho alguna vez? Seguramente no.

—Nuestro rey, no quiere que sus súbditos olviden su juramento de lealtad —dijo el sacerdote con toda la intención—. Quiere recompensar a algunos de nuestros hombres por su lucha contra el falso rey, a otros… —arrastró las palabras mientras se centraba en Duncan—, simplemente recordarles que juraron lealtad y cualquier acto que insinue la falta de ella, será considerado traición.

Guillard gruñó y dio un paso al frente, pero Duncan alzó la mano.

—Padre, no creo que deba venir a mi casa a amenazarme.

La expresión del clérigo no mudo en absoluto, supuraba desdén y desprecio.

—No es una amenaza. Y mi intención al venir es informar de que los Boyd y su majestad, han decidido haceros una visita antes de la partida del rey.

Duncan apretó los dientes y Megan se puso nerviosa. Debían abastecer las despensas. ¿Cuántos invitados serían? ¿Habría caza suficiente?

—Yo…

—¿Intranquila, señora?

Megan parpadeó confusa, como si no entendiera por qué se lo decía.

—Bueno… hay mucho que preparar.

Los ojos de Benedict se posaron sobre la mesa y su mueca de asco fue incontrolable. Se llevó la mano a la nariz.

—Le sugiero que se deshaga de todas esas hierbas y potingues… alguno podría confundir su buena voluntad en curar a los enfermos… con brujería —dijo arrastrando las palabras.

Megan sintió que se le paraba el corazón, pero Duncan la tomó de la mano.

—Mi esposa es curandera, algo que no tiene que ver con la brujería —dijo muy tajante—. Le sugiero por su propio bien que no insinúe lo contrario.

El padre Benedict se rio entre dientes.

—¿Y quien es ahora el que amenaza?

Antes de poder responder, se dio la vuelta y habló sobre su hombro.

—Iré a la capilla a rezar por sus almas —miró alrededor. Por el tono, tenía bastante claro que estaban en riesgo de perderse en el inframundo—. Espero la señora tenga a bien prepararme una cama y comida caliente. Mañana… llegará su majestad.

Nadie dijo nada, hasta que Benedict salió del salón.

Megan aún tenía las manos entrelazadas con las de su esposo. Los hombres a su espalda reían y hablaban de forma distendida, ajenos a la amenaza que implicaba tener al padre Benecit en su casa, y sobre todo, ajenos a la visita del monarca.

—Maldito cerdo… —empezó a decir Guillard.

Pero Duncan alzó la mano para hacerle callar.

—Vamos —ordenó—, hay mucho que discutir.

Megan se sorprendió cuando él tiró de ella, para que los siguiera. Definitivamente, era la señora del clan, y Duncan se iba a encargar de que todos lo supieran, incluso ella.

***

—Al parecer el rey David está haciendo un largo viaje por sus tierras, ha mandado construir varios burgos a lo largo de las Highlands y es más que probable que desee que las almas de las islas no se pierdan por malos caminos.

Duncan escuchó las palabras del padre Rob y asintió con interés.

Su sacerdote había visto la llegada del padre Benedict. Sobraba decir que no se llevaban bien, y Megan entendía muy bien por qué. Mientras uno había hecho verdadero voto de pobreza, parecía que para el de los Boyd, era simplemente una sugerencia.

Megan permanecía sentada junto a la ventana, mirando a su esposo de reojo e intentando averiguar por qué estaba tan alterado.

—No creo que sea coincidencia que el padre Boyd haya venido de avanzadilla —dijo Duncan—. Nos lo encontramos antes de llegar a las islas.

Megan asintió al recordar.

—Dijo que iba a visitar a mi padre.

Tanto el padre Rob, de pie frente al escritorio de Duncan, como Guillard, sentado frente a este, la miraron con interés.

—Sí —dijo su esposo—. ¿Sospechoso? Quizás. Lachlam y yo creímos que su visita a los Harris era para convencer al padre de Megan, de poner fin al matrimonio de su hija conmigo.

—¿Cómo? —se alteró el padre Rob—. ¡Eso es…! No puede deshacerse lo que ha unido Dios.

—Al parecer, los Boyd creyeron que tenían suficiente poder como para romper sacramentos. —Duncan lo dijo tranquilo, pero Megan lo conocía bien y vio como su parpado temblaba. Estaba furioso.

—Pero eso no sucederá —dijo ella con las manos recogidas sobre su regazo.

—No sucederá. —Duncan fue tajante, por si a su esposa se le ocurría albergar algún miedo.

Se miraron y sonrieron a la vez. Ella para disimular la inquietud que sentía, él para tranquilizarla.

—Ese hombre ansía poder —dijo Duncan recordando el encuentro con el padre Benedict —, puede verse a la legua.

Y lo peor de todo es que parecía que lo había conseguido.

Megan estaba de acuerdo.

Había peregrinado hasta las lowlands, y visitado a su padre, pensó Megan. ¿Sería posible que Duncan tuviera razón y lo hiciera para conseguir que su padre la presionara y abandonara a su marido? No pensaba hacerlo, de ninguna de las maneras. Por suerte, su familia estaba muy lejos. Y el rey… bueno, él había propiciado esa unión, no sería capaz de deshacerla.

Miró a Duncan de nuevo, esperando que la tranquilizara, pero al ver su ceño fruncido, no pudo más que sentir una ansiedad incontrolable.

Se levantó, atrayendo involuntariamente todas las miradas sobre ella.

—Iré a la cocina, sin duda habrá muchas cosas que hacer.

Duncan la miró inquieto y asintió.

—Por supuesto, esposa.

Nada más atravesar la puerta, Megan cambió de parecer y no se dirigió a la cocina. Estaba tan ansiosa que sólo habría entorpecido a las mujeres en sus labores y tampoco habría hecho nada de provecho. Así que empezó a subir los peldaños que conducían a su alcoba. Necesitaba estar a solas, pensar, respirar profundamente, intentar tranquilizarse, si es que eso era posible.

Llegó a sus aposentos, cerró la gruesa puerta tras de sí, con un sonido de bisagras, y caminó con lentitud hacia la ventana. Era casi medio día, el cielo lucía gris y el viento había empezado a soplar con fuerza, como si compartiese su estado de ánimo. Se quedó observando el bello pero adusto paisaje durante un tiempo indefinido, con la mirada perdida hacia ninguna parte. Mientras tanto, entrelazó los dedos con la esperanza de que sus manos dejasen de temblar.

¿Por qué estaba tan preocupado Duncan? ¿Realmente el rey David lo obligaría a repudiarla para evitar enemistades con Boyd? Sospechaba que él no le había contado todo lo que ella, como su esposa, debería saber. Eso la inquietaba, pero también la hizo sentirse insignificante. De nuevo. Porque si su marido no confiaba en ella… ¿la amaba, realmente? Últimamente él se mostraba cariñoso y atento con ella, su actitud le indicaba que sí pero… ¿Y si finalmente él se veía obligado a repudiarla? ¿Y si, en el supuesto de que el Rey cambiase de opinión, Duncan cedía a sus presiones? ¿Adónde iría ella? Debería regresar con su antigua familia, y eso le asolaba el alma. Pero se dio cuenta de que no era el hecho de volver con ellos, sino el tener que separarse de Duncan. ¿Amaba a Duncan? Se preguntó. La respuesta en su cabeza fue un sí rotundo. Lo amaba, y si él la abandonaba, su corazón se partiría en pedazos.

Tragó saliva y cerró los ojos ante tan terrible posibilidad. Solo el pensarlo, hacía que todo su cuerpo temblase como una pequeña hoja azotada por un cruel temporal. No volvería a verle, ni a su gente. Ella era realmente feliz en la fortaleza McLeod. Había aprendido a amar su nueva

vida, y todo podía serle arrebatado en un instante.

Oyó la puerta abrirse, y dio un respingo, asustada.

—Megan —oyó la voz de su esposo, pero Megan se quedó quieta, sin darse la vuelta. Agachó la cabeza, y tomó aire, para armarse de valor. Cuando se sintió preparada, giró sobre sus talones y miró a Duncan a los ojos.

Él la miró a ella con el ceño fruncido. Continuaba con esa misma expresión, preocupada, inquieta, ¿culpable? ¿Había tomado una decisión con respecto a ella? No pudo evitar temblar, pero se obligó a mantenerse serena, si es que eso era posible.

—Duncan —saludó, quieta como una estatua. Él se acercó a ella con lentitud, como si temiese espantarla.

—¿Qué es lo que te sucede? —inquirió, serio. Y se quedó a escasos pasos de ella.

Megan soltó el aire contenido para que su voz no sonara desgarrada.

—¿Qué te preocupa a ti, esposo? —preguntó, haciendo un gran esfuerzo para no apartar la mirada de sus ojos.

—No hay nada de qué preocuparse —respondió él. Ella negó con la cabeza, inconforme.

—Discúlpame, esposo, pero no te creo. La presencia del padre Boyd y…

Él salvó con una zancada la poca distancia que los separaba, y la asió por la cintura. La atrajo hacia sí, posesivo, y tomó su boca, con más fuerza de la que pretendió en un principio. Fue un beso enérgico, en el que le dejó bien claro a su esposa que era suya y que jamás dejaría de serlo. Al separar los labios, él lo corroboró con palabras.

—Eres mi esposa, ante Dios, y ante los hombres. Y nada de lo que pueda pasar cambiará eso. ¡Jamás! ¿Lo entiendes?

Megan apartó el rostro, y cerró los ojos. Suspiró. Tenía que confiar en él. No podía aferrarse a nada más que no fuera su palabra. Y Duncan jamás había faltado a ella.

—Tienes razón —reconoció—, hay cosas que ni siquiera un señor de las Highlands puede cambiar. Como una orden directa de su Rey, sin ir más lejos.

Duncan echó la cabeza hacia atrás, y exhaló el aire contenido. Después, regresó la mirada

a su esposa, y le acarició la barbilla con el pulgar. Esta vez fue más suave, porque entendió que ella estaba inquieta.

—Nadie, ni siquiera mi Rey, cambiará el hecho de que eres mi esposa. Eres mía, Megan, y yo soy tuyo. Esa es la única verdad que debes saber. Deja de preocuparte.

Y te amo. Te amo como jamás pensé que te amaría.

Pero esto último no se lo dijo con palabras.

Sino con un beso, tierno, pausado, sensual.

Megan sintió cómo se le ensanchaba el corazón. Las fuertes manos de su esposo la acariciaban con tanta pasión como delicadeza. Su sensual toque hacía que su piel ardiese. Gimió contra su boca, y él gruñó, excitado, al notar la vibración en sus propios labios. La acarició con la lengua, y ella echó el cuello hacia atrás cuando su boca navegó por su barbilla. Después posó los labios justo debajo de su oído, y lamió el lóbulo de su oreja.

Ella volvió a gemir. Posó las delicadas manos sobre sus hombros, y navegó por la áspera tela hasta que logró dar a tientas con la aguja. La desató, y el kilt se deslizó por el cuerpo de su esposo, quedando completamente desnudo ante ella. Megan abrió mucho los ojos, y en el brillo de sus pupilas se reflejó el deseo. Gimió, entreabrió los labios para recibir a su esposo de nuevo, pero él la asió por los hombros y, con suavidad, la obligó a darse la vuelta. La acercó hacia sí, y la rodeó con los brazos, desde atrás. Ella estiró el cuello y él le apartó el pelo, colocándoselo sobre el hombro. Besó la nívea piel, y empezó a desatarle el vestido, desde atrás. Megan notó cómo la tela dejaba de apretarle, y como las manos de Duncan se adentraban de entre el tejido de lana y la camisola interior. El vestido cayó al suelo y, esta vez con las manos en su estrecha cintura, volvió a darle la vuelta hasta que quedó frente a él.

Megan tragó saliva al ver de nuevo a su esposo, desnudo. Era apuesto, grande, fuerte, y su piel bronceaba estaba regada de cicatrices. Eso la asustó, al mismo tiempo que la excitó. Su esposo era un guerrero temible, pero con ella…

Notó como sus manos acunaban su rostro, para besarla de nuevo en los labios. Acto seguido, la alzó en volandas y caminó hasta el lecho, sin apartar los ojos de los de su esposa.

Megan temblaba, pero ya no de temor, ni ansiedad, sino de pura excitación. Sabía qué sucedería a continuación.

La depositó sobre la cama, su cabeza quedó apoyada en uno de los mullidos cojines, con los cabellos extendidos en abanico, sobre él. Duncan la miró, posesivo, y al mismo tiempo rendido ante su belleza. En sus ojos azules brillaba el deseo, en sus labios entreabiertos, la expectativa. De su garganta, expulsó un gemido de súplica, que él no desatendió. Reptó por su piel, suave y delicada, al tiempo que iba subiéndole la ropa interior de hilo. La desnudó despacio, acariciando cada centímetro, admirando cada una de sus divinas pecas. Ella alzó los brazos para facilitar que él le quitase la prenda por la cabeza, y finalmente quedó desnuda, al igual que él.

Duncan gruñó de placer cuando la besó en los labios. Se tomaría el tiempo necesario para que alcanzara el cielo. Lamió sus labios, saboreó su lengua, y fue bajando por su cuello, lentamente. Ella gemía, pero estaba quieta, con los ojos cerrados, sintiendo su toque, sensual y erótico. Notó como su lengua alcanzaba un pezón, lo succionaba, lo lamía y lo mordisqueaba, para después conquistar el otro seno. Las manos de Duncan sustituyeron sus labios, pues estos empezaron a descender, lentamente.

Megan intentaba no moverse, pero le estaba resultando harto difícil. Quería gritar, sentir su dureza en su interior, con premura.

Él no estaba por la labor.

Llegó al ombligo, lo rodeó con la lengua, y fue bajando por su vientre, hasta llegar al nacimiento de su vello, rojo, como su cabellera.

Llegados a este punto, Megan agarró el cabello de su esposo y cerró los puños. Arqueó la espalda hacia atrás abrió las piernas, en una sensual invitación. Necesitaba su toque, deseaba su lengua, deseaba su fuerza y su potencia.

Duncan, al ver los brillantes y rosados pliegues, se endureció más que nunca. Acercó la boca a esos labios, y lamió, despacio, muy despacio. Oyó gemir a Megan, fue un sonido encantador el que escapó de su garganta, sin palabras le estaba diciendo que quería más, que lo necesitaba todo de él, que estaba a punto de estallar en éxtasis. Se concentró en el suave y

endurecido botón, lo rodeó con los labios y succionó, mientras que con la lengua lo acariciaba también.

Eso fue demasiado para la cordura de Megan, que aún cerró más los puños en la melena de su esposo, y tiró de ella. Justo en ese instante, el orgasmo la poseyó.

Duncan la oyó gritar. También sintió en la lengua sus pulsaciones. Fue un éxtasis largo y tortuoso, tal que placentero. Cuando notó que había llegado a su fin, desanduvo el camino con sus labios, pero esta vez su piel temblaba y ardía, como la tierra azotada por la convulsión de un volcán en plena erupción. Regresó al ombligo, navegó por el vientre, conquistó sus senos de nuevo. Él mismo estaba muerto de deseo, pero su contención era admirable. Mordisqueó un seno, pero no se detuvo en el otro, reinició su viaje hasta encontrarse con los ojos azules de su esposa. Sus labios húmedos, su entrecortada respiración. Se hundió en su cuello, le arrancó un grito cuando mordisqueó su oreja. La miró de nuevo a los ojos. Ella suplicaba con la mirada.

—Duncan… no me dejes nunca —gimió.

—Jamás —respondió él.

Y no dijo más.

Se adentró en su resbaladiza calidez, despacio, disfrutando cada instante, cada roce, cada pulsación.

Megan abrazó a su esposo y buscó su boca. Él se la entregó, al tiempo que se la metía hasta la empuñadura. Al sentir su amplitud y dureza, ella gimió contra sus labios, y cuando sintió el retroceso, gimió también, de anhelo.

Fue íntimo, delicado, y al mismo tiempo sensual y exquisito. Duncan le hizo el amor a su esposa con cada caricia, con cada beso, con cada penetración, con cada mirada.

Pronto empezó a sentir como si las olas de un mar embravecido lo envolvieran. Como la corriente lo succionaba, hacia el fondo, donde sabía, se hallaba el más exquisito de los placeres.

Y se dejó ir, se dejó abrazar por ese placer, deshaciéndose de todo su ser, entregándose completamente a la suave cadencia de las mareas cálidas y sensuales.

Duncan supo que jamás abandonaría esas aguas. Antes, estaba dispuesto a luchar con

uñas y dientes, arrasar con todo, incluso poner en peligro su propia vida.

Por ella, por su señora, por Megan McLeod, la reina indiscutible de su corazón, y a la única a quien debía rendir pleitesía.

La miró a los ojos, y sin palabras, le dijo todas esas cosas.

Megan entendió. No hizo falta más.

Capítulo 26



El rey David, llegó a la fortaleza McLeod, tal y como había anunciado el padre Benedict.

—¡Duncan! —Guillard rugió—. ¡El rey está a las puertas, y no viene solo!

Duncan alzó la ceja izquierda, expectante, mientras el resto de las personas que permanecían en el salón, callaban de repente, en un silencio sepulcral.

Se levantó de su silla, en la cabecera de la mesa y Megan miró a Duncan con el nerviosismo impreso en el rostro.

Se alzó a su lado, pero su esposo siguió mirando a Guillard.

—Ya sabemos que no viene solo —dijo frunciendo el ceño—, lo que no entiendo es por qué te alegras tanto.

En verdad, Guillard lucía una espléndida sonrisa, como si le hubieran anunciado una buena nueva. Megan estaba tan desconcertada como cualquiera de los presentes, a quienes la visita del rey le hacía tan poca gracia como a ellos.

—Sonrío —dijo Guillard—, porque no solo viene acompañado por los Boyd.

Megan no lo entendió, y mucho menos el grito que se escuchó desde algún lugar del salón.

—¿Qué demonios…? —protestó Duncan a causa del escándalo.

La pequeña figura, vestida con pantalones de cuero y un jubón oscuro con capucha, se dejó ver de pronto. Al parecer había dormitado junto al fuego, fingiendo ser uno de los pillastres que lo mantenían encendido. Al dar un paso al frente, retiró la tosca capucha de su cabeza y dejó al descubierto su espesa cabellera dorada.

—¡Ayla! —exclamó sorprendida Megan.

Pero al parecer Duncan no lo estaba, su hermana solía aparecer, con la misma facilidad que desaparecía. Se movía como un fantasma entre las sombras, tenía una habilidad innata para no dejar oír sus pasos. Era algo que admiraba, pero en ocasiones, lo enervaba. La vio pararse en el centro del salón, con las manos juntas en señal de plegaria y los ojos inundados de lágrimas.

—¿Lachlam? —preguntó más para sí misma, con la esperanza de que el joven laird de las islas hubiera acudido de visita.

Guillard empezó a carcajearse.

—Podrás jurar que sí. Es Lachlam.

El grito agudo de Ayla los ensordeció a todos, pero eso no pareció preocuparla. Empezó a correr hacia las escaleras que daban al exterior. Desde allí su intención era ver el patio del castillo, y por supuesto, buscar a jefe de los McDonald.

Duncan no pudo hacer más que cerrar los ojos y rezar para que la chiquilla no los avergonzara frente al rey. Megan, desconcertada parpadeó sin dar crédito.

—No sabía que tu hermana conocía tanto a Lachlam.

—Lo conoce menos de lo que quisiera —respondió, entre dientes.

—¡Duncan! —su arrebató la escandalizó, pero al menos, Megan tuvo claro que si por Ayla fuera, sería la nueva señora McDonald.

La muchacha volvió a gritar cuando pasó frente a Guillard, llena de una emoción indescriptible.

—¡Ayla! —la voz del laird sonó como un trueno— ¡No incomodes a Lachlam!

Ella, lejos de mostrarle el respeto que un laird se merecía, le sacó la lengua.

—Lachlam McDonald no se incomoda por nada, ni se avergüenza de mí —volvió a correr hacia la salida, mientras Duncan suspiraba.

El laird McLeod podía apostar que, si alguien incomodaba a Lachlam McDonald, esa era sin duda Ayla.

Cuando instantes después la sonrisa de Guillard se apagó y miró a su señor, este asintió.

—Están desembarcando, en una hora llegarán a nuestras puertas.

Duncan asintió.

—Iré a prepararme —dijo Megan. Necesitaba lucir sus mejores galas y demostrarles a todos que se había adaptado bien como señora del clan McLeod.

Duncan le retuvo la mano, y la miró con toda la tranquilidad que fue capaz.

Les esperaban días oscuros, y más si Boyd había decidido acompañar al rey, para obviamente… nada bueno. ¿Tendría que soportar que los Boyd insistieran en que terminara con su matrimonio, para así desposarse con su hija Brianna? Duncan se centró en su esposa, que lo miró, no sin cierta preocupación. Esperaba que ese no fuera el caso, o habría sangre.

Además, no era posible, el propio rey había insistido que se casara con ella. Pero, ¿y si había cambiado de opinión?

Megan a su lado tenía los mismos pensamientos. Si aquellas eran las intenciones del rey para favorecer a los Boyd, sus fieles aliados, ¿dónde quedaría ella en esa ecuación? La sola idea de que la separasen de Duncan, la aterraba.

Miró a su esposo y lo vio asentir.

—¿Estás lista?

Ella sonrió a duras penas.

—No —dijo con sinceridad—, pero saldremos de esta.

Una hora después, tal y como había dicho Guillard, el propio rey, atravesó la puerta de la fortaleza, avanzando entre dos hileras de soldados que le daban la espalda, atentos a cualquier amenaza.

Duncan y Megan observaban la escena con detenimiento al verle avanzar por el patio. Guillard tres su señor, se inclinó levemente para susurrarle al oído.

—Esto no me gusta.

Era evidente por qué lo decía. La actitud defensiva del rey era clara. Aunque nada fuera de lo común, al fin y al cabo, estaba en una tierra que no le había jurado lealtad hasta que se

había visto obligada a ello.

—Al menos sonríe —dijo Duncan al ver como el rey y su séquito se paraban frente a ellos.

Justo en el flanco derecho, un paso por detrás del rey David se encontraba el señor de los Boyd, Alastair. Su expresión no podía portar mejores augurios. Parecía como si las rencillas entre clanes fueran de un tiempo pasado, muy, muy lejano. A su otro lado, también vestido con su kilt estaba Lachlam que parecía menos complacido de verle. Duncan se tomó eso como una señal, si su amigo no sonreía, es que se había visto obligado a ir, quizás portador de muy malas noticas, quizás solo para apoyarlo en caso de que sus sospechas se llevaran a cabo.

El resto de quienes formaban parte de la comitiva, eran nombres de la corte del rey que Duncan había visto alguna vez. El grupo era numeroso, pero nada que él y su esposa no pudieran manejar.

Cuando el rey finalmente se detuvo frente a ellos, todos se inclinaron ante David, que estaba contento de haber llegado por fin.

—¡Duncan McLeod! —exclamó el monarca.

Lo miró sin perder la sonrisa. Su atuendo de viaje era lujoso, nadie podría haber errado en quien era y qué hacía allí. Sin duda sus vestimentas y la corona ceñida sobre su cabeza, lo delataban. ¿Era habitual que el rey se presentara frente a sus hombres con ese círculo dorado con incrustación de piedras preciosas? No siempre era así, pero en tierras McLeod, el rey David quería dejar claro quien era el verdadero señor de todo lo que abarcaba la vista. El verdadero señor del propio laird McLeod.

Avanzó un par de pasos, y a Duncan no le pasó desapercibido el movimiento de la guardia real, que se apresuró a apoyar sus manos sobre la empuñadura de las espadas.

—Majestad, bienvenido a tierras McLeod.

Duncan no era idiota, no animaría al rey a ponerse en su contra, recordándole que eran sus tierras, pero sí que debía hacer hincapié en que allí eran McLeod y se comportarían como tales. Orgullosos y fieles a su palabra. Por supuesto el rey no sufriría daño alguno, pero como

había advertido a los Boyd en su última visita, si perseguían la idea de perjudicar a su matrimonio, y por lo tanto a su esposa, se las verían con él.

El rey dirigió su mirada a Megan.

—Mi esposa —se apresuró a decir Duncan, tomándola de la mano y haciendo que avanzara un paso—. La mujer con quien me ordenasteis desposarme, y la que me ha hecho dichoso. No tengo palabras para agradeceros este regalo.

—Majestad —sonrió, de forma encantadora, e hizo una graciosa reverencia. El rey centró de nuevo su atención en ella—. Nos honra vuestra presencia. Si os place, sería un honor que aceptase nuestra hospitalidad por el tiempo que desee.

A Duncan, no le pasó por alto como el rey respiraba profundamente por la nariz, algo contrariado. Por supuesto supo entender que la idea de deshacer el matrimonio se le había pasado por la cabeza al monarca y ahora se sentía algo molesto.

—No pensé que os haría semejante regalo cuando os forcé a tomarla por esposa.

Como única respuesta, Duncan sonrió y Megan dobló las rodillas para hacer una reverencia.

La mirada del rey se demoró en ella, más de lo necesario.

—Buenas caderas —susurró provocando la ira de Duncan, aunque se guardó mucho de no demostrarlo—, te dará hijos sanos y fuertes, McLeod.

—Los esperamos con ansias.

Megan se puso colorada ante la afirmación del rey. Entrelazó sus manos para que no temblaran. Jamás había visto al rey tan de cerca, solo una vez que fue invitado a un banquete en casa de su padre, pero no le permitieron acercarse.

Intentó olvidar aquellos tiempos.

Ahora, ya no era la de antes, una niña harapienta y odiada por su familia. Ahora era la señora de los McLeod, un clan temido y respetado. No podía negar los nervios que sentía, pero actuaría como se esperaba de ella.

Después de los saludos pertinentes, algunos más efusivos que otros, pasaron al salón

donde podían resguardarse del frío de finales de otoño.

Ayla siguió a toda la comitiva con la mirada. Escondida tras el pequeño muro, observó a la única persona que en realidad quería ver: Lachlam McDonald había regresado y se sentía tan feliz que no le hubiera extrañado que su corazón saltara de su pecho, de puro gozo.

Cuando Lachlam se sintió observado, se paró en el centro del patio, mirando a su alrededor hasta ver la cabecita rubia que se escondió de inmediato tras la piedra gris. Siguió con los ojos puestos en ese punto fijo, hasta que la cabeza volvió a asomarse y los ojos azules como el hielo ancestral lo miraron. Con devoción, con admiración… como siempre lo había mirado.

Sonrió antes de ponerse en marcha y para su sorpresa, tuvo que admitir que la calidez que sentía en su pecho, le recordaba a la misma que sentía al volver a casa.

Capítulo 27



El rey había aceptado la hospitalidad del laird y pasaría la noche allí, al igual que el Alastair Boyd. Por supuesto, Lachlam había llegado para quedarse más tiempo, pero ya tendrían oportunidad de hablar de ello.

Cuando el rey entró en el salón y se acomodó frente al fuego, Boyd lo hizo muy cerca suyo.

—Debo decir, McLeod —empezó a decir Alastair—, que veo este salón un poco más cambiado que la última vez que estuve aquí. Ricos tapices, todo es más… acogedor.

Duncan se mordió la lengua mientras notaba la presencia de su esposa a su lado.

—El toque femenino es evidente, ¿no crees? —le respondió Duncan con intención—. Nunca pensé que mi esposa me fuera tan necesaria y útil.

Lachlam y Guillard soltaron una risita. Megan pudo notar como se estaban divirtiendo. Eran dos gigantes en medio del salón, ambos con cabelleras pelirrojas, la de Lachlam mucho más oscura que la del jefe de armas de su marido. Los dos apuestos, aunque el señor de los McDonald parecía mucho más joven cuando sonreía. Había sabido que era un año menos que Duncan, por lo que seguramente cuando fueron vecinos en la otra isla, se habrían pasado la infancia jugando a ser formidables guerreros. Megan parpadeó y buscó con la mirada a Ayla, que seguramente había esperado oculta en el patio la aparición de su admirado laird.

No podía decir que notara que en el ambiente pesara la desconfianza. Alastair Boyd la saludó como un viejo amigo, y si no fuera por algunas miradas de escrutinio habría pensado que le era del todo indiferente.

Después de calentarse junto al fuego y tomar algo de vino especiado, el rey David se

levantó, exigiendo hablar con McLeod.

—¡Duncan! Hablemos.

—Por supuesto, mi señor.

Se retiraron al pequeño despacho, donde Megan había hecho encender la chimenea. Temía lo que pudieran hablar ambos, pero confiaba que todo saldría bien, y por la mirada que Duncan le echó antes de retirarse… él también lo creía.

Dos soldados de la guardia personal del rey los acompañaron, señal inequívoca que a pesar de que Duncan hubiera jurado lealtad, no dejarían la vida del rey en sus manos.

Al entrar en el pequeño despacho, que en su día se había utilizado como almacén, el rey pudo deleitarse con las esplendidas vistas que contempló desde la ventana. Lejos de ellos, a ambos lados de la puerta se quedaron los dos guardias.

Duncan no se sentó tras el gran escritorio, ni fingió ojear los pergaminos, ni el libro de cuentas. Simplemente esperó de pie a que su rey le hablara.

Lo hizo tiempo después, apartando la vista de la gran ventana y sentándose en uno de los almohadones que estaban sobre los bancos de piedra, adosados al muro.

—Acércate, Duncan —le habló con familiaridad.

Él obedeció. Allí junto a la ventana tendrían intimidad para poder hablar. Esta, estaba lo suficientemente alta como para que nadie los escuchara desde afuera, y los guardias quedaban lo suficientemente lejos para poder escucharlos.

—Majestad —le alentó el laird.

—Y bien, Duncan. ¿Qué tal la vida de casado? —exigió saber el rey sin perder la sonrisa.

Duncan, respiró por la nariz, profundamente. Necesitaba calmarse.

Sin duda esa pregunta no estaba hecha al azar. Si el rey quería saberlo, era porque su matrimonio era tema en la corte y muy probablemente recurrente para Boyd…

—Excelente. Megan McLeod es una excelente esposa, y una gran señora que se preocupa por su gente.

El rey asintió.

—Harris está preocupado por su hija.

La sorpresa se disparó en los ojos de Duncan. Harris jamás se había preocupado por su hija, y mucho menos lo haría ahora, a no ser… Apretó los dientes, incapaz de dar una respuesta serena.

Entendió la peregrinación del padre Benedict a casa de los Harris. La actitud del rey no hacía más que confirmar que Boyd había movido sus hilos para que el rey viera con buenos ojos que repudiara a su esposa, con el beneplácito de los Harris, y así desposarse con su hija Brianna.

Eso no iba a suceder.

—Es una mujer muy bella y educada. —Se rascó el mentón pensativo—. Y hermosa.

—No tengo queja alguna de mi esposa.

Eso pareció hacerle gracia al rey.

—Entiendo que… no quisieras cambiarla por ninguna otra.

Duncan intentó no hablar. Apretó los dientes y calló el tiempo suficiente para calmarse y que lo que dijera e hiciera a continuación, no se considerara traición.

—Pero no habréis venido solo a hablar de mujeres.

Ahora sí que David soltó una carcajada.

—No —respondió, una vez pudo calmarse—, me temo que estoy en plena peregrinación.

Duncan le escuchó con atención, haría cualquier cosa que desviara la atención del rey, de su esposa y de su matrimonio.

—He recorrido mis posesiones —empezó diciendo—. Los burgos que fundé, Elgin y Forres, están floreciendo. Y el Priorato de Urquhart es mi mayor orgullo. Y el matrimonio con Matad y la hija de Haakon Palsson, ha pacificado las fronteras del norte. Así pues… todo parece estar en paz en el reino.

—Y yo que me alegro.

Y en parte era verdad, ya tenía suficientes problemas con los Boyd, como para que el rey pensara en otra guerra.

—Así pues, mi preocupación era saber en qué punto nos encontramos.

Duncan lo miró sin comprender, pero temiendo que el carácter del rey jugara en su contra si lo ofendía.

—No comprendo.

—¿Debo preocuparme porque me des la espalda?

La respuesta de Duncan fue tajante.

—No.

—Bien —David se sintió, en cierta medida aliviado, puesto que le creía—. Y sobre las desavenencias con los Boyd… —hizo una pausa significativa por si Duncan quería agregar algo.

—No habrá problema, mi señor.

—¿Puedo confiar en ello? Los Boyd siempre han sido mis aliados y no quisiera que, al darme la vuelta, empecéis una guerra que no he propiciado, ni deseo.

—No ocurrirá —tuvo la audacia de sonreírle, algo que no hacía muy a menudo—. Creo que los Boyd han entendido que no me casaré con su hija Brianna. Tengo una esposa, que espero conservar muchos años —hasta el día de mi muerte, añadió para sí.

David pareció pensativo, pero no dijo nada que pudiera darle pie a Duncan a la preocupación.

—Entonces —dijo el rey—, disfrutemos del banquete que nos has preparado y bebed con Alastair. Sin duda vuestra buena actitud me convencerá de que no debo preocuparme.

—Sin duda le convencerá —dijo con su falsa sonrisa.

Bien, ahora solo tenía que conseguir que Andrew Boyd mantuviera su cabeza sobre los hombros el tiempo que estuviera en su fortaleza.

Una hazaña muy difícil, pensó Duncan.

Muy, muy difícil.

***

Ayla entró en los establos. En la parte más apartada, dos escuderos de los hombres llegados del sur charlaban animadamente. Por suerte sus risas no llegaban hasta allí, y el anochecer se presentaba tranquilo.

Al menos mucho más tranquilo que el latir de su corazón.

Dio un par de pasos hasta esconderse parcialmente detrás de uno de los postes de los establos. Se mordió el labio observando la enorme figura de Lachlam McDonald.

Sabía que acudiría allí. Amaba a sus caballos y después de un largo viaje, era seguro que él mismo se cercioraría de que el hermoso animal descansara en condiciones.

Sonrió al ver su espalda, los músculos de sus hombros tensándose bajo la camisa, y el largo kilt plegado con maestría, haciendo que el tartán de vivos colores, solo digno del laird, cayera con gracia a escasa distancia del suelo en la parte posterior. Sus suaves botas de cuero, altas hasta la rodilla, estaban manchadas de barro, pero eso no le quitaba atractivo.

Esperó… y esperó a que se diera la vuelta y dejara de cepillar a su caballo.

Un suspiro audible se escapó de entre sus labios y aunque ella no pudiera ver su rostro, el de Lachlam se iluminó por una radiante sonrisa.

—¿Vas a seguir espiándome?

Ayla no se sobresaltó ante las palabras de Lachlam, sino que se desplomó contra el poste y lo abrazó mientras pensaba que era al laird McDonald a quien tenía entre sus brazos.

Un suspiro enamorado hizo que él meneara la cabeza, divertido.

—¿Me has echado de menos?

Lachlam detuvo el movimiento de sus manos mientras acomodaba la manta de viaje sobre el caballo, procurando que no pasara frío durante la noche.

Sonrió de forma genuina. Nadie sabía sacarle una sonrisa como Ayla McLeod. Aunque en verdad, nadie acababa con su paciencia como esa mocosa descarada.

—Tal vez —respondió finalmente.

Enfurruñada, dejó el poste atrás y superó la distancia que los separaba a la carrera.

Sin mediar palabra se lanzó sobre la espalda del guerrero, apretando su fornido cuello con

sus brazos, de apariencia enclenque, pero extrañamente fuertes como para ser de una simple muchachita.

—¿Tal vez? —relinchó como si fuera una yegua enfadada—. Esa no es una respuesta, McDonald.

—¡Ayla!

—Dime que me has echado de menos.

Lachlam soltó una carcajada y se la sacó de encima. Los pies de ella no tocaban el suelo, y cuando él se inclinó y rodeó su cintura con un brazo, estrechándola con fuerza contra sí, ella se revolvió. Pero solo un instante, hasta que la sonrisa resplandeciente casi ciega a Lachlam.

—Sí que me has echado de menos —le dijo al guerrero.

Lachlam abrió la boca para decir algo, pero… la soltó enseguida.

—¡Ayla!

Lanzada lejos de sus brazos por un suave empujón, ella frunció el ceño y volvió a adelantarse. Pero esta vez, Lachlam estaba preparado y no la dejó acercarse más.

—Dame un abrazo —exigió ella.

Él volvió a reír por su descaro.

—Ni lo sueñes.

—¿Por qué? —preguntó contrariada—. Siempre me lanzabas sobre tu cabeza.

—Eras una niña —se quejó él.

—¿Y ahora no lo soy? —la forma en que lo dijo hizo que él alzara el mentón en señal de advertencia—. Ya no soy una niña, McDonald.

Ese hecho parecía ponerla de muy buen humor. A él, todo lo contrario.

—No, ya no lo eres, por lo que debes compórtate como lo que eres —Lachlam la asió por los hombros y la mantuvo a distancia, mientras la sujetaba para evitar que volviera a abalanzarse sobre él—. Fíjate, pareces un… realmente no se qué pareces.

—¡Una mujer!

—Más bien un muchacho que no se ha bañado en una semana.

—¡Me bañaré! Te lo prometo.

Lachlam asintió, complacido.

—Eso agradará a tu hermano, y a tu cuñada —dijo en referencia a Megan—, seguro que le alegrará reconocer a la muchacha que hay debajo de tanta mugre —le asió la cara con una sola mano y le apretó las mejillas hasta que su boca fue un fruncido de jóvenes labios tentadores.

Lachlam la soltó como si quemara.

Maldita sea.

—¡Ayla, compórtate! —dijo, de pronto de mal humor—. Veo que no has cambiado nada. Sigues acabando con mi paciencia.

—Sí, he cambiado, Lachlam —respondió muy orgullosa y sin perder el buen humor que regalaba desde que había sabido que él había vuelto—. Ya soy toda una mujer. ¡Mira! ¡Tengo pechos!

—¡Oh! ¡Por Dios! —Lachlam se puso una mano frente a los ojos cuando ella echó los hombros hacia atrás—. Sigues siendo una mocosa.

Ella hizo un mohín con los labios.

—¡No soy una mocosa! —le dio un manotazo en el pecho y él volvió a mirarla. Le pellizcó la mejilla como a una cría.

—Sí, una mocosa, pero una mocosa encantadora.

Los ojos de Ayla se iluminaron y brillaron como dos soles. Era increíble lo que las palabras del ser amado podían hacer en una mujer.

—¡Lachlam! —esquivó las manos y brazos del laird que se interponían entre ambos con ligeros aspavientos para evitar que ella volviera a saltarle encima.

—Para…

Ella era rápida y finalmente se echó sobre él, rodeando con fuerza su cuello.

—Yo… te he echado tanto de menos. —Asintió mientras lo decía. No importaba que él no. Ella lo añoraba por los dos.

—Ayla… —acarició sus cabellos dorados, con una ternura que no había sentido por

nadie más.

—Te quiero —hipó llorando.

—Pero… —Lachlam se horrorizó al ver las lágrimas— ¿Por qué lloras?

—Porque… me alegro tanto de que estés aquí, sano y salvo.

La risa fresca de él la acompañó mientras la mecía contra su cuerpo. Un abrazo cariñoso, como el que le hubiera dado a su querida amiga, una niña que había adorado siempre y que lo perseguía desde que había aprendido a caminar.

—Yo también, Ayla.

—¿También me has echado de menos?

Él, claudicó.

—Sí, yo también te he echado de menos.

¡Ah! ¿Qué iba a hacer con ella?

Capítulo 28



Megan estaba en su alcoba, preparándose para la cena. Estaba agotada y ni siquiera había acabado la noche.

Desde que el rey se había ido a hablar con su esposo, no habían parado de llegar invitados que abandonaron las barcazas para asistir a la cena en la fortaleza. Fuera de los muros se habían instalados varios campamentos, con los hombres fieles a diversos señores que formaban la corte. Megan no los había conocido a todos, pero durante la cena, las figuras más distinguidas estarían presentes. Sería el momento para tranquilizar al rey, fortalecer lazos y crear nuevas alianzas.

Se puso en pie, una vez que Elsie hubo terminado con su peinado. Un precioso recogido trenzado, y adornado con flores de temporada, y en las orejas unos hermosos topacios que pertenecieron a la madre de Duncan y que él le había regalado para la ocasión.

—Está preciosa, señora —dijo la doncella, sonriente.

Megan apretó los labios, y movió la cabeza de un lado a otro.

No se veía hermosa en absoluto, pero sí que deseaba causar buena impresión, y ese vestido de terciopelo granate parecía cumplir la función.

—¿Crees que le gustará a Duncan?

Elsie sonrió, porque no había pasado por alto que en el primero en quien había pensado, había sido en su marido, no si complacería al rey.

—Por supuesto, señora —respondió, apenas conteniendo una risita—. Nadie en el gran salón brillará más que vos, mi señora.

Megan la miró agradecida.

—Debería bajar, ya —suspiró—. La señora McGuillis debe estar aún más exhausta que

yo. Lleva todo el día con los preparativos. Algunos de los hombres deberán ir de caza mañana, para llenar la despensa. Pero... es que, con el rey, no podemos reparar en gastos.

Con su cabeza sumida en sus propios pensamientos, no escuchó la voz familiar que la llamó, hasta que una mano agarró su brazo y tiró con fuerza.

Megan trastabilló hacia atrás y su espalda golpeó la pared con saña. Se quedó sin aliento ante el golpe y por supuesto, ante la gélida mirada que conocía tan bien.

—¡Darce!

En ese momento, los ojos azules y crueles de su hermano se clavaron en ella.

—Mi pequeña sabandija, luces bien —se mofó.

—¿Qué… qué haces aquí?

Sonrió, con la maldad que lo caracterizaba y a Megan se le erizaron los pelos de la nuca.

—¿Así recibes a tu querido hermano? —meneó la cabeza como si le decepcionara, pero su sonrisa cruel seguía allí, una demostración de que se estaba divirtiendo.

—¡Suéltame! —Megan sacudió el brazo para librarse de su agarre y lo consiguió. Pero su espalda se pegó a la pared cuando él dio un paso hacia ella.

—No te austes tanto. Solo he venido a ver como estaba mi hermanita —por supuesto, ella no creyó ni una sola palabra de sus buenos sentimientos—. Cuando el rey David dijo que iba hacia el norte con la corte, a papá y mamá les pareció una idea excelente que me uniera a ellos. Han hecho muy buenas migas con los Boyd, ¿sabes?

Ella jadeó.

No, no podía ser.

—¿Con los Boyd? —jadeó.

—Así es —se rascó el mentón pensativo—. Creo que me quedaré una larga temporada, son una compañía muy divertida y tenemos intereses comunes.

Megan no quería saber qué clase de intereses comunes eran estos.

—Yo… debo irme. —Pero por supuesto él no la dejó.

Apoyó la mano contra el muro de piedra, evitando la retirada de Megan.

—Pero aún no puedes irte, tengo una sorpresa para ti.

Había vivido el tiempo suficiente como para saber que las sorpresas de Darce, no eran buenas. Eran más bien crueles.

—Déjame en paz…

—¿Va a llorar? —dijo una voz conocida tras la espalda de Darce—. Oh, hermanito, haz que llore. Hace tiempo que no nos divertimos.

A la risa perversa de él se le unió la de su hermana Phiona.

Megan jadeó apretándose más contra la pared. Esas miradas… sintió como le clavaran un puñal invisible.

En ese momento, Phiona se dirigió a Megan.

—¿Cómo has estado hermanita? —La beldad que era la hija de los Harris, la agarró del brazo y apretó con saña, haciendo que Megan se retorciera de dolor—. Mírala Darce, parece que no se alegra de vernos.

A ella se le heló la sangre. Abrió la boca, y la volvió a cerrar, incapaz de decir una sola palabra.

—Yo tampoco me alegraría.

La risa de Darce cesó enseguida, y Phiona se volvió hacia Ayla, que avanzaba hacia ellos.

Su mirada era tan belicosa que Phiona tuvo que carraspear y apartarse de Megan.

—¿Quién…?

—Soy la hermana del laird McLeod —dijo alzando el mentón.

Megan jamás se había alegrado tanto de ver a alguien.

Ayla, lucía un precioso vestido de color verde, con encajes en el escote y en las mangas. El pelo lo llevaba medio recogido, pero no portaba joyas. No era necesario, era tan bonita que ninguna joya habría podido mejorar su belleza.

Darce la miró de forma que Megan, como mujer casada que era, ya sabía qué significaba.

—Ayla, vámonos —se apresuró a decir.

—¿Sin presentarnos? —preguntó Darce. Miró a Ayla de arriba abajo y se paró frente a

ella—. Soy el hermano de Megan, y ella es mi hermana Phiona. Nos alegramos mucho de estar en estas tierras.

Ayla no era tonta y miró a Megan que agachó la cabeza, sin decir nada.

—No te preocupes por nuestra hermanita, se le ha comido la lengua el gato —ambos se rieron de su hermana—. Algo muy habitual.

—Aquí la única que se va a tragar su propia lengua vas a ser tú, como sigas hablando con tan poco respeto a la señora de los McLeod.

La sonrisa encantadora de Darce desapareció y la mirada de Phiona se endureció.

—¿Cómo te atreves?

—Como he dicho, soy la hermana del laird McLeod —arremetió contra ellos—, y Megan es su esposa. Haríais bien en saber cual es vuestro lugar en nuestro hogar.

Megan sintió como el corazón se ensanchaba. Sonrió con timidez, Ayla había dejado de ser una niña a sus ojos. Tenía valor, tenía coraje… estaba haciendo lo que ella no había podido hacer nunca: enfrentarse a sus hermanos.

Cuando Ayla avanzó y tomó la mano de Megan, esta se dejó arrastrar.

—Espero que disfrutes de la cena, hermanita —dijo Darce y Megan sintió como el miedo recorría su columna vertebral, a pesar de la compañía de Ayla.

—Disfrutadla vosotros —espetó Ayla—, quizás sea vuestra última cena aquí.

Quizás su cuñada no lo supiera, pero Megan entendió que acababa de ganarse a dos enemigos de por vida.

Al llegar abajo, Megan localizó a Duncan, y su cuñada se apartó de ella.

—Nos vemos ahora, debo buscar a Lachlam. —Megan jamás había visto a Ayla sonreír tanto—, quiero que se siente conmigo durante la cena.

Megan contuvo una risita.

—Está bien.

La vio alejarse con paso acelerado y ella aprovechó para acercarse a Duncan.

Al ver a Duncan hablar con Guillard, actuó con toda la serenidad de la que fue capaz.

Megan se acercó deslizándose por el salón, y fue muy consciente cuando Duncan la vio. Y él fue más consciente aún de que todos se habían quedado mudos. No era para menos, su esposa estaba bellísima.

Duncan asintió, mirándola con aprobación. No podía dejar de mirarla. Lucía preciosa, como lo que era, la señora McLeod.

Era evidente que el rey no había hecho su aparición. Todo el mundo estaba disperso por el gran salón, cerca de las dos grandes mesas que ocupaban los laterales, más allá, en el otro extremo y sobre la tarima, una tercera mesa, más corta y ornamentada, aguardaba la presencia de sus señores y del rey David.

Llegó junto a su esposo, y sin apenas pensarlo sus manos se asieron a su brazo, interrumpiendo la charla que mantenía con Guillard.

—¿Ocurre algo?

Ella negó rápidamente con la cabeza.

—Nada —se esforzó en sonreír.

Guillard, entendió que la señora de los McLeod quería cambiar de tema. Y Duncan… el laird de los McLeod era muy consciente de que alguien había molestado a su esposa y debería pagar por ello.

Miró sus delicadas mejillas sonrosadas, sus ojos vidriosos y sus pestañas húmedas. Frunció el ceño, no porque se hubiera quedado contemplando los delicados rasgos de su esposa, algo que ya iba siendo habitual, sino porqué su alegría era fingida, y eso no le gustaba.

—Megan…

Pero de pronto se hizo el silencio, y el anuncio de la llegada del rey David, hizo que Duncan se guardara para sí sus preocupaciones.

—¿Sí? —preguntó en un susurro sin dejar de mirar la engalanada figura del rey.

—Nada, hablaremos luego.

Sí, ya habría tiempo para interrogarla.

El rey, descendió las escaleras y se sentó a la mesa que habían decorado con flores y cirios. Sobre la tarima, su persona estaba elevada sobre los demás.

—Acerquemonos —dijo Duncan, sabiendo que el rey esperaba que le endulzara el oído.

Después de un par de palabras de cortesía, se sentó junto al rey. Megan lo haría a su izquierda y Guillard a su otro costado.

Mientras todos los comensales ocupaban sus asientos, vio aparecer a Ayla, colgada del brazo de Lachlam. A Guillard se le escapó una risita.

—Pobre de nuestro amigo.

Megan chistó sin parar de reír. Entendía la devoción que su cuñada sentía por el laird aliado, pero no podía dejar de sorprenderse por su cambio de actitud.

En ese momento y cuando todos ocuparon sus asientos, la voz de Duncan la sorprendió.

—Tus hermanos están aquí, quizás podamos organizar algo especial para ellos —dijo Duncan intentando animarla.

Ella asintió, restándole importancia.

—Si es tu deseo, aunque no creo que deseen quedarse mucho tiempo —eso sorprendió a Duncan—. Al parecer han hecho buenas migas con los Boyd.

Duncan frunció el ceño, al darse cuenta de cómo su esposa se había puesto nerviosa de súbito. Observó a Darce Harris, y a Phiona.

—¿Algo que desees decirme, esposa?

Ella negó rápidamente con la cabeza.

—No, todo está bien —forzó una sonrisa, pero el brillo de sus ojos seguía apagado.

Duncan asintió, y se prometió que no les quitaría el ojo de encima a esos dos.

—Debes estar contenta —tanteó.

—Bueno… sí —*La verdad es que no*. Pero no podía decir eso, ¿verdad?

Algo estaba sucediendo, lo intuía. Duncan detectó el pánico en el rostro de su esposa. Pero, ¿por qué?

Observó a Darce, y a Phiona, y supo que algo muy grave había sucedido entre ellos.

Por el rabillo del ojo, captó el instante en que su hermana tomaba asiento junto a Lachlma en el otro extremo de la mesa. Fue la mirada de Ayla quien lo puso sobre aviso. Su hermanita, siempre tan transparente, miraba a los Harris con cierto encono, el suficiente como para que la alegría de estar junto a Lachlam, menguara.

Duncan respiró hondo, repasando a todos los invitados. Al parecer los juegos de poder habían empezado. No solo debería cuidarse de los Boyd, sino ¿también de los Harris?

—Ya se me ocurrirá algo —dijo Duncan.

Megan asintió, pensando que aquellas palabras se referían a que buscaría algún entretenimiento para sus hermanos. Pero lo que Duncan insinuó, fue que ya encontraría el método de poner a cada uno en su lugar.

***

—¡Por la señora de los McLeod! —Ayla alzó la copa, visiblemente afectada por el vino y agradeció a la anfitriona su hospitalidad.

Duncan la hubiera regañado, pero las mejillas de Megan se encendieron de tal modo… que los presentes se deshicieron en halagos y carcajadas.

Cuando el rey alzó la copa, divertido, todos le siguieron.

—¡Por Megan McLeod!

—¡Por Megan!

Duncan sonrió y negó con la cabeza. A veces, el carácter de su hermana y su espontaneidad eran del todo necesarios.

Megan sonrió agradecida por el cariño de los McLeod. Pero también pudo ver como sus hermanos la miraron, con envidia, y rabia. Se habían dado cuenta de que era feliz, admirada y

querida, y eso no hacía más que alimentar el odio que siempre le habían tenido.

Se estremeció, y decidió ignorarlos por el resto de la noche.

—¡Ayla! —Exclamó Megan llevándose una mano al corazón—. Me has asustado.

Su cuñada se inclinó sobre ella y le habló sin importar quien la estuviera escuchando.

—Lachlam me ignora, se ha pasado todo el rato hablando con Guillard. Dile algo.

Megan se mordió el labio inferior para no reír.

—¿Qué quieres que le diga?

—Que no me ignore.

—De acuerdo.

—¿En serio? —los ojos de Ayla se iluminaron, juntó las manos sobre su pecho y la miró con adoración—. Eres la mejor cuñada del mundo, que digo… a partir de ahora, serás mi hermanita, o mi ángel de la guarda.

La abrazó con fuerza, derribando sobre el mantel de hilo blanco la copa de vino.

—¡Ayla! —le llamó la atención su hermano.

Ella se limitó a agachar la cabeza y a hablarle en un susurro a Megan.

—Si pudieras conseguir que se casara conmigo, te estaría eternamente agradecida.

Megan vio que esa tarea hercúlea le venía grande.

—No creo que tenga tanta influencia.

Las cejas de Ayla se movieron, juntándose de una manera que Megan no recordó ver un rostro tan triste.

—Pero… también veré lo que puedo hacer.

Sintió como el abrazo de su cuñada se estrechaba más y más, casi ahogándola. ¡Era sorprendentemente fuerte! Si no fuera porque su hermano gruñó y anunció su retirada, hubiera tenido serios problemas a la hora de respirar.

—Megan, el rey está cansado.

—¿Se retira ya? —le preguntó a Duncan en un susurro.

Él asintió.

—Y nosotros también.

La mirada lujuriosa no dejaba lugar a dudas de lo que le esperaba al llegar a su alcoba.

El rey iba a levantarse cuando una hermosa joven se acercó a la tarima. Megan supo enseguida de quien se trataba, solo hizo falta mirar la tensión en el rostro de su esposo, que había cambiado una mirada llena de promesas, por una de recelo.

—¿Has visto? —Ayla llamó su atención—. La arpía de los Boyle también está aquí.

Megan contuvo el aliento.

Así que aquella belleza era Brianna Boyd, la mujer que debió casarse con Duncan en su lugar.

—Buenas noches, majestad —la belleza serena hizo una reverencia mientras Alastair Boyd se levantaba de la mesa para unirse a Brianna .

—Es bellísima.

Y así era. Una mujer espléndida. Alta, morena, de labios carnosos y curvas sugerentes. Tenía los ojos verdes como esmeraldas, y una sonrisa que lucía unos dientes perfectos, como perlas. Megan se sintió pequeña ante la presencia de esa mujer.

Pero Ayla se encogió de hombros.

—Tú me pareces más bonita —le dijo. Y Megan sonrió, agradecida.

—Gracias, Ayla.

Después de saludar al rey, y ver como Alastair y Duncan se enfrascaban en una conversación con él, Brianna se acercó a ellas. Subiendo la tarima, se quedó justo en frente de Megan.

Su mirada era directa, y eso incomodó un poco a la señora McLeod, pero no así a Ayla quien puso las manos sobre sus caderas e intentó no tambalearse, claramente afectada por el vino.

Antes de empezar a hablar, Brianna tuvo el descaro de mirar con intensidad a Duncan lo que molestó a ambas damas, con resultados diferentes. Megan calló, y Ayla…

—Pareces un perro hambriento mirando un hueso.

Brianna no se movió ni un ápice, pero su mirada descendió como un hacha sobre Ayla.

—Para estar en el salón junto al rey, una debería saber comportarse.

—Se comportará —dijo Megan defendiendo a su cuñada—, aunque no es la única que debería hacerlo.

Ayla abrió la boca por la velada amenaza de Megan.

—¡Oh! No te creí capaz de tal maldad —se puso a reír con ganas.

Ahora sí que Brianna Boyd estaba molesta. Pero pareció tragarse su rabia y la miró, sonriendo de una forma encantadora.

—Señora McLeod, es un placer conocerla al fin —dijo, con una gracia exquisita—. He oído mucho hablar de usted.

Sin lugar a dudas, pensó Megan. Al fin y al cabo, era la mujer que finalmente se había casado con el hombre que ella deseaba.

—Igualmente, Brianna de Boyd. Espero que la cena haya sido de su agrado.

—Así ha sido —dijo cortés—. Y el espectáculo ha sido divertido —añadió mirando a Ayla.

Megan apretó los labios. Puede que su cuñada no se diera cuenta del insulto, pero ella lo entendió.

—Ayla no es un espectáculo para su entretenimiento.

—Ah, ¿no?

Al percatarse de lo que pasaba, Ayla abrió la boca como un pez.

—¿Pero, qué…?

De repente unos brazos fuertes la apartaron de la mesa. Ayla parpadeó confusa, pero al darse cuenta de que era Lachlam quien la sostenía sonrió como una tonta.

—Es hora de retirarse —le dijo arrastrándola hacia la señora McGuillis que los miraba esperando que se desencadenara la tragedia.

—De acuerdo, donde quieras —le dijo soñadora.

Megan no intervino. Sería mejor que Ayla se marchara o temía que acabara intentando

arrancarle la cabellera a Brianna.

Se levantó, y la miró a la misma altura. Abrió la boca para enfrentarse a ella, pero el rey intervino antes de que la sangre llegara al rio.

—¡Así me gusta! —exclamó el monarca, divertido—. Debemos dejar las rencillas a un lado, y estar unidos, en esta nueva era que comienza para Escocia.

Al parecer el rey David estaba feliz de que las rencillas entre los Boyd y los McLeod hubieran terminado.

No sabía cuan equivocado estaba.

Capítulo 29



Megan necesitaba un respiro. Demasiada gente extraña en la fortaleza.

Prometió a la señora McGuillis regresar pronto. Le dijo que solo iría al bosque en busca de algunas hierbas que se necesitaban en la cocina, pero no fue más que una excusa para tomar el aire y relajarse, si es que eso último era posible.

El rey había prometido marcharse pronto, pero al parecer, el ambiente distendido y amigable en la fortaleza McLeod le había animado a quedarse un poco más. Los Boyd también se quedaban, y… sus hermanos.

Megan apuró el paso, si se apresuraba podría charlar un rato con Ingrid en la cabaña del bosque antes de que la reclamaran.

Sintió una punzada de culpabilidad porque sentía que estaba huyendo de sus deberes para con sus invitados, y, por otra parte, se sentía satisfecha por su trabajo. La cena había estado a la altura de la visita real, en aquellos momentos habían dado paso a la bebida, pero Megan necesitaba un momento a solas.

Se adentró aún más en el bosque, dejando atrás las altas paredes oscuras de la fortaleza McLeod, bañadas por la luna llena, que le permitía a Megan ver perfectamente a cada paso.

Sonrió, al percibir el sendero que la llevaría a casa de Ingrid y Ayla. Había aprendido mucho de sus conocimientos sobre hierbas y sanación. Era una lástima que no pudiera disfrutar de su compañía más a menudo. Pero Ingrid rechazaba las invitaciones a la fortaleza, vivía en paz en el bosque y quería que siguiera siendo así.

Megan la envidiaba, al fin y al cabo, ella se sentía aún, algo extraña entre tanta gente desconocida, pero satisfecha con su vida. Deseaba que se marcharan pronto para volver a la

tranquilidad.

Aunque… todo estaba saliendo bien, ¿verdad? Los McLeod la habían aceptado, así como el servicio, y se podría decir que, al fin, su vida tenía sentido.

Duncan, su esposo estaba complacido.

Oh, lo amaba. Así era. Se le ensanchó el corazón al pensar en él.

Había descubierto que era un hombre de palabra y de honor, que se preocupaba por los suyos, y por ella. Por el bienestar de su clan.

Avanzó feliz, hasta que escuchó una voz tras de sí, que le heló la sangre.

—Vaya, vaya… —Megan palideció, al oír la voz de su hermano.

—Oh, ¿qué tenemos aquí? —reconoció la voz de Phiona.

Megan se dio la vuelta, asustada de pronto de encontrarse sola, en mitad del bosque y rodeada por sus hermanos.

¿Por qué había decidido salir sin escolta? Si al menos se lo hubiera dicho a Duncan, él la habría obligado a llevarse a dos soldados por su propio bien. Pocas criaturas salvajes podrían provocar su muerte, pero Darce y Phiona… tendría suerte si solo salía de allí con algunos moratones que después se vería obligada a justificar como una caída.

—¿Qué hacéis aquí? —Megan reunió la poca valentía que tenía alzando el mentón, lo que provocó que los dos estallaran en carcajadas.

—¿Has visto hermano? ¡No se alegra de vernos! —se burló Phiona.

—Yo creo que debes estar equivocada, nuestra hermanita nos adora —ironizó Darce.

Megan apretó la cesta que llevaba entre las manos con fuerza.

—¿Qué queréis?

—Solo pasar tiempo contigo, tonta —canturreó su hermana.

—Te hemos echado de menos.

No se creía ni una palabra.

Abrió la boca para responder, pero de sus labios solo se escuchó un débil quejido.

Phiona y Darce, conscientes de su poder de dominación sobre ella, se acercaron un poco

más. Tan solo esas risas sarcásticas bastaron para que esa poca valentía que había logrado reunir se esfumase como el humo de una hoguera un día ventoso.

Por supuesto, ambos se dieron cuenta de ello, y la rodearon.

Phiona se paró frente a ella, mirándola a los ojos.

—Señora McLeod —se mofó.

—Nuestra sucia y fea hermana tiene muy poco de señora —dijo, Darce, girando a su derecha.

—Pero fíjate, que por un rato se lo ha creído. ¿Te has fijado, hermano? —Phiona se llevó el dedo índice sobre sus carnosos labios y se dio varios golpecitos—. Ante el rey, ni más ni menos, con la espalda recta y la barbilla en alto. ¿Y has visto esos pendientes? ¿Cómo puede llevar algo tan bonito, siendo lo que es, un despojo?

—Dejadme en paz.

Ambos la ignoraron.

—La prefiero cuando estaba encorvada de miedo. ¿Qué opinas, hermanita?

—Es lo que se merece. —El tono y la expresión de Phiona cambiaron, volviéndo su bello rostro en una mueca grotesca y cruel— ¿Quién se ha creído que es?

—No es nadie, tan sólo la esposa de un salvaje y sucio escocés.

—De un cobarde.

Megan abrió los ojos como si fueran a salírseles de las órbitas. Escuchar de labios de su hermana, hablar tan mal de Duncan... Eso la hizo reaccionar.

—¿Cómo os atrevéis vosotros? —dijo tirando la cesta al suelo.

Phiona retrocedió un paso alejándose de ella para observarla mejor. Pero Darce la encaró, tomó su brazo con fuerza y la sacudió.

—¡A mí no me repliques, estúpida! —Alzó la mano y la descargó sobre su rostro.

La bofetada hizo que girara la cara, y parpadeara con lágrimas en los ojos a causa del dolor.

Se quedó muda.

Paralizada.

En su cabeza gritaba, pero en realidad había perdido la voz y todo el valor. ¿Cómo era posible que le sucediera eso de nuevo? ¿Que volviera a convertirse en el cervatillo asustado de siempre?

No intentó huir cuando Phiona le tiró del cabello rojizo. Sabía qué vendría a continuación. Lo sabía, siempre era igual.

Como si le pareciera divertido, Darce también la agarró del pelo y tiró de él. Mientras, Phiona con sus carcajadas estridentes le rasgó el vestido y le dio un puntapié cuando cayó al suelo.

—Basta, por favor —puso las manos sobre las de su hermano para aplacar el tirón cuando él empezó a arrastrarla por la tierra húmeda.

—Siempre has sido una estúpida, ¿qué te pensabas?

—¡Nunca has sido una dama, y jamás lo serás!

—No me extraña que padre siempre te haya odiado —escupió Darce—. Eres repulsiva.

—Con ese pelo rojo, y esas pecas… ¡Siempre sucia! Tan fea y desagradable… ¿Crees que por lucir caras joyas y un vestido bonito, has dejado de ser un despojo?

Megan no podía reaccionar, tan solo podía encogerse para que los golpes no fuesen demasiado dolorosos.

Un nuevo tirón de pelo por parte de Darce hizo que sus lágrimas cayeran sin control, mojando sus mejillas.

—Por favor…

Pero de pronto todo paró.

Su cabello estaba suelto alrededor de su cara, solo podía sentir la húmeda tierra contra su mejilla al buscar un respiro. Los sonidos de sus risas e insultos desaparecieron.

Confusa, alzó la cabeza y abrió la boca estupefacta.

Tuvo tiempo de ver el cuerpo de su hermano lanzado por los aires y estamparse contra el grueso tronco de un árbol.

—¿Creéis…? —empezó a decir su esposo—, ¿que podéis tocar a mi esposa sin que haya consecuencias? ¿Que os dejaré marchar sin daros vuestro merecido?

Megan gimió, al escuchar la voz de Duncan.

No pudo verlo, tenía los ojos cerrados, pero se puso colorada, muerta de la vergüenza. ¿Habría escuchado todas esas humillaciones? ¿La habría visto arrastrada por el fango? Se hizo un ovillo e intentó respirar.

Se había esforzado tanto en estar a la altura, y ahora Duncan había podido ver qué era en realidad, una muchacha cobarde e insignificante. No valía nada, y ahora él había descubierto la verdad.

Notó una mano sobre su hombro, mortificada escondió la cabeza entre sus manos.

—Megan… —la voz de Duncan era cálida, pero cuando los gemidos de Darce captaron la atención de todos, pudo ver como la mirada de su esposo se transformaba en algo cruel.

Iba a hacerle daño.

Darce intentó levantarse, apoyó ambas manos contra el tronco del árbol y consiguió ponerse en pie. Se dio la vuelta para poyar la espalda y no caer de bruces. Aturdido por el golpe intentó enfocar la vista, para saber qué había pasado.

Duncan no le dio mucho tiempo para averiguarlo. Lo tomó del cuello y lo alzó mientras pataleaba como un niño pequeño, esperando que llegara aire a sus pulmones para no desmayarse.

—¡Megan! —gritó Phiona con horror— ¡Lo va a matar!

—Por supuesto —convino Duncan—, ha tocado a mi esposa.

—Solo… solo jugábamos. —Phiona estaba aterrorizada.

Duncan la miró por encima del hombro, pero Phiona asintió.

—Lo juro, no íbamos a hacerle mucho más daño.

La mirada cruel de Duncan hizo que hasta a Megan se le pusiera el vello de punta.

—Me alegra saberlo, así yo solo os haré un poquito de daño. ¿Un brazo roto? ¿dos? Quizás las piernas… —Megan no supo si Duncan hablaba en serio, pero no quería averiguarlo.

—Duncan…

—Si os parto las piernas difícilmente podréis volver a acorralarla como los cobardes que sois.

Duncan ardía lleno de furia, había visto lo suficiente mientras desesperado corría hacia ellos. ¿Cómo era posible que los hermanos se trataran así? Él solo tenía a Ayla, y daría su vida por ella.

—Duncan, ya es suficiente —dijo Megan.

—No volveremos… a hacerlo —el rostro de Darce se puso morado—. Por favor.

Duncan lo soltó, y antes de que se derrumbara en el suelo, le dio un puñetazo en el estómago que lo dejó sin respiración.

—¡Darce! —Phiona corrió hacia él, pero Duncan se interpuso en su camino.

—Y tú… —ella empezó a temblar violentamente—. Pídele perdón a mi esposa.

—Yo…

Phiona miró a Megan que sorprendida seguía en el suelo. La mejilla se le había hinchado por el golpe de Darce, su pelo estaba enmarañado y la trenza que había lucido, ya era inexistente. Su bonito vestido de terciopelo, estaba lleno de barro y con un agujero a la altura de la rodilla que Darce había provocado al arrastrarla. Al verla con más detenimiento, Duncan rugió.

—¡Arrodíllate!

Phiona palideció, pero obedeció sin rechistar.

—¡Arrodillaros los dos, ante la señora de los McLeod!

A Darce le costó más tiempo ponerse de rodillas, ya tenía suficiente con intentar llevar aire a sus pulmones.

—¡Disculparos ante la señora de estas tierras!

—Lo… lo lamento, Megan —dijo Phiona con el rostro inundado de lágrimas.

—¡Para ti es la señora McLeod!

—Mis disculpas, señora McLeod —se corrigió Phiona, temblorosa.

—Lo siento —Darce la miró agarrándose el cuello. Al ver la ira de Duncan se esforzó más—. Mis más sinceras disculpas.

—Y ahora… ¡Largo de mis tierras!

Darce agachó la cabeza, y Phiona empezó a llorar, asustada.

—Partiréis, no me importa donde, pero si volvéis a pisar las tierras McLeod, os daré caza. ¡Os doy mi palabra!

—Señor…

—Tenéis una hora.

Phiona miró a Darce sin dar crédito, ¿qué iban a hacer en una hora? Pero ninguno de los dos se atrevió a decir nada más. Phiona ayudó a su hermano a ponerse en pie, y avanzaron veloces, tropezándose con sus propios pies.

Megan los vio alejarse.

Jamás pensó que llegaría ese día, pero no disfrutó con ello. Sintió lástima, tanta lástima como siempre había sentido por sí misma, hasta que se perdió en la mirada de su esposo.

—Megan —la tomó entre sus brazos y la alzó del suelo.

Ella intentó sostenerse, temblando como una hoja.

—Estás muy enfadado, ¿verdad? —le preguntó apartando la mirada—. Y decepcionado.

—Megan —parpadeó sorprendido. Pero luego cerró los ojos mientras apretaba los puños.

Lo que estaba era furioso, a duras penas podía controlar sus emociones, estas no le daban tregua.

La miró, y la vio tan vulnerable, tan débil. Le daba rabia haber estado tan equivocado. No podía sentirse más culpable. Jamás había sido una malcriada, más bien todo lo contrario.

Le dolió el corazón solo de pensar lo injusto que había sido con ella. Lo injusto que había sido el mundo con una criatura tan dulce, que lo único que había hecho al llegar a su nuevo hogar, era desvivirse por sus gentes.

La abrazó con fuerza contra su pecho. Ella apoyó las manos contra él, pero se relajó al ver que no la odiaba.

—Megan —le besó la coronilla.

Jamás había sido amada, ni querida por los suyos. Pero él… el sí la amaría y haría que

viviera una vida plena.

Megan tragó saliva, esperando la reprimenda de su esposo. Pero esta nunca llegó.

Alzó la cabeza para encontrarse con los ojos de Duncan, llenos de amor.

—¿No me odias?

—No te odio —dijo muy sereno acariciando su rostro donde su hermano la había golpeado.

Megan gimió, y rompió a llorar.

Duncan siguió abrazándola. ¿Cómo habían podido hacerle esto? ¡Cuanta crueldad innecesaria! Su esposa era buena, dulce, bella, trabajadora. Era perfecta. Y esos malnacidos…

—Llora lo que necesites, Megan —le dijo, abrazándola con fuerza—, pero cuando pares, te prometo que jamás te daré motivos para que vuelvas a hacerlo.

Megan permaneció abrazada a su esposo un largo tiempo. Y cuando tuvo el valor necesario para mirarlo a los ojos le sonrió entre lágrimas.

Se puso de puntillas para besarle, pero él descendió con más rapidez al ver lo que ella necesitaba. La besó con ternura, declarándole su amor con los labios, meciéndola entre sus brazos.

Se sintió aliviada, protegida, como si su cuerpo fuese una fortaleza irreductible. Su calor, su respiración, los latidos de su corazón, la calmaron.

Cuando el beso paró, pudo alzar la mirada para encontrarse con la de Duncan, él suspiró, con preocupación.

—Megan —dijo, con un tono enronquecido—. Jamás pensé… Oh, discúlpame.

Ella lo miró, parpadeando con rapidez. Las gotitas de las lágrimas aún estaban ahí, y él le secó las pestañas con un beso en cada párpado.

—Duncan, ¿por qué te disculpas? Es culpa mía, yo… soy una cobarde.

—Basta —de súbito, su semblante se ensombreció—. No lo eres. Eres fuerte, eres…

—Yo… soy insignificante.

—Eso no es cierto. Y no quiero oírlo nunca más, ¿me oyes? —Le acarició el rostro, con

ternura, después fue recolocándole los mechones detrás de la oreja—. ¿Acaso no has visto cómo te respetan mis hombres? Las mujeres McLeod te siguen, te admiran. Darían la vida por ti. Incluso Ayla —resopló como si no diera crédito— ¡Ayla! Créeme para ella eres poderosa como el Sol. Y Dios… si hubiera visto esta escena… Te aseguro que esos dos tienen suerte de que los haya encontrado yo y no salir con unas flechas incrustadas en su trasero.

Megan rio entre lágrimas.

—¿De verdad lo crees?

—¿Que eres fuerte? —Ella asintió—. Lo eres. Y valiente, solo tienes que recordarlo.

Megan sonrió con tristeza y hundió de nuevo el rostro en el pecho de Duncan.

Sí, parecía que todos la querían y la respetaban. Y él…

—Yo, Megan… yo…

Ella miró a su esposo a los ojos, esperanzada.

—¿Sí?

Duncan suspiró. Dioses, amaba a su esposa. La amaba tanto que… a duras penas era capaz de expresarlo

—Yo te a…

Lo miró esperando una confesión de su amor, pero esta no llegó. Lo que sí llegó fue una lluvia de besos sobre su rostro.

—Vámonos a casa, la señora McGuillis debe estar preocupada.

Megan asintió y se dejó guiar en medio del bosque, sin atreverse a soltarse de su esposo.

Capítulo 30



Megan se sentó frente al espejo de plomo.

A penas podía ver distorsionada su imagen en aquel trozo de metal, pero no podía decir que no le desagradase del todo el resultado. Tenía el trenzado, que con tanto cariño le había peinado la señora McGuillis, totalmente deshecho. Le sobresalían mechones por la frente. Se los intentó recolocar, pero no le quedaron en su sitio. Las florecillas que habían adornado la trenza habían desaparecido, y las que quedaban estaban rotas. Una se le quedó entre los dedos al acariciarse. Había perdido uno de los pendientes que le había regalado Duncan. Estaría en el bosque, se prometió que al día siguiente, con la luz del día, lo buscaría. El vestido estaba un poco rasgado en el escote y su pómulo izquierdo seguía enrojecido por la bofetada.

Intentó alzar la barbilla, orgullosa, pero una lágrima cayó de su párpado izquierdo.

Como siempre, lo que veía reflejado en ese trozo de metal era tan solo una muchacha inútil, estúpida y fea. Y cobarde.

Cerró los ojos, intentando ahogar un sollozo. Haberse creído útil de alguna forma, siendo la señora de esa casa, había sido una ilusión. Tal vez su sueño se acabase sin más, si el rey cambiaba finalmente de opinión.

Había podido ver a Brianna. Ese mentón alto, esa seguridad en sí misma, esos ojos verdes y penetrantes, sin ningún atisbo de duda, o miedo en la mirada. Esa sí sería una gran señora McLeod, una gran mujer que, seguramente, no se dejaría amedrentar por nada ni nadie. En cambio, ella…

Suspiró, moviendo la cabeza de un lado a otro.

No iba a martirizarse a sí misma nunca más. Sus hermanos habían tenido el don de

hacerla sufrir aún sin estar presentes. Por la paz de su alma, eso se tenía que acabar. No iban a regresar, Duncan lo había dejado bien claro.

Duncan…

No evitó la sonrisa que se le formó al pensar en él. Tras el incidente, él había regresado al gran salón, prometiéndole que volvería pronto a su alcoba, para acompañarla. Él la dispensaría ante todos. Después le pidió que descansara. Megan no sabía si podría hacerlo, pero obedecería a su esposo. Intentaría dormir, a pesar de que su corazón seguía latiendo como el de un caballo desbocado.

Se desvistió y se puso la camisola. Luego se deshizo el enmarañado trenzado y cuando tuvo el cabello suelto, se sentó al borde del lecho y empezó a peinarse.

Sollozó, al darse cuenta de que un mechón se había quedado en el peine. Aún le dolía el cuero cabelludo si se lo frotaba.

En ese momento, escuchó un ruido y dio un respingo. Miró hacia atrás, asustada, y vio a Duncan, entrando en los aposentos.

—Te he asustado —dijo él. Fue una afirmación.

Megan negó con la cabeza, y al verle, sonrió.

—No, en absoluto. Me alegra verte.

Duncan se acercó a su esposa, se sentó a su lado y la abrazó. Notó como ella, algo más relajada, acariciaba su antebrazo, y cerraba los ojos, tranquila, a salvo en sus brazos.

Se sintió tan culpable… Por haberla malinterpretado, por no haber visto antes que su miedo no iba dirigido a él.

Era asustadiza, como un cervatillo, pero había tenido motivos para serlo. Su maldita familia… había abusado de ella, haciendo que cualquier cosa, cualquier ruido, la hiciese saltar de puro pánico. Y él, había creído que… le temía a él.

Suspiró, y la abrazó con más fuerza.

—Megan —dijo—, te ruego que me perdones.

Ella abrió los ojos, extrañada. Luego se giró para mirarle a la cara.

—Duncan, ¿por qué tendría que perdonarte? No comprendo por qué dices semejante cosa.

Él volvió a suspirar.

¿Qué podía responderle? ¿Debía explicarle las dudas que había tenido todos estos años? ¿Cosas absurdas, que se había inventado en su cabeza, y que por no preguntar abiertamente las había malinterpretado? No había nada más injusto que no entender al ser amado y culparlo por algo que no existía. A parte del daño sufrido por su familia, los golpes y los maltratos, Megan había soportado la falta de comprensión de su esposo y su escasa paciencia.

—Bueno —dijo él, besándola en el cuello, cariñoso—. Creo que te debo una disculpa por no haberme dado cuenta antes de lo buena esposa que eres. Y por no haber entendido por qué estabas tan asustada.

Megan cerró los ojos, agradecida.

—Gracias —respondió—, aunque pienso que me queda mucho por aprender.

—Pues yo creo que ya sabes todo lo que necesitas saber para ser la señora McLeod.

Duncan la besó, y ella bajó la mirada. No estaba acostumbrada a los halagos. Cada vez que le decía algo hermoso, ella clavaba los ojos en el suelo.

La cogió por la barbilla, y la obligó a mirarle.

Ella lo hizo, y sonrió.

—Megan, debes saber que eres una buena esposa, además de una mujer preciosa. Pero eso no es lo más importante. Eres juiciosa, cariñosa con los siervos, justa, benévola, y ya no existe un McLeod que no te ame.

Megan tragó saliva y desplegó los labios.

Esta última frase, había significado que… ¿él también la amaba?

Duncan, al ver la clara invitación en sus carnosos y húmedos labios, la aceptó.

La besó, con una mezcla de ternura y pasión. Con suavidad, y al mismo tiempo solicitando más de ella. Era una forma de decirle que ansiaba su aceptación, que no solo bastaba con la imposición, necesitaba sentir otra vez cómo se excitaba bajo él, como se retorcía de placer,

como bebía de sus labios, sedienta.

Megan no tardó en rodearlo con los brazos y él la empujó con suavidad. Ella se acomodó sobre las mantas, esperándolo, deseándolo, incluso reclamándolo con la mirada.

Dioses, ¿cómo podía ella creer que no era hermosa?

Su rostro, encantador, con esas pecas que parecían querer saltar del puente de su nariz. Sus ojos azules, del tono de un lago besado por el sol, húmedos de pasión y esos labios entreabiertos, sabrosos como la fruta prohibida.

Oh, Megan, si te vieras con mis ojos… eres hermosa. Eres un sueño.

Quiso decírselo con palabras, pero lo hizo con un beso.

Se inclinó sobre ella y separó sus labios con la lengua. Ella se abrió para él como una flor húmeda. Mientras, las manos de Duncan iban abriendo los botones de su camisola, para descubrir su blanca y tibia piel. Temblaba.

—¿Tienes frio?

—No, solo —le rozó un pezón—Ah, me enciendes.

Él sonrió contra la piel de su cuello, y fue descendiendo, cubriéndola de besos.

—Eres preciosa, Megan.

No pararía de decírselo, una y otra vez, hasta que se sintiese la mujer más hermosa de toda Escocia.

—Toda tú eres perfecta. Estás hecha para mi. No deseo a ninguna otra mujer.

Le abrió los muslos, y le rozó el sexo húmedo con la lengua. Ella gimió, cuando notó las suaves caricias.

—Oh, Duncan —no podía parar de gemir.

Él le metió un dedo, y luego otro. La acarició por dentro mientras la lengua trazaba círculos en su punto de placer, a cada momento más endurecido.

Megan se retorcía bajo su toque, gemía y gritaba. Él alzó la mirada, y vio como se mordía el labio. Succionó el clítoris durante un largo tiempo, y pronto notó como su pulso se aceleraba. Las paredes de su vagina apretaron sus dedos, y la oyó gritar.

Se inclinó sobre ella, para verle el rostro. Tenía las mejillas encendidas y los labios entreabiertos. Sus pechos temblaban cada vez que respiraba. Era tan hermosa, era como una ninfa de fuego, ardiente como las brasas.

—Oh, Megan, te deseo tanto…

Se quitó los ropajes, lentamente, hasta quedar desnudo ante ella. Megan gimió, extasiada.

Su potente pecho se movía con fuerza a cada respiración. Bajó la vista y pudo ver su enhiesto miembro, tan erecto que le rozaba el ombligo. Se relamió, y gimió ante la expectativa.

Pero ella también quiso saborearlo. No dejó que él se colocase sobre ella, y posó las manos sobre su torso, empujándolo hacia atrás.

Él se dejó hacer. Se echó en la cama, boca arriba, mientras esta vez era ella quien lo exploraba a él. Se colocó a horcajadas. Su miembro le rozaba el vientre, y Duncan gimió de frustración. Oh, la deseaba tanto, deseaba tanto hundirse en su cálida cavidad… Era tan estrecha, tan resbaladiza. Pero ella no estaba por la labor.

Lo acarició con sus delicadas manos. Le rozó el pecho, siguió por el camino que trazaba su vello, acarició la cresta de sus abdominales, hasta que llegó a su miembro.

Notó su aliento en la punta, y después la cálida lengua, saboreándolo.

Notaba como su miembro se endurecía por momentos, como su lengua trazaba círculos en el glande, para después lamerlo de la base a la punta.

—Oh, vas a matarme, Megan…

Ella hizo caso omiso, y esta vez se la introdujo en la boca, poco a poco, empezó a succionar, a lamer. Se la sacó y volvió a cubrirla con los labios hasta la empuñadura.

—Megan… detente…

Pero ella no obedeció. Y él adoró que no lo hiciera. Continuó lamiendo, besando, succionando. Aumentó el ritmo, luego fue más despacio, mientras tanto, con las manos le masajeaba y apretaba los testículos.

Megan estaba disfrutando. Adoraba el hecho de sentir su poder en la boca, el control que eso le daba sobre él. Podía dominar el placer, dárselo, quitárselo. Hacer que se corriera.

Y eso era lo que estaba a punto de suceder, pero Duncan la agarró por el pelo, obligándola a parar.

—No —ordenó.

Ella lo miró, confusa.

—¿Por qué? ¿No te gusta?

Él sonrió.

—Me gusta demasiado.

Entonces, en un rápido movimiento, la hizo girar sobre sí misma y se colocó sobre ella, inmovilizándola.

—Pero… —la besó, con fuerza, mientras con las rodillas se abría paso hacia su interior —. Quiero entrar… ahora…

Ella sonrió, al ver a su esposo sobre ella, con toda su fuerza. Cuanto adoraba a ese hombre… Rudo, fuerte, con carácter… pero en sus ojos negros brillaba la pasión, y el deseo. Jamás se había sentido deseada por nadie.

Se abrió, gustosa para él.

Cuando notó la estocada, arqueó la espalda y gimió.

Duncan empezó a bombear con fuerza. Necesitaba sentirla al completo, su calor, su humedad. La necesitaba a ella, toda ella.

—Oh, Megan… —aumentó el ritmo—, eres tan… ahh…

Ella alzaba las caderas, acomodándose a su ritmo. A cada punto estaba más duro, sus poderosos embates eran más rápidos, más fuertes. Pero ella necesitaba más. Ella lo quería mas fuerte, más adentro.

Pronto, una oleada empezó a crecer en su vientre, y se extendió por todo su cuerpo. Tuvo que doblar los dedos de los pies, se retorció, gimió, suspiró, gritó.

Sobre ella, Duncan había estado conteniéndose, pero al sentir su orgasmo, se dejó ir, derramándose, cubriéndola, marcándola con su esencia.

Aún en su interior, dejó de moverse y la besó. Ella seguía gimiendo, seguía sintiendo

placer. Seguía retorciéndose, su piel seguía caliente.

—Oh, Duncan…

Él hundió el rostro en su melena de fuego.

—Me encanta cuando tus labios pronuncian mi nombre… justo después de…

—¿Darme placer? —ronroneó ella.

Duncan se apoyó en los codos, y la miró a los ojos. Le acarició el pelo.

—Tú me das placer a mí, Megan.

—Nos lo damos mutuamente —lo corrigió ella, para después besarlo de nuevo.

Continuaron agasajándose, hasta que ella empezó a cerrar los ojos, somnolienta.

Duncan no quiso insistir, sería maravilloso seguir amándose esa noche, pero su bella esposa necesitaba descansar.

Se colocó tras ella, y la abrazó desde atrás.

Megan acarició su antebrazo, y sonrió mientras el sueño la acunaba.

Duncan hundió la nariz en su melena, y cerró los ojos.

Habría querido decirle, una vez más, que todos en la fortaleza McLeod la amaban, que era una esposa ejemplar, y una amante apasionada. Que la amaba con todo su ser.

Ya se lo diría al día siguiente.

Capítulo 31



A la mañana siguiente, Megan despertó en brazos de Duncan. Sentir su calor, su protección, su fuerte respiración golpeándole suavemente la espalda.

Una intensa alegría la embargó, y tuvo que apretar los párpados y taparse la boca para no soltar una risita.

¿En eso consistía ser feliz? Pues sin ninguna duda, era maravilloso.

Notó como él se movía, y se acomodaba, abrazándola aún más fuerte, y apretándola más hacia sí. Megan se acurrucó contra él y cerró los ojos, relajada.

Lejos quedaban aquellos días en que le había aterrorizado la idea de contraer matrimonio con Duncan.

Sonrió.

Recordó cuanto temblaba ante su presencia, y ahora seguía haciéndolo, pero por motivos completamente distintos. Se estremecía con solo una mirada suya. Él era un hombre duro, tosco, pragmático. Sin embargo, había logrado ganarse su corazón. ¿Era eso estar enamorada? ¿La amaba también su esposo a ella? En el bosque, por un instante habría pensado que…

Estuchó a Duncan resoplar, y luego gruñir.

Se dio la vuelta, para mirarle el rostro.

Se ruborizó. Era tan apuesto, con el pelo que le caía rozándole la frente. Y esos ojos negros, tan profundos, mirándola con un brillo distinto… Su cara al despertar era tan… sensual.

—Buenos días, esposo —lo saludó, sonriente.

Él hizo una mueca.

—No puedo despertar contigo así.

—¿Por qué? —preguntó curiosa.

Volvió a gruñir.

—Haces que... —negó con la cabeza, no queriendo seguir con esa conversación.

Megan arrugó la nariz.

—No seré yo quien te impida amarme.

Duncan suspiró.

—Lo sé, pero ya ha amanecido y el rey —volvió a suspirar—. Se me ocurrió proponerle una cacería. Y ya debería estar allí, con mis hombres. Cuando lo que en realidad deseo es quedarme en la cama, con mi esposa, el resto de… ¿mis días? —Alzó una ceja, divertido.

Megan lo empujó ligeramente sin parar de reír.

—Lo lamento —respondió fingiéndose severa—, pero si ya tienes un compromiso con el rey, deberás abandonar a tu esposa.

Otro gruñido.

Duncan escondió la nariz en el cuello de Megan.

—Solo por unas horas, después… regresaré a tus brazos.

—Eso espero. —Lo besó con ternura y volvió a empujarlo—. Vete, esposo, no deberías hacer esperar al rey.

Duncan estuvo unos momentos, inmóvil, pero tras desperezarse, besó rápidamente a su esposa en los labios, y salió del lecho para vestirse.

Megan se quedó mirando a Duncan mientras se ponía el kilt, y no pudo más que sonreír agradecida. Agradecida a la vida, por haberle dado un hogar, un esposo fuerte y considerado al que amaba, y una familia que la protegía y a la que proteger, pues todos los McLeod eran ya su familia.

Salió de la cama también.

—Deberías descansar —le dijo Duncan—, Dios sabe que esta noche no has podido hacerlo.

Ella se echó a reír y él adoró el rubor de sus mejillas.

—Yo también tengo cosas que hacer —le dijo—, como atender a los invitados, y organizar la cena para cuando los hombres regreséis de la cacería. De seguro, llegaréis hambrientos.

Duncan, tras colocarse la aguja, ya vestido, abrazó a su esposa y la besó en la frente.

—Eres… perfecta.

Y te amo tanto.…

La barba que ya asomaba por su barbilla le hizo cosquillas cuando la restregó por su cuello.

—Anda vete ya —lo empujó por tercera vez—, de seguro el rey no tiene mucha paciencia.

Duncan no se resistió a besarla, y alterando la paz de los dos, este duró más de lo necesario y menos de lo deseado. Cuando ambos reunieron la voluntad para separarse, él abandonó la alcoba. Ella, sonriente, se arregló el cabello, y se dispuso a bajar al gran salón para prepararlo todo.

No le había dicho que la amaba, pero… se lo demostraba. Eso era lo único que importaba.

Cuando Megan entró en la cocina, la alta estancia olía a pan. No se podía decir que no fuera grandiosa, bien equipada, con dos hornos para el pan y una chimenea donde uno podía perderse dentro.

La señora McGuillis le dio los buenos días nada más entrar. La cocinera le sonrió. Ciertamente, el número de doncellas que habían llegado para ocuparse de las viandas, ahora que parte de la corte del rey estaba ahí, era como un pequeño ejército.

—Oh, señora, buenos días —Ann parecía muy contenta esa mañana—. Algunas de las invitadas ya están en pie y la esperan para el desayuno.

—¡Sí! ¡Y Elsie está muy holgazana esta mañana! —aseveró la cocinera, mientras la muchacha se sonrojaba frente a su señora.

—Yo, no… —Al ver su sonrisa, Elsie se tranquilizó.

—¿Dónde se encuentra Ayla? —preguntó Megan, con ganas de ver como había amanecido después de dar buena cuenta del vino de su hermano la noche pasada.

—Oh, Ayla ya se ha marchado.

—¿Sola? —Megan suspiró por la estupidez de su pregunta. Por supuesto que se había ido sola. El bosque no ocultaba peligros para Ayla, solo para ella por culpa de sus hermanos—. ¿Y mis hermanos?

Ann se secó las manos con un trapo y la miró, perspicaz.

—Sus hermanos, con sus sirvientes, abandonaron el castillo, creo que Alastair Boyd les ha ofrecido hospedaje.

Megan intentó forzar una sonrisa, pero no iba a engañar a nadie. Mientras su hermano estuviera en la isla, no estaría tranquila, aunque quizás solo se habían quedado, esperando que la corte volviera a ponerse en marcha para visitar las nuevas fundaciones del rey David.

—Entiendo.

—¿Se le ofrece algo más, señora?

—No, Ann. Iré a desayunar con las demás damas.

Cuando Megan salió de la cocina, Elsie miró a la señora McGuillis.

—Yo creo que Ayla se ha ido de cacería, se le encendieron los ojos cuando le dijisteis que Lachlam participaría.

Ann cabeceó, estaba convencida de que así era.

—Esa chiquilla… —resopló—. Su actitud rebelde le traerá problemas.

—Esa niña debió nacer chico —añadió la cocinera.

—O en otros tiempos —Ann recordó que en otros tiempos las mujeres, como su madre, Ingrid, luchaban con espadas y escudos.

Cuando Megan entró en el salón, una de las mesas estaba montada sobre caballetes y dos largos bancos invitaban a las diversas damas a sentarse, apenas llegaban a la media docena, pero era pronto. Recién empezaba la mañana. Elsie apareció con una tabla donde había colocado los famosos pastelitos de mantequilla de la cocinera, pero había más viandas: huevos duros, tocino, hagguis, pastelitos de arándanos, y demás manjares especiados a los que Megan ya había acostumbrado su paladar.

—Buenos días —saludó a las damas, que le correspondieron con amabilidad, especialmente una.

—Buenos días, señora McLeod.

Brianna Boyd parecía un ángel, no solo por su bello rostro, sino por sus modales. Había desaparecido esa mirada desafiante y aquella mañana era todo halagos y dulzura. Quiso sentarse frente a Megan mientras tomaba unas gachas dulces con leche.

—Siempre he adorado la leche de las Highlands —dijo, mientras Megan bebía un sorbo —, ¿no te parece que su sabor no tiene nada que ver con las vacas de las tierras bajas? Aquí hay mejores pastos.

Megan no respondió enseguida, buscando si sus palabras habían sido lanzadas con doble intención.

Sonrió.

No, sin duda no se estaban comparando con vacas.

—Y esta miel… —añadió Brianna.

—Es magnífica —asintió Megan, tras tomar un sorbo.

Si alguna de las demás sospechaba que entre la señora de los McLeod y la hija de los Boyd había algún problema, ninguno lo expresó. La hora del desayuno transcurrió en paz y Megan se sorprendió mirando por la ventana, pensando en qué tal estaría yendo la cacería a su esposo.

—Hace un día espléndido, ¿no cree? —le dijo Brianna—. Deberíamos dar un paseo.

Megan capturó su mirada y parpadeó.

No podía negarse ¿no? Sería descortés.

—Sí, demos un paseo —dijo otra.

Megan tuvo que sonreír y asentir. Al fin y al cabo, ser la señora significaba algo más que organizar la despensa y la cocina, también debía entretener a sus invitadas. Así pues, media hora después, se vieron al aire libre.

Caminaron durante un rato por el exterior de la fortaleza. Desde la muralla los guardias las vigilaban, evidentemente por su seguridad, quizás después del incidente con sus hermanos, Duncan hubiera ordenado más atención.

—Para ser otoño el clima es templado —le dijo Briana a Megan cuando deliberadamente la apartó del grupo—. No así el invierno.

—¿Es muy frío? —preguntó, algo preocupada.

—Oh, sí. Aquí el clima es cruel, una salud delicada no sobreviviría a un invierno en las islas.

—Entiendo —pero ojalá no hubiera entendido que con aquellas palabras Briana solo quería aumentar su preocupación.

Megan optó por una conversación trivial, donde no pudiera haber malos entendidos. El paseo con Brianna la llevó hasta el linde del bosque, donde la hija de Boyd insistió en entrar.

—Es un lugar mágico, ¿no crees?

—Me gusta el bosque —confesó Megan sin poder ocultar la verdad. Allí se sentía tan en casa como en la fortaleza—. Hay una variedad de hierbas más grande de lo que creía.

Brianna la miró interesada.

—Oh, ¿conoces las hierbas?

Megan sonrió con timidez, como si sus conocimientos fueran un orgullo.

—Me gusta recolectarlas, me relaja pasear en soledad por los bosques, pero he de reconocer que no soy una gran experta. Jamás tuve mentor, pero he ido recopilando conocimientos de aquí y allá.

Briana no habló por unos segundos, pero la miró con mucho interés, como si su cerebro

fuese una rueda que giraba con un fin concreto.

—Yo reconozco que prefiero tejer y bordar —reveló Briana, finalmente—. También me relaja, y me permite pensar.

Megan sonrió. Esa mujer tenía una elegancia innata, era muy consciente de su belleza y también era inteligente, sus ojos eran increíblemente despiertos. No le extrañaba en absoluto su buen gusto por las buenas telas, y las joyas. No se sintió molesta porque Duncan hubiera estado prometido con ella, pero sí que podía entender que cualquier hombre se sintiera honrado de ser su esposo.

Se tragó un suspiro.

No debía pensar en esas cosas, Duncan ahora era suyo, y por mucho que Brianna hubiera deseado ser su esposa, no renunciaría jamás a él.

—Seguro que teje y borda, estupendamente.

Megan quiso cambiar de tema. No quería decir nada más sobre su afición a las hierbas y a la preparación de ungüentos que hubo de preparar para los McLeod, después de la escaramuza con los Boyd. Era un tema delicado, y ahora que los dos clanes se habían reconciliado prefería no meter el dedo en la llaga.

—Por cierto —empezó a decir Brianna golpeando sus labios con el dedo índice, pensativa—, ¿no vive una bruja por aquí?

Megan se detuvo.

—¿Una bruja?

Megan clavó la vista en el sendero que recorrían, sabía que si lo seguían llegarían a casa de Ingrid, pero ella jamás la habría llamado bruja. Era una mujer maravillosa, y una buena amiga. Puso los ojos en blanco por un momento. Era una suerte que Ayla no anduviera por ahí, si hubiera escuchado a Brianna decir semejante cosa, seguramente hubiera intentando arrancarle la cabellera.

—Sí, la bruja del norte, así la apodaban. Se ve que era la amante del antiguo laird, la madre de Ayla.

Megan se sintió incómoda.

—No creo que debamos hablar así de Ingrid, ella es un miembro querido de nuestro clan.

Brianna apretó los labios, visiblemente contrariada. Pero una vez más su rostro se relajó cuando volvió a hablar, como si hubiera decidido que se cazaban más moscas con miel que con vinagre.

—Entiendo que quieras ser leal, pero no he dicho nada malo —dijo Brianna volviendo a reanudar el paseo—. Ayla es la hermana bastarda de Duncan. Seguro que su carácter endemoniado hubiera sido distinto si se hubiera criado en la fortaleza, pero en manos de su madre… Esa mujer es la hija de una bruja muy poderosa.

A Megan cada vez le gustaba menos esa conversación.

—Conozco a Ayla —la interrumpió, algo molesta por llamar bastarda a la joven hermana del *laird*—, pero no diría que haya nada malo en ella.

Brianna soltó una sonora carcajada.

—¡No puedes decirlo en serio! Es una salvaje deslenguada.

—Brianna… —advirtió.

La aludida supo que se había excedido.

—Lo siento, entiendo el amor que sientes por esa niña. Pero… es mi deber como alguien que ha vivido aquí toda la vida, asegurarme de que entiendes que hay personas con las cuales no nos conviene relacionarnos.

Megan la miró conteniendo su lengua.

—La madre de Ayla es una de ellas —prosiguió Brianna—. Deberías andarte con ojo, se rumorea que habla con los gatos y las piedras, hasta se le ha visto desnuda bailar bajo la luna.

Los ojos de Megan se abrieron como platos.

Por supuesto que eso era mentira, pensó. Brianna solo lo decía para asustarla.

—Estoy segura de que la gente habla mucho sin conocimiento. Ingrid no es una bruja.

O eso creía, pensó de pronto Megan, incómoda.

—Oh, pero hay conocimiento. Ha habido varios episodios desagradables con esa mujer.

—Se veía que Brianna estaba disfrutando con eso—. Sin ir más lejos, embrujó al viejo *laird*. Un hechizo de amor para volverlo loco. Por supuesto, los hombres son débiles y sucumbió.

—Estás hablando del padre de mi esposo —Megan frunció el ceño.

—Un hombre, al fin y al cabo —alegó—. Cuando consiguió lo que quería de él, le preparó un brebaje con el veneno de la piel de un sapo, y murió a los pocos días. Luego, dio a luz a su hija Ayla.

Megan la miró horrorizada.

—Dudo que sea como dices.

Brianna suspiró y la miró con condescendencia, como si solo fuera una niña a la que tenía que educar.

—Jamás he escuchado tal historia.

Brianna se encogió de hombros nuevamente ante su tono seco.

—No te enfades conmigo —suavizó la voz—. Solo me preocupo por ti. Con las brujas hay que andarse con ojo.

Megan miró a Brianna.

Negó con la cabeza.

No iba a creerse semejante cosa.

—Creo que es momento de regresar —Megan empezó a alejarse a grandes zancadas.

Brianna la vio marchar, demasiado satisfecha para no sonreír. Cuando estuvo lo bastante lejos, una figura salió de entre los árboles. Su caminar era pausado y se situó junto a Brianna que, cobijada por el ancho del tronco, se apoyó en este sabiendo que Megan no la vería.

—¿Has empezado a sembrar la semilla de la discordia? —preguntó Phiona con una sonrisa perversa.

Brianna asintió.

—He hablado de la bruja, tanto a Megan, como a las doncellas del castillo. Si algo le sucediera a la señora del castillo… es muy probable que encuentren a quien culpar.

Ambas mujeres se miraron, comprendiendo que habían encontrado un alma gemela en la

maldad de la otra.

—No pensé que al llegar aquí, encontraría a una aliada como vos —confesó Phiona.

—He de decir que mi padre estuvo muy acertado enviando al padre Benedict al encuentro del vuestro.

—Fue más que generoso.

Phiona no olvidaría como poco después de que Megan se marchara, el padre Benedict llegó a la fortaleza Harris. Al parecer las noticias de la boda de su hermana con el laird McLeod habían subido como la marea. Los Boyd no podían consentir semejante ultraje, así que los presentes para agasajar a su padre habían sido muchos. La petición era clara, que les ayudaran a deshacer ese matrimonio para que Brianna pudiera casarse con Duncan.

Su padre, debía admitir Phiona, había tenido alguna que otra duda, pero su madre…

Irás personalmente con tu hermano, y te encargarás del asunto.

Por supuesto, habían obedecido.

—Espero que sigamos colaborando tan bien como hasta ahora —dijo Brianna—. ¿Se encuentra bien vuestro hermano?

Phiona asintió, pero por su mandíbula apretada, supo que el pensamiento que le rondó la mente era desagradable.

—Está en cama, tiene varias costillas rotas por la paliza que le dio ese…

—¿Mi futuro marido? —la cortó Brianna.

Phiona no podía permitirse el lujo de tener a Brianna Boyd como enemiga, así que asintió. No le importaba Duncan McLeod, al fin y al cabo, había sido embrujado por su hermana Megan. Se centraría en ella para descargar su ira.

—Lo será cuando nos ocupemos de ella.

—Será pronto —aseguró Brianna—. Ya está todo en marcha.

Las dos ganarían en esa alianza. Brianna ganaría al marido que siempre quiso, y Phiona, cumpliría la misión encargada por su madre y consumaría su venganza.

Capítulo 32



El rey se quedó un par de días más, y mientras su visita se hacía eterna para todos, incluso para Duncan, que tenía que lidiar con Alastair Boyd, Megan se sentía cada vez más cansada.

Por las mañanas apenas podía levantarse de la cama y por las noches, el sueño la vencía sin que pudiera disfrutar más que de un par de besos de su esposo, antes de caer rendida en los brazos del sueño.

—¿Qué tal se siente hoy, señora?

La sonrisa de Elsie mostraba preocupación. Megan era incapaz de vestirse sola. Notaba pesadez en el estómago, y sobre todo en sus párpados y extremidades.

—¿Siente mareos y náuseas?

Megan asintió, sentada en la cama.

—Así es.

—Quizás… —el ánimo de Elsie mejoró de inmediato, pero Megan negó con la cabeza.

—He tenido el período, así que es imposible —dijo con cierta tristeza—, es solo que el trabajo que supone tener al rey en casa me absorbe la energía.

—Pronto se marchará. —Elsie le dio un par de golpecitos sobre la mano a su señora—. Todo pasará pronto.

Megan se vistió y finalmente salió de su alcoba. No dejó de hacer sus labores, a pesar de que la señora McGuillis le insistió en que parase a descansar.

—Señora —le dijo preocupada al verla aparecer por la cocina la señora McGuillis— ¿Seguro que se encuentra bien?

Megan asintió, pero al mismo tiempo se paró en seco y se llevó las manos al vientre.

—¡Señora!

Megan apretó los ojos y luego negó con la cabeza. Miró a Ann, y esbozó una sonrisa trémula.

—Sí, no te preocupes por mí. Solo es cansancio.

—O quizás algo le sentó mal —la voz de Brianna sonó preocupada cuando entró en la cocina.

Ann estuvo de acuerdo con ella.

—Es posible, pero nadie más ha caído enfermo.

Briana asintió con preocupación.

—Tiene razón, señora McGuillis, quizás sea… mal de ojo.

—¿Mal de ojo? —Elise se llevó una mano a la boca— ¿Es eso posible?

—Claro que no, niña —dijo Ann muy alterada.

Megan apretó los labios, sabiendo que Brianna era propensa a pensar en hechicería y ver malos augurios por todas partes.

—Estaré bien. Solo tengo que descansar.

Como si no quisiera estar más tiempo en compañía de nadie, se retiró apresurada hasta su habitación. Duncan volvería pronto después de que el rey le pidiera salir a recorrer la isla durante el día. Verlo la reconfortaría, seguro.

Duncan regresó entrada la tarde. La exploración se había convertido en cacería por petición del rey. Dicha actividad había ocupado dos días enteros, y para cuando hubieron desmontado las tiendas de campaña y vuelto a casa, llevaban consigo varias piezas importantes. Con éxito, habían cazado varios jabalís y un venado. Tendrían carne para varios días más.

—Le daremos más trabajo de lo esperado a tu mujer, McLeod —dijo Boyd mientras sonriente miraba las piezas en la carreta.

—Nada de lo que no pueda encargarse.

El rey soltó una carcajada.

—Nos harás pensar que tu esposa es perfecta, Duncan —dijo el rey.

Y así era, pensó el laird. Era perfecta en todos los sentidos y empezaba a estar harto de la corte y del monarca que no le dejaban disfrutar de ella.

Cuando los hombres llegaron, Megan estaba sentada a la mesa de la cocina, viendo como Ann y la cocinera dirigían al ejercito de criados. Por lo general Megan odiaba el bullicio, pero desde luego se sentía mucho más a gusto allí que en el salón, con las demás damas, siempre tan complacientes con Brianna.

Suspiró. Echaba de menos a Ayla, quien había prometido que no regresaría a la fortaleza hasta que esa arpía se fuera. Al fin y al cabo, soportarla no compensaba los escasos momentos que podía ver a Lachlam, ya que siempre estaba fuera con la comitiva real.

—Señora —se acercó Elsie muy animada—. Ingrid le ha mandado esto.

Dejó una botella sobre la mesa y le sirvió un vaso. Megan lo olió, pero no pudo distinguir qué era.

—¿Ingrid?

Elsie asintió.

—Se ve que Ayla le comentó que no se encontraba bien, y que a veces le fallaban las fuerzas.

—Yo… estoy bien —susurró, aún a sabiendas que estaba peor de lo que decía—. Gracias.

Se lo llevó a los labios y bebió todo el contenido con pequeños sorbos. Esperando con sinceridad que fuera un brebaje milagroso.

Una hora después, Megan se sentía desesperada.

—¿Han traído un venado?

—Así es, señora —dijo uno de los sirvientes del rey—. Su majestad quiere que lo asen para la cena.

—Pero… no tendremos tiempo —se quejó la cocinera.

Megan cerró los ojos sobrepasada. Se agarró a la mesa, angustiada por todo el trabajo que se le venía encima. Pero… no fue la ansiedad lo que hizo que se retorciera de dolor.

—¡Ah! —El grito fue ensordecedor, y todos los criados de la cocina palidecieron al escuchar gritar a su señora.

Megan se agarró el vientre. Empezó a sentir un terrible dolor que casi le hace perder el conocimiento. Se llevó una mano a la cabeza que también parecía querer estallar.

—No… no me encuentro bien.

—¡Señora! ¡Señora! —la señora McGuillis corrió hacia ella.

Megan notó como su visión se emborronaba, y todo a su alrededor se empañaba de color rojizo. Se asustó, porque era incapaz de controlar esa sensación de ingravidez, y aunque se esforzó por no mostrarse débil, fue inútil.

—¡Señora! Oh, señora, usted no está bien.

Megan negó con la cabeza.

—Señora McGu… yo no…

La oscuridad se la tragó.

***

Duncan no paraba de caminar en círculos en la alcoba como una fiera enjaulada. Gritaba a cualquiera que se cruzase en su camino. Elsie se echó a llorar cuando mojó la frente de Megan con un paño húmedo.

Hacía varias horas que yacía inconsciente en el lecho, y cuanto más tiempo pasaba, más fuera de sí se encontraba Duncan. Nadie quería acercarse por miedo a las represalias del guerrero de las Highlands.

Duncan se paró a los pies de la cama, miró a Ann y a Elsie. Sabía que debía dejarlas

hacer su trabajo, pero estaba desesperado. Megan había caído enferma de súbito, y nadie era capaz de decirle que padecía, o qué le había sucedido. El médico que viajaba con el rey, se había ofrecido a atenderla, pero aparte de las sangrías que le hizo, no pudo aportar otro remedio.

Jamás se había sentido tan impotente. Su esposa lucía extremadamente pálida, su tez era casi mortecina. Deliraba y cuando creía que iba a recuperar la conciencia, gemía de dolor. ¡Y él no podía remediarlo! ¡Él era incapaz de hacer nada por ella!

—Voy a volverme loco.

Se inclinó sobre el lecho, con desesperación. Ella permanecía inconsciente. Sudaba demasiado, y tenía fiebre alta. Habían intentado darle a beber agua, también un brebaje sanador, pero devolvía todo lo que ingería. En aquella casa todos eran incapaces de ayudarla.

—Llamemos a Ingrid —dijo finalmente.

El médico pareció ofenderse con rotundidad cuando se dio cuenta de que iban a substituirlo por una curandera.

—¿Y cree que una curandera tendrá más conocimientos para salvar a su esposa, que el propio médico del rey? —Duncan no contestó, pero lo miró con rabia—. No se puede hacer nada por ella, su vida está en manos de Dios.

Antes de que Duncan pudiera echarle las manos al cuello, el médico, airado, salió de la alcoba.

—Mandaré por ella —dijo Ann con lágrimas en los ojos—, aunque ella misma fue quien le hizo llegar un tónico esta mañana y… no ha servido de nada.

Apretó los puños, molesto.

—Debería haberla hecho descansar.

Pasaron horas terribles, hasta que la noche se cernió sobre el castillo McLeod.

Cuando Ingrid entró en la fortaleza McLeod, todos los allí presentes la miraron. Por primera vez, tanto Ayla, como Ingrid, notaron la afilada mirada de la desaprobación. ¿Por qué? Ingrid se sintió contrariada, siempre había sido tolerada en tierras McLeod, y más desde que el joven laird la había aceptado en su mesa.

Ingrid caminó junto a Ayla, que tenía el ceño aún más fruncido que la mujer vikinga.

Pasó junto al coro de mujeres, damas que acompañaban a Brianna. Algunas intentaron ocultar su espanto, pero no lo consiguieron.

La mirada de Brianna se cruzó con la de Ayla, y su sonrisa maligna puso en alerta a la muchacha.

—Sigamos, madre —apremió a Ingrid.

Ante la furia que mostraron los ojos de la hermana del laird, nadie se atrevió a decir nada ofensivo contra la curandera. Al fin y al cabo, por bastarda que fuera, Duncan siempre dejó bien claro que era una McLeod de los pies a la cabeza y que quien osara ofenderla de algún modo, sufriría las consecuencias.

Ayla subió las escaleras del brazo de su madre, que cargaba un cesto con hierbas medicinales.

Cuanto más avanzaban, más furiosa se sentía por la actitud de la gente. Los miró a todos con expresión retadora, por suerte, muchos de ellos agacharon la cabeza.

Las mentiras sobre su madre y el *laird* McLeod habían sido de sobra esparcidas por aquella isla. Algunos McLeod las creían a medias, otros se mantenían fieles al recuerdo del viejo laird y al amor que sintió por aquella mujer que jamás quiso plegarse a una religión que no fuera la pagana. La única verdad, que no todos conocían, era que el padre de Duncan había amado con locura a esa mujer. Ingrid tenía algo salvaje, pero era pura de corazón y había ayudado a aquel que había pedido ayuda.

Al llegar a la alcoba, Duncan las recibió con impaciencia.

—Ingrid —le suplicó Duncan, tan agotado como parecía Megan—, sálvala.

Megan se retorcía sobre la cama. Dejó a duras penas la inconsciencia para encontrarse junto a ella a un ángel.

Abrió ligeramente los ojos, y pudo ver a una mujer hermosa, de cabellos blancos como la

luna y los ojos azules, casi blancos. Era bella, y ni una sola arruga surcaba su rostro de luna, como un espectro que no tiene edad. Tal vez fuese ciega, o pudiese ver a los dioses. Llevaba un tatuaje en la mejilla izquierda. La escuchó decir unas palabras en un idioma que no entendió. Pero a Megan la tranquilizó, y volvió a cerrar los ojos, sumiéndose de nuevo en la inconsciencia.

Ingrid miró a su hija, y luego a Duncan.

—Los diablos la atormentan —dijo, sin más.

Luego, metió la mano debajo de su almohada, y sacó un palo con un hilo negro enrollado. No dijo más, se separó de la cama de Megan, caminó hasta la chimenea y lo lanzó al fuego, al tiempo que pronunciaba un mantra en un idioma antediluviano. Luego se agachó y se embadurnó las manos con la ceniza del objeto del mal de ojo.

—Sacadla de este lecho, quemadlo. ¡Quemadlo todo!

Ayla miró a su hermano, y este miró a la señora McGuillis, que no daba crédito.

—¡Haced lo que dice! —bramó, el laird.

Ingrid empezó a caminar por toda la habitación, inspeccionándola, escudriñándola con sus ojos casi blanquecinos. Hasta que encontró algo que captó su atención. Se trataba de una infusión a medio beber. No dijo nada, tan solo cogió el tazón, y lo olió. Miró a su hija y también a su doncella. Elsie parpadeó confusa.

—¿Qué sucede? —preguntó, Duncan.

—Esta infusión.

Elsie se levantó.

—Es la que usted envió.

Ingrid abrió los ojos sorprendida por aquellas palabras.

—No envié nadie para la señora —dijo mirando a Duncan quien no quiso creer sus siguientes palabras—. Ella… ha sido envenenada y maldecida.

Duncan negó con la cabeza. No podía creerlo. ¿Por qué? ¿Quién podría haberle hecho algo así a Megan? Todos en el castillo la amaban, la respetaban, darían la vida por su señora.

—No… no puede ser.

Ingrid asintió, pero lo reconfortó de inmediato.

—Ese veneno se puede neutralizar, así como la maldición. Pero debemos darnos prisa. Está muy débil—. Quiso decir algo más, porque abrió la boca y luego la cerró. Cambió de opinión y caminó hasta la cesta con hierbas medicinales.

Segura de sí misma, se dirigió a Ayla.

—Hija, prepara una infusión, con agua hirviendo. Exactamente esta cantidad —le tendió un saquito de cuero donde había depositado varias ramitas de distinta procedencia—. ¿Me has entendido?

—Sí, madre.

Ayla la preparó en el fuego de la chimenea de la habitación, mientras su madre empezó con sus cánticos y posando sus manos sobre el pecho y la cabeza de Megan.

Duncan miraba absorto, pero del más puro escepticismo, paso a creer en los milagros.

Pues, a la mañana siguiente, su esposa despertó.

Capítulo 33



Megan desplegó los párpados muy lentamente.

Por el dolor que sentía en las extremidades, podía afirmar que seguía con vida. Le dolían los ojos, sentía como si las cuencas le fueran a estallar, y podía sentir las pulsaciones de su propia sangre en las sienes.

—Sigo viva —la garganta le dolió tras el graznido que habían sido sus palabras.

La luz que entraba por el gran ventanal le molestaba de tal forma que llegaba a ser doloroso. Intentó moverse, pero no pudo hacerlo tan ágilmente como pensaba.

Al menos su cuerpo no ardía, más bien al contrario, sentía un frío helador. El invierno se acercaba con la furia que Brianna le había dicho que solía descargar en las Highlands. Se llevó una mano a la cabeza y gimió.

Cuando intentó incorporarse, alguien fue a su encuentro.

Notó una ligera presión en el pecho, invitándola seguir recostada. Una mano amiga la hundía de nuevo en ese mar de lana blanda y suave. Se acurrucó como si su cuerpo aceptara que lo mejor sería seguir descansando.

—Descansa.

Cuando logró enfocar la vista, vio que la voz procedía de una bella mujer. Sonrió.

—Ingrid.

—Así es mi señora.

La curandera le acarició la sien y comprobó que no había calentura, después notó la caricia en una mano. Se la sostuvo con delicadeza, infundiéndole fuerzas para seguir consciente.

—No voy a morir.

—Le aseguro que no morirá —podía notar el tintineo de su risa en la voz—. Al menos no por ahora. Todos volvemos a la tierra o al mar, de uno y otro modo.

Megan sabía qué quería decir, pero no se demoró demasiado en sus palabras.

—Duncan…

—He tenido que amenazarle para que abandonara su lecho. Ha sufrido tanto o más que vos.

—Pobre Duncan —pero a pesar de sus palabras, Megan sonrió—. Está enamorado.

—Mucho me temo que así es.

Ambas mujeres se rieron.

—Vuestro esposo os ama, tenéis suerte —había un deje de melancolía en su voz—. Pero he tenido que prohibirle acercarse a vos durante estos días, ya que su estado de inquietud era tal que amenazó con desquiciarnos a todos.

—Entiendo.

—Y vos casi descendéis a los infiernos, señora.

Ingrid pensó que no era momento de contarle todo lo que había pasado, pero de algún modo debía enterarse. No podía dejar que esa mujer rencorosa y egoísta volviera a hacerle daño. Debía estar prevenida.

—Megan, debes descansar —le ordenó con suavidad.

—Pero hay tanto que hacer… el rey…

—Se marchará en dos días, con la marea —dijo dándole unos suaves golpecitos en la mano, un gesto que seguía tranquilizándola—. La señora McGuillis se ha ocupado de todo. El banquete de despedida se servirá al medio día, antes de que partan rumbo a Skye, donde Lachlam los acogerá hasta que reemprendan la marcha.

—¿Lachlam, también se va?

Ingrid asintió.

—Todo volverá a ser como antes.

Sí, Megan lo sabía, pero…

—Ayla sufrirá una decepción.

Ingrid se rio suavemente.

—Sobrevivirá a un corazón roto, todas lo hemos hecho alguna vez.

Megan asintió, pero no recordó que alguien le hubiera partido el corazón, al fin y al cabo su corazón solo había pertenecido a Duncan. Pero si lo pensaba bien… quizás el tiempo en que había pensado que la odiaba, el tiempo en que él se había negado a consolarla con su afecto… sí, era posible que se hubiera sentido con el corazón roto.

Como si lo hubiera llamado con su pensamiento, Duncan apareció en el umbral de la puerta.

—Megan… —su voz sonó cargada de todo el amor que sentía por ella.

De inmediato, las miradas de ambos se cosieron. Se acercó al lecho mientras Ingrid se apartaba.

—Hablad, tranquiliza a su corazón —le dijo a Duncan—, y después dejadla descansar. Ha sido un largo viaje desde las garras de la muerte.

Él tragó saliva y se arrodilló junto a ella. No hacía falta que le recordaran lo enferma que había estado.

Tomó la mano de su esposa y se la besó, mirándola a los ojos.

Megan sonrió, y aunque ese gesto también le provocó dolor en el rostro, no dejó de hacerlo. Permitió que Duncan se sentase a su lado y le apretase la mano. Se la acarició con ternura, y se la besó. Por un momento, Megan cerró los ojos y suspiró, agradecida de tener a su hombre a su lado, luego los volvió a abrir, y no apartó la mirada de él. La calmaba, se sentía segura. Se sentía amada y protegida.

—Creo que puedo dejarles solos, mi señor —dijo Ingrid, y empezó a recoger sus cosas.

Duncan no se dio la vuelta cuando la mujer se encaminaba hacia la salida, pero sí dijo:

—Gracias, señora.

—Ha sido un honor servir a su dulce esposa. Cuídela bien.

Cuando la curandera abandonó la alcoba, Duncan cerró los ojos, aliviado.

—Ingrid —le dijo Megan a Duncan—, parece…

—¿Etérea?

Megan asintió a duras penas.

—Sí, ha sido como un ángel.

—Tú, eres mi ángel —los labios de Duncan descendieron nuevamente contra su mano.

Megan, vio que el rostro de su esposo revelaba cansancio y preocupación, pero también alivio. Alzó la mano y apartó los negros mechones de su frente.

—Gracias, esposo, por velar por mí.

—Siempre —susurró él.

—Creo que ya no es necesario que te preocupes por mí y que desatiendas tus obligaciones.

—Mi obligación más importante es velar por ti.

Ella tosió cuando la risa sacudió su pecho.

—Estoy bien. Solo necesito reposo. Mañana estaré bien.

Duncan vio como los párpados de Megan caían, estaba exhausta. Su corazón se estrujó por la pena y la preocupación. Se inclinó para besarle la sien, y la frente.

—Megan… —Ella gimió, como si luchara por mantenerse despierta—. Sé que no he sido el mejor de los esposos. De hecho, he sido… —negó con la cabeza, arrepentido—. He sido un esposo terrible.

—Eso no es cierto —se quejó, Megan—. Eres el esposo que toda mujer sueña. Yo me siento agradecida porque estés en mi vida.

—Debí haberte protegido, debí… —suspiró frustrado—. Al principio, te odie por ser la hija de mi enemigo, o pensaba que te odiaba. Agradezcamos a Lachlam que me abriera los ojos.

—Bendito sea —se burló apenas sin fuerzas.

—Pero ahora sé que jamás fue así, no te odiaba. Había algo en ti, esa dulzura… Pensé que me manipulabas, que eras una muchacha caprichosa, acostumbrada a los lujos y a mirar a todos con superioridad.

—Vaya, qué galante.

Él sonrió ante su burla, pero siguió hablando.

—Perdóname —dijo con sinceridad—. Estuve tan equivocado. No sabía exactamente lo que te había sucedido en tu antiguo hogar. Malinterpreté todas tus acciones, todas tus palabras. Te traté mal, cuando en realidad lo único que tuviste para conmigo y este clan, fueron buenas intenciones. Perdón… Jamás pensé que tu familia te tratara de esta forma cruel y mezquina, siento haber añadido más sufrimiento en tu corazón con mis rudos gestos y mis desafortunadas palabras.

—No pienses en ellos —suspiró Megan—. Ahora mi familia eres tú, Duncan. Tú, y nuestro clan.

Duncan volvió a apretarle la mano, y a acariciarle el rostro.

—No dejaré que nadie te haga daño nunca más.

—Megan… en cuanto halle al culpable de esto, créeme que lo mataré —prometió.

Ella sonrió, y le acarició el rostro de nuevo.

—No lo pongo en duda, esposo. Solo te pido que ahora descanses tú también. Nuestro clan necesita un hombre fuerte y reposado, alguien que piense con claridad para que después nos proteja a todos, como siempre has sabido hacer.

Duncan miró a Megan con todo el amor que sentía.

Oh, la bella y bondadosa Megan, ¿por qué había tenido que sufrir tanto? ¿Por qué su familia había sido incapaz de amarla?

No lo comprendía. Ella era digna de todo el amor del mundo.

—Megan, te amo —confesó, con voz ronca—. Y no sólo ahora, aunque fue en la paz de este hogar cuando me di cuenta.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Megan, llena de emoción asintió.

—Yo también te amo.

Duncan agradecido, se las limpió con besos y caricias.

Se acurrucó a su lado, para que conciliara el sueño entre sus brazos.

—Descansa. Ingrid ha dicho que no hagas esfuerzos —la regañó, con dulzura.

—De acuerdo —dijo con un hilo de voz.

Sus parpados se cerraron y él continuó abrazándola, hasta mucho tiempo después de que su respiración de volviera regular y profunda.

Acarició su mano con el pulgar, un movimiento suave y sedante. Pero Duncan distaba mucho de estar calmado. Sabía que había un culpable de lo que le había pasado a su esposa, e iba a encontrarlo.

***

Después de la mejora de la señora McLeod, el rey había decidido que la corte regresaría a las lowlands. La fortaleza estaba en ebullición, siervos y doncellas, se afanaban en tenerlo todo listo. Andrew Boyd había decidido marchar a su hogar, despediría al rey en su barcaza y volvería a ocuparse de sus asuntos. Si su vecino había insistido al rey para que Duncan repudiara a su esposa y así poder casarse con su hija, el laird de los McLeod no vio muestra alguna de ello. De hecho, le sorprendió que Allastair se comportara con corrección. Incluso Brianna parecía haber decidido cambiar su actitud con su esposa. Las había visto hablar y la que fuera propuesta un tiempo atrás, como su prometida, no parecía haber tratado con rencor a Megan a ojos de Duncan.

La comida en el salón fue tan copiosa como el banquete con que Duncan recibió al rey.

—Sé que es un honor que el rey esté en nuestro hogar, pero… es un alivio que todos se marchen.

Duncan asintió. Para él también lo era. Miró al rey y también a Boyd… buscó con la mirada a Brianna y la vio en el otro extremo del salón hablando con Ingrid. Megan también las vio, pero no se preocupó, hasta que el rostro de Brianna se enrojeció, contorsionándose presa de la ira.

Miró a su esposo, pero la atención de este había sido reclamada por el rey.

Parpadeó pensando que no tendría importancia. Al fin y al cabo sabía por la propia Brianna que Ingrid no era de su agrado. Sonrió al pensar que la belleza rubia, al igual que su hija, quizás no tuviera pelos algunos en la lengua a la hora de decirle a la hija de Boyd, lo que pensaba de su actitud altanera.

Bebió un poco de vino, y se sintió reconfortada.

Todo volvería pronto a la normalidad.

En ese preciso momento, Lachlam que pronto partiría con el rey y lo retendría algunos días, o incluso semanas, en tierras McDonald, alzó la copa y brindó por ella.

—Por su total recuperación, vuestra señora —el rugido de Lachlam hizo reír a Megan y agradó a Duncan.

Los vítores no tardaron en llegar, y más cuando Duncan se inclinó sobre sus labios para reclamarlos.

Capítulo 34



Cayó la noche, y una sombra abandonó su fortaleza para adentrarse en el bosque. Atravesó los senderos durante largo tiempo. Estaban cubiertos de una suave niebla, que hacía que la silueta que la sesgaba pareciese flotar sobre ella. Sus pasos delicados, como los de un espectro, sonaban suavemente sobre las hojas secas que habían caído ese otoño. La luna llena reinaba en el firmamento, y así iluminaba el camino del espectro, que no se detendría.

Brianna tenía un plan, y esta vez no fallaría. No podía fallar.

Esa bruja sabía demasiado. Lograría su objetivo, tenía que hacerlo, costase lo que costase.

El juego que había jugado con Phiona se había vuelto peligroso. Había intentado matar a Megan con su tónico especial de hierbas, algo que podría haber pasado desapercibido para todos, excepto para una persona.

Ingrid.

Esa noche había sido clara. *Sé lo que has hecho,* le había dicho en el salón.

No podía dejar las cosas así.

Megan tenía que morir, pero… la bruja también.

Avanzó con rapidez hacia la casa de Ingrid, pero en su mente solo surgía la imagen de Megan, quien había sobrevivido a pesar de sus esfuerzos y los de Phiona. No había resultado la primera vez.

—Esa mosquita muerta, morirá —susurró en su avance.

Megan, esa advenediza que le había arrebatado lo que creía suyo, había resultado ser fuerte como una roca, ¿quién lo habría pensado? Y ahora que había estado a punto de descender

al infierno, Duncan la guardaba bajo su férrea protección, pero no podría hacerlo para siempre. Era un hombre fuerte y poderoso, pero no se podía luchar contra el diablo que residía en uno mismo y salir victorioso. Y esta vez, el laird de los McLeod, luchaba contra la magia más oscura, la del odio, la del rencor.

Una vez que bajara la guardia y que Ingrid no estuviera al acecho, sería fácil deshacerse de Megan. Era alguien tan insustancial, insignificante. No entendía como un hombre como Duncan la había escogido como esposa. Y no sólo eso, tampoco era comprensible para Brianna que la amase.

¿Qué poderosa brujería le había hecho Megan Harris al laird McLeod? No merecía ser la señora de una gran casa. Y no lo sería por mucho tiempo. La mataría. La destruiría. Esa mujer débil sucumbiría, y acabaría abrasándose en el infierno

Siguió avanzando, hasta que a lo lejos vislumbró la débil luz que desprendía unas las llamas de una chimenea. Podía verse la mortecina luz por la ventana, con los portones abiertos a pesar de la fría noche.

Ingrid parecía esperar su llegada.

Brianna se metió la mano en el bolsillo de la capa y acarició su daga. No sería tan fácil si la encontraba despierta, pero tendría que arriesgarse.

Avanzó hacia la casa de piedra, era humilde, oculta entre los árboles, bajo un tejo. Apenas soplaba el viento, y a medida que se iba acercando a ese lugar, la llama iba haciéndose a sus ojos más intensa, más acogedora, y al mismo tiempo intuía en ella una sutil advertencia. Una advertencia que el espectro ignoró.

Ya en su pequeño jardín de hierbas, se paró para ver la vivienda. Era de planta circular, de piedra gris y cubierta de argamasa.

¿Cuántas veces había acudido a aquella casa? Infinidad.

Allí había aprendido todo lo que ahora sabía sobre la magia, las runas y las hierbas. Ingrid la había instruido a escondidas. ¡Cuán lejos quedaban aquellos tiempos!

Sin hacer ruido empujó la puerta de madera y entró. El techo estaba oculto bajo paja y

ramas, y en él crecía el musgo y algunas plantas, aislando su interior del frío, y reteniendo el calor, también ocultándola de la vista, mimetizándola con el paisaje. Justo en el centro había una pequeña chimenea de la cual salía el humo del hogar, para acabar diluido en el cielo estrellado. La bruja estaba allí. La estaba esperando. En ese momento Brianna se deshizo de la esperanza vana de que estuviera durmiendo.

Ingrid permanecía sentada, junto a la chimenea, en su vieja mecedora, que chirriaba cada vez que se mecía. Thor reposaba en su regazo, mecido por la suave cadencia. Con la mano le acariciaba el pelaje, que había perdido su brillo a causa de los años, pero seguía siendo igual de suave. En la palma podía notar la tranquilizadora vibración de su ronroneo.

—Viejo amigo de la noche —le dijo, y el felino negro la miró con sus ojos amarillos, como dos faroles, entrecerrando los párpados—. Ya está aquí. El diablo acaba de llegar. Recibámoslo como se merece.

Ingrid se dio la vuelta y se encontró con Brianna quien la miraba desde la entrada de una forma que ni ella misma podía determinar.

La puerta se cerró tras ella. Retiró su capucha nada más entrar, para que su vieja amiga pudiera verle el rostro a la luz de las llamas.

—Te estaba esperando.

—Por supuesto —Brianna rio sin humor y acarició la daga de su bolsillo.

—Pensaba usarías un método más sutil.

Las palabras de Ingrid, hicieron que la hija de los Boyd apretara los dientes con fuerza.

El gato saltó del regazo de su compañera, y erizó el pelo negro de su lomo, y en ese momento dio la impresión de ser el doble de corpulento, peligroso, incluso más diabólico que la recién llegada. Al tiempo, soltó un gruñido aterrador y Brianna dio un paso atrás, arrancándole a Ingrid una sonrisa.

—Thor, ¿y tus modales? —lo regañó, con ternura. Thor finalmente se escondió en su rincón, pero vigiló a la recién llegada, como si no augurara nada bueno con su visita—. Así que finalmente has acudido a mí.

Briana Boyd miró a Ingrid, altiva, como la reina que creía ser. Su rostro distaba mucho de mostrar la dulzura que había fingido hasta entonces. Ingrid podía ver la maldad en sus ojos verdes y realmente le dolió que su antigua pupila se hubiera vuelto alguien tan mezquino. Sabía de qué era capaz esa mujer. La conocía, pero no la temía. Ingrid no temía a nadie más que a los antiguos dioses, y estos estaban de su parte. Siempre lo habían estado.

—¿Qué es lo que quieres?

—Sabes muy bien qué deseo. Sabes también que lo lograré.

Ingrid se puso en pie, y se acercó a su vieja aprendiz.

—¿Eso crees? —dijo, haciendo una pausa, para después clavar la azul mirada en ella—. Llevas mucho tiempo intentando cazar a Duncan McLeod. A estas alturas ya esperaba que te hubieras rendido al saber que ese hombre no es para ti.

—¡Lo será!

La furia hacía que los ojos de Brianna brillaran, pero lejos de temerla, Ingrid solo le tuvo lástima.

—Su corazón ya tiene dueña.

—Dejará de tenerlo cuando le arranque el suyo del pecho. —Apretó los puños y dio un paso hacia delante— ¿Por qué no me ayudaste a conseguirlo? ¿Por qué tú si pudiste engatusar al laird McLeod y yo no he podido abrirme paso en el corazón de Duncan?

Con toda la calma que fue capaz, Ingrid le contestó.

—No estaba escrito en las runas.

—¡Tú y tus cuentos de vieja! —dijo Brianna exasperada—. No creo en ellas, solo creo en el poder y en los pasos que una da hacia sus deseos. Nadie desea a ese hombre más que yo. Y lo tendré, a pesar de ti, a pesar de esa mujer que yace en su cama.

—Su esposa.

—¡Una estúpida que ha creído poder arrebatarme lo que era mío!

—Duncan McLeod nunca fue tuyo.

Briana miró a Ingrid, con el odio brillando en sus pupilas. Notaba las propias aletas de la

nariz dilatadas, pues inspiraba con rabia, con los puños apretados. ¡Cuánto odiaba a esa mujer! ¡Cuánto odiaba a Megan!

—Dime que mantendrás la boca cerrada y te perdonaré la vida.

Pero por la sonrisa de Ingrid, la mujer ya había tomado su decisión.

—No hace falta que yo hable, la verdad siempre sale a la luz.

—Si hablas les diré a todos que tú envenenaste a esa zorra —la amenazó Brianna—. Al fin y al cabo, tú eres la bruja.

Ingrid alzó la ceja izquierda. Briana rio de forma estridente, como la bruja que pretendía ser, y que jamás sería, pues no tenía el poder suficiente, y con la maldad no basta. Esa mujer estaba muy equivocada, la magia que Ingrid practicaba, no era maligna, al contrario, sólo era utilizada para sanar a los demás. Una persona como esa, tan taimada y egoísta, jamás lo entendería.

—Cuando soborné a una de las doncellas para que le pusiese el hilo negro a…

—Ese maleficio no salió de aquí —la interrumpió, Ingrid.

—Pero dime, bruja, ¿a quién creerán, a una mujer sola y caída en desgracia, o a lady Brianna, hija de los Boyd? ¡Soy una señora! Tú solo eres una vieja estúpida, que ha conseguido que medio clan desconfíe.

—No te saldrás con la tuya.

—¿Y tú qué sabes?

—Oh, sé muchas cosas, Briana —dijo con calma y mirándola a los ojos—. Sé que Megan es una mujer fuerte, honrada, compasiva, y que tú eres una experta en el arte del subterfugio, pero no todo dura por siempre. Jamás alcanzarás su virtud. Jamás llegarás a ser tan honorable como la señora de los McLeod. Cuanto antes lo comprendas, antes dejarás de escupir ese veneno, que sólo te daña a ti. ¿Es que no lo ves?

El odio y la rabia se reflejó en el rostro de Brianna. Se le encendió la cara y apretó tanto los puños que se le pusieron blancos los nudillos, dentro de los bolsillos de la túnica. Su mano derecha estaba cerrada sobre la empuñadura de la daga, pero antes de que pudiera sacarla, la

puerta se abrió de repente.

Brianna se volvió hacia la figura menuda que apareció en la noche. Junto a ella un lobo blanco enseñó sus colmillos.

—¡Tú envenenaste a Megan! —gritó Ayla quien había escuchado parte de la conversación.

Brianan la miró con desdén.

—No solo yo, mocosa. Tu amiga tiene más enemigos de los que crees.

Ayla miró a su madre y por su mirada, le estaba diciendo que no interviniera. Su madre y esa estúpida fe en que lo que predecía en las runas se cumpliría. ¡Pues ella no era tan confiada! Si el destino de Brianna era caer en desgracia, ¿por qué no podía ella ayudarla en ello?

—Aun no es el momento —le dijo Ingrid a su hija, como si hubiera escuchado sus pensamientos.

—Madre…

—Déjala marchar, otro día.

—¿Otro día? —se burló de ella Brianna mientras el lobo no dejaba de gruñir—. Nadie os creerá.

Se dio la vuelta dispuesta a marcharse, y Ayla tuvo que reunir toda su fuerza de voluntad para poder hacerse a un lado y dejarla pasar.

—Oh, Brianna qué desilusión has sido para mí —dijo Ingrid—. Te enseñé todo lo que sé, porque creí que como futura señora McLeod guiarías al clan y cuidarías de todos. Pero ahora veo que tu corazón no está lleno de bondad, sino que es cruel e injusto.

Brianna se paró bajo el dintel.

—Es fácil juzgar a los demás cuando una ya es feliz y ha conseguido en la vida todo lo que se ha propuesto.

Ayla miraba a ambas mujeres con los ojos muy abiertos.

—Mamá… —pero su madre seguía mirando la figura encapuchada que se alejaba de la cabaña— ¿Ella…?

—Tranquila hija, no hará más daño. Aquí cada uno recibirá el castigo que se merece.

Ayla miró a Lobo, que permitió que le acariciara las orejas. Pensó que su madre estaba muy segura del desenlace, pero si nadie intervenía, ¿Quién pondría en marcha la rueda del destino que aplastaría a esa mujer?

—Como desees, madre.

Pero no tenía ni la más mínima intención de quedarse de brazos cruzados.

Capítulo 35



Ajenos lo que había sucedido la pasada noche en la cabaña del bosque, en la fortaleza, la luz que proyectaba el astro rey entraba a raudales por el enorme ventanal, sobre los cuerpos desnudos de los señores McLeod. Un perfecto halo se proyectaba oblicuo sobre el lecho, lamiendo el rostro de los amantes. Duncan parpadeó, despertándose cuando sintió el calor en el rostro. Se sorprendió, pues hacía mucho tiempo que el sol no brillaba con tanta intensidad en las Highlands.

Su esposa, Megan, dormía plácidamente, con la mejilla apoyada en su torso, y el brazo izquierdo sobre su pecho. Su delicada mano se movía de vez en cuando, acariciándolo en sueños, apretándose más contra él, en busca de calor.

La observó un largo instante y sintió que le fallaba la respiración. Se había recuperado de forma milagrosa, gracias a los remedios y tal vez a los hechizos de Ingrid. La mujer había sido de gran ayuda.

Una vez más, su mente se envenenó al pensar en lo sucedido. Tenía que averiguar quién habría sido capaz de algo tan horrible. ¿Sus hermanos? Ese había sido su primer pensamiento, pero ni Darce, ni Phiona estaban ya en la fortaleza. Después pensó en Boyd, pero Duncan no había perdido de vista a ese bastardo y sus hombres estaban bien vigilados.

Fuese, quien fuese, no lo tendría nada fácil para volver a intentarlo. Los McLeod amaban a su señora, y todos los hombres y mujeres a su servicio se habían dedicado día y noche a vigilar a sirvientes y hombres de armas de los invitados del rey.

No volvería a estar en peligro. Jamás.

—Hmmm —Megan gimió, y él la apretó más contra sí.

Ella se movió ligeramente, y abrió los ojos.

—Buenos días, amada esposa —la saludó, dándole un beso en la frente.

Ella hizo una mueca de disgusto.

—¿Estás bien? —preguntó alarmado.

Ella sonrió, y con ello le salieron dos hoyuelos encantadores en las mejillas.

—Estoy perfectamente bien, —respondió, aliviando la preocupación de Duncan—, es sólo que tú pareces no haberte dado cuenta —añadió, acurrucándose un poco más contra él.

Se miraron a los ojos y uno debía ser idiota si no se daba cuenta lo que quería decir su esposa.

La mano que había descansado en su pecho, fue bajando poco a poco, acariciando las crestas de sus abdominales y luego… más abajo.

—Megan —gimió él. Pero cuando la mano llegó a su entrepierna, su respiración se entrecortó y no pudo decir nada más.

—¿Sí? —preguntó Megan, algo más animada, al notar el bulto duro.

—No estás…

—¿Dispuesta? —Preguntó incorporándose para apoyarse sobre la mano que reposaba sobre el colchón. Lo miró desde arriba, mientras su cabellera le hacía cosquillas en el pecho y los hombros—. Estoy muy dispuesta, esposo.

Él suspiró, buscando contención.

—Megan… no, no estás recuperada.

—Duncan —ronroneó ella, mientras empezaba a acariciar su enhiesto miembro, arriba y abajo—. Estoy muy recuperada.

Le dio un casto beso en la frente, y él supo que iba a jugar con él, todo el tiempo que él le permitiera, pero al final cedería. La deseaba tanto, era tan evidente… que no era posible que no supiera que haría todo cuanto le pidiera.

Continuó masajeándolo, y Duncan apretó los dientes.

—Estás débil —se quejó Duncan—, yo… solo quiero que mejores.

—Me encuentro algo débil, sí, pero… quizás si haces tú todo el trabajo.

El miembro empezó a dolerle a causa de su dureza. Cerró los ojos y apretó los dientes.

—Yo…

—Además —agregó ella—, mi mano no está convaleciente. —Cuando Duncan pensó que su esposa no podía ser más atrevida, añadió—. Ni mi boca tampoco.

¡Ni hablar! No podía permitir… iba a avergonzarse.

—No, eso no.

Ella sonrió apretándolo con suavidad.

—Entonces… no hagas que me esfuerce demasiado.

Se tumbó boca arriba, derramando su cabellera por la suave almohada.

Él contuvo el aliento.

—Eres una hermosa visión, esposa.

—Hermosa y sana, como una manzana.

Duncan rio, y le acarició el cabello color fuego.

—¿Cómo una manzana? —se mofó.

—Exacto… Y tú, ¿tal vez, podrías probarme?

—¡Señora McLeod! ¿Acaso me está pidiendo…?

—¿Elaborar una buena sidra escocesa?

Duncan la abrazó por la cintura con rapidez y se colocó sobre ella, haciéndola girar en la cama.

—Eres una tentación, esposa.

Ella asintió sin dejar de mirarle los labios. Duncan no tardó en besarla como sabía que ella estaba deseando, tierno al principio, pero… pronto la lengua del guerrero acarició sus labios, abriéndolos como si se tratasen de una flor en primavera.

Megan gimió, y se retorció bajo su cuerpo.

—Oh, mi señor —flexionó las piernas para que él pudiera acomodarse entre ellas—, ese beso es pecaminoso.

Duncan sonrió contra su boca, pero no se detuvo. La besó, esta vez en el cuello, que ella estiró hacia un lado para facilitarle la tarea.

—Tu piel… Oh, Megan, eres deliciosa —jadeó, ondeando sus caderas—. Podría devorarte… Oh, pero… no quiero hacerte daño.

—No voy a romperme —protestó ella— Duncan… Me das… ¡Ahhh! Placer…

Continuó repartiendo besos, descendió por el cuello y se encontró con el hueso de su clavícula. Lamió su trazo, hasta llegar al hueco, justo en el centro. Desde ahí fue descendiendo más, hasta que se topó con la fina camisola.

El pulgar se posó sobre el monte coronado por su pezón y empezó a trazar círculos sobre el fino hilo, endureciéndolo. Megan se retorció presa del placer más exquisito.

—Oh, un contratiempo —se quejó, divertido cuando el escote de la camisola no le daba acceso a sus pechos desnudos.

Ella soltó una carcajada musical.

—Ninguno que un guerrero como el laird de los McGregor sea capaz de salvar, milord.

—No lo creo —aseguró él—. Tiene fácil solución.

Sonrió como un lobo, y prácticamente rasgó el camisón cuando tiró de la tela, abriendo la prenda por completo sobre su cuerpo. Dejó expuestos sus generosos pechos y su ombligo.

Megan abrió mucho los ojos cuando él puso su lengua ahí.

—Oh… ¡Mi señor! —Estaba fingiendo desolación—, le tenía mucho cariño a esta camisola.

—Nada que se interponga entre yo y el cuerpo desnudo de mi esposa, será bienvenido en esta cama.

Ella asintió, acariciándole el cabello mientras se retorcía buscando una caricia más próxima.

Terminó de rasgar la prenda, y Megan gimió de puro éxtasis. Su esposo era rudo, salvaje, sus ojos reflejaban la pasión, pero esta vez era comedida. Estaba siendo delicado, y eso la excitó como nunca.

Duncan se dio cuenta de ello. Megan se retorcía bajo él, y cuando sus pechos quedaron de nuevo a la altura de su boca, su miembro se endureció aún más.

—¿Vas a desnudarme por completo?

Él asintió.

—Voy a quitarme toda la ropa —le dijo—, deseo sentir tu piel contra la mía.

Duncan se quitó la camisa de dormir.

Cuando Megan vio su virilidad casi rozando su ombligo, se mordió el labio inferior. Tuvo ganas de rodearlo con sus labios, succionar y lamer…

Pero él se adelantó.

Se alzó sobre ella, cuan grande era, y besó uno de sus pezones. Lo succionó, lamió, y mordisqueó, hasta lograr que ella gritara de placer. Después le tocó el turno al otro, y Megan no paraba de gemir.

—Vas a matarme si sigues jadeando así, esposa…

Megan rio.

—Oh, no… Dios me libre de provocar tu muerte ¡Oh! ¡Dios!

Él se carcajeó.

—Despertarás a todo el castillo.

—Todos están despiertos —ronroneó Megan con los ojos cerrados, sintiendo cada caricia —, somos los únicos holgazanes.

—Nidie me reprochará que con una mujer tan exquisita… —apretó sus pechos con fuerza haciéndola jadear de nuevo—, no quiera salir de mi cama.

—Oh, Duncan ¡Aaaah!

Duncan había hecho su trabajo mientras ella había estado parloteando. En esos momentos, acababa de abrir sus piernas y estaba introduciendo un dedo en su húmeda cavidad.

—Estás… resbaladiza.

—Es por ti, mi amor —jadeó, Megan—. ¡Ahhh! Ya sé como funciona esto.

Él continuó la miró a los ojos, completamente complacido con ella. La lubricó,

masajeando, entrando y saliendo, mientras con el pulgar pulsaba su lugar más sensible.

—¡Oh! ¡Así! ¡Sí!

—Te mueves con la gracia de una ondina, mecida por las aguas de un río —ella sacudía la cabeza de uno y otro lado, sintiendo como la tensión crecía en su interior—. Tus cabellos rojos, brillan como las brasas, y… oh, Megan, eres la mujer más hermosa que he visto en la vida.

Mientras le decía esas palabras, seguía acariciándola, con suavidad, con precisión. Ella se revolvía con una gracia innata. Miró su sexo, y estaba húmedo y rosado. Acarició el vello rojo que lucía orgulloso su monte de venus, y después regresó a su clítoris, mientras esta vez introducía dos dedos más.

Megan suspiraba, gemía, se retorcía.

Entonces, Duncan bajó la cabeza, y besó sus pétalos, húmedos y cálidos. En ese momento, Megan gritó, extasiada.

Ahí estaba dura, su sexo palpitaba, podía sentirlo en los dedos, se los estrechaba, se contraía a su alrededor. Sentir como ella lo disfrutaba y enloquecía bajo su toque, lo excitaba más y más. Lo hacía sentirse poderoso.

Era tan hermosa, tan dulce y estaba tan dispuesta.

Lamió, chupó y succionó, hasta que notó como alcazaba el placer.

—Aaah, ¡Duncan!

Él continuó, hasta su última agonía.

—¡Por favor! —exigió Megan—. No te detengas.

No hizo falta nada más, para que Duncan supiese qué quería su dulce y sensual esposa.

Se alzó sobre ella, aprisionándola con los brazos, con todo su cuerpo.

Ella se abrió para él como una flor.

La conquistó, en una rápida estocada.

Megan arqueó la espalda y lo abrazó con las piernas, entrelazando los tobillos sobre el nacimiento de sus nalgas.

—¿Así? —preguntó él

—Sí, mi señor… ¡Ah! Exactamente así.

Empezó a bombear. En un principio despacio, suavemente, luego alternó con movimientos rápidos, con fuerza controlada, para después moverse despacio de nuevo.

Eso estaba haciendo que su esposa volviese a alcanzar de nuevo la cima. Podía notar como se movía bajo sus envites, buscando el punto exacto donde él podía otorgarle placer. Lo buscaba, se apretaba contra él, gemía, para poco después ronronear de placer.

La miró, suspirar y retorcerse. Duncan disfrutaba con solo la visión del éxtasis en sus ojos, que brillaban como nunca. Sus hermosos labios, entreabiertos, y los cabellos largos y rojos como las llamas, abrazaban los blancos cojines, como los regueros de la lava de un volcán.

Era la mujer más fascinante que había conocido jamás, la más hermosa, la más buena, y había estado a punto de perderla.

¡Maldición!

—¡Duncan! —dijo ella, buscando su mirada.

Él se dio cuenta de que se había detenido. La besó de nuevo, con pasión desmedida, y prosiguió a llenarla con estocadas precisas y contundentes.

Ella se abrió aún más, y pronto alcanzó el cielo con la punta de los dedos.

Duncan lo notó también, como se apretaba contra su miembro. Gritó en el momento en que no pudo contenerse más. Tembló de la cabeza a los pies mientras se vaciaba en su interior, llenándola, marcándola con su esencia.

Megan estaba ahí con él. Su vida tenía sentido porque podía compartirla con ella.

Apretó los dientes con un último empujón.

Quien fuera que le hubiese hecho daño, que se la hubiese intentado arrebatar, se las pagaría con creces.

Instantes después, Megan abrazaba a su esposo, mientras él permanecía con los ojos abiertos.

Un rictus de preocupación se podía leer en las arrugas que surcaban su frente, y su entrecejo. Ella se preocupó, y se apoyó en el codo derecho, para mirarlo a los ojos.

—Duncan —se mordió el labio inferior— ¿No te ha gustado?

Él jadeó incrédulo.

—¿Cómo puedes preguntarme eso? —La abrazó con más fuerza, dejando un reguero de besos en su rostro.

¿Quién era ese hombre tan amoroso y atento? Se rio incrédula, que poco tenía que ver con el hombre que la hizo suya en la noche de bodas.

Al terminar el dulce jugueteo, la miró con intensidad, pero le sonrió. No quería preocuparla.

Pero Megan, que era demasiado lista, arrugó el entrecejo.

—Entonces… ¿qué te preocupa?

Obviamente, no estaba conforme con que evitara responder a su pregunta.

Él se dio cuenta, y suspiró.

—Megan, no puedo quitarme de la cabeza el hecho de…

—Duncan —lo interrumpió ella—, estoy bien, sigo viva. A partir de ahora, iré con más cuidado.

Él negó con la cabeza.

—No, Megan. ¿Más cuidado? No fue tú culpa. Alguien intentó matarte. Debemos encontrar al culpable. De lo contrario, lo intentará hacer de nuevo. Y si te pierdo…

Ella abrazó a su esposo. Lo abrazó con fuerza.

Entendía su preocupación, porque si a él le sucediese algo, si su vida corriese peligro, o… No, no quería pensarlo. Solo sabía que moriría de la pena si algo le sucediese. Se incorporó, y lo miró a los ojos, con férrea determinación.

—De acuerdo, encontraremos a esa persona —dijo Megan—, pero no permitiremos que sea un fantasma entre nosotros.

Él tuvo que claudicar.

—No, no lo permitiremos.

La besó apasionadamente, y el sol estaba muy, muy alto cuando los dos salieron de la

cama.

Capítulo 36



Había un bullicio tal que jamás se había visto en la fortaleza McLeod. La noche había caído, pero la fiesta de despedida se celebraba con grandes hogueras en el patio. El padre Benedict, no estaba conforme, lo encontraba demasiado pagano y muy alejado de sus gustos que poco o nada tenían que ver con su voto inexistente de pobreza. Ver lo diferente que era ese hombre, del padre Rob, llenaba a Megan de alegría. Pronto las personas ajenas a la vida de los McLeod y su fortaleza, se marcharían y todo volvería a estar en paz y armonía.

—Ultima noche con el rey —dijo Megan, colgándose del brazo de su esposo.

Él la miró, e hizo un tremendo esfuerzo por no apoderarse de su boca y dejarla sin aliento, allí mismo, delante de todos. No obstante, no tardó en inclinarse sobre su oído y susurrar.

—No es con el rey con quien pasaré esta noche, eso te lo prometo.

Las mejillas de la señora McLeod ardieron por las pecaminosas palabras de su esposo.

Las hogueras estaban encendidas, había música y baile. Y el clima era tan inusualmente cálido para estar en las puertas del invierno, que hizo que la fiesta fuera perfecta.

Todos parecían muy felices. Había muy pocos que no bailaran entre las hogueras, bebieran buen vino o conversaran animadamente. Hasta el rey parecía complacido de la gran despedida y agasajo que le dedicaban esa noche los McLeod.

Por supuesto, a pesar del buen ambiente, no todos estaban felices. Brianna se había mostrado bastante enfurruñada, pero tanto Lachlam, como Guillard estuvieron contentos de que adujera dolor de cabeza y desapareciera de la fiesta. Megan no corría peligro, al estar con su esposo.

Quien tampoco se había mostrado feliz, fue Ayla. Aunque Megan se hubiera recuperado

por completo, le carcomía saber quien había provocado que casi abandonara el mundo de los vivos. Por mucho que dijera su madre, ella no pensaba olvidar la ofensa para con aquellos que habían osado atentar contra la vida de su cuñado y además difamar a su madre.

Cuando Brianna había desaparecido, Ayla también lo hizo.

A Lachlam le extrañó que no correteara a su alrededor y le obligara a bailar con ella.

Bebió un largo trago de vino y volvió a centrarse en Guillard.

—¿Dónde está Ayla? —miró alrededor sin hallarla.

El hombre de armas de Duncan se encogió de hombros.

—Es imposible que tarde mucho tiempo en venir a rondarte —dijo sonriente y muy seguro de que eso sería exactamente lo que iba a pasar—, es imposible que esa chica no venga corriendo para despedirse de ti.

Lachlam asintió. Mañana se marcharían a primera hora con el rey. Estaría en su castillo algunos días, o semanas, según el capricho de David.

—Le había prometido un baile alrededor de la hoguera, pero tal parecía haberlo olvidado.

—Ayla no olvida nada —dijo Guilliard y Lachlam estuvo de acuerdo con su amigo— ¿Y cuando le has prometido volver?

El joven laird de los McDonald guardó silencio ante las palabras de su amigo, pero sonrió para sus adentros.

—Algún día —apuró el vino y siguió disfrutando de la noche.

Pero su buen humor iba menguando a causa de la preocupación, mientras transcurría el tiempo y Ayla seguía sin aparecer.

—No puedo creer que la hija de Boyd haya perdido la oportunidad de bailar con nuestro señor. Debe tener una jaqueca realmente fuerte —dijo Guillard para sí mismo.

Lachlam parpadeó.

—Lo dices como si no creyeras en su mal estar.

—Y no me lo creo.

Lachlam frunció el ceño, pero vio como Megan bailaba con su esposo y se relajó.

—Sea lo que sea que trame Brianna, Megan está a salvo esta noche.

Guillard gruñó como única respuesta.

—Sí, pero… Hay algo en su actitud que no me gusta, me juré vigilarla. De hecho, Duncan me ordenó vigilarla.

—Sí, ya somos dos que estamos al pendiente de la hija de Boyd.

—Y de sus hermanos —dijo Guillard. Eso provocó que Lachlam frunciera el ceño.

—¿Sus hermanos?

Guillard asintió.

—Aunque por suerte, los hermanos de Megan ya no se encuentran en la fortaleza y no tengo que estar al pendiente.

Estos habían desaparecido hacia algunos días, Darce había caído enfermo según le había dicho Duncan de muy malos modos, por lo que tuvo claro que algo había pasado, pero desconocía el qué.

—Se atrevieron a tratar mal a nuestra dama en su propia casa.

Lachlam dio por cierta esa afirmación.

Sus ojos se posaron en Megan y Duncan sonreír felices y despreocupados. Ahora que la enfermedad era solo un recuerdo, y que las personas que empañaban su buen humor se marchaban, parecían vivir en una nube. Pero algo andaba mal.

Lo presentía.

Volvió a mirar a su alrededor y echó de menos la figura de Ayla, siempre a su espalda como una sombra.

Tuvo un mal presentimiento.

—¿Por qué vigilar a Brianna? —preguntó de pronto.

Guillard fue claro.

—Aunque Duncan no parecía molesto con su presencia, temía que hiciera algo contra Megan. Ya sabes que siempre quiso el lugar que ahora ocupa nuestra señora.

—Entiendo.

—Ya sabemos que Brianna no sería tan estúpida como para atentar contra su rival. Sin embargo…

—¿Sin embargo?

—Su actitud con Ingrid, tachándola de bruja, como si se apresurara a encontrar un culpable… —Guillard chasqueó la lengua, profundamente agraviado—. La trató de bruja, e influenció a las damas.

—Entiendo.

Lachlam se ofendió, tanto como si hubieran maltratado a un miembro de su familia.

—Incluso las gentes que siempre la habían tratado con respeto, cambiaron su forma de verla, solo porque Brianna había metido cizaña.

El laird de los McDonald, parpadeó como si se hubiera dado cuenta de algo.

—¿Ayla lo sabe?

—¿Que Brianna calumnió a su madre? ¡Por supuesto! —aseguró Guillard—. Yo juré que en su mirada había visto llamas. Por suerte Brianna sigue viva y la sangre no ha llegado al río. Ingrid siempre subo calmar a su hija. No vale la pena enemistarse con los Boyd.

Aquella afirmación, pensó Lachlam… no le daba nada bueno en que pensar. Porque si bien era cierto que alguien como a Ayla, una hija ilegítima, no le convenía enemistarse con una familia tan poderosa… también era cierto que… ¿desde cuándo Ayla se paraba a pensar lo que le convenía o no?

Lachlam se removió inquieto, pasando el peso de su cuerpo, de una pierna a otra. Hasta que la sensación de apremio fue insoportable.

—Creo que aún tengo algo de tiempo para despedirme —dijo Lachlam—. Voy a…

Guillard se puso a reír.

—Te deseo suerte, pero ten cuidado —le advirtió—. Igual te ata a un árbol para no dejarte marchar.

Él asintió mientras empezaba a alejarse de la fiesta.

Debía encontrar a Ayla, no creía que su salvaje amiga estuviera haciendo nada bueno.

—Ayla… no hagas tonterías —susurró a la noche mientras pensaba donde podría haber ido la muchacha.

***

No muy lejos de la fortaleza McLeod, cobijadas por la arboleda que daba paso al frondoso bosque, dos figuras intentaban tragarse el coraje de que sus planes se hubieran torcido.

—Ha sobrevivido —le dijo Phiona con los ojos inyectados en sangre—. Hasta tiene fuerzas para acudir a la fiesta de despedida del rey.

Brianna a su lado, apretó los puños. Odiaba que Phiona le recordara sus fracasos.

—¿Cómo ha podido sobrevivir? —insistió la hermana de Megan—. Dijiste que ese brebaje…

—¡Cállate! —bramó Brianna tan fuera de sí como su aliada—. No contaba con lo poderosa que era esa bruja. Ingrid lo descubrió, encontró el antídoto y echó al fuego mi…

Phiona la miró como si no entendiera de qué estaba hablando. Tampoco es que le hubiera dicho que había reforzado el veneno con un hechizo. Uno que, evidentemente, no había funcionado.

—¿Realmente es bruja? —preguntó Phiona, claramente horrorizada.

Brianna no tenía ninguna duda de ello.

—Por supuesto —aseguró, pues de ella había aprendido todo lo que sabía.

—Sí —las sobresaltó una voz a su espalda—. Sin duda mi madre es bruja, pero no una como vosotras, arpías inmundas.

Ayla avanzó un paso en la noche.

El candil que las damas llevaban en la mano, iluminó el rostro de la muchacha. Su larga y lustrosa cabellera suelta, parecía de color ceniza en la oscuridad.

—¡Tú! —exclamó Brianna— ¿Qué haces aquí?

Ayla no respondió con palabras, sin embargo, sonrió de oreja a oreja. Una sonrisa fría, dirigida a sus enemigas.

Las dos mujeres retrocedieron un paso, asustadas por la interrupción.

Briana fue la primera en recuperarse de la impresión de ver aquellos ojos sedientos de sangre, mientras Phiona alzaba el mentón aún con cierta preocupación en su rostro.

—¿Qué crees que haces?

Un gruñido siniestro se escuchó en la noche. El lobo apareció, distrayendo con sus mandíbulas a las dos mujeres. Sus chasquidos aterradores, amenazaban con desgarrar su carne y mandarlas al otro mundo.

—No, Lobo —Ayla extendió un brazo, que sacó de debajo de su túnica. Un bastón largo apareció asido a su mano—. Son mías.

Ayla dio un paso hacia delante y las dos mujeres no tuvieron mucho tiempo para gritar.

—Bueno, señoras —dijo Ayla a los dos cuerpos inconscientes—, ahora os enseñaré qué hacemos con las brujas en nuestras tierras.

***

Lachlam se había pasado toda la noche buscando a Ayla. Una veta grisácea aparecía en el horizonte dando comienzo al amanecer, cuando a lo lejos, junto a los acantilados vio un pequeño cuerpo arrastrar un enorme saco.

Había visitado con frecuencia esas tierras como para saber que el acantilado tenía un escarpado descenso hacia una cala, donde Duncan y él solían esconder una barca de recreo para salir a pescar.

—Ayla… ¿qué estás tramando?

Al llegar al borde del acantilado, vio con sus propios ojos como la barca estaba sobre la arena. Pronto subiría la marea, que ya lamía el casco.

Mientras bajaba tras ella, se dio cuenta de que no había un solo saco sobre la arena mojada, sino dos. Lachlam entrecerró los ojos y se apresuró a llegar hasta ella.

Cuando esta ya había puesto los dos sacos en su interior, se metió en la barca, tomando los remos. Un par de minutos y podría salir de allí sin demasiado esfuerzo.

—¡Ayla! —Corrió hacia la orilla y agarró la barca con las dos manos.

—Lachlam —protestó ella furiosa.

A pesar de su capucha, el amanecer dejaba ver su juvenil rostro. Ojos grandes, tan azules como el hielo de glaciar acariciado por el sol y una boca aún más carnosa que la última vez que reparó en ella.

Los brazos de Lachlam se tensaron, dispuestos a ejercer la mayor fuerza posible para retener la barca en la orilla.

—¿Qué demonios haces? —preguntó en un tono muy calmado que nada concordaba con la expresión desconfiada de sus ojos.

Ayla también entrecerró los ojos.

—¿Te debo alguna explicación? —Ella chasqueó la lengua.

—No hagas que te repita la pregunta. ¿Qué estás haciendo?

Ella bufó.

—A buenas horas te preocupas por mí y lo que hago.

Ahora fue él quien chasqueó la lengua.

—Mocosa insensata —dijo con los dientes apretados. Estaba empezando a sospechar qué demonios hacía, y no le gustaba nada—. Vas a meterte en un buen lio.

—No, si tú te largas con el rey, y no le dices a nadie lo que has visto.

—Eso no va a pasar.

Ella relinchó como un caballo y su lobo blanco se dejó ver al incorporarse en el interior de la barca.

—Ya lo has despertado —se quejó ella.

Lobo se mostró inquieto y saltó de la barca. Brincaba sobre el agua que ya lamía por completo la madera. Ayla clavó el remo en tierra y empujó con fuerza para adentrarse en el mar.

—¡No!

—Apártate, o le diré a Lobo que te muerda el trasero.

Eso le hizo reír. Lachlam miró a Lobo, que al hacer contacto con sus ojos lo miró con absoluta devoción. La mirada torcida del highlander fue mofa suficiente para que la muchacha maldijera. ¿En verdad pensaba que su lobo no adoraría al laird, tanto como lo adoraba ella?

—Abusas de tu encanto —resopló Ayla.

En ese instante los dos sacos se sacudieron captando la atención de los dos.

—¡Por todos los dioses…!

Los dos sacos gemían y se movían.

—¿Qué? —exclamó ella ofendida.

Lachlam miró los sacos una vez más y después miró a la muchacha, quien alzó el mentón y se mantuvo firme.

—¿Quiénes son? —preguntó, con el ceño fruncido.

—Dos arpías. Briana Boyd y Phiona Harris.

—Oh, por todos los demonios del infierno…

Ayla no parecía para nada contrita. Iba a hacerlo dijera lo que dijera su highlander.

—Eso no es… tú no estás… —Lachlam cerró los ojos y respiró profundo—. Dime que no estás haciendo lo que estoy pensando.

—Solo estoy deshaciéndome de algunas alimañas.

Uno de los sacos se retorció con más fuerza y un gemido, procedente de su interior dejó claro que había alguien pidiendo ayuda, o piedad. Una piedad que Ayla no estaba dispuesta a dar.

—No lo harás.

—¿Vas a impedírmelo? ¿Después de lo que han hecho?

—El rey se ocupará de ellas.

No estaba de acuerdo. El rey David consideraba a Duncan menos que un traidor, no movería un dedo por castigar a los Boyd que siempre se habían mantenido leales a él.

—Ayla…

Ella vaciló. Pero seguía con los labios muy apretados y negando con la cabeza.

—Acusaron a mi madre de bruja, si Megan hubiera muerto… —sus ojos se anegaron de lágrimas y Lachlam cerró los suyos, pensativo.

Ella tenía razón, si Megan se hubiera muerto, era muy probable que la gente ignorante hubiera acusado a Ingrid.

—Deben ser castigadas.

—Pero no por ti.

Ella alzó el remo y golpeó el brazo del guerrero.

—Lachlam, no te metas. Ya me has hecho perder demasiado tiempo, largo.

Él subió a la barcaza e, ignorando los sacos, pasó sobre ellos y se sentó frente a la muchacha rubia. Para su desgracia la visión de esos cabellos revueltos por el mar, sus mejillas sonrosadas por el frío… esos labios gruesos y enrojecidos… Carraspeó antes de hablar.

—Ayla, dejarás los sacos en tierra.

—No lo haré.

—Y yo a cambio… —dejó de hablar y ella alzó una ceja de pronto llena de curiosidad.

—Tú, ¿qué harás?

Él siguió mirándola a los ojos, que se fueron agrandando por la expectación.

—A cambio te concederé lo que me pidas.

—Lo… que…

¿Había visto el rostro de la felicidad misma? Lachlam juró que no hasta que los azules ojos de Ayla se humedecieron de la emoción, su sonrisa fue tan deslumbrante y devastadora que él podría jurar que el sol había aparecido en aquel amanecer gris de nubes bajas.

—¿Qué deseas?

—Yo… —su entusiasmo se desbordó al soltar los remos—. ¡Bésame!

Lachlam cerró los ojos.

—Me lo temía. ¿Seguro? No sé, si quisieras pensarte al…

No hubo tiempo de pensar nada.

Los brazos de Ayla rodearon su fornido cuello, lo aplastaron contra ella con tal fuerza que al laird McDonald le quedó claro que cualquier señor le hubiera gustado tenerla en sus ejércitos.

La presión de sus labios contra los de él, fue audaz. Ella respiró por la nariz y gimió presa de un placer incontenible. Pero la inexperiencia hizo que su boca no se abriera, solo se apretó de forma intensa y casi dolorosa, torpe. ¡Pobre criatura!

Lachlam sonrió contra sus labios.

Cuando ella puso fin al beso y se apartó, también sonreía, con los ojos cerrados, presa de la más absoluta felicidad. Aquella visión calentó el corazón de Lachlam.

—¿Puedo morirme ahora? —dijo ella.

—No lo hagas —se echó a reír él— Y…

No debía decirlo, sería mejor que callara.

—¿Qué? —Ella parpadeó confusa y se le borró la sonrisa de la cara—. No te ha gustado ¿verdad? Pero… he pensado mucho en ti —continuó ella como si no lo hubiera escuchado—, y en tus besos… has sido… ¡Ah! ¡Tan emocionante! Dime algo —dijo casi sin aliento—. Beso mal, ¿es eso? Yo… es que nunca besé a nadie.

—Lo he notado —se rio Lachlam con ganas.

Eso no gustó nada a Ayla.

—Eso ha sido muy poco galante. —Enfurruñada, cogió uno de los sacos y lo tiró al mar.

—¡Ayla!

El saco empezó a hundirse, pero no lo hizo del todo, pues solo estaban en la orilla.

—Vuelve a reírte de mí si te atreves —amenazó con tirar el otro.

—No… —Lachlam saltó de la barca y sacó el saco hasta dejarlo sobre la orilla donde las

olas no lo alcanzaran. Luego tuvo que correr a sacar el otro saco que Ayla había tirado aprovechando que él se alejaba— ¡Eres imposible!

La muchacha volvió a sonreír.

—Nadie se mete con los McLeod, ni siquiera tú, laird McDonald de pacotilla.

Miró los sacos. Al menos tenía la esperanza de que estuvieran despiertas después de la paliza que les había dado y hubieran tragado algo de agua.

—Nadie se mete con el laird McDonald.

Ayla se puso a reír, hasta que lo vio acercarse y antes de poder reaccionar siquiera, Lachlam entró en la barca y la levantó, agarrándola con fuera por los brazos.

La sujetó para que no pudiera escapar.

—¿Qué haces? —preguntó confusa, pero el desconcierto continuó.

Lachlam hizo descender su boca contra la de ella, pero esta vez, sus suaves labios no se quedaron quietos.

¡Ingenua! Ella habría jurado que fruncir los labios y apretarlos con fuerza contra el ser amado era besar, pero no era así, y lo averiguó nada más Lachlam tomó su barbilla con el pulgar y la forzó a abrir la boca mientras la suya lamía sus labios carnosos.

El corazón de Ayla estalló en su pecho, ardió de la cabeza a los pies, y fue consciente de cada parte de su cuerpo, de los latidos de su corazón en esa zona tan íntima y secreta.

La lengua de él buceó en su boca y le sacó un gemido de placer. Sus rodillas se doblaron y Lachlam tuvo que abrazarla para que no se desplomara. Ayla intentó tomar aire, gimió completamente entregada.

Cuando él se apartó, sus ojos seguían abiertos como platos, se dio cuenta de que apenas los había cerrado un momento.

—Esto…

Lachlam frunció el ceño. Ella no reaccionaba, su sonrisa y su mirada ida, lo preocuparon sobremanera.

Parecía que su alma hubiera abandonado su cuerpo.

—¡Ayla!

—He muerto ¿verdad? —Se rio sin ser consciente de ello—. ¿Esto es el paraíso? ¿El cielo? Lachlam… creo que me has hecho creyente.

Él estalló en carcajadas.

—Ayla, juro que eres la mujer más asombrosa y extraña que he conocido en mi vida.

Ella asintió aún con el corazón acelerado y la mirada ida de felicidad.

—Pequeña arpía ¿qué voy a hacer contigo?

Volvió a estrecharla entre sus brazos y la besó antes de arrastrarla a la fortaleza para que rindiera cuenta de sus actos.

Capítulo 37



Cuando Ayla entró en el salón donde la comitiva real se estaba despidiendo de su hermano, todos los presentes quedaron estupefactos. Entre ella y Lachlam arrojaron los sacos al suelo.

—¿Qué es esto? —inquirió Duncan.

A Lachlam le faltó tiempo para desatar la cuerda que los mantenía cerrados, para así responder a su pregunta. Los ojos de Megan se abrieron con espanto, pero al mirar a Ayla en busca de una explicación, esta no parecía para nada arrepentida.

La cabeza de Brianna fue la primera en salir de la tosca tela, estaba amordazada y al despojarse del saco, pudieron ver que también atada de pies y manos.

Ayla seguía sin parecer arrepentida.

—¿Pero…? —Megan se llevó las manos a los labios, horrorizada cuando vio que, del segundo saco, emergía su hermana.

—Las damas tienen algo que confesar —informó Lachlam antes de que los Boyd empezaran a gritar, exigiendo una explicación.

Ayla miró a ambas mujeres, y por como retrocedieron arrastrando trasero por el suelo, mirándola con absoluto pavor, supo que confesarían de inmediato.

—¡Fuimos nosotras! —gritó Briana—, envenenamos a Megan.

—¡Brianna! —Boyd no daba crédito.

Brianna miró a su padre, pero luego se centró en el rey.

—Piedad majestad, —se arrastró sobre sus rodillas e intentó tocar su túnica. El rey se

retiró y los guardias armados la apartaron sin miramientos—. ¡Piedad! ¡Mi padre me obligó!

Phiona gritó a su vez.

—¡Nuestros padres nos obligaron! —asintió, aferrada a esa última esperanza para escapar de la horca.

—¿Intentasteis matar a la esposa de McLeod? —preguntó el rey David.

Las dos mujeres se miraron y de pronto, tuvieron más temor a las represalias que a la chica salvaje que casi las ahoga en el mar.

—No, solo queríamos asustarla —dijo Phiona, envuelta en llanto.

—Un brebaje que solo le provocaría malestar —dijo Brianna, mientras la hermana de Megan asentía.

Pero nadie en el salón las creyó.

Allastair Boyd se acercó a su hija y la abofeteó. Megan se sintió mal por ellas, pero Ayla parecía disfrutar del espectáculo.

—Intentaron calumniar a mi madre —alegó Ayla—, hacer creer a todo el mundo que ella había envenenado a Megan. Pero fueron ellas dos.

—Y no dudo que haya alguien detrás de sus tretas —dijo Lachlam informando al rey—. El padre Benedict acudió a tierras de los Harris para seguramente pactar una alianza, deshacerse de Megan, y que Brianna ocupara su lugar.

Los murmullos no cesaron entre los nobles del salón, ni mucho menos entre los siervos.

El rey David miró a Boyd y después a los implicados. El padre Benedict empezó a retroceder, pero el padre Rob lo agarró del brazo y tiró de él hacia delante, hasta que trastabilló y cayó de rodillas frente al rey.

—¡Piedad! Solo fui el mensajero —dijo el padre Benedict—, fui portador de noticias. Una alianza, entre Harris y Boyd, pero jamás pensé que el desenlace sería un intento de asesinato. ¡Lo juro!

El rey alzó la mano. Su expresión era de una dureza sin igual, por lo que se acabaron los lloriqueos, las súplicas y los murmullos.

—La palabra de un sacerdote es bien apreciada por mi persona… —empezó a decir.

—Gracias… gracias… —interrumpió el padre Benedict, pero el rey lo fulminó con la mirada, haciéndolo callar.

—No obstante, vos no me parecéis un hombre de Dios —dijo—. Vuestros lujos y conciencia, no comulgan con lo que se espera de un clérigo. El Papa, habrá de juzgar si sois apto, pero mientras tanto, me encargaré de que vuestro voto de pobreza, sea respetado.

Él propio rey le arrancó la cruz de oro y lo despojó de sus joyas, mientras el corrupto clérigo contenía el llanto.

—En cuanto a vosotras… —miró a las dos mujeres, entrecerrando los ojos en clara amenaza.

Phiona y Brianna empezaron a llorar sin consuelo. Boyd estaba de pie, con los puños apretados, pero no tuvo el valor de decir nada.

—¿Con qué envenenasteis a la señora de los McLeod? —preguntó el rey.

Megan y Duncan miraron a las mujeres y al rey alternativamente.

—¡La miel de la amargura! —gritó, Briana, sollozando. Se la tomó, cuando la invité a desayunar.

—¿Por qué? —preguntó Megan, dolida.

Los ojos de Brianna se anegaron de puro odio cuando la miró.

—Porque yo sí sé luchar por lo que deseo —exclamó, con los puños apretados—. Y deseo a Duncan. Ese hombre estaba destinado a ser mío. ¡Tú me lo arrebataste!

—Nunca fui tuyo —dijo Duncan, y esas palabras parecieron romperle el corazón, porque su expresión pasó del odio a la desolación.

—Llevo escuchando que sería tu esposa, desde que tengo uso de razón. Ibas a casarte conmigo. ¡E incumpliste tu promesa! —sollozó, pero de nuevo sus ojos se inyectaron de odio al mirar a Megan—. ¡Por tu culpa!

El rey suspiró.

—Creo que aquí la culpa fue mía —reconoció—, pero… no me arrepiento de haber

librado a Duncan McLeod, de una mujer como vos.

Megan tomó el brazo de Duncan, siendo consciente de que le fallaban las fuerzas. Después posó la mirada en Phiona y aún se sintió más triste al ver a su hermana mirarla con tanto odio. ¿Era cierto que su padre había ordenado matarla? Siempre supo que no era querida en su hogar, pero ¿tanto como para desear su muerte?

—¿Tanto me odias? —preguntó Megan a Phiona, sin apenas voz.

Lejos de retractarse, su hermana asintió.

—¡Sí!

—Pero ¿por qué? —lloró Megan.

Los ojos azules de su hermana eran fríos como el hielo.

—Eras tan feliz teniendo absolutamente nada… —escupió su veneno—. No podíamos consentirlo.

—¿Padre ordenó…?

—No fue tan difícil convencerlo, pero quien realmente quería verte fuera de su camino, era madre.

Megan tragó con fuerza y se llevó una mano al corazón.

—Maldita familia —escupió Duncan.

El rey pareció ciertamente conmovido ante tanta injusticia hacia una joven como Megan. La señora McLeod había demostrado ser una mujer respetable y buena de corazón.

—Ya es suficiente —zanjó David, haciendo escuchar su voz.

Briana cerró los ojos, y Phiona suplicó de rodillas.

—Majestad, perdóneme —imploró Brianna—. ¡Le ruego piedad! ¡Le suplico clemencia, su majestad!

Ayla puso los ojos en blanco.

—Vaya, ¿aquí termina tu garra y determinación? ¿Con súplicas? ¿Dónde está tu honor para enfrentarte a tus propias acciones?

Briana enrojeció de rabia al escucharla.

—¡Maldita bruja! —gritó— Nos arrojó al mar —gimió después, esperando que el peso de la justicia cayera sobre aquella muchacha—. Intentó matar a la hija de un noble. Una bastarda…

Lachlam se puso frente a ella, como si su cuerpo pudiera protegerla de la justicia del rey.

—¡Basta! —fue la voz de Duncan quien rugió—. Exijo una compensación, por tanta maldad.

La mano de Megan se convirtió en una garra mientras lo sujetaba con fuerza.

—Por favor… ya es suficiente —suplicó.

El rey se conmovió ante ella.

—El peor agravio ha sido hecho en su contra, lady McLeod, ¿qué castigo consideraríais adecuado?

—Simplemente, no quiero volver a verlas —pero había suplica en sus ojos—, pero sin muertes, no quiero llevarlas sobre mi conciencia.

El rey miró a Duncan que no pensaba lo mismo.

—Creo que fui demasiado generoso con los Boyd y los Harris, creo que retirarles mi favor, es lo mínimo para resarcir el daño.

—Pero majestad… —Boyd lo miró con los ojos abiertos de par en par.

—¡Lleváoslos de aquí! Reflexionaré sobre el castigo que se merecen mientras volvemos al sur, y los encerramos una larga temporada en la torre.

—¡No! —gritó Boyd, que era arrastrado fuera del salón—. ¡Majestad, piedad!

Briana y Phiona gritaron lo mismo, pero el rey no fue clemente. Igual que no lo sería con los Harris, ni con Darce, ni con su padre y madrastra.

Duncan abrazó a su esposa, que parecía que sus piernas no la sostenían.

—¿Qué sucederá realmente con los Boyd? —preguntó Duncan al rey—. No quiero más guerras absurdas.

—Quizás no haya Boyd de los que preocuparse, quizás esas gentes se merezcan pertenecer a un clan mejor.

Duncan parpadeó incrédulo.

—¿Cómo decís?

—Mientras me ocupo de los Boyd… ocupaos vos de sus tierras, y quizás algunas gentes deseen cambiar sus colores y pertenecer a un clan mucho más dado a la lealtad y el buen hacer.

Duncan no dijo nada, pero al despedirse del rey esa misma mañana, supo que se avecinaba mucho trabajo, y que no sería capaz de hacerlo solo.

La mano cálida de su esposa se entrelazó con la suya mientras veían zarpar los barcos del rey David.

—Espero no volver a verlos —dijo Megan, pero cuando Lachlam los saludó desde la barcaza, se corrigió—. A excepción del laird McDonald.

—Le alegrará saber que siempre será bienvenido por la señora de los McLeod —le sonrió Duncan.

—Señora McLeod… —repitió ella, feliz.

Se besaron con la pasión que ambos atesoraban en sus corazones. Las gentes desaparecieron de la orilla, volviendo a sus quehaceres, dejando a la pareja y a sus más allegados despidiendo al barco que empezaba a hacerse pequeño en el horizonte.

—Oh, Megan… te amo tanto, que hay momentos en los que creo que se me va a romper el corazón.

Megan sonrió, hasta que se le marcaron los hoyuelos.

—¿Quién hubiera dicho que vuestro negro corazón escocés escondería tanta ternura?

—Yo tampoco sabía que esta anidaba en mí, hasta que te conocí.

—Muy buenas palabras —se rio ella, volviendo a reclamar sus labios.

Guillard puso los ojos en blanco y carraspeó.

—¿Sí? —Duncan lo miró, diciéndole claramente que deseaba estar a solas con su mujer.

—Mmmm… mi señor, yo… estoy preocupado porque Ayla no se ha despedido de Lachlam —dijo, mirándolo significativamente.

Duncan palideció y Megan frunció el ceño.

Estaban hablando un idioma que ella aún no comprendía.

—¿Qué queréis decir con eso? —preguntó Megan—. Es probable que le doliera la despedida, y haya decidido marcharse…

—¡No! —escupieron los dos hombres a la vez, haciendo que ella parpadeara confusa.

—¿Entonces…?

Duncan miró fijamente el barco que se alejaba.

—Voy a matarla —masculló—. La alcanzaré y la destriparé.

—¿A quién? ¿por qué? —Megan miró a su marido y después a Guillard, que se encogió de hombros.

—Será mejor que no esperemos a Ayla para la cena —dijo.

Luego el guerrero dio media vuelta y se marchó rumbo a la fortaleza, mientras Megan veía a su esposo maldecir en la playa.

Epílogo



Cinco años después.

Megan paseaba por el jardín de hierbas de Ingrid, que ahora era de Ayla, ya que su madre había decidido marchar en peregrinación a Irlanda, donde habían requerido sus servicios de curandera.

Sentada en uno de los bancos de madera que Ayla tenía apoyado contra la pared de piedra, la señora McLeod disfrutaba de la primavera.

Se acarició el abultado vientre, cariñosa y sonrió con absoluta ternura.

Las rosas habían florecido, y los insectos zumbaban alrededor de los cardos violáceos que salpicaban el jardín. El sol se colaba entre las ramas de los árboles y todo parecía especialmente tranquilo. Disfrutaba de la paz de aquellos días, a pesar de que los dos guardias la vigilaban a cierta distancia.

—Tu padre sigue siendo muy protector con nosotros —le habló a su vientre. Como si la hubiera entendido, este soltó una patada que la hizo reír.

—Me alegra ver que mi dulce esposa está feliz en estos días de primavera—. Duncan apareció de improviso y se inclinó sobre ella para apoderarse de sus labios. —Muy feliz —añadió.

Más allá de su hombro, Megan pudo ver como los dos guardias habían desaparecido, seguramente para darles privacidad, por orden de su señor.

—¿Dónde está Ayla? —preguntó, fruncido el ceño.

—Se ha ido a cazar la cena.

Duncan se sentó en el banco a su lado y resopló.

—¿No has podido convencerla de que regrese a la fortaleza?

Megan negó con la cabeza.

—Sigue… triste.

Su esposo no dijo nada más acerca de su hermana, pero sufría por ella. De la muchacha salvaje, apenas quedaba nada. El fuego impetuoso que siempre la había caracterizado se había ido extinguiendo con el paso de esos tres años. Ahora era más madura, más independiente, y mucho más… cabezota. Y si algo había cambiado irremediablemente era su corazón, que se había endurecido. Ya no suspiraba por amor, ya… no creía en la lealtad y ni en la bondad del ser amado.

—Lo superará —dijo Megan, cariñosa.

—Lo dudo —respondió Duncan—. No ha querido volver a Lachlam McDonald desde que el rey lo obligó a casarse con la hija de Ross.

Megan sintió una profunda lástima. Ayla se había marchado a la isla vecina, a tierras McDonald, hacía cerca de tres años. Volvió un mes después, demacrada y jurando que Lachlam McDonald y el rey David le habían arrancado el corazón.

El rey necesitaba alianzas fuertes, no era necesario que Ayla McLeod se casara con el mejor amigo de su hermano, la alianza ya venía dada sin necesidad de que se afianzara con los lazos del matrimonio, en cambio los Ross tenía hijas casaderas y una buena dote que haría que McDonald construyera una plaza fuerte contra las invasiones del norte, si es que estas llegaban a producirse. Necesitaba que ese señor de las islas y sus gentes, se sintieran escoceses, y no un hibrido entre vikingos y celtas.

—¿Cómo has estado? —le preguntó Duncan a su esposa, obligándose a salir de sus tristes pensamientos.

—Bien —le sonrió Megan con devoción.

La luz del sol se proyectaba en su melena, desprendiendo de ella destellos rojizos. No

muy lejos de allí, dos niños pequeños, sus hijos varones, de cabellos tan rojos como los suyos, correteaban entre las flores.

De pronto Ayla apareció y dejó su arco y flechas junto a una gran roca, tomó un palo de madera y antes de que los niños pudieran darse cuenta de lo que estaba haciendo Ayla empezó a gritar.

—¡Malvados rufianes! ¿Qué hacéis en mis tierras?

—¡La bruja! —gritaron los dos al unísono—. ¡Saca tu espada, hermano!

Megan no pudo contener la risa, ni Duncan tampoco. Al menos cuando Ayla jugaba con los niños, parecía volver a ser la que un día fue.

—¡Venid aquí! ¿Cómo osáis entrar en mis tierras? ¡Os enviaré a la torre de la bruja, y os cocinará! ¡Como si fueseis lechones en un día festivo!

Los niños saltaban y reían, y el sonido de sus carcajadas le daban felicidad. Después, los pequeños corrieron hacia su madre, y esta los recibió con un cariñoso abrazo.

—Mis pequeños —les dijo—, nadie os asará como a cochinillos—. Miró a Ayla, que les sonreía con sinceridad.

—Bienvenido, hermano. —Duncan asintió, también se alegraba de verla—. ¿Os quedáis a cenar?

—Mientras no cocines a mis hijos.

Aunque Megan iba con frecuencia al bosque, las obligaciones de Duncan hacían que no siempre pudiera acompañarla.

—Una lástima, porque creo que sabrían muy bien. —Se agachó para agarrar a uno, y empezó a hacerle cosquillas. El niño no podía parar de reír.

—¡No, tía Ayla!

—Me encanta cuando se ríen así —decía la joven rubia, que vestía como un muchacho—. ¿Quién me ayuda con los conejos? —preguntó mirando el lugar donde había dejado las dos piezas, junto al arco y las flechas.

Los niños se animaron de inmediato, y Ayla entró en la cabaña, guiñándole un ojo a su

hermano y a su cuñada.

Megan cerró los párpados, y dejó que el sol lamiese su rostro. Notó como su esposo la rodeaba con sus fuertes brazos y ella apoyó la cabeza contra su pecho.

—Megan —dijo, con voz ronca—, te he echado de menos…

—¿Tan duro ha sido no verme desde esta mañana? —se burló ella.

—Eres malvada —le hizo cosquillas y volvió a besarla en los labios cuando acabó de reírse.

Los dos se miraron a los ojos, disfrutando de su amor y de un instante de paz, hasta que los gemelos salieron de la cabaña para gritar.

—¡Papá!

Duncan abandonó el abrazo de Megan, y permitió que ambos niños le saltaran encima, acomodándose en sus rodillas.

—Liam, Marcus, ¿cuándo vendréis a guerrear con vuestro padre?

—Nunca —zanjó Megan.

—Y yo, ¿Cuándo podré ir a guerrear con mi hermano? —preguntó Ayla sacando la cabeza por la ventana.

—Nunca —repondió él, imitando a Megan.

Los tres rieron.

—No importa —se rindió Ayla—, seguiré practicando hasta que me muera.

—¡Y nosotros practicaremos contigo! —los dos gemelos volvieron a correr hacia el interior de la cabaña, esperando que su tía Ayla jugara de nuevo con ellos, con su espada de madera.

Duncan abrazó a su esposa, y la besó en los labios.

—Creo que deberíamos buscarle un esposo a Ayla.

Megan hizo una mueca.

—Será mejor que no te oiga.

Él sonrió con cierta tristeza.

—Quizás tenga la suerte que nosotros hemos tenido —lo dijo con sinceridad y cierta esperanza—. Creo que no puedes quejarte del marido que te tocó.

—No puedo quejarme —asintió ella—. Mis obligaciones para con mi señor, han resultado ser… —lo miró significativamente.

—¿Placenteras?

—Muy placenteras. —Lo besó de nuevo, pero cuando las manos de su esposo la envolvieron, ella se apartó—. Pero, ahora mismo necesito descansar. Esta niña no deja de dar patadas…

A Duncan se le iluminó el rostro. Acarició el vientre de su esposa, y la miró a los ojos, con un intenso amor.

—¿Cómo sabes que es una niña? —le preguntó.

—No lo sé, pero… estoy muy segura de que lo será.

Duncan volvió a atraerla hacia sí.

—Pues será la niña más bonita de estas tierras, después de ti, por supuesto.

Megan acarició el rostro de su esposo.

—No me importa si es más bella, pero espero que sea más inteligente, y más sabia… Agradezco a Dios que me haya dado una familia, Duncan —se emocionó con los ojos inundados de lágrimas—. Agradezco cada día de mi vida, poder tenerte, a ti y a los niños. Agradezco también todo el amor que rebosa en mi corazón cuando estáis a mi lado y que este sea correspondido. Te amo, Duncan McLeod.

—Te amo, esposa mía —dijo él con total sinceridad—. Eres lo más hermoso que me ha sucedido.

Apoyó su frente contra la de ella y respiraron al unísono saboreando la paz y el amor del momento.

No sabría vivir sin ella, sin los hijos que le había dado. Se sentía tan orgulloso de que la tímida Megan Harris se hubiera transformado en la querida señora McLeod…

Duncan no dijo más. Besó a su esposa con dulzura, una dulzura que no tardó en

transformarse en un beso apasionado… que sus hijos no tardaron en interrumpir de nuevo.

Disfrutaron de esa tarde y de su compañía. Quien hubiera dicho que, dentro de un matrimonio forzado, podría gestarse el más grande amor verdadero.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

Queridas Brillis,

No sabéis las ganas que tenía de escribir una novela de Higlanders… Siempre me han gustado los hombres con las rodillas al aire, luciendo sus tartanes con orgullo, un poco brutos y con fama de llevar la palabra peligro tatuada en su piel.

¿No creéis que Duncan es así? Un poquito bruto y muy peligroso, sobre todo al principio. Como ha hecho sufrir a la pobre Megan, pero pronto se da cuenta de su buen corazón escocés.

Dejadme deciros que me he tomado licencias a la hora de escribirla. Me perdonaréis, ¿verdad? El rey David sin duda existió y se dedicó a fundar burgos y adoraba sus abadías, pero las Hébridas… esas islas indomables, tenían más de vikingas que de escocesas… Mmmm… ¡Vikingos! ¡Ñam!

Bueno, voy a centrarme, que los nórdicos salvajes me despistan.

Sigamos con Duncan. No os lo negaré, para mi Duncan es un personaje muy especial, y me tiene locamente enamorada. Es un hombre rudo, su carácter ha sido forjado en las frías islas, agrestes, llenas de peligro, pero que también poseen una belleza sin igual, salvaje y sobrenatural. Esas tierras hacen de sus gentes personas amables y acogedoras y al mismo luchadoras y en ellas se han fraguado grandes guerreros. Como no podía ser de otra forma, nuestro guerrero duro y en apariencia frío, acaba siendo un hombre apasionado, y profundamente leal a su esposa y a su clan.

¿Qué puedo decir de Megan, a parte de que es un ser adorable y bueno? Sí, es una muchacha dulce, tímida y que, a pesar de que ha sufrido lo indecible, jamás ha soltado una sola queja, o palabra de desprecio hacia el prójimo. En su corazón no existe el odio, ni el rencor. Megan es un ser puro, y por eso Duncan se enamora de forma irremediable. Pero el personaje

cambia, finalmente resulta contener en su interior una fuerza innata, una fuente de responsabilidad emana de ella y se transforma en lo que fue predestinada, la señora McLeod, y cuidará de su clan por siempre.

Y para finalizar… dejadme que os hable de Ayla.

¿Qué puedo decir de ella? Es una muchacha apasionada, valiente, noble y con el corazón fuerte de un gran guerrero. Impulsiva, sí, pero justa, amante de los animales y muy poco tolerante a las injusticias.

Sin embargo… ¿qué le deparará el futuro junto a Lachlam?

Con total seguridad, la hija ilegítima del viejo jefe McLeod y el laird McDonald, tendrán su historia de amor. ¿Cuándo será eso? No lo sé, pero si queréis estar informadas de todas mis novedades:

No os olvidéis de seguir mi perfil en **Amazon,** y sobre todo, pasaros por el grupo de Facebook de "**Las chicas brilli brilli de la Juani**"! Donde os esperan muchas risas.

Y antes de despedirme, si os habéis quedado con ganas de más romance histórico, dejadme que os recomiende la siguiente novela: **La venganza del sr Crown.** Gracias por todo el apoyo y el amor que he recibido con ella. ¡Sois las mejores! Si no la habéis leído, creo que no os dejará indiferentes.

El señor Crown os enamorará, y al mismo tiempo lo odiaréis con todas vuestras fuerzas. ¿Os preguntáis por qué? Es cierto que el señor Crown es todo lo que una mujer puede desear, atractivo, galante, inmensamente rico, todo un caballero neoyorquino, sin embargo… Oculta algo. ¿Debería Janet Hesbert, confiar en él?

¡Descubridlo!

Os quiere,

vuestra Kate.